



El guardián
de la
aurora Richard
Zimler

de

Lectulandia

El siglo xvi está llegando a su fin. En la colonia portuguesa de Goa, la Inquisición ha logrado establecerse y está haciendo progresos en su labor de convertir al cristianismo tanto a los judíos secretos como a la población hindú. Pese a lo convulso de la situación, la familia Zarco mantiene sus raíces portuguesas y judías, y Tiago y su hermana Sofía disfrutan ilustrando manuscritos junto a su padre y con las fiestas hindúes que celebra su querida cocinera Nupi. Pero ese paraíso acaba al mismo tiempo que su infancia, cuando padre e hijo son capturados por la Inquisición. Años después, completamente destrozado, Tiago vuelve a la India tras cumplir su sentencia en Portugal. Devastado por todo lo que ha perdido, descubrirá quién se esconde tras la traición y la denuncia a su familia, una verdad que hubiera preferido no tener que afrontar.

Además de una extraordinaria recreación histórica y un vívido testimonio de la crueldad bajo la Inquisición en la India, —El guardián de la aurora— es un cautivador relato de misterio, y una profunda y lúcida exploración sobre la naturaleza del mal y sus consecuencias.

Lectulandia

Richard Zimler

El guardián de la aurora

ePub r1.0

Titivillus 11.04.18

Título original: : *Guardian of the Dawn*
Richard Zimler, junio de 2009
Traducción: Albert Vitó
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prefacio

—¿De qué crees que está hecha la memoria? —me preguntó mi padre. Por la ternura de su mirada abatida y la mano temblorosa que posó sobre mi hombro supe que el recuerdo de mi madre le acariciaba los pensamientos. Ya habían pasado dos años desde su funeral y buena prueba de que el dolor no había desaparecido era esa pregunta tan propia de adultos que le había planteado a un niño de siete años.

—No lo sé, papá —respondí encogiéndome de hombros, era demasiado joven para pensar que valía la pena probar suerte con una respuesta. Pero cuando retiró la mano, sentí el aleteo del miedo a mi alrededor.

—Quizás esté hecha de todo lo que he visto en mi vida —me apresuré a añadir con la esperanza de que fuera una respuesta lo suficientemente buena para conseguir que saliéramos a la veranda, donde podríamos ver cómo desaparecía el gran sol rojo de Indra tras el borde de nuestro mundo.

Estuvo pensando en mi respuesta durante un buen rato, asintiendo con los ojos cerrados, como si escuchara disimuladamente una conversación lejana. Al poco, levantó las cejas.

—¿Y qué pasa con los ratones que han vivido durante tanto tiempo en nuestras ventanas? —preguntó.

Se me hizo un nudo en el estómago, me preocupaba no haber entendido lo que me estaba diciendo, pero luego me guiñó el ojo y me dijo que sólo se trataba de una de sus bromas. Sus ojos, de color gris claro, irradiaron felicidad y me hicieron sentir protegido, como si me estuviera abrazando con fuerza.

—¿Dónde están esos ratones? ¡Muéstrame dónde están! —le rogué con impaciencia.

Abrió los postigos de madera, que crujieron con agudos y fugaces chirridos, y se frotó los ojos con las patitas antes de fruncir el hocico, todo ello imaginario, mientras se agachaba frente a mí, olisqueándome las mejillas.

Sin poder contener la risa, me aparté de él.

—Haces muy bien de ratón, papá —le dije.

—Me alegro de hacer algo bien. ¿Qué pasa ahora con todos esos chillidos? ¿Y todas esas voces que has oído en tu vida? —Me dio unos golpecitos en la cabeza—. Están ahí dentro, ¿no? —preguntó.

Asentí y se volvió hacia la ventana. Respiró hondo, dando gracias, a su manera, en silencio, por los arrozales dorados y las nubes rosadas. A veces pienso que cuando papá se sentía más él mismo era cuando observaba los colores del mundo. Nos parecimos siempre en eso, en el modo de acercarnos al mundo a través de los ojos.

—Parece que los ratones nos han traído el viento de levante esta noche —dijo con satisfacción—. Y el viento debe haberle pedido al bosque que nos mande sus fragancias. —Movié la cabeza de lado a lado, asombrado por la simplicidad de esas cosas, y recogió el cepillo de madera de teca de mi madre, que estaba sobre la mesa que tenía detrás. Lo sostuvo en sus manos como si eso le diera vida, y supe que estaba a punto de encerrarse en su habitación, donde podría sentarse solo, con el recuerdo de mamá.

—¿Pasa algo, papá? —pregunté.

—No, es sólo que... Ti, ya sabes que tengo casi cuarenta y un años. Y aun así, soy capaz de recordar todos los aromas de Constantinopla como si aún viviera allí.

Mi nombre era Tiago, pero toda mi familia me llamaba Ti.

Papá miraba más allá de donde yo me encontraba, veía su infancia y se frotaba el pelo, hirsuto, ya canoso.

—Me encantaban los montones de azafrán y clavo del Gran Bazar —dijo en tono soñador—. Y la fragancia de la túnica de lana de tu abuelo cuando llovía, tan oscura y parecida al musgo. Y la *baklava* de las panaderías lo impregnaba todo de un aroma parecido al de la miel, incluso la luz que se reflejaba en el Cuerno Dorado. ¿Cómo crees que todas esas cosas permanecen en nuestro interior durante tantos años?

—Quizá se pegan a algo —sugerí.

Eché la cabeza hacia atrás, sorprendido.

—O sea —respondió enfadado, con el ceño fruncido—, ¿crees que Dios impregna nuestras almas con cola? Dime, ¿te parecen graciosas mis preguntas?

Papá me miró fijamente y lanzó el cepillo con la fuerza propia de un asesino. Pasó zumbando cerca de mi cabeza y se estrelló en algún lugar detrás de mí con un golpe seco que me sobresaltó. Al día siguiente me fijé en la grieta astillada que había aparecido en la oreja izquierda de la estatua a tamaño natural de Shiva que custodiaba la puerta. Supongo que papá lo hizo con la intención expresa de dañar a la diosa de madera; la estatua había sido la pieza que más apreciaba mamá de su dote.

La muesca en la oreja de Shiva seguiría recordándome esa riña y la duradera parcela que mamá tuvo en nuestras vidas, pero en ese momento ni siquiera me había atrevido a mirar atrás para ver lo que había sucedido, porque los ojos de mi padre aún reflejaban su rabia. Él lloraba amargamente, y yo debí de intentar salir corriendo,

porque aún siento la tensión con la que me aferraba la muñeca, como una tela tensada hasta el límite.

Se arrodilló junto a mí, con los ojos hundidos.

—¡No me pegues! —supliqué.

Jamás me había puesto la mano encima, pero desde la muerte de mamá en ocasiones no lograba reconocerlo.

—¿Qué he hecho? —se lamentó—. Perdóname, Ti.

A continuación me llenó de besos y las cosquillas que me hacían sus mejillas mal afeitadas me devolvieron la fe en él. Cuando yo aún era muy pequeño era capaz de cambiar de humor con facilidad si él conseguía distraerme; de hecho, era capaz de animarme con sólo abrocharme la camisa. Cuando acababa, sus dedos manchados de tinta, que se movían con rapidez y delicadeza recorriendo mi piel, volvían a dar sentido a mi mundo.

—Quizá tengas razón —dijo mientras me tomaba las manos y las mecía entre nosotros como hacía el viento con el puente colgante sobre la cascada cerca de Ponda—. Dios nos ha dado un alma pegajosa, y lo que se adhiere a ella es lo que siempre recordaremos.

Me tomó en su regazo y durante un buen rato estuvimos mirando juntos por la ventana; su cabeza se apoyaba en mi hombro, sentía el calor de su aliento en mi oreja. Me olisqueó el pelo como un ratón una vez más y yo volví a retorcerme felizmente entre sus brazos.

Las primeras estrellas pronto empezaron a aparecer, temblorosas, por encima de las palmeras que acariciaban la luna, aún junto al horizonte, gracias a la brisa del anochecer. Esperé a que el eco de las palabras que había pronunciado mi padre se diluyera por completo en la oscuridad, con la sensación de que me atrevería a decir algo sobre mí mismo tan pronto como desaparecieran. Pero ¿qué? Mi existencia latía a mi alrededor como nunca lo había hecho antes, estaba tan presente como los latidos de mi corazón, mucho más intensos que de costumbre, como si desearan hacerse oír. Cerré los ojos y vi el sol como lo habíamos contemplado unos minutos antes, media esfera roja que se fundía en una manta ondulada de montañas... que se fundía en el interminable y puntuado horizonte de otro día de mi vida. Yo era Tiago y, a la vez, el hijo de mi padre. ¿El mundo era algo aparte o todo era lo mismo?

—Me siento solo, papá —dije con un estremecimiento. Me besó y me abrazó fuerte. Me entregué a él, junto con todo aquello que pudiera llegar a ser. Cuando pensé en el cepillo de mamá tirado en el suelo, mi respiración se volvió más pesada, pero también más esperanzada, como si su ausencia fuera una preciosa presencia en mi pecho. Bajé al suelo para recuperar el aliento y volví al regazo de mi padre. Él empezó a peinarme y dijo algo que enseguida supe que quedaría pegado a mi alma:

—Tú nunca estarás solo, Ti, porque siempre estaré contigo —trazó un arco con la mano para señalar la luz de la luna que, poco a poco, convertía las palmeras en plumas plateadas—. Igual que todo esto.

Durante mi reclusión en la celda de Goa, a menudo pensé en la promesa de mi padre. Me preguntaba si me había mentido a propósito. ¿O había querido decir que lo que recordara de él le sobreviviría y quedaría para siempre dentro de mí? En ese caso, tendría que haberme advertido que eso no sería suficiente para salvarme.

I

Después de que me arrestaran en noviembre de 1591, no hablé con nadie a excepción del carcelero que me había estado vigilando durante casi once meses. No estaba informado de los cargos de los que me acusaban ni se me permitía leer nada, y mi ventana, una hendidura miserable en una piedra lisa, estaba demasiado elevada para permitirme ver la ciudad, que quedaba más abajo. Mi esperanza se aferraba a mis recuerdos de Tejal y, a veces, también al sonido de la lluvia, que me recordaba que existía un mundo más allá del control de mis carceleros. Una vez, durante una tormenta, pude lamer algunas gotas que se escurrieron por la pared de mi celda. Sabían igual que la corriente del canal de Indra y, durante un rato, mi mente quedó salpicada por la libertad de mi infancia, aunque a menudo creo que al final me traicionaron. Me robaron a Dios esa misma noche. Me desperté para encontrarme más solo de lo que había estado jamás, desterrado de ese mundo por el que Él siempre había velado. Nunca jamás volvería a sentir los pies hundidos en la tierra rojiza de los arrozales, ni llegaría a saber si Tejal había dado a luz a un niño o a una niña.

Mientras le pedía perdón en silencio a mi padre por no haber tenido una vida tan buena como la que él había deseado para mí, cogí el tesoro oxidado y afilado que había escondido en el fondo de mis escudillas unas semanas atrás. Al oler esa bendita fragancia metálica que emanaba, conté con la derrota como amiga en última instancia, y me lo llevé primero a un brazo y luego al otro. Mi estampa final sería bien vital, dibujada con mi propia sangre, como debía ser.

Supe que estaba maldito desde el momento en el que ni siquiera mis plegarias podían hundir el clavo lo suficiente para hacer posible el milagro que necesitaba. Aun así, sangraba bastante, y el río que fluye más allá del sabbat se me llevó con su corriente. Hundiendo la cabeza en sus aguas justicieras, soñé con un horizonte de

pinos y cedros hacia el oeste, a orillas del río Jordán.

Informarían a Tejal de mi muerte. Quedaría libre de casarse con otro hombre. Eso ya compensaba el precio que tenía que pagar.

Me desperté sobresaltado frente a un sacerdote sudoroso, al que no había visto jamás, que me anudaba una cuerda áspera alrededor de los brazos. Le supliqué que me dejara, pero continuó su tarea tras arrojarme otra vez sobre el camastro con un gruñido despectivo. Intenté agarrarme a su rosario para frenar mi caída, pero sólo conseguí romperlo y esparcir las cuentas por todo el suelo.

—¡Maldito mulato! —me gritó—. ¡Conseguiremos arrancarte una confesión!

«No —pensé con la voz del niño que había sido—. Aunque ya no soy el que era, aún hay demasiada cola en mi alma para abandonarme tan fácilmente».

Dos carceleros se dedicaron a recoger a cuatro patas las cuentas que habían quedado esparcidas: hombres convertidos en cerdos humillados por mi acto de desacato. No se me ocurre la razón por la que empecé a pintarme rayas de tigre en la cara con la sangre de las muñecas. Más tarde recordé el apodo que me había puesto Wadi y pensé: «Sí, debo convertirme en otro tipo de ser, en alguien feroz, porque de lo contrario les daré los nombres de otros que recibirán la sentencia de mi mismo destino».

Fue mi padre quien me había dicho que nuestros maestros dominicos y jesuitas hacían lo posible por descubrir las identidades de los que eran como nosotros. Tarde o temprano, los sacerdotes intentarían torturarme para que les revelara más nombres.

Me sumí en un sueño febril. Mis recuerdos eran alfileres y todo mi pasado era punzante y envenenado: una infancia torcida y finalmente condenada por el destino.

A la mañana siguiente, justo después de las campanas de la prima, los carceleros metieron en mi celda a un viejo de piel canela, con el pelo blanco y erizado. Sin duda pensaban que su compañía me disuadiría de volver a abrirme las heridas. La Iglesia no renunciaría fácilmente al placer de decidir cómo y cuándo sería asesinado.

Los pies del viejo parecían moluscos debido a las costras de su piel. Me volví de espaldas. La compasión entra por los ojos y no quería que supiera que aún era capaz de albergar un sentimiento tan inútil.

Se derrumbó sobre el suelo cuando mi carcelero habitual, un lisboeta idiota con los ojos verdes y el aliento fétido, el aliento de un hombre que bebía a escondidas, apartó las manos que lo agarraban por debajo de los hombros. La cabeza del prisionero quedó echada hacia atrás en un ángulo absurdo, y sus ojos se cerraron.

O Analfabeto, que es como llamaba a mi carcelero, me contó que mi invitado era un jainista acusado de brujería. Los torturadores le habían untado los pies con aceite de coco y se los habían asado como si fueran dos pollos.

Los ojos de color negro metálico del viejo se abrieron un instante para mirarme como si compartiéramos un secreto que nos condenaba. Cuál era, no tenía ni idea. Quizá sólo esperaba que me compadeciera de su suplicio.

El Analfabeto salió de nuestra celda con aire triunfal, cerró la puerta interior de

un portazo y se arrodilló, de forma que su rostro quedó seccionado por la reja. Me mostró una sonrisa sarcástica.

—Lo hicieron con carbón —dijo—. El carbón se calienta mucho más que la madera cuando arde.

«Incluso el fuego está a su favor», pensé.

Cuando el carcelero se hubo marchado, empapé mi camisa en la jarra de agua. Envolví con ella los pies del jainista, que me parecieron calientes al tacto. De un modo parecido, sus sueños parecían ardientes. Nunca jamás podría volver a caminar sin ayuda.

Por la noche su respiración era como la arena cuando se escurre entre las manos. No conseguí dormir bien. El tiempo corría jadeando junto a mí en mis pesadillas, y se convirtió en un cíclope con costras de sangre en los labios: como mi padre la última vez que lo vi. Le arrancó las alas a un loro y me puso el cuerpo destrozado del ave en las manos. Yo lo llevé con cuidado, como si se tratara del cadáver de mi propio hijo. Imaginaba a Tejal trabajando, imaginaba que me llamaba para que acudiera. ¿Estaría vivo aún nuestro hijo?

Siempre que me despertaba, los mosquitos zumbaban como locos junto a mis orejas. Me susurraban que todos mis esfuerzos para ayudar al jainista serían en vano.

De madrugada, mi compañero me saludó moviendo alegremente la mano. Sentado en el suelo, tenía las mejillas hundidas, las costillas marcadas y la piel del pecho y de la barriga arrugada como un pergamino antiguo. Primero observó mis muñecas vendadas, luego me miró a los ojos y me sonrió levemente antes de utilizar mi lengua materna para invitarme a hablar. Me volví de espaldas.

—No deberías ansiar tanto las alas de tu próxima vida —me dijo en konkaní.

Ese consejo me molestó. Y desconfié de su voz, brillante y vivaz. Parecía como si sus pensamientos saltaran a través de él. Quizás era el dolor.

No contesté. Tenía la esperanza de que deduciría que no hablaba su idioma y me dejaría en paz. En lugar de eso, levantó un dedo y me señaló los ojos. Mi mente debía haberse debilitado mucho durante mi confinamiento, porque el corazón me dio un vuelco cuando pensé que podría estar a punto de echarme un maleficio. Retrocedí hasta dar con la pared.

—No debes tener miedo de mí —dijo lentamente, creyendo que era extranjero—. Simplemente me parece haber visto antes tus ojos azules. —Al ver que no contestaba, añadió—: En las mariposas que acudían a mi aldea cada primavera.

Levantó y bajó los brazos imitando un revoloteo, retorció las manos con elegancia, como un bailarín de Kerala. Me sonrió y volvió a invitarme a hablar.

—Hablar conmigo sólo te traerá más problemas —le dije en konkaní—. Estoy condenado.

—¡O sea, que eres de aquí! —exclamó satisfecho, como si ya hubiera confianza

entre nosotros—. Entonces debes saber de qué mariposas te hablo. ¿Sí? Son del negro más puro, cada una de ellas parece una noche sin luna, excepto por los puntos azules que tienen aquí y allá. —Se tocó los lados del pecho—. En mi aldea dicen que son la forma que adopta el viento del norte.

Aún recuerdo de qué manera tuve que resistirme al tirón de esa voz tan musical que volvía a arrastrarme hacia la vida.

—No te serviré de nada —le dije mientras me apartaba de él, deseando poder ser tan duro e insensible como los muros de la prisión. Sentí su mirada curiosa clavada en mí. ¿Acaso quería que le dijera que no volvería a intentar quitarme la vida? Hundí la cabeza en mi harapiento jergón y cerré los ojos con fuerza, deseando que se me tragara la tierra. Un rato después estuve a punto de confesarle cómo había asesinado a mi padre, pero pensé que ningún hombre podía ofrecerme algo tan valioso como el silencio.

Tuvo que pasar un rato para que me diera cuenta de lo que debía decir primero: «Jamás te hablaré como si tuvieras autoridad sobre mí. Sólo mi padre la tenía y lo maté...».

Poco después nos dieron el desayuno a través de la rendija de la puerta interior de la celda. Mi compañero encorvaba los hombros mientras se metía el arroz en la boca y con su meticulosa lentitud parecía burlarse de mi hambre. Los jainistas sólo podían comer vegetales y cereales, por lo que pensé en un plan para distanciarme de él cuando me tendió su pescado frito, agarrándolo por la cola, y me hizo señas para que lo tomara. Los carceleros debían habérselo dado para reírse de él.

—Cuando era niño —dije mientras rechazaba su ofrecimiento— atrapé una de esas mariposas negras de las que me hablabas.

—¡Lo sabía! —dijo con una alegre carcajada—. Te gustaban. —Se tocó el pecho una vez más para indicar los puntos azules—. Debe ser cosa del destino, ¿no crees?

—No creo en el destino —contesté bruscamente. Creía estar diciendo la verdad, aunque ahora ya no estoy tan seguro: son muchas las cosas que han pasado del único modo que podrían haberlo hecho.

Sabía que cualquier vida era sagrada para un jainista, incluso la del gusano más miserable. Tanto era así que estuve seguro de que tarde o temprano el viejo me preguntaría si había acabado con la vida de la mariposa. Cuando lo hizo, la venganza brilló en mi pecho como una estrella sombría.

—La aplasté con mis propios dedos —le dije— y nunca lo he lamentado.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No malgastes tu dolor en un ser tan insignificante, desprovisto de alma y de sentido —se lo dije como si supiera de qué le hablaba. La reclusión me había convertido en un ser arrogante, hasta un punto mezquino, amargo, y mi voz había adoptado un tono aleccionador que me costaba reconocer como propio.

Los que afirman que la gente no puede cambiar nunca han estado en prisión, no han conocido el camino de la reclusión que sólo puede acabar con la muerte.

El viejo apretó los labios como si se resistiera a sentenciar una verdad terrible, y me di cuenta de algo que debería haber sido obvio: yo era la criatura más insignificante, más desprovista de alma por la que sentía lástima. Me reí por primera vez en muchos años. Ser más miserable que un insecto aplastado me parecía casi un cumplido.

—Si no fuera porque casi he perdido la cabeza, encontraría la manera de matarnos a los dos —le dije.

Levantó la mirada hacia mí, con los ojos negros llenos de dolor. Yo despreciaba su voluntad de sentir tanto apego por alguien sobre el que lo ignoraba todo.

—¿Qué te parecería si te pegara ahora mismo? —le dije mientras me ponía de pie—. ¿Aún te preocuparías por mí?

La idea de castigarlo surgió dentro de mí con la misma fuerza destructiva con la que se derrumba una casa.

—Podría romperte los huesos y nadie vendría a detenerme. Les parecería bien.

Cerré un puño y lo agité frente a él, como confirmación de que era el villano en una obra escrita para mí por algún enemigo secreto: la persona que me había traicionado y causado mi arresto. El jainista levantó las manos para protegerse el rostro, y por su gesto me di cuenta de que ya le habían pegado, además de haberlo quemado. Cuando se las aparté de un golpe, fue como si se hubiera roto una cuerda en mi interior y estuviera cayendo al vacío, alejándome de mí mismo. Seguí pegándole hasta que empezó a sangrar por la boca.

Después de eso, mi temor ante aquello en lo que me había convertido fue algo parecido a cuando alguien se ahoga y se hunde en el agua hasta el fondo. Susurré una disculpa y me retiré a mi catre, donde me abracé las piernas contra el pecho. Cerré los ojos y no dije nada durante horas. Intenté pensar en lo que mi padre quería que hiciera, pero su voz había desaparecido de mi interior.

Al anochecer, me arrodillé junto a mi compañero de celda.

—Mátame —susurré.

—No puedo. Lo tengo prohibido.

—Por favor, ¿no lo entiendes? No podría soportar que me quemasen o que me hicieran tragar agua hasta ahogarme. Si me torturan, podría revelar los nombres de la gente que nos han ayudado a mi padre y a mí. Si muero, mi prometida podrá casarse con otro hombre. —Me agarré a su hombro—. Ahógame por la noche, mientras duerma. Te daré todo lo que tengo por ese acto de generosidad. Te contaré dónde puedes ir cuando te liberen, y mi hermana y mi tío te darán todo lo que poseo.

Negó con la cabeza y yo le respondí con un empujón.

Esa noche, se arrastró hasta donde yo estaba y se tendió junto a mí. Me tomó la mano y la agarró.

—Perdona que no pueda cumplir tus deseos —susurró—. Lo siento.

Volví a empujarlo, pero se sujetó bien a mí. Era más fuerte de lo que me había parecido. Yo estaba convencido de que su perseverancia confirmaba su demencia. Pero se reveló más bien como una bendición: seríamos iguales durante el tiempo que pasásemos juntos.

Seguimos allí tendidos en silencio. Recordé a mi hermana cuando tenía cuatro años, sus ojos llenos de felicidad. Dentro de la cesta que le mostraba había una mariposa que yo había capturado. No era el tipo de mariposa que el viejo había descrito, sino una de color escarlata y dorado. Revoloteó hasta el borde de la cesta y nos mostró las alas, que brillaban a la luz del sol como cristal teñido. Mi hermana reía mientras yo intentaba oler la mariposa. Cuando alzó el vuelo, ella levantó los brazos y gritó de alegría. Yo me quedé detrás de ella y le puse las manos sobre los hombros, transmitiéndole todo mi amor, como si lo hubiera aprendido de Nupi, nuestra cocinera y ama de llaves. Estaba seguro de que siempre permaneceríamos juntos.

El jainista me acarició la mejilla. Yo sabía que me estaba pidiendo que le contara en qué estaba pensando. O quizá fue la soledad con la que yo había vivido durante el último año la que me hizo creer que ese gesto era una invitación a hablar sobre mi pasado.

—La mariposa que cogí no era del tipo que tú has mencionado —confesé—. Y no la maté. La cogí sólo para mostrársela a mi hermana. Y fue para olería, por extraño que parezca ahora mismo.

El viejo rió levemente. Me volví hacia él. Sentí su aliento húmedo en mi rostro. Me pareció que era el viento divino que me había faltado hasta entonces.

La oscuridad de la celda me impedía ver algo más que formas borrosas fruto de mi imaginación, pero creí que el viejo buscaba algo en mi interior. Noté que me sondeaba como si tuviera una piedra dentro del pecho. Quise abrazarlo, pero sabía que empezaría a sollozar si lo hacía.

—¿Y a qué olía? —preguntó.

—Creí que desprendería el mismo aroma que el jazmín, ya que había estado picoteando el polen de la parra de nuestra veranda, y yo era demasiado joven para saber que no tenía nada que ver. Tenía el mismo vago aroma que la tierra.

El viejo se quedó en silencio durante un rato, sopesando mis palabras.

—Intentaré evitarlo —me dijo.

—¿Evitar qué?

—Incluso los animales más pequeños perciben nuestras vidas —replicó.

Pensé que continuaría hablando, pero no me dio más explicaciones.

—Sigue hablándome —le supliqué—. Di lo que quieras, pero no me dejes sin oír tu voz.

«Nuestros susurros nos protegerán a los dos», pensé.

Acomodó su brazo bajo mi cabeza y empezó a hablar de los sonidos tranquilizadores de la noche que podíamos oír procedentes de la cercana ciudad. Me permití imaginar que estaba con mi padre, lo que se reveló un error: el terror se

apoderó de mí y se concentró en mi estómago, frío como una vida que no llegaría a dar a luz. Me senté. ¿Quién había traicionado a papá ante la Inquisición? ¿La tía María? ¿Wadi? Quizás había sido alguien a quien ni siquiera conocía.

—¿Qué ocurre? —preguntó mi compañero.

—Parece que los recuerdos me traicionan de vez en cuando. Y debo encontrar a alguien. Debo saldar una deuda.

—No te quieren aquí —replicó el viejo.

—¿Quién?

—Esos recuerdos de los que hablas. Quieren verte libre. ¿No crees?

—Si es así —dije con escepticismo—, dudo que tengan un plan para ayudarme.

Recitó una oración en un idioma que yo desconocía. Luego le dije que la mariposa que había mencionado se llamaba *trevas azuis* en portugués, que significaba «tinieblas azules». Le gustó cómo sonaba y dijo que a partir de entonces me llamaría Trevas Azuis. Mientras notaba cómo su pecho se alzaba y descendía lentamente al respirar, me di cuenta de nuestra debilidad. No teníamos armas. No había oraciones ni argumentos que pudieran servirnos de algo. Sólo nos teníamos el uno al otro, y eso jamás sería suficiente.

Me contó que sus padres lo habían llamado Ravindra, que significaba «sol», pero que todo el mundo lo llamaba Phanishwar, «rey de las serpientes», desde que dejó de ser un bebé. Su padre lo había encontrado durmiendo en el patio una noche, una cobra en estado de alerta lo protegía.

—No recuerdo qué serpiente era —dijo el viejo—. Pero es cierto que nunca me han dado el miedo que los otros hombres sienten por ellas.

Sus padres lo enviaron como aprendiz a un encantador de serpientes de Poona cuando tenía diez años; tenía cincuenta y siete cuando me lo contaba.

—Hasta que yo mismo tuve hijos jamás se me había ocurrido que mi padre podría haber inventado toda esa historia de la cobra para hacer que yo cumpliera los planes que tenía para mí —me dijo—. Habría sido muy propio de él. ¡Dios mío! ¡Se preocupaba tanto de nosotros cuando éramos pequeños! ¿Sabes?, quería asegurarse de que todos nosotros tendríamos una manera de ganarnos la vida honradamente. Era tan bueno... Siempre estaba ayunando e iba mucho al templo. No soportaba ver cómo los hindúes y musulmanes mataban serpientes como si no hubiera suficiente sitio en el mundo. «Phanishwar, tú les mostrarás que hay otra forma de actuar», solía decirme.

—¿Aún vive tu padre? —pregunté.

—No, mi padre y mi madre murieron hace mucho tiempo.

—Esas quemaduras... deben dolerte mucho.

—No te preocupes, Trevas Azuis. He sufrido mucho dolor físico en mi vida. El dolor y yo somos viejos enemigos, conocemos bien los movimientos del otro. Intentamos burlarnos mutuamente, aunque al final suele ganar él. Le guardo rencor, es cierto, no lo negaré, pero también supongo que se limita a cumplir con la parte que

le toca y no tiene otra elección.

Me levanté, volví a mojar mi camisa y me arrodillé junto a él. El viejo gimió mientras le lavaba los pies. Lloraba en silencio. Agradeció mi amabilidad. Yo no recordaba que la voz de un hombre pudiera ser tan tierna.

Cuando hube acabado, me dio unas palmaditas en la cabeza y me bendijo. Ese primer día me pareció que Phanishwar representaba todo lo que tenían de bueno los aldeanos con los que crecí: sus modales delicados y su facilidad para sonreír; la manera que tenían de aceptar las circunstancias y una cierta creencia de que la vida era una gran lucha en la que el mundo entero estaba conectado; el placer que le producía el *nosotros* por encima del simple *yo*.

—Cuéntame tu vida —le dije. Quería oír una historia, entregarme al sueño convocado por sus palabras susurradas en la oscuridad.

Me habló de su esposa, que había muerto muchos años atrás, y de sus cinco hijos. El menor tenía doce años y se llamaba Rama. Su aldea, Bharat, estaba en la costa, a tres días a pie de Goa en dirección norte. No me contó cómo lo había atrapado la Inquisición y yo tampoco se lo pregunté. Al cabo de un rato, empezó a cantar una melodía suave, radiante, y supe que no llegaría a suicidarme con la misma certeza con que sabía que confesaría cualquier cosa que me pidieran para escapar de las llamas. Debía seguir con vida para encontrar a la persona que nos había traicionado a mi padre y a mí, y para vengarme de ella.

Phanishwar no me abandonó en toda la noche, yo sentía el latido de su generosidad. Nunca jamás me había sentido tan próximo a ningún hombre que no fuera mi padre. Nuestra unión parecía un sueño, a veces. Creo que ésa es la razón por la que, cuando el amanecer apareció en nuestra ventana con sus tonos rosáceos y azulados, encontré el valor para hablar de acontecimientos que hasta entonces había creído inconfesables.

Teniéndolo a él junto a mí —al rey de las serpientes— sabía que no sólo mis recuerdos sino toda la naturaleza deseaba liberarnos. Confié que juntos tendríamos la fuerza necesaria.

Primero le hablé de mi infancia, empezando por la enfermedad de mi madre, que era hasta donde se remontaban mis primeros recuerdos.

—Una vez vi que alguien volvía a cruzar el puente que nos lleva de la vida a la muerte, pero en sentido contrario —le dije.

2

Durante muchos años tras la muerte de mi madre, solía entrar a escondidas en la biblioteca de mi padre, abría el cajón inferior de su escritorio y sacaba la caja de cuero en la que guardaba los dibujos que había hecho de ella. Me entusiasmaba estudiar su rostro y compararlo con el mío, por lo que me llevaba los esbozos hasta el espejo que tenía colgado en mi habitación y los ponía, uno detrás del otro, frente al cristal. A veces imaginaba que ella era mi reflejo, que éramos la misma persona.

Una vez, mientras mi padre estaba en Goa, rompí un retrato de mi madre, uno de mis favoritos. Debía de tener ocho o nueve años. No recuerdo por qué extraña razón lo hice, sólo sé que estaba tan enfadado que me sentí obligado a destruir algo bello y valioso. Puede que ésa fuera mi manera de intentar relegar su muerte a un lugar seguro de mi mente, o incluso de devolverle la vida mediante un fugaz y formidable acto de magia.

Trastornado por la vergüenza que sentí, salí corriendo de casa y tiré los pedazos del cuerpo del delito a las aguas del río Zuari, que pasaba por el estrecho valle de bananeros y palmeras del límite oriental de nuestra propiedad. Mi sentimiento de culpa después de eso fue tal que el estómago me dolía como si hubiera tragado arena. Le confesé la fechoría a mi padre cuando volvió al día siguiente, seguro de que me odiaría por ello. En lugar de eso, me alzó en volandas y empezamos a dar vueltas.

—Un dibujo viejo no puede compararse a estar en casa contigo —me dijo.

No entendí por qué no me había castigado. Quería que lo hiciera. Creo que deseaba estar seguro, por un doloroso momento, de que tenía toda su atención, de que el fantasma de mamá no lo alejaría de mí. Quizá, también, quería convencerme de que había justicia en el mundo, incluso si eso significaba que el trasero me iba a quedar colorado.

—Pero era bonito —le dije—. Y lo hiciste para que pudiéramos guardarlo.

Las confesiones deben seguir un proceso, las unas se suceden a las otras, así que añadí:

—De vez en cuando abro el cajón de tu mesa para sacar tus dibujos de mamá.

Mi padre soltó una carcajada de sorpresa y luego cerró el ojo derecho como solía hacer cada vez que yo hacía alguna travesura, para hacerme creer que estaba disgustado por lo que había hecho. Me dejó en el suelo.

—Escúchame bien, Ti. No hay nada malo en mantener algunas cosas en secreto. Debes tener tu propia vida. Pero quiero que me prometas una cosa: que cuando vuelvas a tener ganas de romper otro dibujo, o de causar otro daño irreparable, vendrás a contármelo primero para que podamos hablarlo.

Le di mi palabra, y volví a temblar con un renovado sentimiento de culpa. Se dio cuenta de mi malestar y añadió:

—Mira, hijo, la muerte de tu madre me enoja tanto como a ti. Hay veces en las que desearía poder romper en pedazos hasta el último recuerdo que guardo de ella.

A medida que me hice mayor, me fui dando cuenta de que había heredado los labios curvos de mi madre y la suave profundidad de sus ojos, aunque los míos eran azules y los suyos de un castaño claro, el color de las almendras, como solía decir mi padre.

—Si algo has heredado de tu madre es su carácter travieso —solía decirme mi padre con un gruñido, fingiendo que eso le causaba un gran quebradero de cabeza. Después me perseguía por toda la casa bramando, intentando desterrar nuestra tristeza con sus payasadas, lo que con el tiempo fue su manera de evitar que la ausencia de mi madre nos destruyera. A veces bailaba de forma improvisada conmigo o aullaba como los muntíacos que siempre se nos comían las rosas del jardín. Al final nos dejábamos caer juntos sobre los cojines de seda dorada que procedían de la dote de mamá y dormitábamos bajo el sol que entraba por las ventanas. Nuestra inevitable risa probablemente nos mantenía cuerdos y, aun así, quizá debería haberle dicho que no podía evitar sentirme triste al final, como si hubiéramos traicionado nuestros verdaderos sentimientos. Pero nunca supe traducir todo eso en palabras a tan temprana edad. Y nunca habría querido herirlo a propósito.

En mi dibujo favorito, que papá colgó encima de mi cama, el pelo largo y negro de mamá quedaba recogido bajo un pañuelo opalino que mi hermana, Sofía, heredaría más tarde. Las manos de mi madre eran finas y elegantes, y formaban un gesto dirigido al arcángel san Gabriel, como si estuviera bailando para él. Las alas de san Gabriel eran de color borgoña y amarillo, los mismos colores del sari de mi madre. A mí siempre me había parecido que mi madre y el arcángel en realidad eran el mismo ser con diferentes formas.

A veces, sin que Sofía se enterase, le cogía el pañuelo de mi madre. Lo sostenía en la mano mientras miraba el retrato y reflexionaba sobre el misterio del tiempo, por qué yo seguía creciendo y mamá nunca llegaría a verlo.

El dibujo de mi madre con el arcángel san Gabriel era un boceto para un Corán que mi padre había hecho para el sultán de Bijapur. El sultán había invitado a papá a la India una década antes de que yo naciera y le pagaba un estipendio anual por dibujar miniaturas para el Corán y sus libros de oraciones. Mi madre, a quien mi padre conoció y cortejó siete años después de su llegada, le sirvió de modelo para Khadija, la esposa del profeta Mahoma. Nunca la vi posar para papá, pero en mis sueños he visto a mi padre dibujándola del natural. Y aunque ni siquiera se tocaban, parecía como si estuvieran haciendo el amor con los ojos. Incluso parecía que me estuvieran concibiendo.

Después de conocer a Tejal, cuando cumplí dieciocho años, en nuestros momentos de intimidad, solía recordar la fragancia cálida y protectora de mamá. Lo más extraño es que, cuando suspiraba al recordarla, era como si ella fuera un presentimiento de algo que formaba parte de mi futuro en lugar de mi pasado lejano. Quizás el amor no puede evitar mirar hacia delante.

Mamá enfermó y tuvo fiebres con convulsiones y escalofríos a principios de junio de 1576, cuando yo tenía cuatro años y medio. Me asustaba el castañeteo de sus dientes y la manera en que se quedaba dormida, con los ojos abiertos de par en par. Incluso durante el bochornoso verano, papá tenía que tapparla con gruesas mantas de lana y poner su cama cerca del hogar, que mantenía encendido día y noche. Su respiración se tornaba a menudo jadeante, como si le faltara el aire, y la mayoría de las veces estaba demasiado débil incluso para susurrar.

Papá le puso un talismán de vitela alrededor del cuello con los ángeles judíos Sanoi, Sansanoi y Samnaglof, representados como sabios de largos ropajes, con báculos decorados con cabezas de león. Se decía que los tres ángeles eran capaces de proteger a las mujeres de Lilit, la reina de los demonios, y de todos sus sanguinarios secuaces.

Cuando veía a mamá desde los pies de la cama, cuando oía las implacables lluvias del monzón, me sentía como si nos estuvieran exterminando. La cortina de agua que caía frente a nuestra ventana era tan densa que no podíamos ver nada a través de ella. El mundo entero era agua, y el tamborileo constante sobre nuestro tejado era tan intenso que algunas veces durante la noche gritaba como un loro y mi propia voz me parecía un chirrido distante. El monzón se convirtió en algo vivo ese verano: malévolo, dañino, interminablemente ávido. De vez en cuando, a su antojo, cesaba durante medio día, se retiraba lentamente y volvía una y otra vez para regodearse, rompiendo aquel inquietante silencio, en el daño que ya había causado. Durante esas treguas veíamos que nuestro jardín se había convertido en un estanque adornado por hierbas y helechos. La magia repentina del renacimiento de la luz del sol convertía las hojas empapadas en cristal.

Pasé unos días junto al lecho de mamá, jugando en el suelo con mis marionetas de

sombras y mis animales de juguete. Sólo abandonaba la casa para sentarme en la veranda cuando papá insistía en que debíamos aprovechar las pausas de la tormenta. Si Nupi intentaba alejarme de allí, aunque fuera para lavarme la cara, yo sacudía los brazos y gritaba. Ella no me llamaba con insistencia por mi propio bien, pero su mirada me revelaba que respetaba mi determinación. Trasladamos la cama de mis padres al salón para que papá y yo pudiéramos dormir cerca de mi madre. Él se acurrucaba detrás de mí y me frotaba el pelo para inducirme el sueño.

Mamá era capaz de sentarse de vez en cuando, especialmente por las mañanas. Papá le daba cucharaditas de té y la convencía para que comiera algo de arroz. Tenía los labios grises y agrietados, y cuando intentaba sonreír le sangraban. Años después, mi padre me mostró un dibujo que había hecho durante la enfermedad de mamá, yo le dije que no se le parecía. Pero sí que se le parecía. Simplemente no quería creer que esa mujer con los ojos hundidos y la cara cenicienta era realmente ella.

Una tarde estaba sentado con mamá a finales de ese terrible junio, dibujando caras de monos en un papel. Nupi le había hecho beber un té con hojas de jazmín y raíz de jengibre para ayudarla a dormir y, aunque había funcionado, aún respiraba con dificultad. Era como si sus pulmones estuvieran oxidados.

Cuando me di cuenta de que su resuello había remitido, me levanté. Le toqué el pecho, pero no se movía, y sus ojos vidriosos no miraban hacia nuestro mundo. La habitación daba vueltas a mi alrededor, como si estuviera sobre el eje de una rueda. A lo lejos, oí a mi padre, que hablaba con Kiran —el ama de crianza— mientras ésta alimentaba a mi hermana, que había nacido siete meses antes, en diciembre de 1575.

Nupi estaba rayando coco en la cocina. Desde ese día ese rascado insistente siempre me recuerda a la muerte.

Sacudí a mi madre y la llamé con delicadeza para despertarla. Luego salí corriendo a buscar a papá.

No pudo hacer nada para despertarla. La besó en los labios, le cerró los ojos y se arrodilló a su lado con la cabeza gacha. La lluvia caía con fuerza sobre la casa mientras mi padre sollozaba, y yo pensaba que éramos mucho más frágiles de lo que había podido imaginar, sobre todo mi padre. ¿Acaso vi en la curva fatal de su espalda que la muerte de mi madre lo destrozaría? Si ella no hubiera muerto, ¿me habría pedido el veneno muchos años después?

Nupi me agarraba cada vez que intentaba acercarme, yo tenía sus huesudas rodillas contra mi espalda y sus manos sobre mis hombros. Me cogía fuerte para evitar que me lanzara a los brazos de mi padre. Recuerdo el sentimiento de que una sombra —quizá la mía, aunque no estoy seguro— se alejaba de nosotros de puntillas para no volver jamás.

Después de besar las manos de mamá, papá finalmente me llamó. Me puso las yemas de los dedos de mamá sobre los ojos, luego se las llevó a sus propios ojos, mientras susurraba un Kaddish.

A veces aún siento el peso de los dedos de mi madre sobre los párpados. Suele ser

un recuerdo agradable, pero a veces también me da miedo, como si significara que los muertos siempre tendrán demasiado poder sobre mí.

Cuando papá se fue con Nupi a buscar a mi hermana, que estaba con Kiran, me subí a la cama de mi madre, le cogí un brazo inerte y rodeé con él mi cintura, con la esperanza de despertarla. Al cabo de un rato, un temblor me estremeció y dejé de oír el estruendo de la lluvia pese a que los postigos estaban entreabiertos y todo cuanto podía verse era un verdadero diluvio. El silencio era de expectación, como si mi cabeza estuviera metida en una jarra de cristal a punto de estallar. La luz se volvió más tenue a mi alrededor.

—No te preocupes, Berequías —susurró mi madre de repente, utilizando el nombre de mi padre—. Ti y Sofía se tienen el uno al otro.

Cuando volví la cabeza de golpe para mirarla, vi que sus labios articulaban las dos últimas palabras. ¿O me había quedado dormido un instante y tan sólo lo había soñado? Aún tenía los ojos cerrados.

Me incliné hacia su cara y toqué su fría mejilla. No estaba asustado. Esperaba que abriera los ojos en cualquier momento.

—Mamá —susurré—, soy yo. Despierta.

Mi padre volvió a entrar en la habitación con mi hermana en brazos y yo fui corriendo hacia él para contarle lo que había sucedido.

—Es imposible —dijo con desdén.

La vergüenza se apoderó de mí y me marché a toda prisa sin que ni siquiera Nupi consiguiera detenerme en el portal. Papá salió al jardín llamándome, con la voz crispada por la desesperación, pero yo no volví. Me buscó por los arbustos húmedos de hortensias y de hibisco, con la ropa empapada, el rostro deformado por el miedo. Yo lo observaba desde el margen de un arrozal, temblando, con los pies desnudos hundidos en el lodo y el agua hasta las rodillas. Me dije a mí mismo que lo odiaba.

Esa noche se disculpó por no haberme creído y me rogó que no volviera a escaparme jamás.

—Si te perdiera a ti o a tu hermana ahora, no podría continuar —confesó.

Antes de que se cubriera la cara con la mano pude ver por un instante su mirada perdida, por lo que me acerqué a él y me abracé a sus piernas.

Mi padre era alto y fuerte, y tenía unas manos grandes y elegantes. Cuando me tuvo en sus brazos, lo cogí por las orejas. Era un juego habitual entre nosotros, a él le tocaba barritar como un elefante con su trompa imaginaria. Ese día, no obstante, me sentó en su regazo sin emitir ningún sonido. Me dijo que los judíos como nosotros y los hindúes como Nupi y Kiran creían que el alma de un muerto podía volver a cruzar un puente hacia la vida durante un breve período de tiempo si había quedado algo por decir o por hacer. Eso es lo que le había visto hacer a mamá.

—¿Comprendes? —preguntó.

Yo le dije que sí, pero el olor oscuro y mohoso de su angustia me hizo sentirme amenazado, lo único que me importaba era estar entre sus brazos. Apretó sus labios contra mi frente y volvió a preguntarme lo que había dicho mamá. Después de contárselo, se levantó y pensó en lo que yo le había dicho.

—Cuando salíamos a pasear, ella siempre tenía que volver a toda prisa porque había olvidado algo —me dijo—. Esta vez, ha tenido que volver para tranquilizarnos —me sonrió con gratitud—. Suerte que estabas con ella para oír lo que quiso decirnos, Ti. Eso debe haberla reconfortado.

¿Por qué los niños que han perdido a uno de sus padres siempre deben responsabilizarse del que queda vivo? No le dije a papá lo que estaba pensando: que se equivocaba y que lo que mi madre había querido decir era que en adelante sería yo quien tendría que encargarme de mi hermana menor. Es algo que habría querido decirme incluso en sueños.

3

Sofía tenía los ojos hundidos, húmedos y de color verde oscuro, como sombras sobre un lago profundo, y desde el mismo momento en el que nació, empezó a mirar lo que la rodeaba como si todo la sorprendiera. Nupi dijo que, más que mirar asombrada, lo que hacía era vigilar en secreto y, cuatro días después, cuando ya resultaba seguro que mi hermana pudiera salir de casa de acuerdo con la tradición judía, la anciana cocinera se la llevó a ver a Jaidev, el santón que limpiaba la cera de las orejas con un alambre fino, para descubrir quién había sido mi hermana en una vida anterior.

Yo adoraba a Jaidev porque tenía las mejillas enjutas y los mechones de pelo negro le llegaban hasta la cintura. Solía sentarse como un Buda cuando íbamos a verlo, con las manos tostadas por el sol sobre sus huesudas rodillas. Siempre estaba cubierto por una especie de polvo blanco porque solía revolcarse por la tierra seca, como los elefantes hacen para limpiarse.

Cuando sus ojos se abrieron a través de esa costra blanca, se mostraron animados en un secreto y vivo fuego negro.

—¡Nupi viene con el maestro Ti! —exclamó mientras extendía los brazos para saludarnos.

—¿Y quién es esta pequeña *chapatti*? —preguntó antes de sacarle la lengua al bebé, que movió los brazos y las piernas a modo de respuesta.

Él sabía a lo que íbamos; aceptó nuestras monedas y luego extendió los dedos de Sofía como una estrella de mar. Le cayó polvo de la cabeza cuando la levantó de repente para mirarnos con sorpresa.

—¡Una brahmán! —exclamó.

Se inclinó para verla mejor y cayó en trance para descubrir que había sido una princesa hindú secuestrada por un califa musulmán hacía más de quinientos años.

—Fue preciosa y muy lista, y pudo volver a casa al final —nos dijo. Levantó las manos en un gesto aleccionador antes de continuar—. Ésa es la razón por la que la pequeña Sofía siempre está mirando a su alrededor.

Nupi quedó complacida con ese veredicto, por lo que le dio otra moneda de cobre como propina.

—Y todo el mundo la quería —nos dijo cuando ya nos íbamos.

Mi padre resopló cuando Nupi le contó lo que Jaidev había dicho. Le dijo a nuestra cocinera que la pequeña miraba a su alrededor todo el tiempo porque aprendía todo lo que la rodeaba: las cosas importantes, como que necesitaba dormir y abrazos, y las pequeñas cosas también, como que el arroz se pegaba cuando lo aplastaba con los dedos y las «extrañas creencias de algunos miembros de la casa».

Nupi se enfadó cuando se refirió a ella con ese último comentario y a partir de entonces hablaría irónicamente de sus «extrañas creencias» siempre que mostraba su certeza respecto a algún tema, ya fuera importante o una nimiedad. Pero yo sé muy bien que la crítica de papá en el fondo le gustó, porque significaba que él la consideraba parte de la familia.

«Todo está fuera de mí, y aun así entra en mí cuando lo miro o lo toco».

Eso es lo que a mí me parecía que pensaba Sofía cuando observaba el mundo, porque eso es lo que yo pensaba cuando la miraba a ella y aún no sabía cuál era la diferencia entre ella y yo; no desde un punto de vista adulto, con unos límites claros a mi alrededor.

A veces chillaba de felicidad cuando veía un pinzón alzando el vuelo desde la valla de madera de nuestra veranda, o cuando algún insecto de patas largas sobrevolaba por encima de un charco del jardín. Papá dijo que yo había sido igual. A mí me encantaba que nos pareciéramos tanto y me abrazaba a ese conocimiento cuando me sentía solo. Los dos éramos hijos de mamá y papá, y eso no podría cambiarlo nadie.

Unos dieciocho meses después de la muerte de mamá, cuando Sofía tenía dos años, su interés cambió y pasó a querer llevarse a la boca todo cuanto veía y oía.

Una noche plácida, mientras papá me enseñaba las constelaciones, le dije a Sofía que las estrellas eran deliciosas y le hice creer que me las comía. Ella hizo el mismo gesto que yo, como si pudiera coger las estrellas y llevárselas a la boca.

El enorme placer de verme imitado por primera vez me estremeció, pero también me hizo sentir cierta inseguridad: aún no sabía qué hacer con el poder que tenía sobre mi hermana y quizá jamás llegaría a saberlo. Nupi me sorprendió cuando me animó a jugar con ella.

—Al menos no tendré que preocuparme más que por la luz de las estrellas cuando

le limpie el culito —se rió.

Hice muchas cosas para Sofía cuando creció: ramitas atadas con cordel para hacer casitas sobre pilotes, piedras amontonadas para construir antiguas fortificaciones que ella pudiera derrumbar, coronas, espadas y sombreros de papel maché. Las marionetas de sombras con formas animales se convirtieron en mi especialidad, se me daba muy bien recortarlas a partir de una hoja de papel cuando tenía siete años. Quería que se convirtiera en una niña fuerte y despierta; probablemente también quería que se convirtiera en un chico. Empecé a lanzarle mi pelota de cuero antes de que fuera capaz de caminar y, una vez, con los pinceles de papá, le pinté la cara de color azul, como la de Krishna. Pensé que a Nupi le encantaría, pero me dijo que me pondría a caldo si me atrevía a repetir tal estupidez. Nupi tenía los ojos más intimidatorios que he conocido. Por lo demás tenía un aspecto débil, y sólo le quedaban dos dientes deteriorados y amarillentos abajo y tres arriba, pero estoy seguro de que practicaba esa mirada paralizante para sorprender a sus víctimas. Los sabañones que tenía en los nudillos seguro que le provocaban dolor cuando llovía, pero sus manos eran como tornillos de banco de carpintero. Nadie osaba hacerla enfadar, salvo papá.

Aprendí todos los proverbios locales gracias a Nupi.

—*Bhaanshira zari aayla*, al trapo le ha salido de repente un hilo de seda —solía decir en konkaní cuando a Sofía o a mí nos quedaban pequeños los pantalones—. Cada grano de arena de la playa tiene su lugar —nos decía cuando nos atrevíamos a cuestionar el valor de una tarea que aparentemente carecía de sentido.

Si nos daba una buena noticia, solía añadir: «Aunque ya sabemos que a Kali le llegará su hora», —ya que, en su opinión, los buenos tiempos sólo tentaban a la diosa de la destrucción a coger su espada. Mi expresión favorita, no obstante, era «Los guardianes del alba conocen la noche mejor que nadie». Nupi la utilizaba siempre que mi familia afrontaba dificultades, y generalmente significaba que la esperanza nos hacía sentir las épocas de oscuridad con una mayor intensidad. En ese sentido, era algo como «Sólo los que conocen la tristeza valoran la felicidad...». Cuando me hice mayor también me di cuenta de que podía utilizarla para decir que la gente que protegía a los demás a menudo se enfrentaba a los peores peligros.

Su gran enemigo era el estreñimiento, por lo que siempre estaba comiendo semillas de hinojo para compensar lo que ella llamaba su vientre «demoníaco». Podía pasarse horas hablando de su malestar, describiendo con riguroso detalle los esfuerzos que realizaba para obtener un resultado satisfactorio. Sofía y yo aprendimos a desviar la conversación rogándole que nos contara historias sobre los *gandharvas* y las *apsaras*, los espíritus hindúes de los bosques y los ríos.

«En tiempos de Rama, nació un espíritu capaz de ver el futuro, cuyo nombre era Tiago...».

Nupi siempre nos incluía a Sofía y a mí en sus cuentos. Ya de mayor, me di cuenta de que lo hacía porque quería asegurarse de que sobreviviríamos intactos a la

muerte de mi madre, de que nuestras vidas —y las historias— tuvieran continuidad en el futuro. Yo sentía devoción por ella, me encantaba escuchar su delicada voz contando historias, pero también solía temer en secreto la manera con la que sus ojos me vigilaban.

—Al parecer pasamos por alto el amor cuando nos llega desde los lugares más obvios —me dijo papá una vez que me enfadé con Nupi, pero en realidad no entendí lo que quiso decir hasta que fui casi un adulto.

Lo que más llevaba en secreto a ojos de mi padre y de Nupi era que, después de los temporales de lluvias, solía subir con Sofía las escaleras del patio hasta el tejado, desde donde observábamos los arrozales. Eran como espejos líquidos en un valle color esmeralda y en ellos trabajaban las mujeres y los niños de Ramnath, el pueblo más cercano a nuestra casa. Solíamos fingir que podíamos ver el océano, que se encontraba a casi diecisiete kilómetros hacia el oeste. Le hablaba de que papá había tomado un barco desde Constantinopla hasta la India antes de que nosotros nacióramos y de que, antes de que eso sucediera, su familia había abandonado Portugal porque el rey Manuel y otros hombres malvados no les permitían vivir libremente como judíos.

Sofía y yo dormíamos juntos a menudo, yo la acogía cerca de mi barriga como si se tratara de un regalo que me habían hecho. Cuando papá estaba triste, nos llevaba a su cama gruñendo, fingiendo que él era el califa que la había secuestrado en esa vida anterior y que ahora volvíamos a ser sus prisioneros.

La peor época fue cuando mi hermana se ponía a chillar de hambre en plena noche. Podía ponerse muy nerviosa y testaruda, por lo que papá y el ama de cría, Kiran, a menudo tenían que pasearla en brazos durante una hora hasta que conseguían que tomara un poco de leche. A veces yo los relevaba e —imitando lo que les había visto hacer— le ponía la punta del pulgar en la boca de vez en cuando para ver si estaba lista.

El rostro de Kiran se volvía increíblemente amable cuando acercaba a Sofía a su pecho. La joven ama de cría parecía tener el poder de una diosa: sobre el fuego, la tierra, el aire y el agua, sobre la vida y la muerte. Dejaba que su cabellera negra cayera como una cortina sobre el bebé para crear un solo mundo para las dos. Kiran tenía los ojos grandes y el cuello largo y esbelto. Llevaba pulseras de plata en los tobillos y en los brazos, por lo que tintineaba como un cascabel cuando se movía. Me asombraba su belleza y lo distinta que era de mi familia. Cuando me hice mayor mi padre me dijo que yo siempre le estaba pidiendo que me dejara tocar una cicatriz en forma de «V» que tenía en la frente. Su padre se la había hecho con un cuchillo en plena borrachera.

Kiran le juró a Durga Devi que jamás volvería a casa con él y mantuvo su palabra. Nos dejó cuando mi hermana tenía dos años y medio y, con una carta de recomendación que mi padre dirigió al sultán, se marchó hacia Bijapur con todo cuanto tenía, incluidos dos saris de seda que habían sido de mi madre, metido dentro de un hatillo. Nunca volvimos a verla.

Siempre sentí celos de la unidad que formaban Kiran y mi hermana, y a menudo las observaba desde la entrada mientras reflexionaba acerca de la vida y la muerte. Si hubiese podido alimentar a mi hermana con mi propio cuerpo, lo habría hecho. Y creo que habría sido mucho mejor si la leche hubiese sido de su hermano. ¿Quién podía quererla tanto como yo?

Quizá fue esto lo que me convirtió en un niño extraño. Ahora me doy cuenta de por qué los amigos europeos de mi padre, y especialmente mi tía María, de vez en cuando se reían a mi costa, me ponían corazones dorados con filigranas a la altura de las orejas y se preguntaban en voz alta si no habría sido más feliz si hubiese nacido niña. Yo odiaba cuando se mostraban tan irónicos y se reían de mí, y a veces llegué a pelearme con sus hijos. Aunque era algo pequeño para mi edad, tenía un carácter muy decidido, y un nudillo despellejado o una rodilla arañada sólo conseguían que les pegase más fuerte. Si me peleaba, papá me castigaba encerrándome en mi habitación, pero yo jamás me mostraba arrepentido.

—¡Sólo pararé si se acaban todas esas historias sobre Sofía y yo! —Solía gritarle desde dentro de la habitación.

A veces mi ira entristecía tanto a papá que se sentaba con la cabeza apoyada en las dos manos y no decía nada durante horas, ni siquiera si me acercaba a él y me acurrucaba entre sus brazos. De este modo aprendí, poco a poco, a ser más amable con él.

Es terrible ese momento crucial en el que comprendemos que podemos herir seriamente a nuestros padres. A veces desearía haber tardado un poco más en aprenderlo.

Ni nuestros vecinos hindúes ni mis compañeros de juegos de Ramnath se burlaron jamás de la ferviente lealtad que le profesaba a mi hermana, lo que creo que constituyó el motivo por el que siempre me he sentido mejor con los indios que con los europeos. Los indios no creían que la ternura que sentía por ella mermara mi masculinidad. Tampoco pensaban que esa rareza fuera una maldición o algo que debieran temer como hacían a veces los cristianos o los judíos. Ellos interpretaban esa devoción tan poco habitual como una bendición, no necesariamente comprendida, pero que tenía su lugar en el universo-jardín, cuyo señor era Vishnu.

Después de que Kira se marchara, nuestra casa pasó a ser de repente demasiado grande y demasiado fría para mí. Los rincones más confortantes parecieron endurecerse y las puertas parecían estar siempre a la espera de un visitante que jamás

vendría. Durante varias semanas seguidas, recorrí la casa de habitación en habitación pensando que me había convertido en un intruso. Odiaba incluso mi propia cama, las almohadas que había convertido en una costa rocosa cuando jugaba a batallas navales encima de las sábanas, el hueco sombrío del lado norte de la biblioteca de papá, donde solía leer mis libros cuando hacía demasiado calor en el resto de la casa. Me metí en la cabeza que quería un segundo piso con unas escaleras. Ya ni siquiera recuerdo por qué. Quizá necesitaba un nuevo lugar para volver a empezar.

Una tarde, después de que papá se negara a construir la escalera una vez más, Nupi se me llevó llorando hasta la cocina. Cuando le expliqué lo que sucedía, me ordenó que me sentara.

—¿Para qué? —pregunté.

—¿Cuándo empezarás a obedecerme sin que tengamos que montar una escena?

Se había preparado un plato de *dal* caliente y con su cucharón de hierro me puso un poco en una hoja de banana, luego se sirvió una ración aún más pequeña para ella. Puso su viejo taburete de madera ante la mesa, a la que habíamos dado una mano de pintura amarilla recientemente, y me ordenó que hiciera lo mismo con la silla de mimbre donde apoyaba la escoba.

—¿Quieres que coma contigo? —pregunté.

Ella miró primero a su alrededor, luego por encima de mi hombro. Incluso levantó el gran caldero, que ocultaba debajo un trozo de jabón negruzco.

—No veo a nadie más aquí —dijo—. O sea, que sólo puedes ser tú.

Por primera vez en nuestras vidas comimos juntos. Una flor de hibisco blanca de nuestro jardín asomaba por encima del borde de la jarra agrietada de barro cocido que había entre nosotros.

—Las flores son bonitas —me comentó cuando alargué la mano para tocarla. Aprendí que se trataba de un postulado esencial de su manual para la vida—. Y a tu madre le gustaría saber que estás comiendo bien —añadió.

Mientras nos comíamos el *dal*, Nupi me pisó los pies descalzos un par de veces para que alzara la vista, ya que últimamente tendía a perderme en mis reflexiones. Me dijo que no debía dejarme ni una sola lenteja o se lo contaría a mi padre, lo que no dejaba de tener gracia, ya que se pasaba el día diciendo que papá me consentía demasiado. Al ver que yo no sonreía, me miró muy seria y me dijo que podía comer con ella en la cocina siempre que me sintiera mal.

—¿De veras?

—Nunca bromeo cuando se trata de comida —respondió, lo cual no dejaba de ser cierto.

A veces pienso que ese ofrecimiento tan simple que me hizo Nupi aquel día me salvó la vida, porque realmente comí con ella —y a menudo— durante los años siguientes. Y siempre he asociado el sabor del *dal* de esa primera vez con ese tipo de cariño que siempre está allí cuando lo necesitas. Sofía me diría mucho más tarde que a ella también le pasaba, por lo que supongo que Nupi también la invitó a ella sin que

yo lo supiera.

Ojalá hubiera hecho algo a cambio por nuestra vieja cocinera ese día; podría haber recogido una cesta de orquídeas violetas, esas a las que llamábamos «bigotes de gato», para su altar dedicado a Ganesha, o simplemente podría haberla abrazado. Aún no me daba cuenta de que todo por lo que rezaba —y lo que más quería en la vida— era que mi hermana y yo no muriésemos jóvenes. Pero eso era, por supuesto, una garantía —y un don— que nadie jamás podría darle.

A lo largo de mi infancia, los momentos más felices fueron por la mañana. Nupi se levantaba al amanecer para prepararnos *chapatti*, que yo solía comerme con coco rallado y azúcar de palma, y en invierno freía fríjoles verdes con ajo y hojas de albahaca. Mi padre y yo nos sentábamos ante la enorme mesa de piedra caliza que teníamos en el patio y acompañábamos el desayuno con té negro mientras me mostraba los dibujos que hacía para el sultán. En ocasiones, Nupi también les echaba una ojeada por encima de nuestros hombros, aunque tenía la molesta y ruidosa costumbre de chupar nueces de betel y papá no hacía más que mandarla a hacer recados para mantenerla alejada. Después de eso, leíamos juntos la Torá y yo recibía mi clase de dibujo, que podía continuar hasta mediodía, ya que yo debía convertirme en un ilustrador de manuscritos, como él, cuando me hiciera mayor.

En los dibujos que hice de papá durante esa época, sus ojos aparecían cansados y preocupados. Me sorprende que nunca me hubiera dado cuenta de que su preocupación estuviera tan concentrada en el pequeño artista que lo estaba dibujando con tanto cuidado. Cuánta confianza en el ojo vigilante de Dios debió de haber perdido después de enterrar a mamá.

De un modo vago, yo también empecé a comprender que el dibujo era lo que devolvería al mundo el estado anterior a la enfermedad de mi madre. Cuando tenía un cálamo en la mano sentía que no estaba exento de poder y que el mundo había sido creado para mí. Todo niño tiene derecho a la ingenuidad, por supuesto, pero me pregunto —si pudiera viajar en el tiempo— si querría prevenirme a mí mismo de ese optimismo entusiasta. En cualquier caso, dudo de que me hubiera escuchado a mí mismo unos años mayor, ya que —pese a haber presenciado la muerte de mamá y de haber tenido que despedirme con lágrimas en los ojos del ama de cría de Sofía, Kiran— por aquel entonces no era propio de mí dudar de la bondad del mundo.

A veces, cuando se sentía solo, papá me pedía que lo acompañase por la casa. Entonces yo le daba la mano e íbamos a ver a Sofía. Si estaba durmiendo, le dábamos un beso en la mejilla o le acariciábamos el pelo, rubio y suave. Después salíamos al patio, pasábamos junto a las plantas de albahaca de Nupi y entrábamos en la cocina. La observábamos mientras avivaba el fuego o pelaba vainas de tamarindo para hacer su famosa crema y le preguntábamos qué tenía pensado para el almuerzo. Finalmente íbamos hasta la biblioteca de papá, donde tenía su mesa de trabajo. Apenas

hablábamos durante esas excursiones domésticas pero, una vez sentados, él cogía algún volumen encuadernado en piel de poesía portuguesa y me lo leía mientras yo escuchaba sentado sobre su regazo.

También solía recitarme poesía después de arroparme por la noche. Leía a la luz de una sola vela que siempre tenía en un pequeño cuenco de cerámica junto a mi cama. Nunca he visto una luz como aquélla. Era más suave y más cálida, hacía que cualquier cosa que me dijera en mi habitación sonara como el más íntimo de los secretos.

Una vez al año, durante la noche sagrada antes del Yom Kipur, nuestro día de expiación, papá me permitía ver el suntuoso manuscrito ilustrado que había escrito, unos sesenta años atrás, mi renombrado bisabuelo, Berequíás Zarco, un poderoso cabalista de Lisboa que había sido obligado a convertirse al cristianismo en 1497. Guardábamos ese tesoro de incalculable valor, titulado *El espejo sangrante*, en un cajón secreto que estaba en el fondo del armario de papá, envuelto en una bolsa de terciopelo negro bordada con las iniciales «BZ» en hilo de plata. Me encantaba pasar las yemas de los dedos por encima de la magnífica ilustración de la cubierta: un pavo real que mostraba con descaro sus plumas iridiscentes de color verde, púrpura y azul a lo largo del título, trabajado sobre una lámina de oro tan pulida que podía ver mi propio reflejo.

—Mi abuelo quería que todo aquel que mirase este libro pudiera verse en él —me contó mi padre en más de una ocasión.

Yo solía creer que nuestro ilustre ancestro debió de ser un cabalista tan mágico que debía de estar mirándome en ese mismo instante desde dentro del manuscrito.

El espejo sangrante contaba una masacre que tuvo lugar en Lisboa, en 1506, en la que dos mil judíos conversos —los llamados nuevos cristianos— fueron asesinados por una multitud instigada por la Iglesia para después ser quemados en la plaza principal de la ciudad. A papá le habían puesto el nombre de Berequíás y creo que lo interpretaba como una obligación que se le había asignado, porque después de leerme la descripción que su abuelo había hecho del pogromo, siempre me decía lo mismo:

—Y por eso Portugal debe permanecer para siempre en el pasado. Jamás pondrás ni un solo dedo del pie en ese país, Ti.

Para gratificarme de algún modo por mi amor por los secretos, a veces se llevaba un dedo a los labios y decía:

—Y en ningún caso, incluso si te amenazan de muerte, debes contarle a nadie que no sea de la familia que tenemos una copia de este manuscrito.

Una mañana de invierno, sorprendí a papá llorando en la cama, desnudo, temblando de frío, con los postigos completamente abiertos. Me desesperaba cuando lloraba.

Supongo que en el fondo yo sabía que no podía hacer nada por mitigar sus lágrimas. Parecía que amenazaban mi existencia porque me recordaban que nos movíamos en mundos diferentes y, aunque yo podía visitar su universo adulto, jamás podía quedarme en él. Esa vez me contó que había soñado que mi madre se había quedado encerrada fuera de la casa y que no paraba de llamarlo. Me abrazaba mientras hablaba como si estuviéramos compartiendo un naufragio. ¿Habría sido más feliz en Bijapur o en Calicut, donde habría encontrado compañía? Siempre dijo que no quería tener que volver a empezar de nuevo en otro lugar, pero al final fue Nupi quien me contó la verdad. Un día, después de que le repitiera lo que papá me había dicho, levantó la vista de las cucharas de madera que estaba alineando sobre la mesa y me dejó allí clavado, con una expresión de asombro.

—¿Es que no sabes que no quiere alejaros de esta casa, donde vuestra madre aún está presente?

Una vez, después de ayudar a papá a cortar un tocón podrido de higuera en la parte trasera del jardín, vi que entrecerraba los ojos hacia el resplandeciente sol de la tarde.

—Ti —me dijo—, a menudo me preguntas sobre lo que le gustaba a tu madre, y siempre me olvido de mencionar lo más obvio. Tu madre se abría como una flor ante los rayos del sol. Tu hermana lo ha heredado de ella.

Entonces entendí el dibujo que papá había hecho de mamá después de su muerte y que siempre tenía colgado en la cabecera de su cama. En él, mamá aparecía de rodillas dentro de una caverna de nubes oscuras, y de ella surgían rayos dorados como los del sol al amanecer.

4

El hermano menor de papá, Isaac, vivía a un día a caballo, en la ciudad portuguesa de Goa. Capital de una colonia del mismo nombre, fue fundada en las tierras que los invasores europeos le habían arrebatado al sultán de Bijapur hacía casi cien años. Varias veces al año, Isaac y su esposa venían a visitarnos durante unos días o, si mi padre se sentía capaz de realizar el viaje, éramos nosotros los que nos aventurábamos por los caminos enfangados y nos sometíamos a los registros insolentes de los guardias fronterizos para llegar hasta su casa. Vivían cerca de la Rua Direita, en una casa de piedra de dos pisos con visillos de encaje en las ventanas. La casa quedaba cerca del río, donde un bosque formado por mástiles de veleros conseguía inevitablemente que papá y yo acabáramos hablando de cómo era la vida en lugares lejanos como Estambul o Lisboa. Una gran cruz en relieve en el dintel coronaba la puerta de entrada a su casa. Isaac, que había seguido a mi padre hasta la India, había sido bautizado cuando decidió vivir en Goa, dado que no se permitía que los judíos residieran permanentemente en territorio portugués. Entonces no se me ocurrió preguntarle a mi tío si practicaba sus antiguas creencias en secreto, pero seguramente no me habría confiado esa información tan delicada siendo tan joven.

Si cierro los ojos, aún puedo recordar lo incómodo que me sentía en la ciudad, como si mi insignificancia no me permitiera estar a la altura del esplendor de las iglesias de piedra y mi inexperiencia me impidiera descifrar el intrincado mosaico de sus calles. Las decenas de miles de residentes portugueses parecían señores feudales y grandes damas vestidas con interminables capas de gasas y volantes. Los hombres también solían llevar sombreros adornados con plumas, algo que me parecía estúpido. El olor a aceite de oliva que emanaban sus habitantes hacía que me picara la nariz y me encogía de miedo en presencia de sus esclavos africanos. Odiaba las cejas perfiladas de las mujeres, que me parecían alas de murciélago.

El tío Isaac siempre tenía regalos sorpresa para Sofía y para mí, y aunque sólo fueran caramelos con forma de corazón hechos con leche, azúcar y comino, saltábamos hacia él hasta quitárselos de las manos. Nos encantaba su júbilo alocado, el joven brillo de sus ojos y su pelo largo y castaño. Papá abría los brazos con una alegría tan radiante cuando se saludaban —como si hubiera pasado semanas enteras entre la oscuridad sólo por el placer de verlo— que enseguida veías que esos dos hermanos habían jugado juntos cuando eran pequeños. Sus gestos se parecían mucho, también: el modo de mirar al techo cuando nos oían decir algo sin sentido, por ejemplo, o cuando sacaban la lengua como perritos cuando Nupi nos traía la cena a la mesa. A menudo se reían sin que el resto de nosotros supiera por qué. Quizás era el hecho de que mi padre e Isaac hubieran estado juntos tantos años antes de conocer a mi madre, pero lo cierto es que mi tío —más que nadie en el mundo— estaba al margen de la muerte de mamá.

El tío Isaac no podía vivir más cerca de nosotros porque su negocio de exportación de ropa y tintes lo obligaba a vivir cerca de un puerto. Esto me parecía una razón estúpida cuando era pequeño y a menudo se lo hice saber.

La tía María era cristiana de nacimiento. Procedía de una familia aristocrática portuguesa que había perdido la mayor parte de sus riquezas en los inestables negocios del comercio de especias. Aun así, mantenía un porte distante y altanero en público, y su esclava personal la protegía del sol tropical con un parasol de seda de color carmesí allí adonde fuera. Estaba extremadamente orgullosa de su palidez y siempre decía que era algo que ni siquiera una fortuna en oro podía comprar. También pagaba a porteadores indios para que la llevaran en un palanquín a misa los domingos, como hacían muchos de los portugueses, aunque eso no gustaba nada a mi tío, que prefería andar a su lado. Mi tía llevaba vestidos con varias capas de seda, incluso en las más calurosas tardes de verano, y siempre tenía a punto un pañuelo con un lazo de color rosa para secarse las gotas de sudor que le bajaban por las mejillas y el cuello. Una vez nos acompañó a mi padre y a mí hasta el río con el pelo peinado hacia atrás y recogido bajo un cono de terciopelo negro con una coronilla de perlas en lo más alto. No pude evitar preguntarle si le dolía.

—La incomodidad de los vestidos y los peinados —me dijo con su florido acento— es señal de buena cuna. —A continuación se volvió hacia mi padre y añadió—: Aunque los hindúes, ni siquiera los brahmanes, puedan comprenderlo.

Yo pensaba que era muy rara porque se comía la papaya con sal y se santiguaba cada vez que se cruzaba con un perro o un gato. A veces, por razones que nunca acerté a comprender, dibujaba con los dedos la cruz sobre mi frente, lo que siempre me provocaba picores.

Para gran frustración mía, jamás conseguía hacer nada bien a ojos de mi tía. Era demasiado atento con Sofía, o demasiado bullicioso con mis compañeros de juegos hindúes. Le molestaban especialmente que llevara los pies sucios. Estaba seguro de que odiaba a los chicos, y las miradas que a menudo le dirigía a mi tío Isaac me

convencieron de que tampoco le interesaban mucho los adultos. Intenté desesperadamente hacerme invisible siempre que estaba en su presencia. No creo que papá se diera cuenta de cuánto me incomodaba, pero un día me pidió que la perdonara por ser tan maleducada, dado que era una mujer infeliz.

—¿Infeliz por qué? —pregunté. Esto ocurrió después de una estancia especialmente desagradable en su casa.

—Ella e Isaac no tienen hijos —contestó mi padre.

—¡Pero si no le gustan los niños!

—Desearía que fueras hijo suyo —dijo para mi sorpresa—. Y le da rabia que no lo seas.

El corazón me dio un vuelco, me sobrevino un sentimiento de terror.

—¿No le darías nunca a tu hijo, verdad? —pregunté vacilante.

—¡Darle a mi hijo! —exclamó mi padre horrorizado antes de echarse a reír. Tras una breve negociación, estuvimos de acuerdo en que nunca tendría que permanecer más de seis días seguidos con mi tía.

—El Señor tardó seis días en crear el mundo y luego descansó —dijo papá—, por lo que deberíamos poder permitirnos la misma bendición.

El tío Isaac y la tía María no pasarían mucho tiempo más sin hijos. En diciembre de 1577, cuando yo casi tenía seis años y Sofía sólo dos, adoptaron a un huérfano que tenía casi la misma edad que yo. Nunca llegué a descubrir por qué no quisieron un bebé, pero una vez oí que Nupi, muy indignada, le contaba a mi padre en su mal portugués «que esa cuñada suya... ¡quiere un chico que ya esté enseñado!».

Los padres musulmanes de mi nuevo primo, que habían sido asesinados por los soldados portugueses durante un asalto a un barco árabe cerca de la costa Malabar, le pusieron el nombre de Wadi; pero las monjas que lo cuidaron decidieron que debía tener un nombre cristiano y lo llamaron Guilherme. No obstante, por una desafortunada coincidencia, el cocinero indio de mi tía ya se llamaba así. Ella vio en ello una oportunidad de ganarse la fama de ser un alma piadosa, por lo que mi tía decidió llamar al chico Francisco Javier, como el misionero jesuita que había convertido a decenas de miles de hindúes en Goa varias décadas atrás. Sin embargo, los vecinos solían referirse a él como el *pequeño mouro* —el morito—, ante lo que sus ojos, de natural almendrados, se abrían como platos de ira, ya que siempre evitaba mencionar que había sido adoptado, incluso ante la gente que ya lo sabía. Cuando los adultos no podían oírnos, Sofía y yo siempre lo llamábamos Wadi, ya que considerábamos que era un nombre muy bonito que además sonaba exótico. Y él parecía preferirlo. Más adelante, papá también pasó a llamarlo así. Nos dijo que el Francisco Javier original había pedido al papa que estableciera la Inquisición en Goa y, como resultado, los judíos conversos como Isaac, así como los que habían sido hindúes, tuvieron que grabar cruces en sus portales para garantizar a la Iglesia que no

volverían a sus doctrinas prohibidas. Los *conversos*, que es como les llamaba a veces, incluso corrían el riesgo de ser quemados vivos en un lugar especial junto al río si alguna alma traidora, para ganarse la bendición de la Iglesia, los acusaba de seguir practicando sus creencias. Muchos pobres desgraciados morían entre las llamas casi cada año.

—Pero ningún niño, ni siquiera bajo el auspicio piadoso de vuestra tía, debería afrontar la vida con un nombre tan mal escogido —nos dijo papá.

—Ni pasar más de seis días seguidos con ella —le recordé.

Al principio Wadi me exasperaba, ya que no se dignaba a contestar ni a la más simple de las preguntas que le hacíamos.

«¿Tienes hambre?», le preguntaba mi padre, o «¿quieres dibujar conmigo y con Ti?», pero él se limitaba a apretar los labios y no decir ni pío.

La primera vez que lo conocí le pregunté si quería ayudarme a desherbar las plantas de albahaca de Nupi. La albahaca era una planta sagrada para los hindúes, por lo que se trataba de un honor que nuestra cocinera nos concedía después de mucho suplicar, pero Wadi simplemente volvió el rostro como si le hubiera pegado un bofetón.

Después de que él y sus padres se hubieran marchado, le confesé a papá lo mucho que me había enfurecido y lo acusé de creerse demasiado bueno para nosotros.

—¡Pero si apenas ha empezado a aprender portugués! —exclamó papá, horrorizado por mi falta de sentido común.

—Oh, no había pensado en eso —dije yo, sintiéndome un perfecto idiota.

Dado que me consideraba a mí mismo muy magnánimo, decidí darle otra oportunidad la próxima vez que nos visitara.

Wadi era algo más alto que yo y esbelto como un alambre. Tenía la piel color aceituna, unos impresionantes ojos verdes perfilados en negro y unas largas y delicadas pestañas que le daban un aire pensativo cuando estaba tranquilo. Mis tíos pensaban que era bastante guapo, lo cual no dejaba de ser cierto. También estaban convencidos de que todo lo que hacía era encantador, lo que distaba bastante de ser verdad. En presencia de adultos, por ejemplo, caminaba con paso marcial, hasta el punto de que incluso yo me di cuenta de que no era buena señal, aunque me pasó por alto lo más obvio: que eso significaba lo mucho que lo incomodaba su nuevo hogar. En aquel momento, de hecho, sólo me apetecía pegarle. Su madre solía hacerlo desfilar por la habitación ante los invitados, que invariablemente estaban de acuerdo —entre expresiones de asombro— con que era un muchachito encantador.

En la segunda visita que nos hicieron, en la que tuve la primera oportunidad de quedarme a solas con él, no quiso subirse conmigo a una mimosa cerca del canal de Indra. Me sentí insultado y le dije que jamás volvería a invitarlo a hacer nada más conmigo; como única respuesta, salió corriendo hacia la casa con lágrimas en los

ojos. Por desgracia, le contó a su madre —aún entre sollozos— mi falta de educación. Cuando ella se lo contó a mi padre, éste estalló como la pólvora.

—¡Ti! —gritó desde el salón en cuanto oyó mis pasos en la veranda—. ¡Ven aquí enseguida!

Se me cayeron los mangos que había recogido para Nupi, y las manos me quedaron pegajosas por el jugo de las frutas. Papá se plantó ante mí como el Dios de la Torá.

—¡Deja esas malditas frutas! —aulló.

Mientras obedecía, miré un momento hacia mi tía, que se abanicaba acomodada en el sillón de terciopelo de papá y me mostraba una expresión de majestuoso desprecio, como si yo no fuera más que un huevo podrido. Nupi debió de salir de la casa tan rápida y silenciosa como una mangosta y rodeó la veranda, porque nos observaba desde la ventana que daba a ella con el rostro arrugado por la preocupación.

—¿Te importaría dejarnos solos un momento? —le dijo papá a nuestra cocinera mientras cerraba de mala manera los postigos sin esperar su respuesta. El seco porrazo de la madera no prometía mucho. Empecé a sudar. No alcanzaba a pensar qué era lo que había hecho. Me limpié el jugo de mango de las manos en un faldón de mi *dhoti*, con lo que quedó manchado de amarillo.

—¿Lo que quieres es disgustar a Wadi? —preguntó papá—. ¿O es sólo que eres incapaz de ver las cosas desde su punto de vista?

—No... no sé qué quieres decir —tartamudeé.

—¿Ah, no?

Mi padre entornó los ojos como si fuera demasiado obvio que estaba mintiendo y recapituló todo lo que la tía María le había contado. No me atreví a mirarla, pero sentí que su satisfacción me corroía como el ácido.

—Papá, sólo le dije lo que pensaba.

—No todo lo que piensas es de oro, ¿sabes? Ti, ese pobre chico aún debe aprender a confiar en nosotros. Wadi necesita tiempo.

—Intentaba enseñarle tortugas, libélulas y cosas así —alegué—. Y parecía que nada le importaba. Y luego quise que subiéramos a un árbol para ver la punta del templo hindú más allá de los arrozales y... y...

—Lo sé —me interrumpió con la voz ya suavizada—. Pero debes aprender a tener más paciencia. La amabilidad sin paciencia no sirve de nada. —Al ver que yo no entendía lo que quería decir, añadió—: Los demás no siempre están preparados para las buenas cosas que hacemos por ellos, por lo que debes esperar a que lo estén y ayudarlos a que lleguen a estarlo.

Papá me cogió por los hombros.

—Ti, el resto de la gente es tan real como tú mismo. No existen sólo dentro de tu cabeza. —Me puso la yema del dedo en medio de la frente y apretó un poco antes de continuar—: Todos somos criaturas frágiles sentadas en el centro del universo

particular de cada uno.

—¿Me estás diciendo que es culpa mía que Wadi no quiera hacer nada conmigo?
—dije, intentando aclarar el tema.

—No, lo único que digo es que tu primo merece tu cariño y tu amistad.

Esa respuesta me desconcertó, ya que no podía entender por qué razón Wadi podía merecerse algo. Cuando papá me dejó marchar, salí disparado porque no quería que mi tía viera mis lágrimas.

Durante la siguiente visita de Wadi, yo estaba bañando a Sofía en el patio cuando él apareció por la puerta. Decidido a conseguir que papá estuviera contento conmigo, lo invité a acercarse con un gesto cordial, pero él se limitó a quedarse allí como una estatua de yeso, por lo que le pedí que se acercara en mi mejor portugués. Wadi no respondió. ¿Cómo podía resolver ese acertijo mudo? En un arranque de inspiración, me acerqué a él y le puse a Sofía en los brazos y le enseñé cómo debía secarla con mi toalla. Al principio se mostró nervioso e intentó rechazarla, pero yo insistí en que la sostuviera. Incluso le pusimos talco en el trasero los dos juntos y le peinamos sus suaves mechones. A partir de ese momento, siempre que Wadi estaba en casa, seguía a Sofía como si ella fuera su único vínculo con el resto de la humanidad. Le encantaba sentarla en su regazo y decirle cosas con una voz fina y chillona que la hacía reír. La entretenía con las marionetas de sombras que cortábamos los dos juntos. Para ayudarla a andar con aquellas piernas torcidas e inseguras que tenía, se ponía detrás de ella y le sostenía las manos por encima de la cabeza mientras le decía que era la chica más lista que jamás había visto. Cuando nos alejábamos de nuestros padres, a veces le susurraba cosas en árabe, aunque a medida que pasaban los años dejó de hacerlo alegando que había olvidado todas las palabras que sabía. Gracias a Sofía, aprendió a confiar en mí, en Nupi y en papá. Y quizá también en su padre y en su madre.

A lo largo de los meses siguientes, me las arreglé para convencer a Wadi para que me acompañara en varias aventuras por las aldeas cercanas. Los chicos no necesitan muchos motivos para caerse bien o para desear pasar el rato juntos, y para mí era suficiente el hecho de que fuera un veloz corredor y que tuviera unos pies increíblemente grandes, como los de un conejo gigante; y que fuera capaz de chillar más alto que nadie a quien yo conociera. Podíamos hablar interminablemente sobre el tema más absurdo: sobre lo que comían los monos de barba dorada cuando se pellizcaban la piel los unos a los otros, o sobre la utilidad del ombligo. También pasó a ser muy consciente de sus deberes cuando ayudaba en nuestra casa, a recoger bigotes de gato para el altar que Nupi tenía en su habitación, por ejemplo. Siempre que quería dibujarlo, se sentaba pacientemente, se quedaba quieto más tiempo del que parecería posible y casi siempre quedaba contento con el resultado, que solía llevarse a su casa para colgarlo en la pared junto a su cama. Tenía sus propios apodos cariñosos para todo el mundo. Sofía era la *Ardilla Voladora*, porque era pequeña y rápida; Nupi era la *Senhora Semilla de Hinojo*, porque se pasaba el tiempo

comiéndolas para aliviar su vientre. A mí me llamaba Tigre. Era un juego de palabras con mi nombre y con lo furioso que me ponía cuando me enfadaba. Si veía que estaba a punto de enojarme, se santiguaba y alzaba la mirada hacia el cielo, como si buscara ayuda divina, y eso me encantaba porque era como reconocer tardíamente todo mi poder.

Cuando se reía con ganas, Wadi perdía la fuerza hasta tal punto que no podía mantenerse en pie, y gritaba como si se estuviera deshaciendo. A veces creo que sentía con más intensidad que el resto de la gente, quizá por eso más adelante aprendió a esconder tan bien esas emociones. ¿Es posible que Wadi fuera la persona más sensible que haya conocido jamás?

Cuando Wadi y yo estábamos juntos en Goa, acostumbrábamos a escaparnos hacia los desvencijados barrios hindúes, que eran tan sucios y ruidosos como un infierno divino, lo que los convertía en muy interesantes para nosotros. Nos gustaba sentir los empujones de los enjambres de las multitudes, especialmente en los mercados. Todo, incluida la gente, apestaba a aceite de coco, a cúrcuma y a otros mil olores más difíciles de identificar. Estoy seguro de que más de una vez nos emborrachamos con sólo respirar ese aire.

En ocasiones nos topamos con escenas tan dolorosas que yo notaba que se me nublaba la vista y me flaqueaba el aliento. Recuerdo especialmente a un mendigo sin piernas ni brazos, de edad indefinida, al que veíamos avanzar lentamente, como un cangrejo, por las calles. Llevaba los muñones envueltos en viejas hojas de banano ennegrecidas, y tenía el pelo tan enmarañado y apelmazado que parecía una cuerda deshilachada. Según se decía, su padre le había cortado los miembros al nacer para que pudiera ganarse mejor la vida.

Una vez vimos a dos indios, constructores de andamios, que lo echaban a patadas de la casa en la que trabajaban como si se tratara de una pelota de cuero. Cuando les pregunté por qué lo odiaban, respondieron que no lo odiaban, pero que era un paria que no tenía derecho a molestar a la buena gente. Ese día conseguí reunir el valor suficiente para acercarme a él y darle unas monedas de cobre que cogió con la boca.

Recuerdo también una vez que nos cayó encima el techo de hojas de palmera de un salón de té. Nos arrastramos, al borde de la histeria, por debajo de las mesas en dirección a la puerta, hasta que se incendió la cocina. Entonces tuvimos que salir corriendo para salvar nuestras vidas y desde entonces podemos contar esta terrorífica historia. A veces añadíamos que habíamos salvado a dos bebés de las llamas para que la gente creyera que éramos unos héroes.

En otra ocasión, en ese mismo salón de té, Wadi encontró un enorme escarabajo marrón con unas mandíbulas feroces en el fondo de su taza; aturdido, pero todavía vivo. Cuando lo sostuvo entre sus dedos y el animal movió las patitas en el aire frente a los ojos del propietario del local, el tipo —poco más que un palo con un turbante en

lo alto— juntó las manos en posición de plegaria y exclamó:

—¡Otro ganador! —Tras lo cual le dio a Wadi un collar de alhelíes medio mustios como premio. Si no fuera porque yo también estaba allí, no me lo hubiera creído.

Tuve esa guirnalda junto a mi cama durante semanas. Las flores se secaron y adoptaron un color amarillento, hasta que una noche desaparecieron. Nupi negó haberlas cogido mientras dormía, pero yo imaginé que se había hartado de su olor agrio y las había tirado. Dos años más tarde, descubrí la verdad, y con ello aprendí algo de mi hermana que jamás habría sospechado.

Después de cierto tiempo, era obvio que Sofía y yo éramos el refugio de Wadi. Jamás adoptaba ese paso marcial cuando estaba a solas con nosotros y hablaba portugués con mayor fluidez, dado que su madre no estaba allí para ponerlo nervioso. Para evitar los castigos de la tía María, empezó a mostrar muy pronto un considerable talento para el sigilo. Solía dejar una muda de ropa limpia en una cesta de mimbre bajo nuestra veranda, por ejemplo, o en la panadería que había cerca de su casa, en Goa, de manera que incluso tras nuestras aventuras más embarradas podía saludar a sus padres con el aspecto digno de un príncipe portugués.

Por desgracia para mí, el ingenio de mi primo tuvo el efecto imprevisto de confirmarle a mi tía que yo era una mala influencia, ya que en comparación —con el pelo lleno de ramitas y la cara sucia— yo solía parecer un trabajador de una baja casta, de esos que cavan las acequias. Me contrarió bastante comprobar que Wadi jamás intentó convencer a su madre de lo contrario, aunque ya me había contado que difícilmente se podía mostrar en desacuerdo con lo que ella decía sin que se le notara lo que realmente pensaba.

—Además, el tío Berequías jamás te castiga —solía decirme—. Antes preferiría tumbarse sobre cristales rotos que darte una paliza.

Cuando notaba los celos en la voz de Wadi siempre acababa por perdonarlo, pero a medida que nos hicimos mayores, empecé a sospechar que le convenía, y mucho, tener un granuja a mano.

Sólo unos meses después de su adopción, Wadi sufrió un ataque epiléptico. Al oír las convulsiones, mi tía corrió a su habitación, lo cogió en brazos y gritó para pedir ayuda. El tío Isaac estaba trabajando en su almacén, por lo que fueron los sirvientes y los vecinos los que acudieron a toda prisa, lo que sólo contribuyó a aumentar la ansiedad de mi tía, puesto que todo el mundo se iba a dar cuenta de que su hijo no sólo era un moro, sino que además estaba aquejado de una enfermedad terrible que podía incluso llegar a ser contagiosa. Cuando acabaron las convulsiones, un médico portugués le hizo inhalar a Wadi el vapor de un trapo de algodón muy caliente empapado con aceite de palmera. El pobre chico estaba exhausto y asustado, cubierto

por una pátina de sudor.

—Parecía como si hubiese caído dentro de un pozo lleno de agua —nos dijo tío Isaac cuando acudimos a visitarlos precipitadamente a Goa.

Recuerdo que los ojos de mi tío estaban enrojecidos por la angustia, parecía que le faltaba el aire.

—Ti —me dijo—, siento tener que decir que no creo que Wadi vaya a tener una vida fácil.

Me gustaba que la gente me hablara como si fuera un adulto, y cuando le juré que intentaría ayudarlo me sonrió y me acarició la cabeza con aire ausente, mientras pensaba —estoy seguro de ello— que no había nada que un niño pudiera hacer ante un destino tan terrible.

En ese mismo viaje a Goa, recuerdo que mi padre y la tía María tuvieron una agria discusión. Habíamos ido con mi tía a ver a una vieja amiga suya que acababa de dar a luz a gemelos dos semanas antes. La joven aún se encontraba débil tras el suplicio del parto y tenía una estatuilla pintada de la Virgen María sobre la almohada como talismán. Todos los visitantes se agachaban para besarla cuando entraban en la habitación, como mandaba la costumbre cristiana portuguesa. Mi padre se negó, incluso cuando mi tía lo instó a hacerlo con un empujón.

—María, querida, la única virgen que he besado en mi vida fue mi esposa —dijo él sin perder el sentido del humor—. Y besar a otra fabricada con la rama de un árbol y pintada de forma tan incompetente no me interesa.

Mi tía soltó un grito ahogado y lo miró como si estuviera a punto de estrangularlo, ya que papá lo había dicho en presencia del médico y de dos sirvientes indios, pero no fue hasta que salieron a la calle cuando le echó una bronca furiosa, básicamente le dijo que era un tacaño en cuestiones de corazón. Mi padre la escuchó sin interrumpirla, con los brazos cruzados sobre el pecho en actitud defensiva, con una expresión de resuelta paciencia. Cuando finalmente mi tía acabó de hablar, hizo un gesto condescendiente con la cabeza, como si papá estuviera fuera del alcance de sus bienintencionados esfuerzos. Quizá fuera por eso por lo que papá la obsequió con una respuesta que la dejó callada durante el resto de la tarde.

—María, ¿nunca se te ha ocurrido que el hecho de tolerar tus estúpidas opiniones y tus endemoniadas diatribas sin insultarte podría considerarse un acto de generosidad por mi parte? ¿Y que si soy capaz de hacerlo es sólo por el cariño que siento por mi hermano, para respetar las decisiones que ha tomado en su vida, me gusten o no?

Wadi me confió que nunca recordaba las convulsiones después de que ocurrieran, pero que siempre sabía cuándo le estaban a punto de venir.

—Es como si se formase una tormenta de rayos en mi interior —me dijo—. Veo destellos y siento el aire ardiendo, como caramelo recién hecho.

La voz de Wadi cambiaría unos años más tarde, pero durante esa época le temblaba un poco, como si se le hubiera atravesado una piedrecita en la parte de atrás de la garganta. Cuando la oía, crecía en mí el sentimiento de protección que sentía por él.

Después del segundo ataque que tuvo en presencia de su madre, ésta le rogó que no volviera a asustarla de ese modo jamás. Se lo dijo a la vez que le ponía una mano sobre el corazón, mientras que con la otra lo agarraba por el brazo, como si no tuviera intención de soltarlo jamás a menos que doblégase su voluntad a la de ella.

—No sé si sobreviviría a otro ataque, o sea, que mejor no lo hagas más, ¿me oyes?

Wadi imitaba a su madre de forma casi perfecta, por lo que sé exactamente la desesperación con la que se lo había suplicado. Él nunca me contó lo que le había respondido, pero estoy seguro de que cerró los labios y no dijo nada. Al fin y al cabo, entonces ya sospechaba que ni la fuerza de la voluntad —ni un número indeterminado de avemarías— podría evitar esos ataques que la tía María había empezado a llamar sus «desvíos», de manera que la gente que la oyera hablar no pudiera saber a qué se estaba refiriendo. Puede que fuera en esas circunstancias cuando Wadi decidió que el engaño era el único modo de conseguir la felicidad, porque a menudo me contaba —no sin antes hacerme jurar silencio— que siempre que veía los destellos en el aire corría tan rápido como podía a encerrarse en la bodega y, una vez dentro, cerraba la puerta para que nadie pudiera ver u oír lo que le pasaba.

La primera vez que fui testigo de uno de los «desvíos» de Wadi yo tenía ocho años y medio, y eso no hizo sino reforzar el afecto que ya sentía por él —e incluso por mi tía— de un modo que jamás habría sido capaz de predecir. Cuando pienso en ello ahora, me parece que en ese momento toda mi vida dio un giro.

Estábamos en la veranda de casa, desplumando una pintada que Nupi pensaba prepararnos para cenar.

—Ya está aquí —murmuró Wadi.

—¿Qué? —pregunté, pero no había acabado de preguntar cuando sus ojos mostraban ya un terror tal que supe lo que estaba a punto de ocurrir. Sólo he visto una expresión de pavor tan clara otra vez en mi vida, y en esa ocasión no estuvo en mis manos la posibilidad de ofrecer ningún tipo de ayuda.

—¡Debo esconderme! —dijo con un tono de voz entre el susurro y el chillido—. ¡Tigre, ayúdame! —Alargó la mano hacia mí y me miró como si estuviera a punto de caer por un precipicio.

Antes de que pudiera cogerle la mano, los ojos se le pusieron en blanco y echó la

cabeza hacia atrás hasta golpearse con el suelo de madera. Soltó un sonoro gruñido de queja, como si le hubieran golpeado en el estómago, y empezó a sufrir espasmos en las piernas y los brazos. Parecía un muñeco de trapo poseído por un genio. Una mancha húmeda empezó a esparcirse por la parte delantera de sus pantalones.

Le levanté la cabeza y la apoyé sobre mi regazo mientras llamaba a papá. Le salía sangre de la boca, seguramente se había mordido la lengua o la mejilla. Sumido en el terror, no podía dejar de pensar en una sola frase: «Su sangre nos unirá para siempre».

Papá y tío Isaac no tardaron en acudir corriendo. La tía María estaba en el mercado de Ponda con la sirvienta de Goa que siempre la acompañaba.

El ataque duró unos cuantos minutos. Papá me dijo una y otra vez que Wadi se pondría bien, pero yo lo dudaba y empecé a llorar, temía por su vida. Cuando acabaron las convulsiones, el chico quedó tendido inconsciente en brazos de su padre. Yo corrí a buscar agua de nuestro pozo, y Nupi le lavó la cara y los brazos, que le habían quedado empapados por el sudor. Finalmente se despertó, pero no recordaba nada de lo que le había ocurrido y era incapaz de hablar. Bebió como si hubiera atravesado un desierto y escupió más sangre, pero por suerte sólo se había mordido el interior del labio. Cuando reunió fuerzas suficientes para levantar los brazos no los extendió hacia su padre como yo pensaba que haría, sino que me tendió la mano. Parece extraño, dicho así, pero me lo tomé como si hubiera sido elegido por Dios en persona. No lo solté ni siquiera cuando el tío Isaac lo llevó en brazos por toda la casa hasta llegar a su cama. Al fin y al cabo, ¿quién querría soltar voluntariamente la mano de Dios?

Cuando Wadi se quedó dormido y a salvo, le pregunté a mi padre si podíamos rezar por él. Papá pensó que era una idea estupenda.

—¿Qué quieres rezarle? —me preguntó.

—No lo sé. No estoy seguro, algo adecuado.

Los ojos de mi padre brillaron divertidos y con afecto.

—Si se reza con fe, cualquier oración es, como tú dices, adecuada —rió.

Siempre me había gustado la Januka, la Fiesta de las Luminarias, por lo que empecé la oración que papá me había enseñado el año anterior: *Baruch atah Adonai, Elohenynu Melech ha'olam, asher kidshanu bemitzvotav, vetzivanu, lehadleek ner, shel chanukah*. «Bendito eres, Señor, nuestro Dios, rey del universo, quien nos santificó con sus preceptos y nos ordenó encender la vela de la festividad de la Januka».

Esa noche papá aplicó su pedernal a una mecha enrollada con cera de abeja y me dejó encender con ella cada una de las siete velas de nuestra *menorah*. Luego lo pusimos en una mesa junto a la cama de Wadi, para que no se encontrase a oscuras si se despertaba durante la noche.

Después de ese ataque, la tía María estuvo muy cariñosa tanto con su hijo como conmigo. No se apartó del lecho de Wadi en todo el día y la noche y, a la mañana siguiente, salió a la veranda desde la que yo contemplaba el amanecer y me agradeció que lo hubiera ayudado.

Con gesto cansado, se pasó una mano por el pelo, que no se había cepillado, y se agarró al collar de perlas que llevaba como si se estuviera asiendo a su propia cordura.

—Tienes que disculparme por mi aspecto —murmuró, y empezó a describirse como si fuera hecha un desastre, aunque yo la veía preciosa. Sus ojos me parecieron puros y honestos, pero terriblemente tristes. Me sentía como si la estuviera viendo por primera vez.

—A veces me pregunto dónde estoy —me confesó—. Y cómo he llegado hasta aquí. ¿Te has sentido así alguna vez?

—No estoy seguro.

—Te contaré un secreto —susurró—. Me asusta sentirme así, como si tuviera que hacer algo para cambiar mi vida, como subir a un barco para volver a Portugal. —Me cogió la barbilla con las manos—. Tiago, tú y yo no empezamos muy bien —me dijo—. ¿Crees que podríamos volver a intentarlo desde el principio?

Las fiorituras desaparecieron de su forma de hablar y me pareció que no volvería a oír esa voz tan sencilla a menos que le respondiera que sí. Por esa razón más que por cualquier otra, acepté, pero incluso mientras asentía sentí que una parte de mí intentaba apartarse de ella. Después de todas sus burlas, sabía que jamás podría confiar en ella plenamente. Aun así, cuando le llevó a Wadi algo de sopa y pan para desayunar y se arrodilló junto a él para ayudarlo a comer, vi claramente que había subestimado el amor que sentía por su hijo, y como consecuencia, la profundidad de su sufrimiento.

La tía María estaba sentada en una silla, bordando junto al lecho de Wadi después de que éste volviera a quedarse dormido y, mientras observaba sus manos rápidas y seguras, pensé en mi madre. Los celos se revolviéron dentro de mí, para mi sorpresa. Me sentía como si hubiese sido abandonado, me tentaba la idea de decirle algo inteligente o agradable, pero no se me ocurrían las palabras adecuadas y acabé por retirarme a mi habitación.

Ya en mi cuarto, pensé en algo que no se me había ocurrido hasta entonces: mi tía simplemente no podía evitar decir cosas inadecuadas todo el tiempo. Se debía a lo infeliz que había sido antes de que Wadi entrara en su vida. Eso era lo que papá había estado intentando explicarme.

Papá me dijo unos días más tarde que el tío Isaac y la tía María habían preguntado a las monjas que cuidaban a Wadi por qué no les habían dicho nada acerca de esos

ataques, pero las monjas juraron que no sabían nada sobre ello. Mi padre sospechaba que mentían y que el chico debía de haber sido rechazado alguna vez por esa razón.

Ahora, casi cuatro décadas más tarde, me doy cuenta de que puede que fueran las monjas —y no la tía María, como siempre había pensado— quienes le dieron a Wadi la idea de reescribir su propio pasado. Dadas las circunstancias, puede incluso que a él le pareciera justo y natural.

El papel que Wadi quería que yo tuviera en su vida —al menos cuando nuestras aventuras se solapaban con el universo de los adultos— me quedó absolutamente claro un tempestuoso día de primavera, cuando teníamos nueve años. Esa tarde me propuso ir a visitar la mezquita de Safa, camino de Ponda. Era un lugar prohibido para él, ya que según su madre todos los musulmanes eran ladrones o piratas, y cuando me mostré en contra de ir con ese argumento, Wadi me dedicó una mirada burlona y dijo que iría solo si yo no tenía el valor suficiente para acompañarlo. Aunque sus padres no le habían hablado jamás de su captura a bordo de un barco árabe, hacía más de tres años que oía chismorreos acerca de sus orígenes: quería oír de cerca las plegarias musulmanas.

Ocultos en un matorral de palma cercano, imaginamos que éramos espías de la corona portuguesa y contemplamos la hilera de fieles que entraba en el templo. Wadi se rió de un modo forzado y malintencionado de las largas vestiduras que llevaban algunos hombres y de los cánticos monótonos del almuédano. Me pareció que se estaba planteando su propia vida y el camino que se había visto forzado a tomar. «Quizá ni siquiera estoy cerca de lo que debería ser». Eso debió de ser lo que empezó a dar vueltas en su cabeza a partir de aquel día, de ese modo tan incómodo con el que las reflexiones adultas a veces ocupan la mente de un niño.

Agachado junto a él entre las sombras, sentí el peligro en su interior, como si Wadi no estuviera conmigo, sino solo dentro de una caverna de pensamientos secretos. Incluso me pareció que podía oler la oscuridad que lo rodeaba. Parecía estar esperando para envolverme a mí también, por lo que me eché a temblar con un sentimiento urgente a medio camino entre el miedo y la expectación.

Cuando el servicio hubo empezado, salimos de nuestro escondite y nos sentamos en el borde de una fuente de piedra situada entre los naranjos que había frente a la mezquita, desde donde estuvimos escuchando las voces apagadas del interior. Empezó a lloviznar, y mientras yo jugaba con el agua de la fuente, Wadi lanzó un palo a través de una de las ventanas. Me horroricé cuando me di cuenta de que había tocado a alguien, que ahora gritaba con todas sus fuerzas. Antes de que yo pudiera reaccionar, Wadi salió corriendo, gritando que todos los musulmanes eran infieles. Yo salí corriendo detrás de él.

Corrimos tan deprisa a través del bosque que Wadi tropezó y cayó por un barranco lleno de helechos y hierbas, y se hizo un buen corte en un brazo. Rasgué un

trozo de tela de mi *dhoti* y le envolví la herida con él. Se lamentó de no haber ido con más cuidado.

—Mi madre me va a matar —gimió.

—No, iremos a buscar la ropa limpia del cesto que guardo bajo la veranda y le daremos éstas a Nupi para que las lave. Les haremos creer que no ha sucedido nada, nunca llegarán a saberlo.

Una vez en casa, Nupi accedió a ayudarnos, aunque nos recriminó que esa vez habíamos ido demasiado lejos, y murmuró para sí algo sobre los niños portugueses, que eran todos unos malcriados y unos consentidos. Todo fue bien aquel día, pero el tío Isaac se dio cuenta de las magulladuras de Wadi a la mañana siguiente, cuando lo despertó para el viaje de vuelta. Mi primo dijo que se había caído al apartarse del camino porque venía un palanquín que llevaba a un *pandito*, un médico indio, que acudía a toda prisa a visitar a un paciente. El tío Isaac, no obstante, sabía muy bien que en el campo los médicos se desplazaban a pie o, como mucho, en carros de bueyes. Después de amenazarlo con darle una zurra, Wadi confesó la verdad sobre la visita a la mezquita, excepto por el hecho de que añadió que había sido yo quien lo había convencido para ir y que le había hecho volver a casa corriendo bajo la lluvia. Lo que no mencionó, por supuesto, fue que se había burlado de los fieles musulmanes o que había tirado un palo por la ventana.

Mi padre me llamó a la biblioteca esa mañana y me contó la versión de Wadi de nuestra travesura, haciéndome callar cada vez que intentaba interrumpirlo. A medida que se enfurecía, me parecía cada vez más claro que mi primo debía saber que el tío Isaac jamás creería la excusa del palanquín. Lo que quería en realidad era que su padre aceptara la segunda narración de los hechos sin ponerla en duda, y la mejor manera de conseguirlo era que lo «pillaran» contando una mentira que lo obligara a confesar la verdad. Por lo visto, el tío Isaac creía que su hijo no era capaz de mentir dos veces seguidas.

¿No podría haberle contado a su padre simplemente que había tenido un ataque y se había caído sobre unas piedras? Eso habría dejado satisfecho a todo el mundo, pensé. Al menos hasta que mi padre finalizó su diatriba y me miró como si ésa fuera mi única oportunidad de explicarme. Luego se me ocurrió que Wadi no se atrevía a prestar ninguna atención adicional a su dolencia, dado que su madre la consideraba una maldición en sí misma.

¿Sería la necesidad de disimular su sufrimiento la causa de todo lo que hizo desde entonces?

No estaba seguro de lo que debía decirle a papá. Me sentía furioso, pero también sabía que si Wadi hubiera contado la verdad su madre se habría dado cuenta de que sentía curiosidad acerca de su origen musulmán, lo que habría conducido inevitablemente a una escena. Mi primo recibió también un buen sermón de su padre, quien debía temer que alguien se fijara excesivamente en las creencias religiosas de su familia. Aún no se me había ocurrido que el rechazo de la tía María a hablar

abiertamente sobre la adopción de su hijo en el fondo era una farsa que no traería más que mentiras más serias, pero quizá Wadi ya se sentía atraído por un peligro del que no podría escapar. Quizás era incapaz de decir la verdad.

Fue muchos años después cuando caí en la cuenta de que mi primo pudo haberse sentido muy confundido acerca de sus propios sentimientos. Quizás incluso quería, secretamente, que sus padres supieran que había visitado una mezquita para que finalmente se le reconociera la vida que había dejado atrás.

Antes de que pudiera decir algo —cualquier cosa— sobre todas mis reflexiones enlazadas, el rostro de mi padre se suavizó. Me pidió que me acercara a él y me besó.

—No soporto enfadarme contigo —susurró—, y ese silencio que guardas, como si yo fuera un ogro... Ti, a veces no sé qué hacer contigo.

—Lo siento, papá.

—Si prometes no volver a visitar jamás ninguna mezquita con Wadi olvidaremos lo que ha ocurrido.

Le di mi palabra y no me castigó. Aun así, nunca consideré que ése fuera un final feliz. Dejé que mi padre creyera una mentira sobre mí y además me di cuenta de que no podría volver a confiar en mi primo en toda mi vida.

5

La vida con mi hermana, Sofía —como mi relación con mi primo Wadi— pronto empezó a ser cada vez menos placentera.

Con su pelo de color miel y su piel clara, todos los habitantes de Ramnath, la aldea más cercana, la conocían ya por su nombre cuando tenía cinco años. Las enjutas ancianas que vendían pescado en el mercado e incluso los recolectores de cocos que subían hasta las coronas de las palmeras solían sonreírle con orgullo, como si fueran sus familiares, y susurraban comentarios a su paso. Pasó un tiempo antes de que me diera cuenta de que mi hermana malentendía completamente la devoción que todos mostraban por ella y entonces ya nada de lo que pudiera decirle podría haberle hecho creer que no debía avergonzarse de la mezcla de sus rasgos europeos e indios.

—¡Todo el mundo se me queda mirando! —me dijo una vez con gran desespero cuando tenía siete años—. Mi pelo es demasiado claro. Tengo un aspecto horrible.

—Estás loca. Nadie piensa esas cosas, simplemente...

—¡Lo que es distinto es feo! —gritaba como si la vida le fuera en ello—. Es lo que dice la gente sobre...

Sofía estuvo a punto de decir «ti», puesto que yo también era una mezcla entre europeo e indio, y mis ojos azules jamás me permitieron pasar desapercibido. Se tapó la boca con las dos manos y se disculpó. Incluso se me acercó y me besó en la mejilla. Fingí que no había herido mis sentimientos, pero en realidad me sentía como si me hubieran abierto la barriga en canal con una navaja y me hubieran metido el miedo dentro.

A veces oía que papá le decía en voz baja a Nupi lo mucho que le sorprendía que una niña tan despierta se hubiera vuelto tan reservada, y que la timidez de Sofía en

público, si no desaparecía con el paso del tiempo, pronto empezaría a preocuparlo. A mí me confesó que siempre parecía atenta al sonido de un intruso invisible que se le aproximara silenciosamente.

Los otros niños y niñas sólo la hacían sentir incómoda e infeliz. Encogida de miedo detrás de papá o de mí, solía dejar que el cabello le cubriese la cara, exactamente como su ama de cría, Kiran, solía hacer cuando Sofía era sólo un bebé. Wadi era la única persona de una edad parecida a la de ella con la que se sentía cómoda, y la lealtad entusiasta que él mostraba por ella cuando era un bebé continuó durante toda la infancia. Lo que más le gustaba a Wadi era mostrarle los tesoros que encontraba: era su manera, creo, no sólo de animarla sino también de mostrarle sus sentimientos más profundos, sentimientos que jamás podrían salir a flote delante de su madre. Recuerdo, por ejemplo, que una vez descubrimos miles de ranas diminutas en el valle que quedaba más allá de Ramnath, donde el canal Indra se convertía en una charca cristalina. Las cabecitas verdes chapoteaban alrededor de la orilla, saltaban entre las hierbas altas y las flores de loto y nos subían por los pies y las piernas. Había tantas que podríamos haber recogido las que quisiéramos con sólo alargar la mano. Nos las poníamos sobre la cabeza, inspeccionábamos sus vientres blancos y croábamos como ellas hinchando las mejillas. Tuvimos que caminar descalzos como las garzas para no pisar ninguna.

—¡Tenemos que enseñárselas a Sofía! —exclamó Wadi, tras lo que se puso a correr a toda prisa hacia la casa.

Fue más o menos entonces cuando empecé a creer que esa energía que siempre demostraba Wadi cuando estaba conmigo era su manera de alejar los ataques, como si estuviera decidido a pasar rápido por la vida para que el mal no tuviera tiempo de alcanzarlo.

A Sofía le gustaron tanto las ranitas que recogimos varias jarras llenas y las soltamos por todo el jardín. Luego nos acostamos en el suelo y dejamos que saltaran y jugaran por encima de nuestros pechos, de nuestras barrigas, y fue como si el mundo nos estuviera haciendo cosquillas.

A partir de entonces, y durante unos años, tuvimos tantas ranas alrededor de la granja que a veces acababan amontonadas en las plantas de albahaca de Nupi, lo que la ponía siempre de muy mal humor. Los vecinos que trabajaban en los arrozales colindantes se quejaron de que atraían a las cobras y a las víboras, y eso constituía un problema mucho más serio, puesto que las muertes que provocaban las mordeduras de serpiente no eran infrecuentes. Aquellos monstros conseguían meterse incluso debajo de nuestras almohadas y dentro de nuestros arcones. Una vez papá se levantó en plena noche y cuando iba a meter los pies en sus zapatillas de seda pegó un chillido de horror al sentir ese tacto viscoso en los dedos de los pies. Durante muchos años, seguiría imitando los saltos que pegó sobre una pierna mientras gritaba furioso mi nombre y el de Sofía.

Siguiendo el ejemplo de mi padre, yo solía intentar utilizar el humor para que mi hermana se sintiera cómoda siempre que teníamos que encontrarnos con alguien que no era de la familia, pero al cabo de un tiempo dejé de hacerlo, porque me acusaba de burlarme de ella y de «ser como todos los demás». Le rogué que me contara lo que había querido decir con eso, pero jamás accedió a explicármelo. Su obstinada reticencia era una montaña que ni siquiera yo podía escalar.

Una vez que estaba especialmente furiosa conmigo, no obstante, dejó entrever algo más de lo que estaba pensando.

—¡Todo el mundo quiere que sea distinta de como soy! —gritó.

No deja de ser cierto que quería que fuera menos tímida, por lo que me sentí culpable y me disculpé. Ella respondió con un susurro:

—Ti, a veces siento escalofríos. Me siento tan inquieta que es como si necesitara salir de mi propia piel y convertirme en alguien distinto.

Con el tiempo, empecé a pensar en mi hermana como si fueran dos personas: una niña de sonrisa fácil, que mostraba un entusiasmo radiante cuando estaba con su padre, con Wadi, Nupi y conmigo, y otra de miradas furtivas e indecisas, que no sabía cómo actuar ante los vecinos, los amigos de la familia y los extraños. Cuando tenía ocho o nueve años, lo que más le gustaba era cuando la dejaban sola para que practicara la caligrafía en un pequeño escritorio desplegable que tenía colocado en la pared norte de su habitación, bajo los postigos de la ventana que papá le había pintado en su tono de azul preferido. Sofía pasaba horas enteras encorvada sobre el papel, sentada en la silla de mimbre, tan compacta como un secreto, con el pelo recogido con el pañuelo de mamá. Podía pasarse semanas creando intrincados diseños de letras hebreas del tamaño de una hormiga, una técnica que había hecho suya después de sentarse junto a mí durante una de mis lecciones, llamada micrografía. Para dar forma a esas letras diminutas —poco más que puntos a simple vista— utilizaba un cálamo que papá siempre tenía afilado para ella. Sofía comprobaba sus progresos con la ayuda de una lupa con mango de marfil que papá le había regalado después de encargársela al fabricante de espejos del sultán en Bijapur.

Incluso ahora, cuando veo a Sofía en sueños, suelo imaginarla sentada en su escritorio y es como si el azul de los postigos, el polvo estrellado de la habitación y el tiempo entre entonces y ahora me dijeran: «Ten cuidado con este recuerdo, porque te muestra que todo podría haber ocurrido de otra forma...».

No sabría decir si el carácter de Sofía encajaba con ese trabajo tan perfecto o si, por el contrario, era la micrografía la que encajaba de forma precisa con su carácter, pero pronto vimos que eso era lo que más le gustaba hacer. Aun así, papá sólo le daba lecciones cuando ella se lo pedía. Mi padre no tardó en ser consciente de su mal genio, de los gritos y los pataleos, de que le gustaba ser la única propietaria de esa parcela de su vida. Me sorprendió cuando, con sólo cinco años, me pidió que le enseñara a hacer sus propias tintas, y lo hice, según las recetas de papá. Más tarde me daría cuenta de lo que debería haberme parecido obvio: que ese conocimiento le haría

aún más independiente.

Ver a Sofía tan contenta en su mundo de seguridad contribuyó bastante a aliviar mi preocupación por ella. Incluso así, a veces aún me quedaba mirándola con atención, la propia de un hermano mayor, hasta que levantaba la lupa de tal manera que los ojos se le veían tan grandes y redondos como los de un camello. A medida que nos hicimos mayores, me di cuenta de que eso era una forma cómica de coraza —que ser adorado también puede constituir una carga— y aprendí a dejarle toda la intimidad que requería mientras trabajaba. Papá predijo un futuro glorioso para ella como calígrafa del sultán.

Fue en esa época cuando dibujó una diminuta flor de loto en una punta del pañuelo que había heredado de nuestra madre. Cuando lo llevaba puesto, escondía la flor para que la gente no pudiera verla. Había un pétalo por cada uno de nosotros: Sofía, Tiago, Berequías y Chana, que era como papá siempre llamaba a mamá, aunque su verdadero nombre era Chandara.

Dada mi naturaleza no me sorprende que, a veces, creciera presionado por la envidia que me causaba el talento y la paciencia sobrenatural de mi hermana. Papá debía notarlo. Cuando tenía catorce años y Sofía sólo diez, nos pidió que trabajáramos juntos por primera vez. Estaba haciendo un libro de oraciones como regalo para la escuela judía de Cochin. Al principio, mi hermana y yo nos peleábamos como avispas, pero después de haber acabado media docena de páginas, vi que se reducía mi ambivalencia respecto a ella. No sólo me parecía que las ilustraciones que hacíamos eran mucho más bellas de lo que podría haber imaginado, sino que además me di cuenta de que nos apasionaban cosas distintas, por lo que no nos pisaríamos el terreno en el futuro. A mí me encantaba darle forma a cosas que requerían mucho colorido y ornamentación —orquídeas y amaneceres, o el vuelo repiqueteado de un enjambre de loros—, mientras que Sofía adoraba los detalles más exactos y pequeños.

Y quizás ocultos, también...

Una noche de domingo, después de pasar toda la tarde estudiando la Torá, mientras intentábamos encontrar una moneda de cobre turca que papá me había dado como amuleto, descubrí un nido de objetos en el fondo del arcón en el que mi hermana guardaba su ropa. La mitad de las cosas que había allí no las habíamos visto jamás, mientras que la otra mitad eran cosas que habían ido desapareciendo durante los últimos años: un collar de cuentas de coral de mi madre, una muñeca de cera de Portugal, botones de carey, una bolsita de conchas rosadas, un dibujo de mi padre que yo había hecho cuando tenía ocho años (y que me había pasado varios días buscando hacía más de un año), y —lo más sorprendente de todo— el collar de flores que le habían dado a Wadi como premio por haber encontrado el bicho en su taza de té. Yo quedé demasiado sorprendido como para enfadarme y demasiado halagado, porque Sofía había considerado que mi dibujo era digno de ser robado, por eso jamás le conté a Sofía que había descubierto su alijo. Ni tampoco se lo conté a papá, aunque

supongo que es posible que él ya lo supiera.

Pero cuando volví a ver a mi hermana después de eso, me pareció casi como si pudiera ver ese tesoro del arcón en sus ojos. Había tantas cosas escondidas dentro de esa niña...

Las ilustraciones que hacíamos los dos nos unieron de un modo increíble, ya que pronto empezamos a hablar más a menudo sobre cosas importantes. Sentados a la sombra de la acacia persa de nuestro jardín, mientras removíamos con los dedos de los pies la superficie rosada de flores que habían quedado sobre la espesa hierba, supe, por ejemplo, que una de sus fantasías era viajar algún día a Venecia, Londres y otras grandes ciudades europeas.

—Incluso me gustaría vivir en Portugal —me confesó un día.

—Será mejor que no le digas nada de eso a papá.

—¡Ahora no, tonto! Cuando sea mayor.

—Allí nos odian. ¿Recuerdas lo que dice el libro de nuestro bisabuelo, que los judíos siempre acosarán los sueños de los reyes de Europa?

—¡Pero eso fue hace sesenta años!

—Es igual, papá no consentiría que te marcharas a Lisboa aunque fueras adulta.

—¿Y qué pasaría si fuera sin su consentimiento?

Sofía me dejó sin aliento cuando la oí hablar de ese modo. En otra ocasión incluso me preguntó si pensaba que Jesucristo era como Jaidev, el *sadhu* que nos había contado que ella había sido una princesa hindú en una vida anterior.

—¿Te refieres a si Jesús debió tener el pelo apelmazado y largo hasta la cintura y la cara cubierta de arcilla seca? —pregunté haciéndome el idiota puesto que estábamos en territorio peligroso. Tuve la sensación de que la estatua de Shiva estaba escuchando nuestra conversación desde la puerta.

—No, ya sabes lo que quiero decir..., sagrado.

—Eso dicen los cristianos —respondí. Mi tono de voz venía a decirle que no tenía ni idea de si era cierto.

—Era el hijo de Dios, ¿sabes?

—¿Quién te ha contado eso?

—La tía María. Y Wadi.

—Creo que si tienes preguntas acerca de Jesucristo deberías hacérselas a papá.

Ella entornó los ojos.

—¿Dios amaba a su madre?

—¿La madre de quién?

—La madre de Jesús, tonto.

—¿Te refieres a María?

—Sí. ¿Dios la amaba?

—Está escrito en la Torá que Dios nos ama a todos.

—A veces me sacas de quicio —suspiró.

—¿Por qué?

—Siempre finges no entender lo que quiero decir —cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿Dios quería a María como papá quería a mamá?

¿Cómo podría haber contestado a eso?

Le dije que no estaba seguro y luego que debía entrar para estudiar la Torá. Esa noche, cuando ella ya estaba en la cama, le conté a mi padre la conversación que habíamos tenido y, aunque no le dijo nada a Sofía, sé que le pidió a mi tía María que no intentara convertirla. Sofía sospechó que pasaba alguna cosa, no obstante, y no tardó en contarme que a nuestro padre no le había gustado que supiera que Jesús era sagrado.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté.

—Porque siempre evita pasar cerca de las iglesias cuando estamos en Goa. Cree que no lo sé, ¡pero lo sé!

Así fue como me di cuenta de que Sofía era mucho más observadora de lo que papá o yo habíamos imaginado.

Mi hermana sólo podía salir de las inmediaciones de nuestra propiedad si papá, Nupi o yo la acompañábamos, aunque sólo fuera para bañarse en las aguas del canal de Indra. Nuestra vigilancia aumentaba su enorme sensación de aislamiento, pero papá se mostraba inflexible en eso, ya que había oído historias sobre chicas que habían sido secuestradas y obligadas a casarse con viudos hindúes cinco veces más viejos que ella. A veces Sofía se quejaba, me decía que yo era un espía y papá su carcelero, aunque no se atrevía a expresar ese resentimiento delante de papá en voz alta. Las celebraciones siempre parecían acentuar su recelo, y recuerdo que después de ir a Ponda para celebrar su undécimo cumpleaños se echó a llorar en cuanto volvió a entrar en su cuarto. Cuando finalmente me dejó entrar, me contó algo más acerca de la gravedad de su infelicidad.

—¡Estoy sola! —sollozó.

—Papá, Nupi y yo hemos estado contigo desde el día en que naciste —le dije con el convencimiento que tenía entonces de que eso debería haber sido suficiente para ella.

—¡Pero yo quiero amigos!

—Tienes tu caligrafía. Te encanta.

Me miró como si yo fuera un demonio.

—No me estás escuchando —dijo—. ¡Nunca me escuchas!

—Y tienes a Wadi —añadí—. Siente devoción por ti.

—Pero vive muy lejos. Casi nunca lo veo. Y es mayor que yo, de todos modos. No sé si podríamos llegar a ser amigos de verdad.

—Sofía, cuando vamos a Ramnath o a Ponda parece que nunca lo pasas bien. Las

otras chicas creen que no son de tu agrado.

Pareció sorprendida.

—Es cierto —añadí—. Piensan que no les hablas y que te tapas la cara con el pelo porque te sientes superior.

Eso sólo la hizo llorar más.

—¿Hace mucho que te sientes así? —pregunté, temeroso de su respuesta.

Sofía hizo un gesto dubitativo, como si yo fuera a castigarla por decir la verdad.

No creo que fuera capaz de darme cuenta de lo diferente que se sentía hasta que levantó esos ojos enrojecidos, como si la vida los hubiera maltratado. ¿Los hermanos mayores siempre creen que sus hermanos son felices aunque se les muestra de forma evidente lo contrario?

Como resultado de esa conversación, me esforcé en que papá nos diera permiso para visitar a nuestros tíos de Goa más a menudo, pensando que sería una buena idea que mi hermana viera a todo tipo de gente con rasgos entre indios y europeos. Pensé también que si Sofía podía entablar amistad con alguien ajeno a nuestra familia más cercana —alguien que no fuera Wadi— empezaría a abrirse. Por tanto, supongo que soy el único culpable de lo que pasó entre ellos.

6

Le hablé de mi infancia a mi compañero de celda Phanishwar para, creo, despedirme de algún modo de esos tiempos que ya desde hacía mucho habían pasado a formar parte de un entramado que tenía sentido para mí. Después de todo, la vida parecía mostrar muy poco interés en encajar en un diseño que pudiera ayudarnos a comprender cómo hemos alcanzado el presente. Ése es un esfuerzo que la mayoría — si no todos— debemos hacer por nuestra cuenta.

Había evitado preguntarle al viejo jainista cómo había llegado a ser encarcelado, pero durante la tercera noche que pasamos juntos, tras despertar de una siesta, me hizo señas para que me acercara a su camastro y me dijo:

—Fue un error terrible, ¿sabes?

—¿De qué estás hablando?

—El hecho de que me arrestaran.

—¿Cómo sucedió?

Puso su colcha rayada detrás de nuestras espaldas a modo de cojín antes de responder.

—Un día, recibí la invitación de un brahmán portugués para visitar Goa. Y luego, cuando...

—Los portugueses no se dividen en castas —le interrumpí—. No hay brahmanes. Tomó una buena bocanada de aire, como si le hubiese dolido.

—Por favor, no me entiendes —dijo, con los labios torcidos por la frustración—. El hombre llevaba una esmeralda grande como una chirimoya en el extremo de una sarta de cuentas.

—¿El qué?

—Llevaba una sarta de cuentas atada a la cintura.

—El rosario. Es para contar oraciones.

—Pero la esmeralda... ¿Qué otra cosa podría haber sido sino un brahmán?

Phanishwar me miró como si estuviera arruinando su historia. Quedaba claro que creía que aquella gran piedra preciosa era para él la prueba irrefutable que podía echar por tierra cualquier evidencia que yo pudiera presentarle.

Había anochecido y las puertas dobles estarían cerradas con llave durante toda la noche. Una tímida brisa se colaba por la ventana de vez en cuando y nos traía el aroma mohoso de la ciudad sumida en la tormenta. Parecía que el tiempo pasaba lentamente a nuestro alrededor, como un fantasma furtivo.

—Ojalá pudiera volver a ver al brahmán portugués —gimió Phanishwar—. ¡Rama y el resto de mis hijos deben estar muy preocupados! ¿Oh, qué hacer...? —Se llevó las manos a la cabeza como si lo estuviera martirizando un gran zumbido—. Dime qué puedo hacer para salir de aquí.

—No lo sé. Puede que si confieras tus pecados al cura te dejen en libertad.

—¿A qué pecados te refieres?

—¿Alguna vez has hablado con desprecio del cristianismo? Si alguien te ha oído, eso sería suficiente para que...

—El cristianismo es la religión del pueblo de Goa, ¿no es así? —me interrumpió.

—Sí.

—Pero yo no hablaría jamás con desprecio de otra religión —dijo indignado.

—Puede que, sin darte cuenta, dijeras algo sobre Jesús que no les gustara.

—¿Quién es Jesús?

—Es como Krishna: una encarnación del Dios cristiano. Vivió hace mil quinientos años en un país lejano.

El jainista se encogió de hombros como si todo eso fueran detalles innecesarios.

—Te juro que rezo cada día y que ayuno durante cada ciclo lunar —me dijo—. Y jamás le he hecho daño a propósito a ningún ser viviente. No soy célibe, es cierto, pero tampoco soy un monje. —Abrió los ojos con gran sorpresa—. ¿Crees que lo que quieren es que sea célibe? ¿Es eso? A mi edad, quizá debería serlo, pero me gustan las mujeres... —En su rostro resplandecía una expresión picara—. Me gustan demasiado, me temo.

—Ni siquiera sé lo que quieren de mí, no digamos de ti —repliqué—. Oye, cuando te arrestaron, ¿les contaste que habías recibido la invitación de un noble portugués?

—Lo intenté, pero los soldados hicieron oídos sordos.

Movió la cabeza con desesperación y levantó cuatro dedos.

—Han pasado cuatro meses desde que me encarcelaron. Por favor, cuéntales que quiero marcharme. Tú hablas bien el portugués, ¿no?

Asentí.

—Y se ve a la legua que eres un joven educado. Sabes leer y escribir, ¿no?

—Sí.

—¡Lo sabía! —Sonrió ampliamente—. Entonces, tú podrás hacérselo entender.

—Pero saben que soy judío.

—¿Judío? —Hizo un gesto suplicante juntando las manos y levantándolas en el aire—. Por favor, dices tantas cosas que no entiendo. Explícamelo.

Le conté que creíamos en un solo Dios y que nuestro libro sagrado lo había escrito un profeta llamado Moisés.

—Los gobernantes cristianos de Goa creen que los judíos son malvados —añadí.

—A su Jesús no le gustaba vuestro Moisés, ¿es eso?

—A Jesús sí le gustaba Moisés. Es a los portugueses que siguen sus creencias a quien no les gusta.

—Suenan muy complicado. En cualquier caso, no importa —declaró—. Cualquiera que vea tus ojos azules querrá ayudarte.

Meneé la cabeza ante su ingenuidad.

—Cuéntame cómo recibiste la invitación de un noble para visitar Goa.

—Yo estaba bailando con *Dharanendra* frente al templo del fuego parsi y el brahmán portugués se acercó a hablar conmigo. Llevaba tantas capas de ropa... En mi ignorancia, pensé que tenía un aspecto ridículo, pero era tan...

—¿Quién es *Dharanendra*? —interrumpí.

Soltó una risa juvenil.

—Mi cobra. Y también un gran príncipe —respondió.

—No lo entiendo.

—¿Sabes quién es Parsva? —preguntó.

Ante mi respuesta negativa, se frotó la barba mal afeitada y gris de las mejillas mientras pensaba las palabras.

—Parsva es el vigésimo tercero de nuestros santos jainistas, muy sagrados y muy valientes. Una vez, en una vida anterior, hace muchos siglos, encontró a un malvado brahmán hindú que estaba a punto de lanzar una serpiente a su fuego expiatorio. Oh, ¿qué hacer, qué hacer? Fue corriendo hacia él, le quitó la criatura aterrorizada al hindú y golpeó al hombre en la cabeza con su báculo.

Phanishwar juntó las palmas de las manos.

—Más adelante, cuando se reencarnó como Parsva, el mismo brahmán malvado se le apareció como un demonio que arrojaba rayos, pero ¿sabes qué?

—¿Qué?

—La serpiente que había salvado en su encarnación previa también había renacido como un príncipe cobra llamado *Dharanendra*. Fantástico, ¿no? Y muy útil, puesto que estaba allí cuando Parsva le necesitaba, porque extendió su capucha por encima de nuestro santo y le salvó la vida. Aún hoy, en algunas cobras puede verse la corona de *Dharanendra* brillando en la parte posterior de la capucha, si te fijas bien. Ésa es la prueba de que tenía el alma de un príncipe.

Phanishwar hablaba con aire triunfal y acabó dedicándome una reverencia, como si hubiera sido yo el héroe de la historia. Por un momento, pareció mucho más que un simple encantador de serpientes analfabeto. Empecé a preguntarme si no sería un

santo disfrazado. Había oído que había *sadhus* indios que viajan disfrazados por las zonas rurales, para poder observar mejor el mundo.

—¿Crees que las serpientes tienen alma? —le pregunté.

Él me devolvió una mirada atónita.

—Lo siento, pero para ser un joven educado a veces dices cosas sin sentido. Si las serpientes no tuvieran alma, ¿cómo podrían estar vivas?

—Phanishwar, no tengo respuesta para preguntas como ésa.

—Incluso las plantas y los árboles tienen alma, por supuesto —dijo, como si le hubiera provocado a propósito y esto no pudiera ser más evidente. Su expresión se volvió más severa—. Dime, sinceramente, y no hieras mis sentimientos. ¿Los portugueses son como los hindúes? ¿Sacrifican animales?

—No.

—¿No me ocultas ni una partícula de verdad?

Cuando negué con la cabeza, sus ojos se llenaron de lágrimas de felicidad.

—¿Entonces *Dharanendra* volverá a bailar conmigo! —exclamó. Mostró una sonrisa de alivio y añadió—: ¿Has visto alguna vez a un encantador hindú?

—En Ponda, muchas veces. Tocaba una flauta fabricada con una calabaza y su cobra se balanceaba dentro de la cesta, como si estuviera borracha.

Frunció la nariz en un gesto de indignación.

—Cualquiera es capaz de encantar a una serpiente metida en una cesta. No es muy peligroso. Una cobra no es tan rápida atacando si tiene la cola por debajo del borde. Lo más terrible —susurró— es que los encantadores de serpientes les quitan los colmillos a las cobras. Un día, mi maestro me pidió que se lo hiciera a una cobra que acabábamos de atrapar. Hacía tres años que era su aprendiz y consideró una especie de honor el permitir que lo hiciera yo. ¿Dañar a una cobra es un honor? ¡Qué hombre más tonto! Me negué a hacerlo, por lo que me echó de su casa a escobazos. ¿Puedes creerlo? Yo tenía sólo trece años. ¡Qué triste es estar tan solo para un chico tan joven! ¡Y qué solitario me parecía el mundo! Empecé a pie el camino de vuelta hacia mi aldea y después de dos días me encontré con un festival hindú en el que los sacerdotes estaban sacrificando serpientes, las echaban dentro de una pira. Me pareció un mal augurio y quise actuar como un héroe, como Parsva, pese a ser tan pequeño y estar tan asustado. Entonces le pregunté a uno de los ancianos si estaba dispuesto a soltar a las pobres criaturas si conseguía que una de ellas bailara sobre mi barriga.

—¿Lo habías hecho alguna vez antes?

—No, pero tenía que hacer algo espectacular y fue lo único que se me ocurrió. Cuando el hindú aceptó mi reto, miré dentro del foso en el que estaban las serpientes y vi una cobra preciosa, enorme, de unos dos metros, acurrucada junto a una diminuta a la que intentaba ocultar para mantenerla a salvo. La pequeña era una cría y me di cuenta de que su madre quería que sobreviviera más que cualquier otra cosa, por lo que la tomé y, levantándola en el aire, le susurré cuál era mi plan. Me temblaban las

piernas de miedo, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Me tendí en el suelo sobre la espalda y la cogí delicadamente con el dedo pulgar y el índice, por la cabeza, y la dejé con cuidado sobre mi barriga. Los aldeanos formaron un círculo a mi alrededor, me miraban con los ojos fuera de las órbitas. Había muchísima gente y nadie se atrevía a moverse, ni siquiera a respirar. El silencio de las serpientes puede ser atronador, Trevas Azuis. Todo el mundo contiene la respiración frente a una cobra.

Se cubrió la oreja derecha con una mano y los ojos con la otra, me miraba por una rendija que dejó entre los dedos.

—Había gente que no se atrevía a mirar, algunos ni siquiera a escuchar.

—¿Y qué ocurrió?

—La cobra madre se sentó muy quieta durante un buen rato, luego levantó la cabeza y desplegó la capucha como si estuviera a punto de atacar. La gente gritó, pero yo la miré con dulzura para que supiera que mis intenciones eran buenas. —Phanishwar me mostró una sonrisa benevolente y a continuación levantó las manos lentamente por encima de su cabeza—. Acaricié el aire de este modo y le dije: «Ahora, salva a tu cría, debes bailar conmigo».

Los ojos de Phanishwar brillaban con expresión traviesa.

—¿Y bailó?

—¡No, ese monstruo odioso me mordió tan fuerte como pudo! —gritó entre risas—. Aquí. —Inclinó la cabeza hacia un lado y me mostró una cicatriz en el cuello—. Toca.

Pasé la yema de mi dedo por la protuberancia que mostraba la piel, mientras me reía con él.

—¿Te gusta? —preguntó con una sonrisa esperanzada.

—Impresionante.

—La piel se me volvió azul y amarilla, y se me hinchó mucho —añadió con excitación—. ¡Me convertí en una atracción! Hombres, mujeres y niños recorrían hasta veinticuatro kilómetros para verme: el chico jainista con el cuello pintado por los colmillos de una cobra. ¡Y todo porque ese monstruo odioso intentó matarme!

Se reía de buena gana. Sentí que la felicidad me llenaba el cuerpo por primera vez en muchos meses.

—Me han mordido once veces —dijo con orgullo.

Luego enumeró los nombres de cada uno de los pueblos en los que una serpiente lo había sorprendido, mientras los contaba con los dedos, aunque al final sólo fueron diez. Su mirada de aturdimiento exagerado me hizo reír otra vez. Hacía el payaso para mí como solía hacer mi padre y, aunque lo agradecí, también sentí que la angustia me aguardaba más allá de lo que estuviera diciendo.

—¡Oh, sí, en Bastora, una cría me mordió en un pie! —recordó de repente. Me mostró una uña que la serpiente le había destrozado.

—Esa primera vez la cobra madre me dejó en la montaña sagrada de Indra durante dos días y una noche —dijo alegremente—. Y cuando desperté tuve fiebre

durante dos días más. —Su rostro se entristeció—. Los pobres aldeanos pensaban que me iba a morir y le rezaron a Devi para que me ayudara. «Oh, ¿qué podemos hacer para salvar al joven jainista?». Por lo que sacrificaron a la serpiente madre, pobre animal. Fue algo terrible. Pero ¿sabes qué? Cuando me recuperé, me regalaron la cría por haber mostrado tanto valor, así como dos cocos para mi viaje de vuelta, y un fruto de yaca, también, y algo de incienso para mis oraciones. Los niños me pusieron flores alrededor del cuello y me nombraron Rey de las Serpientes. Yo a mi serpiente la llamé *Dharanendra*.

—Fuiste muy valiente. Pero quizás algo inconsciente por intentar que la madre bailara sobre tu barriga.

—No, te equivocas, amigo mío. ¡No tardé en conseguirlo! ¡Deberías ver cómo baila *Dharanendra* ahora conmigo!

—¿Aún la tienes? ¿Tanto viven las serpientes?

—¿Conoces la historia jainista del hombre que pintó más de cien templos, todos de color azul?

—No, pero ¿qué tiene que ver eso con *Dharanendra*?

—Ya lo verás. Cuando alguien le preguntaba al pintor por qué no utilizaba el color amarillo, el rojo o el verde, siempre respondía: «He encontrado el color que necesito, el que me gusta, o sea, que sería estúpido y desleal utilizar otro». —Phanishwar volvió a dedicarme otra reverencia.

—O sea, ¿que todas tus serpientes se llaman *Dharanendra*?

—Todas. Llegué a Goa con *Dharanendra Novena*.

—¿Y les enseñaste a bailar a todas?

—Por supuesto. El secreto está en fingir que eres una cobra. —Juntó los pulgares y se puso las manos detrás de la cabeza, con las palmas hacia delante para formar una capucha—. Si te conviertes en una de ellas, bailará como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida. Puedo conseguir incluso que dé vueltas sobre sí misma y, si no ha comido demasiado, que haga una especie de salto. —Debí mirarlo con escepticismo por lo que dijo a continuación—. ¡Te lo juro! Podrás verlo con tus propios ojos en cuanto salgamos de aquí.

—Si es que eso llega a ocurrir.

—Ocurrirá, porque tú les contarás que estamos aquí por error. —Movié dos dedos en el aire, luego los chasqueó frente a mi barbilla como una víbora al ataque—. Y tienes que preguntarles por *Dharanendra* —añadió con una mueca—. Espero que no haya mordido a nadie, se enfada mucho cuando no estoy.

—Aún no me has contado lo del noble portugués.

—Porque me desvías del tema continuamente —dijo.

—¿Yo?

—Sí, eres demasiado... demasiado inquisitivo. —Me guiñó un ojo y me di cuenta de que volvía a tomarme el pelo.

La amistad que crecía entre nosotros me preocupó de repente, como si me alejara

de mí mismo.

—¿Qué ocurre? —preguntó dándome unas palmaditas en la rodilla—. Espero no haberte ofendido.

—No, es sólo... es sólo que los sentimientos me asaltan sin avisar. A veces parezco completamente perdido.

Me besó en la frente.

—Eres un joven bueno y bien parecido, amigo mío —me dijo—. Todo irá bien, estoy seguro.

Estuve a punto de empezar a hablar de lo que sentía, pero él se llevó un dedo a los labios, como si fuera peligroso contar nada más. «¿Quién es ese hombre?», pensé, como si por primera vez en mi vida notara que estaba en presencia de un ser mucho más sabio de lo que yo podría llegar a ser jamás: la encarnación de una gran alma.

—¿Quién... quién eres realmente? —tartamudeé.

Parpadeó un par de veces.

—Todos somos grandes personas. Incluso tú. Ahora te contaré algo que muy poca gente sabe —dijo, muy serio. Parecía estar disfrutando de la posibilidad de hablar conmigo de cosas importantes—. Pero primero debes decirme si sabes por qué las serpientes asustan a casi todo el mundo.

—Porque muerden. Y pueden llegar a matar.

—Exacto, pero ésa no es la única razón. Con su veneno, las serpientes no sólo pueden matarnos, sino también dejarnos en trance, y en ese trance podemos sentarnos con Indra en su trono. He oído decir que las cobras son la hoja de una espada que puede liberarnos de nuestras cadenas o bien acabar con nuestra vida. Sus bocas se alimentan de las criaturas del suelo y sus colas se elevan hacia el cielo, de manera que cuando te conviertes en serpiente estás en ambos mundos a la vez. ¿Recuerdas cuando tu madre volvió a cruzar el puente de la muerte a la vida para decirte adiós por última vez? —preguntó mientras volvía a rascarse las mejillas—. Las serpientes pueden llevarnos hasta ese mismo puente.

Antes de que pudiera responder, pasó un brazo por encima de mis hombros y me acercó aún más a él.

—Bueno, como te decía antes de que me interrumpieras... estaba bailando con *Dharanendra*, y cuando acabamos, el brahmán portugués se me acercó y me dijo que le gustaría que lo visitara en Goa. Me aseguró que me pagaría generosamente si entretenía a los invitados de su boda.

—¿Ese noble te dijo su nombre?

—Sí, y tenía cuatro. ¿No es maravilloso? Se hacía llamar Padre Carlos Miguel Fonseca. Unos nombres magníficos, ¿no crees? Se deslizan por mi lengua cada vez que los digo.

—¿Cómo iba vestido?

—Llevaba ropas oscuras y dos piezas de metal precioso unidas alrededor del cuello. Así. —Phanishwar cruzó los dedos índices—. Me dijo cómo se llamaba,

sonaba a algo muy poderoso, pero lo he olvidado.

—Eso era un crucifijo, un símbolo cristiano. ¿Había otros hombres con él?

—Cinco más, y lo veneraban de tal modo que enseguida supe que era alguien importante. Un hombre muy agradable, además. Debió haber sido fiel y bueno en su vida anterior para haber tenido una reencarnación tan favorable. Y no paraba de sonreír, como si ocultara un buen chiste bajo la lengua.

«Lo tenía, ¡y era sobre ti!», pensé.

—Phanishwar, no era ni un brahmán, ni siquiera un noble —le dije de repente—. Lo que le hacía tanta gracia era la posibilidad de engañarte.

—No, te equivocas. Puede que incluso formara parte de la realeza. ¡Como Dharanendra! De hecho, pensé en ello. Un rey... Quizá conocí al rey de los portugueses ¿no crees? ¿Sabrías reconocer su rostro si te lo describiera?

—Era un cura.

—No, no, no. Es imposible. Llevaba tantas capas de ropa. Sólo un gran señor podría...

—Era un dominico o un jesuita. Los curas controlan la Inquisición aquí. ¿No te das cuenta? El primer nombre que oíste —padre— significa que es un miembro de la Iglesia católica. Te engañó.

—Pero me invitó a bailar con *Dharanendra* en su boda. Nadie mentiría acerca de un día tan sagrado.

—¡Los curas católicos no pueden casarse!

—¿De verdad?

El rostro de mi compañero de celda se ensombreció mientras sopesaba las consecuencias de esa nueva información, pero luego se dibujó una sonrisa en sus labios.

—¡Ahora lo entiendo! Hablábamos a través de un intérprete, y ese estúpido debe haberse equivocado. ¡Debía de ser la boda de su hijo! —dijo con renovado vigor.

—Phanishwar, de veras creo que...

El afecto que sentía por él era ya tan grande, y él deseaba tan desesperadamente una buena noticia, que no me atreví a finalizar mi objeción. Decidí obviar la verdad, que Dios me perdone.

—¿Así que viniste a Goa para la ceremonia de su boda? —dije.

—Sí, nosotros —*Dharanendra* y yo— vinimos tres días antes. Llegamos a Goa en un barco muy bonito, pero los soldados me registraron la bolsa y la descubrieron durmiendo. Montaron un buen jaleo, todo eran gritos y chillidos. A mí me dolía la barriga de tanto reír, porque se pusieron a saltar como sapos y no se atrevían a acercarse a la bolsa. ¡Cualquiera diría que mi *Dharanendra* era un cocodrilo! Sabía que Padre Carlos Miguel Fonseca se reiría también, y les conté a esos hombres que me había invitado. Estoy seguro de que un mono me habría entendido mejor, pero esos portugueses... —Movié la mano delante de su cara y miró al techo—. Por muy despacio que les hablara, me miraban sin entender nada de lo que les contaba. Fueron

muy desagradables, me pusieron grilletes. Y me trajeron aquí. —Apretó un puño—. Estoy seguro de que si Padre Carlos Miguel Fonseca supiera que estoy aquí ahora, se enfurecería con ellos. Seguro que ya nos hemos perdido la boda de su hijo. Cuando lo sepa, castigará a esos malvados. Y luego nos invitará a ti y a mí a su palacio.

Lo dijo con tanto convencimiento que casi empecé a creer que había interpretado correctamente lo que había dicho ese cura después de todo.

—Le contaré tu historia al carcelero —le aseguré mientras le daba unas palmaditas en el hombro—. Le pediré que llame al brahmán portugués que conociste.

—Te ruego que preguntes también si *Dharanendra* está bien. —Phanishwar me tocó el pie para asegurarse de que le hacía caso e hizo gestos con un dedo—. Si quieres, incluso puedo enseñarte a hacerla bailar sobre tu barriga. Así tendrás una manera de ganarte la vida honradamente, amigo mío, allí adonde vayas. Y quizá llegues a sentarte con Indra de vez en cuando en el cielo. Esos son buenos presentes para alguien a quien quieres, ¿no crees?

7

Al amanecer, le enseñé a Phanishwar las plegarias matinales judías, y él me enseñó cómo empieza el día un jainista. Primero entonaríamos la palabra *nisihi*, que según me dijo significaba «abandono» y simbolizaba nuestro paso a un espacio sagrado. Luego me hizo caminar tres veces en el sentido de las agujas del reloj por el centro de la celda, donde habría puesto su talla de madera de Parsva subiendo por una serpiente enrollada hacia el cielo si no se la hubieran confiscado los soldados portugueses. Juntos rociamos con agua el santo invisible y luego llegó el momento de ofrecerle arroz, dulces y fruta.

—Dios mío, ¿qué vamos a hacer? —gimió Phanishwar—. Estoy tan confuso aquí dentro que no me acordé de guardar algo de mi cena para él.

Estuvo pensando durante un buen rato en silencio, con las manos en la cara, como cuando un niño se tapa los ojos, hasta que volvió a la vida y me pidió que me arrancara cuatro pelos de la cabeza.

—Pero ¿por qué? —pregunté.

—¡Hazlo, hazlo! —dijo metiéndome prisa mientras movía las manos como si estuviera espantando a un enjambre de abejas—. Tienes el pelo tupido, puedes permitirte.

La puerta exterior de nuestra celda rechinó al abrirse y el Analfabeto, que apestaba a licor de palmera como de costumbre, nos pasó el desayuno a través de la rendija. Le rogué que le contara al padre Carlos Miguel Fonseca que Phanishwar estaba allí.

—Este hombre es un famoso bailarín de serpientes al que el padre Carlos conoció hace poco —le expliqué mientras señalaba al jainista.

El Analfabeto se limitó a soltar un gruñido, pero mi compañero me sonrió con gratitud.

—Ahora se hará justicia —dijo con los ojos llenos de satisfacción.

Ató los pelos que me había arrancado y separó las puntas para formar una flor. La dejó a los pies de Parsva.

—Tiene cuatro pétalos —dijo—. Uno para los seres humanos, otro para los animales, otro para los dioses y otro para los demonios.

Dibujamos una media luna con el arroz del desayuno junto a la flor. Mientras repetía las oraciones de Phanishwar, pensé que papá se habría enfurecido si me hubiese visto rendirle culto a un ídolo, aunque fuera invisible, surgido de la imaginación de un hombre bueno y honrado. Pero también sabía que mi padre estaba muerto y que mi vida debía seguir por caminos que ninguno de los dos habría sido capaz de prever.

Durante el mes siguiente no supimos nada más acerca de nuestra petición para ver al padre Carlos. Phanishwar y yo establecimos un peculiar sentimiento de camaradería y, fiel al gran sol indio de optimismo que siempre brillaba dentro de él, mi compañero continuó convencido de que nos liberarían al momento cuando su amigo cura se enterara de nuestro sufrimiento.

—Un hombre tan importante probablemente esté en un viaje de aprendizaje —dijo el jainista—. Tan pronto como vuelva, vendrá a vernos.

A medida que pasaban las semanas, sentía cada vez más gratitud hacia Phanishwar por lo mucho que respetaba mis cambios de humor. A veces no podía evitar ponerme a llorar como un chiquillo abandonado y él me abrazaba con fuerza y me hablaba con su voz tranquilizadora sobre su familia, de manera que pronto habría sido capaz de reconocer a sus hijos si me los hubiera encontrado por la calle. Otras veces, necesitaba toda mi fuerza de voluntad para no gritar. Caminaba kilómetros y kilómetros dentro de la celda, luchando contra mi mente, tan cargada de peligros como las nubes del monzón. Aprendió a no dirigirme la palabra cuando me ponía así.

Sin ser consciente de ello, poco a poco el jainista me devolvió a un mundo regido por Dios; gracias a él, empecé a creer que podría volver a ver a mi familia en poco tiempo y que, de algún modo, volveríamos a empezar nuestras vidas.

Una tarde, las puertas dobles de la celda se abrieron y un cura corpulento, con el pelo gris, entró en nuestra celda. Supe quién era enseguida por el cabujón de esmeralda que colgaba de su rosario. Phanishwar, que había estado durmiendo hasta entonces, se levantó de golpe.

El padre Carlos se puso las manos sobre la generosa panza y, tras un rápido suspiro, sonrió al jainista como si se hubiera sentido aliviado de haberlo encontrado después de una ardua búsqueda. El Analfabeto y otro guardia permanecían firmes detrás de él.

—¡Ahí está! —exclamó el cura en portugués.

Phanishwar juntó sus manos y le hizo una pequeña reverencia a nuestro invitado.

—Gracias por venir a verme, señoría —dijo en konkaní.

—¿Hablas su idioma? —me preguntó el cura.

—Sí —respondí, y le traduje lo que el jainista acababa de decirle.

—Soy yo el que debería agradecerle que haya venido a verme —dijo el padre Carlos con voz amable.

—Siento no poder ponerme de pie para saludarlo, señoría —le dijo el jainista—. Por favor, no se ofenda.

—Por supuesto que no —respondió con una sonrisa.

«Benditas sean las sorpresas de la vida —pensé—. ¡Phanishwar tenía razón respecto a ese hombre!».

—Y siento mucho haberme perdido la boda a la que me invitó —dijo mi amigo —, pero llevo aquí algunos meses y los carceleros no querían soltarme.

El padre Carlos me miró con dureza mientras repetía las palabras del jainista en portugués. Cuando hube acabado, el cura sonrió como si estuviera orgulloso de mí, y me tocó ligeramente un brazo. Tuve que resistirme para no caer de rodillas implorándole que me liberara. Estaba mareado y me dolía el estómago, parecía como si toda la esperanza que había enterrado allí estuviera a punto de traicionarme. Pude oír a mi padre diciéndome: «Cálmate y volverás a casa con Tejal. Criarás a mis nietos y...».

—¡Si lo hubiese sabido, habría venido inmediatamente! —le dijo el padre Carlos a Phanishwar. Tenía una voz muy bonita, calmada por años de paciente estudio. Había olvidado que el sonido del portugués pudiera ser tan conmovedor.

—Ahora estarás seguro conmigo —le dijo a Phanishwar.

Se volvió hacia los guardias y dijo:

—Coged a este hombre y llevadlo con nosotros. Y con mucho cuidado.

Cumpliendo su orden, llevaron a Phanishwar como si fuera sentado en un palanquín. Él sólo alcanzaba a sonreír, halagado por tantas atenciones.

—¡Ay!, menudo jaleo he causado —dijo el padre Carlos mientras pasaba por mi lado—. Por favor, perdóneme.

Aterrorizado por la idea de que me olvidase, dije en konkaní:

—Phanishwar, te daré todo lo que tengo si puedes liberarme.

—No sufras, Trevas Azuis. Volveré a por ti antes de que se ponga el sol. —Movié los brazos en el aire—. ¿Quién si no tú podría llevarme volando hasta mi aldea bajo la luz de la luna?

No volví a ver a Phanishwar hasta dos días después, pero mi reavivada esperanza no paró de darle vueltas a ensoñaciones delirantes. Imaginé que caminábamos juntos hasta su aldea y saludábamos a Rama y al resto de sus hijos. Los invitaba a todos a

visitar nuestra granja. Nupi preparaba *korma* con pollo para comer. ¡Dábamos las gracias al Señor de la Torá y a los santos jainistas ese día!

Con las yemas de los dedos, recorría la marca de las cicatrices que me habían quedado en las muñecas. Me sentía feliz de tenerlas, ya que demostraban que había sobrevivido a lo peor. Le pregunté al Analfabeto sobre el paradero de Phanishwar esa primera noche y a la mañana siguiente, pero el carcelero se limitó a fruncir el ceño; me consideraba poco más que una molestia.

El tercer día, justo antes de cenar, la puerta se abrió de golpe para mostrar al Analfabeto con Phanishwar en brazos: lo llevaba a peso, estaba inconsciente. Lo dejó caer sobre su camastro con un gruñido de resentimiento.

—Este maldito indio pesa más de lo que crees —declaró. Se frotó las manos como si se quitara una mancha repugnante.

No vi marcas ni quemaduras en el cuerpo de mi amigo, pero tenía sangre seca en las comisuras de los labios.

—¡Has vuelto a hacerle daño, hijo de puta! —grité.

—¡Quieto ahí, judío!

Le escupí y me respondió gritando.

—¡Me parece que tendré que hacerte razonar a golpes!

—¡Inténtalo! —grité desafiante, pero no le di la oportunidad de probarlo. Salté sobre él y lo lancé contra la pared, le rompí al menos una costilla con un crujido glorioso. Jadeó y gritó pidiendo ayuda, pero me las arreglé para agarrarlo por la garganta. Qué bien que me sentí al tenerlo en mi poder. Habría matado a ese patán vicioso de buena gana, pero otro carcelero acudió corriendo y me separó de él.

—¡Estás muerto, judío! —gritó el hombre que acababa de llegar mientras levantaba la porra por encima de su cabeza.

Me desperté a oscuras. Me dolía la cabeza. En algún lugar más allá de la puerta, Nupi hablaba con mi padre sobre un viaje que estábamos a punto de hacer al pueblo de ella.

—El sol nos mantendrá a salvo —le decía a mi padre.

—Pero el sol no ve a través de las piedras —contestó él.

Luego el mundo entero se desvaneció. Yo estaba flotando. Creí oler el aroma de la noche, a canela caliente. La luna estaba encima de mí, creaba espirales plateadas de luz alrededor de mi cabeza y brillaba sobre el bosque de bambú que quedaba por debajo de mis pies. Me pregunté si eso sería la muerte. Esperaba que así fuera.

Cuando volví a despertarme, era como si hubiese caído desde una gran altura. Me dolía todo el cuerpo. Intenté lamerme los labios, pero el dolor era insoportable. El segundo carcelero debió haberme pateado la cara y me había roto la mandíbula. Me apreté en la sien con un dedo y sentí como si la uña entrase hasta el hueso.

A la mañana siguiente, informé a Phanishwar mediante gestos de que no era capaz de hablar. Rozó sus labios cuarteados con mi mandíbula hinchada y luego se sentó de espaldas a mí, mirando a la pared. Ni siquiera tocó el desayuno ni se volvió para mirarme por mucho que tirase de él para llamar su atención. Yo aún no sabía que era incapaz de levantar los brazos para coger la comida.

Varias horas más tarde, empezó a aullar. Era un sonido tristísimo. Yo me agaché como un mendigo a sus pies para que me contara qué le pasaba, pero él se limitó a negar con la cabeza. Esa noche, no obstante, cuando las últimas sombras del ocaso desaparecieron de nuestros muros, se me acercó, se sentó junto a mi camastro y me contó lo que había sucedido.

Después de dejar la celda casi cuatro días antes, lo llevaron a una sala con cientos de libros dispuestos en estantes que cubrían las paredes. El padre Carlos tomó un gran libro negro y leyó algo en su mesa a la luz de una vela dorada tan alta como un hombre. Un pequeño indio con un crucifijo colgado alrededor del cuello le hacía de intérprete.

—Lo que el cura leyó trataba de mí, no podía creerlo —me dijo el jainista con voz perpleja—. Describió cómo había encantado a *Dharanendra* el día en que la conocí. Había incluso un dibujo diminuto de mí que él mismo había hecho. Le pregunté sobre aquello, y respondió: «Estoy documentando las costumbres de la India porque pronto desaparecerán. Cualquier rastro de hechicería y de superstición quedará reducido a polvo. He venido a dejar constancia de todo ello para la posteridad».

Phanishwar le dijo que no veía cómo iban a desaparecer las costumbres indias, ya que se habían practicado durante miles de años.

—Todos vuestros dioses han muerto —le explicó el cura con una sonrisa de entusiasmo—. Los hemos destruido con esto —añadió mientras le mostraba el crucifijo que le colgaba del cuello.

Cuando Phanishwar le preguntó cómo podía ser que Indra, el Rey de los Dioses, muriera, el padre Carlos respondió con una voz grave, que no presagiaba nada bueno, para decirle que lo había matado la compasión de Cristo, del mismo modo que mataría a todos los infieles y paganos.

—Ya está enterrado —dijo el cura—, pero tú aún no lo sabes.

—Lo que decía no tenía ningún sentido, amigo mío —me dijo el jainista—. Incluso si Indra hubiese sido asesinado por un gran demonio que pudiera adoptar la forma de una cruz, renacería al instante. Enterrarlo no serviría de nada. Incluso los niños más pequeños lo saben. —Sus ojos se abrieron en una expresión de súplica—. Dime, ¿no tengo razón?

—Seguro que sí —respondí en voz muy baja.

Phanishwar dijo que después el padre Carlos abrió el libro por una página en blanco y mojó su pluma en tinta negra.

—Cuéntame todo lo que sabes sobre las serpientes y cómo las entenas —dijo.

—Pero tardaría muchas horas en contarlo —protestó el jainista—. No haría más que aburrirte.

El anfitrión rió con dulzura.

—No tengo prisa. Y quiero saberlo todo.

Mi amigo le contó todas las historias sobre serpientes que fue capaz de recordar, y cómo intentaba entrar en *Dharanendra* cuando bailaban. Le habló incluso de que el veneno de una cobra contiene tanto el cielo como la tierra, aunque lo hizo en voz muy baja, ya que aquello revelaba un poder que no era apto para los oídos de cualquiera. El cura lo anotó todo sin interrupción hasta que le oyó decir a Phanishwar que las serpientes tenían almas inmortales, sujetas a las mismas leyes cósmicas que los hombres. Al oír eso, hizo parar a su invitado y le hizo muchas preguntas acerca del tamaño, forma y constitución del alma, lo que adentró a Phanishwar en un terreno pantanoso que lo llevó a otras cuestiones esotéricas sobre las que sabía muy poco. No obstante, no quería decepcionar a su anfitrión, por lo que se inventó las respuestas tan bien como pudo, aunque se aseguró de añadir que sería mejor si el padre Carlos consultaba a un sacerdote jainista.

A esas alturas, Phanishwar ya había empezado a disfrutar de la calidez de la presencia del jesuita y sus ávidas preguntas. El padre Carlos sonreía como si cualquier verdad lo complaciera, y el jainista se sentía orgulloso de que lo escuchara un brahmán portugués; aunque sentía un poco de vergüenza, también, ya que no era más que un simple bailarín de serpientes de una pequeña aldea que no sabía ni leer ni escribir. No paró de disculparse por pertenecer a una casta tan baja e insignificante, y por no haber podido asistir a la boda a la que había sido tan generosamente invitado. Juró que, si así lo deseaba, bailarían con la serpiente para el cura, y que se negaba a aceptar a cambio ni una sola moneda de plata, ni siquiera de cobre.

Luego se arriesgó a preguntar algo.

—¿Su Señoría sabe algo sobre mi serpiente? ¿Sobre *Dharanendra*? —preguntó.

—¡Por supuesto que lo sé! Te la traeré en cuanto hayamos acabado.

Phanishwar bendijo y adoró al padre Carlos, e incluso insistió en arrodillarse junto a él y besar sus pies. Habían pasado al menos tres horas desde que habían empezado a hablar, por lo que el jainista pensó que lo mejor sería mencionarme entonces. Se retiró hasta su silla antes de empezar a hablar.

—El hombre de ojos azules de mi celda también está allí por error. Dice que es judío y que cree en un solo Dios, pero no sé si es Vishnu, Shiva o Devi, o uno adorado sólo por los portugueses, o si al Dios judío también lo ha matado la compasión de su Cristo.

El cura rió hasta llorar sin que a Phanishwar se le ocurriese razón alguna para hacerlo. A continuación le pidió saber más cosa sobre serpientes. Más o menos una hora más tarde, el jainista ya había dicho todo lo que tenía que decir, y su anfitrión dejó la pluma a un lado.

—Me has sido de gran ayuda, Phanishwar. Te doy las gracias —dijo.

Le dio unas palmaditas en la mano al jainista como si se hubieran convertido en buenos amigos, se dirigió a la puerta e hizo llamar a un asistente. No le tradujeron la breve conversación a Phanishwar, aunque por el gesto que hizo el cura al señalarlo estaba seguro de que estaban a punto de liberarlo. El entusiasmo se apoderó de él. Empezó a hablar de mí otra vez, pero el intérprete indio lo interrumpió.

—Su Excelencia desea preguntarle si ahora confesará por sus cargos de brujería. Si lo hace, solicitará una audiencia enseguida con el Gran Inquisidor.

Phanishwar le respondió como había estado practicando en nuestra celda:

—Cierto es, Su Señoría, que no he sido célibe. No creí que fuera necesario, ya que no soy un monje. Confieso que he actuado a conciencia y le ruego que acepte mis más humildes disculpas. —Y sonrió esperanzado, pensando que había hablado bien.

—Pero ¿qué hay de los años en los que ha practicado la brujería? —preguntó el padre Carlos. Su tono era más severo.

—Que yo sepa, jamás he hecho daño a nadie, ni con mis palabras ni con mis actos —respondió Phanishwar, dado que eso era lo que él entendía por brujería.

—¡Las veinte páginas que he escrito no tratan de otra cosa! —gritó el cura—. ¿Acaso crees que ignoro por qué viniste a Goa? ¿Crees que soy idiota?

—*Dharanendra* y yo... nosotros... vinimos a su boda —tartamudeó Phanishwar.

—¡Si no lo confiesas todo, habrás venido a Goa para tu funeral! —bramó el otro hombre.

El jainista se quedó en silencio, se preguntaba qué debía hacer para volver a ganarse el favor de su anfitrión. Al parecer, el brahmán portugués era en realidad dos hombres, y parecía que el segundo no era nada cordial.

—¿Le negarías a Cristo la verdad sobre tus malas artes? —preguntó el padre Carlos.

Phanishwar volvió a arrodillarse e intentó hablar despacio, para que no hubiera errores en la traducción.

—Por favor, Su Señoría, llame al joven de mi celda. Él se lo explicará todo en portugués.

El cura, furioso, no volvió a dirigirle la palabra a su anfitrión; en lugar de eso, hizo llamar a dos soldados. Cuando éstos cogieron a Phanishwar, el jainista suplicó que no volvieran a quemarlo y prometió a gritos que sería célibe a partir de entonces.

—Me temo que no tienes otra opción mientras seas prisionero de Cristo —le informó el padre Carlos.

Se lo llevaron varios pisos más abajo hasta las mazmorras donde le habían quemado los pies. Estuvo a punto de desmayarse a causa del terror que le provocó el hedor de carne podrida del lugar, y cuando unos hombres con largas capas le ataron las manos detrás de la espalda con cuerdas que olían a salitre, fue incapaz de ofrecer resistencia. Se limitó a susurrar que todo era un error. Pasaron las cuerdas por una polea que estaba cerca del techo y le ataron una cesta llena de piedras a los pies. Lo levantaron tres veces a cinco metros de altura y luego lo dejaron caer de golpe hasta

que quedaba a pocos centímetros del suelo. Sus gritos eran tan desgarradores y sus plegarias tan interminables que le pusieron un trozo de metal en la boca atado con correas de piel a la nuca. Después de descoyuntarle los hombros, lo dejaron colgando el resto de la noche. Al menos, así era como lo recordaba. No tardó en perder la noción del tiempo.

En algún momento lo golpearon con un atizador en las costillas y le hicieron preguntas, pero no supo decir qué le preguntaron, cuáles fueron sus respuestas, ni cuánto duró la tortura. Le ataron una serpiente podrida, llena de gusanos, alrededor del cuello antes de una de las peores sesiones. No creyó que fuera *Dharanendra*, aunque eso fue lo que le dijeron.

—Ya no me importaba si era mi querida amiga —me dijo Phanishwar entre sollozos—. ¿Ves lo que ha pasado, amigo mío? Ya no soy el hombre que era. Ya no soy un hombre. —Tenía los ojos enrojecidos por la desesperanza—. No puedo ni levantar los brazos ni andar. ¿Qué le ocurrirá a mi hijo? ¿Qué le ocurrirá a Rama?

No sabría explicar lo que sufrió Phanishwar los días siguientes, ya que no me dirigió la palabra, incluso pasó por alto sus oraciones matinales a Parsva, pero la rabia se apoderó de mí como un ser vivo, latía con fuerza dentro de mí la necesidad de destruir esa prisión. Cuando pateé la puerta de la celda no acudió nadie, por lo que sólo conseguí sentir con más crudeza mi impotencia. Cada vez que respiraba notaba el dolor sombrío de mi mandíbula y de vez en cuando me sentía abrumado por el odio que sentía por mí mismo. Cuando me sobrevino el cansancio, soñé con imágenes de venganza relacionadas entre sí como aquellas viejas historias de la Torá en las que ya no creía. Sentí la sangre de mi padre cuando me desperté en medio de la noche, igual que cuando lo había visitado en esa misma prisión.

Con un débil susurro agónico le dije a Phanishwar que nuestra única opción era dejar sin sentido al carcelero, y le rogué que me diera su opinión sobre mi plan, pero se negó a responder.

El día que tenían que llevarme a que me cortaran el pelo me encontraba en un estado de furia incontrolable. Cuando el nuevo carcelero —un tipo bajito, con las mejillas rojas— entró en la celda para llevarse me, salté sobre él. Aún tuve la fuerza suficiente para reducirlo hasta dejarlo de rodillas en el suelo, pero cuando se revolvió entre mis brazos, me golpeó la mandíbula con el codo. Cualquier atisbo de lucha se diluyó completamente por mi parte. Aullando de dolor, me arrastré mientras me amenazaba con sacudirme hasta dejarme sin sentido.

Phanishwar lo insultó y le dijo que cuando volviera a nacer lo haría en el infierno.

El guardia nuevo, que hablaba konkaní, se rió.

—La reencarnación es sólo para los *arroz preto* —que era como algunos portugueses llamaban a los indios para humillarlos. Era el arroz negro y basto que comían los campesinos.

Entre dientes, juré por la gloria de mi padre que volvería a intentar escaparme, pero en secreto me rendí a mis captores y les entregué mi vida pasada y futura. ¿Cómo podía seguir luchando? Mis costillas se habían convertido en los travesaños de una escalera desvencijada y sangraba cada vez que rozaba el catre con las canillas. Mis dedos nudosos parecían los de un esqueleto.

¿De quién eran mis ojos ahora? Ciertamente, no eran los de mi madre ni los de ningún ser vivo. Por suerte no tenía ningún espejo a mano.

La voluntad de un hombre no es nada comparada con el dolor físico, que convertía todos mis planes en un desierto, todos menos uno: matar a quien nos había denunciado a mi padre y a mí, a quien nos había condenado a aquel infierno nauseabundo.

Encontré mi único consuelo alimentando a Phanishwar con mis manos y lavándolo cada día. Cuando intentaba levantarle los brazos, el pobre hombre se estremecía de dolor. Se lamentaba durante la mayor parte de la noche. Entonces yo me acercaba a su camastro, le ponía la cabeza en mi regazo y le espantaba los mosquitos de la cara para que pudiera dormir sin interrupciones. Conocí el tacto de sus lágrimas en mis manos. A veces parecía que salieran de las yemas de mis dedos.

«Si los hombres y las mujeres lloraran por las manos, quizá la compasión llegaría más fácilmente», empecé a pensar, y es una idea que no me ha abandonado en todos los años que han pasado desde entonces.

Cuando tenía a Phanishwar en brazos, a menudo me dormía sentado y soñaba con la muerte. Era un barco con las velas rojas y negras que se nos llevaba lejos, empujados por el viento salado del aliento de Shiva. Muchas mañanas veía a Tejal ante mí, desnuda, sosteniendo una cesta con flores de ponciana, la cesta que siempre utilizaba yo para recoger flores para Nupi. Yo me negaba a coger las flores. No podía. «Si hubiera conseguido matarme, serías libre», le decía a la chica.

La oscuridad de nuestra celda por la noche se convertía en el recuerdo de la suavidad de Tejal, y una mañana incluso me besó en los labios para despertarme. Era mi abyecta hambre, en mi opinión, la que creaba esas visiones.

Mamá llevaba puesto el pañuelo blanco siempre que se me aparecía. Me mecía en sus brazos, tal como yo hacía con Phanishwar, y cuando me miraba las manos, veía las de ella. Era como si nos hubiéramos convertido en la misma persona. Me decía que me estaría esperando cuando volviera a casa. Yo le agradecía su promesa pero, incluso en sueños, sabía que ella no debía prometer tales cosas. ¿Cómo podría escapar de la celda que compartía conmigo?

Una noche, justo antes del amanecer, Wadi alargó su brazo hacia mí, con los dedos tensos.

—¡El aire está ardiendo! —gritaba mi primo.

Yo lo salvaba. Sentía que al hacerlo, nos salvábamos los dos.

Supongo que todos somos prisioneros de nuestros vínculos pasados, incluso si hemos vivido lo suficiente para lamentarlos.

Mandaron a un médico indio tres semanas más tarde. Colocó los hombros de Phanishwar en su sitio mientras el jainista lloraba. El comportamiento distante del médico me reveló que ya había realizado la misma operación muchas veces. Antes de que se marchara, me arrodillé frente a él.

—Denos veneno —le dije.

No estaba seguro de si usaría el veneno para mí mismo o si lo guardaría para Phanishwar, pero estaría bien tenerlo. Un judío, creo, siempre debería estar preparado —y dispuesto— para suicidarse.

El doctor me apartó de un empujón, pero yo me agarré a sus piernas hasta que el carcelero me separó de él.

Aunque el dolor físico de Phanishwar remitía, aún no conseguía que me contara lo que pensaba. Me pidió que lo dejara en paz. Cuando me acerqué a él por la noche, me apartó diciendo:

—Parsva está muerto y enterrado.

Mediante gestos le pedí que dijéramos nuestras oraciones judías y jainistas, pero se negó a hacerlo. En el mundo envilecido al que había descendido, los príncipes serpiente ya no podían proteger a los santos jainistas y los hombres no podían hacer bailar a las cobras.

Cuatro semanas más tarde, fui capaz de abrir la boca lo suficiente como para tragar pequeños puñados de arroz e incluso masticar algunos bocados de pescado frito. Podía hablar en susurros sin verme superado por el dolor.

Le dije a Phanishwar que el padre Carlos había mentido acerca de la muerte de Indra para arrancarle una confesión de brujería.

—Los has vencido al no proporcionarles lo que querían —le dije.

—¡Eres tú quien intenta engañarme! —me replicó furioso, con los ojos encendidos por la ira—. Mi ignorancia del mundo me ha valido la ruina. ¡Qué estúpido fui al pensar que comprendía a los hombres!

—Ya lo verás... Parsva y *Dharanendra* destruirán algún día las cruces de todos los cristianos de la India.

El viejo jainista se rió y a continuación murmuró algo incomprensible en una voz que ya no supe reconocer.

Unos días más tarde volvió a dejar de comer. Cerraba los ojos cada vez que me acercaba y fingía no oírme.

Una noche, no obstante, llamó a su hijo Rama en sueños.

—No puedo continuar así —susurró cuando le desperté.

—Debes comer y recuperar fuerzas —le dije.

—No, debo morir tan pronto como pueda para poder volver como un asesino. Entonces los mataré a todos.

Unos días más tarde, un periquito de color rosa, anillado, apareció en nuestra ventana y nos miró desde el alféizar. Las creencias de Phanishwar debían haber dado forma a mi demencia, porque reconocí a mi padre en los ojos brillantes del pájaro. «Ha vuelto para salvarme —pensé—. Dejará que lo coja para que pueda atarle una nota a una de sus patas».

Intenté atraer al periquito, pero no se acercaba. Saltando, estuve a punto de tocarlo, pero se fue volando y sólo se llevó mis maldiciones al nido.

¿Qué habría escrito si pudiera haber usado mi sangre como tinta? ¿Y a quién? Ni siquiera mi tío habría podido ayudarnos en esa prisión. Si eso fuera posible, ya habría venido a visitarme.

Phanishwar estaba cada vez más débil porque no comía. Me daba miedo que consiguiera acabar con su propia vida. No hablábamos casi nunca, se pasaba día y noche en su camastro. Las llagas de su espalda empezaron a sangrar y a infectarse, y apestaba por la falta de aseo.

Con la esperanza de salvarlo —y para animarme yo mismo— le dije que había sido Parsva quien había enviado al periquito.

—Era la reencarnación de tu *Dharanendra*. Voló hasta aquí para asegurarse de que seguimos vivos.

El jainista cerró los ojos para pensar en lo que le había dicho.

—Ya, pero no creo que estemos vivos, amigo mío —respondió como si se tratara de una obviedad.

Phanishwar y yo nos movíamos en sentidos opuestos y, a medida que yo me volvía más y más fuerte, su determinación suicida hacía crecer mi crueldad con él. Le dije al viejo que lo despreciaba por no luchar contra nuestros enemigos, lo cual no era ni medio cierto. Luego me dejé caer frente a él y sollocé, porque sabía que haría algo que podía decir para salir de esa prisión; confirmar a los curas que era un hechicero o delatar que mis tíos eran judíos en secreto.

Cuando le confesé que estaba dispuesto a traicionarlo, el jainista me dejó clavado con una mirada compasiva que siempre recordaré. Era como si sus ojos contuviesen todas las cosas grandes y pequeñas de mi vida: el sol y la luna, el aroma de los jazmines de nuestra veranda, Nupi cantando una canción de cuna sobre Ganesha...

—Quiero morir —me dijo—. O sea, que lo que les cuenten a nuestros carceleros no tendrá ninguna importancia. En mi próxima vida, me vengaré por lo que le han hecho a Indra y a *Dharanendra*.

—Pero el odio que sientes por ellos no renacerá —protesté—. Serás otra persona, un bebé sin recuerdos de lo que ha tenido lugar en esta vida.

Se tapó los oídos con las manos y no llegó a responder.

Dos días más tarde, el carcelero entró en nuestra celda y me dijo que me habían concedido la audiencia con el Gran Inquisidor que había estado solicitando durante más de un año. Me llevarían ante él en menos de veinticuatro horas. Después de volver a cerrar la puerta, Phanishwar me aguantó la mirada por primera vez en semanas. No era más que un saco de huesos quebradizos y carne flácida, y aun así pude ver un atisbo de esperanza y amistad en sus vidriosos ojos negros, humedecidos por la ternura que en ese momento sentía por mí. Quizá no estaba tan resignado a la muerte, después de todo. ¿Quería que le dijera que solicitaría a las autoridades de la Iglesia que lo soltaran?

Yo sabía que sólo eso reavivaría su alma, pero si hablaba de él con nuestros carceleros sin duda alguna sólo conseguiría perjudicarme a mí mismo. Rehuí su mirada y me tendí boca abajo en mi camastro, intentando silenciar mi sentimiento de culpa, pero esa noche acabé acurrucado detrás de él en su cama. El tacto cálido de su mano sobre la mía cambió mis planes.

—Les contaré que estás preparado para confesar —le dije.

—No —susurró.

Me incorporé.

—Escúchame, Phanishwar. Debes decirles que practicaste la brujería en el pasado, pero que ahora renuncias a todas tus creencias previas y que aceptas a Cristo como tu salvador. Como Dios. ¿Comprendes? De lo contrario, morirás, y no será de hambre. Y antes de que te llegue esa bendición, volverán a torturarte.

—No puedo darme la vuelta y volver atrás en mi vida. No podré ser lo que fui. Todo está perdido.

—Yo no lo creo —le dije mientras le apretaba la mano—. Esto... esto puede que suene estúpido —dije titubeante—, pero a veces pienso que puede que seas alguien mucho más grande de lo que soy capaz de imaginar. Alguien que ha descendido a este mundo desde la montaña de Indra.

—No lo soy —dijo él—. No soy más que un bailarín de serpientes jainista. No te engañes.

—¿Me lo dirías si lo fueras? Alguien grande y poderoso, quiero decir...

—¿Cómo podría saberlo? Jamás he tenido ningún poder.

—Puede que ni tú mismo conozcas tu propia naturaleza. ¿No es posible eso?

—Me confundes. Trevas Azuis, ¿qué importancia tendría ser Vishnu o Shiva? Estoy aquí. Soy un prisionero. No hace falta saber nada más.

—Phanishwar, sería un crimen monstruoso por tu parte si murieras aquí, en manos de unos hombres tan despreciables —dije preso de la desesperación—. Sería imperdonable. Debes pensar en Rama.

Empezó a sollozar. Lo agarré por un hombro para que pudiera sentir mi determinación. Volví a decirle que debía admitir haber practicado la brujería.

—No estoy seguro... No sé qué hacer...

Papá siempre nos decía a Sofía y a mí que Dios había utilizado el amor durante los seis días de la Creación para darle forma al mundo, pero mientras sostenía a Phanishwar entre sollozos, dejé de creerlo. Más tarde, él mismo me recordaría que los hindúes y los jainistas tenían un nombre para esa época de crueldad: la llamaban la Era de Kali, un período de degradación y de oscuridad espiritual absoluta contra la que toda resistencia sería inútil.

La luz sedosa del amanecer caía sobre mis piernas. Yo estaba sentado en el suelo de nuestra celda y Phanishwar estaba acostado en su camastro, detrás de mí, peinándome con los dedos. Al despertarse esa mañana, había aceptado que les suplicase de su parte.

Al oír que se acercaba el carcelero, y sabiendo que ya casi era la hora de marcharme para la audiencia con el Gran Inquisidor, me arrodillé frente a mi amigo. Él sonrió, intentando contener las lágrimas. La puerta exterior de la celda se abrió con un sonido metálico. Se me aceleró el pulso.

—Vienen a buscarme —dije mientras me levantaba—. Phanishwar, no sé lo que diré si me torturan..., puede que no encuentre el valor necesario para hablarles de ti. Perdóname si puedes.

—No te preocupes. Vete ya. —Me saludó como los ancianos saludan a los jóvenes.

—Intentaré que nos salvemos los dos —le prometí.

Se llevó un dedo a los labios como solía hacer siempre que creía demasiado peligroso hablar del futuro. ¿Acaso notó que un cambio irreversible se iniciaba en nuestras vidas? A veces, aun hoy en día, su sufrimiento me hace despertarme temprano por la mañana y me pregunto quién era en realidad y qué intentaba decirme. Veo sus ojos negros como si pudieran crear una vida nueva en mí; o como si pudieran cambiar el pasado y convertirlo en algo más llevadero. Pero quizá mi impresión de su grandeza era tan sólo una ilusión alimentada por mi reclusión.

Podría haber caminado con paso firme y seguro tras el carcelero hasta llegar a mi audiencia si no me hubiera visto obligado a abandonar a Phanishwar. Me limité a avanzar a trompicones, dudando de la solidez de mis pasos. Por primera vez me atrevía a admitir que deseaba desesperadamente que Tejal me esperara. Si conseguía la libertad pero la perdía a ella, ¿qué comportaría todo?

Pasamos por corredores fríos y húmedos hasta que llegamos a una sala de techo alto, con las paredes decoradas con tapices de seda azul y brillantes rayas amarillas. El carcelero se detuvo ante la puerta y, mientras saludaba con una reverencia a dos pequeños hombres sentados ante una mesa en el interior, murmuró que yo debía entrar solo.

Hacía tiempo que imaginaba al padre Tomás Pinto, el Gran Inquisidor de la India, como un ogro con la cara desfigurada por la crueldad, pero no era más que un tipo adusto de largas y negras vestiduras, y un sombrero de cuatro picos que me habría parecido cómico en otras circunstancias. No parecía tener más de cuarenta años. Demasiado joven para condenar a muerte a hombres y mujeres, pensé de forma bastante inocente en ese momento. Su mirada era austera y no exenta de complicidad, como si fuéramos viejos enemigos. Pero ahora me doy cuenta de que se había encontrado en aquella situación al menos mil veces, por lo que lo más probable es que lo aburriera profundamente tener que escuchar a otro judío o hindú que necesitaba conocer la gracia de Cristo.

El Gran Inquisidor estaba sentado en el extremo de una mesa de cuatro metros de longitud colocada sobre una tarima de madera de dos palmos de altura y cubierta con un elegante brocado verde y escarlata, con un dibujo intercalado de cruces doradas. La luz entraba sesgada por las ventanas, cuyas cortinas no estaban cerradas del todo.

«Quiere sentarse por encima del hombre al que juzga. Y quiere mostrar las riquezas que la Iglesia confisca a la gente que encarcela».

Fui tan estúpido como para pensar que comprender cosas como ésas me daba algún tipo de ventaja. Después de todo lo que había pasado, no me había dado cuenta todavía de que la Inquisición tenía su propia lógica y sus propias castas, y que lo que yo pudiera valorar no significaba nada en ese lugar. Para esos hombres, mis pensamientos eran los de un paria. Tenían tanto valor como el polvo.

Al fondo de la sala, colgado en la pared, había un crucifijo a escala natural, con manchas de sangre en las manos y los pies del Cristo. Si hubiera sido el Parsva de Phanishwar, me hubiese inclinado ante él. Siendo lo que era, me limité a rezar para que a Él y a Sus seguidores se los tragara la antigua tierra de la India. Que incluso sus huellas y sus sombras quedaran olvidadas.

Un hombre rechoncho y bajo estaba sentado en un extremo de la mesa, con una pluma en la mano. Tenía los labios bien cerrados y me miraba como si algo lo desconcertara. Quizá le sorprendió que un joven que le había roto una costilla a un carcelero tuviera la cara tan marchita y la carne tan nervuda. De repente me di cuenta del hedor que desprendía, de todo el tiempo perdido, convertido en suciedad y desesperanza. Olía igual que mi padre la última vez que lo visité en su celda: como un animal aplastado, pudriéndose al sol. Me miré las manos y me vi las uñas, demasiado largas, como las de un mendigo de setenta años. ¿Cómo no me había dado cuenta de aquello en lo que me había convertido hasta ese momento?

Le rogué a Dios que no me preguntaran si había asesinado a papá. Si llegaba a admitirlo, jamás abandonaría ese lugar con vida.

Sobre la mesa, delante de mi juez, había una bandera de dos palmos de altura de santo Domingo, el fundador de la Inquisición, con una espada, una rama de olivo y el lema *Misericordia et Iustitia*. La manera con la que el Inquisidor empezó a acariciar la bandera entre sus manos, como si lo que acariciaba fuera mi miedo, borró

cualquier pensamiento de mi mente. Cuando cerré los ojos, mi propio terror parecía balancearse de lado a lado.

—Acércate a la mesa —dijo el secretario.

Su voz llegó hasta mí como la rotura de un sello de lacre. El terror me sobrevino.

No sé cómo fui capaz de avanzar, sentía que mis pies no eran más que huesos quebradizos. Me detuve a tres pasos del Inquisidor y me eché a llorar, simplemente porque tenía la posibilidad de estar frente al hombre que podría liberarme. Me sentía como si hubiera corrido durante un año entero, durante cada minuto de cada día, y finalmente hubiera llegado a mi destino.

—Confieso todos mis crímenes —gemí. Justo después, caí de rodillas.

Mi voz sonó lastimosamente apagada, pero eso era bueno: seguro que se daría cuenta de que no intentaba desafiarlo. Me pareció que perdía el mundo de vista. La habitación se había vuelto muy oscura.

La mente corre en direcciones desenfadadas cuando se ve atemorizada por las circunstancias: yo temblaba ante la idea de que Dios estaba a punto de cegarme por haberme postrado ante ese hombre malvado.

El secretario me instó a sentarme en un banco junto al Inquisidor. Sentía mi pulso con fuerza en los oídos mientras me arrastraba hacia allí, y fui incapaz de alzar la mirada. Me senté tan erguido como pude y miré la puerta de salida: la puerta hacia mi casa.

—Pon la mano sobre el misal que tienes delante y jura que declararás la verdad y respetarás el sagrado secreto del Inquisidor —me dijo el secretario.

Tras haberlo jurado, el padre Tomás Pinto me preguntó:

—¿Conoces la causa de tu reclusión y estás preparado para confesar tus crímenes?

Me pareció que su voz llenaba todos los rincones de mi cuerpo. Al principio no fui capaz de articular una respuesta.

Hacía poco más de un año, cuando fui arrestado, fingí ser inocente. Ahora le contaría la verdad que me iba a condenar.

—Soy judío, y a menudo he practicado los rituales de mi gente con mi padre. Estoy preparado para firmar una confesión a tal efecto.

Esas palabras surgieron de mí como si las hubiera tenido pegadas desde que naciera. Levanté la mirada y me pregunté si acaso me diferenciaba en algo de esa luz dañada, de ese aire viciado, de ese olor a cementerio, a cera y polvo. Me sentí como si estuviera listo para recibir mi mortaja. Y para que me echaran tierra encima.

—Es bueno que te hayas acusado a ti mismo —me dijo el Inquisidor—, pero en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo debes confesar todo lo que sabes para poder gozar de la misericordia que este tribunal está preparado para ofrecer a todos aquellos que verdaderamente deseen enmendar sus ofensas. Dime, pues, ¿eres un judío o un cristiano nuevo?

—Soy judío —declaré, y mi voz resonó por las paredes y el techo como una

acusación del pecado más abyecto que pudiera imaginarse. Nunca habría imaginado que la palabra «judío» pudiera sonar tan condenatoria.

—Y aun así, los muertos dicen que eres otra cosa —dijo el Inquisidor.

—¿Los muertos?

—Tu padre era un cristiano nuevo —afirmó con dureza.

No entendía lo que me estaba diciendo, y llegué a la conclusión de que ése era su primer movimiento en un juego que pretendía atraparme en una mentira. Intentaba confundirme.

—Si lo era, entonces... entonces yo no fui consciente de ello —tartamudeé.

—Y tu padre y tu abuelo, ¿qué eran, pues?

—También eran judíos.

El Inquisidor se secó el sudor de las mejillas con un pañuelo y frunció el entrecejo.

«Que el calor de mi país persiga a todos los cristianos de la India», pensé.

—Pero un testigo nos ha contado que tu bisabuelo se convirtió al cristianismo —dijo.

Cierto era que el ilustre abuelo de papá, Berequías —junto con todos los demás judíos que había en Portugal—, se había visto obligado a convertirse al cristianismo en 1497, pero sólo alguien de mi familia podría haberle dado esa información a la Inquisición.

—¿Quién es ese testigo? —le pregunté al cura.

—Me parece que eso es precisamente lo que espero oír de ti —contestó con voz complacida. Bebió un sorbo de agua.

—Pero ¿cómo puedo saberlo?

—Si practicabas tus rituales judíos —dijo mientras se secaba los labios—, debes saber quién estaba contigo... o quién llegó a verte.

No pude pensar en qué responder.

—¡No me devuelvan a mi celda! —supliqué—. Les diré lo que quieran, pero no puedo volver a esperar varios meses a que me concedan otra audiencia. No sobreviviría.

—Entonces cuéntame cosas sobre tu bisabuelo.

Me di cuenta de que la verdad nunca sería suficiente, pero era lo único que tenía.

—Se llamaba Berequías Zarco y se convirtió en 1497, en la ciudad de Lisboa. Era un reconocido cabalista y se trasladó con su familia a Constantinopla en 1507. Conozco los nombres de sus hermanos y de su hermana menor. Se llamaban Mordecai, Judá y Cinfa.

—¿Un cabalista? Entonces debes haber estudiado esas prácticas mágicas en tu familia. —Un ávido interés aceleró las palabras del Gran Inquisidor.

Si lo admitía, sería acusado de brujería, como Phanishwar. Pero si lo negaba, y si Wadi o mis tíos habían testificado en secreto en mi contra, entonces mi juez sabría que estaba mintiendo.

—La Cábala no se enseña jamás a los que no han cumplido aún los cuarenta años —respondí con una verdad a medias, ya que los iniciados no revelaban muchas prácticas avanzadas.

—¿Estás seguro de eso?

Aquí es donde pensé que podría pasarme de listo.

—No, a decir verdad no estoy seguro de nada de lo que concierne a la Cábala. Mi padre no era más que un simple ilustrador de manuscritos.

Vi que la admiración por mí brillaba en los ojos del dominico, pero sólo por un instante, luego volvió al ataque.

—El hecho de que tu bisabuelo se cristianizara convertía también a tu padre en cristiano, ¿no es así?

Eso no se me había ocurrido jamás. En ese momento entendí cómo la Inquisición había conseguido ejercer tanto poder sobre papá.

—No sabía que eso fuera así, Su Excelencia.

—Supongo que ahora deseas corregir la confesión que hiciste, ¿no?

—Sí..., soy un cristiano nuevo. Ahora me doy cuenta.

Estaba demasiado aturdido y preso del pánico para darme cuenta de que había perdido cualquier esperanza de recuperar la libertad; había admitido que había abandonado las prácticas cristianas, el peor crimen posible para ellos, por el que eran capaces de quemarme vivo en la hoguera.

—Nunca te han bautizado, ¿verdad? —preguntó.

—No, que yo sepa.

—¿Estás preparado para ser bautizado?

—Lo estoy.

—Primero debes decirme qué crímenes judíos cometiste durante tu visita a Goa.

—Jamás practicamos el judaísmo en Goa. Sabíamos que estaba prohibido y que podría causarles problemas a mi tía y mi tío, que son buenos cristianos.

—Pero tenemos testigos que nos cuentan una historia diferente, y para convencernos de que tu arrepentimiento es sincero, debes contarnos tus crímenes y darnos los nombres de la gente que te vio cometerlos.

Estaba seguro de que cualquiera a quien nombrase sería arrestado inmediatamente.

—Tengo muchos parientes en Turquía —respondí en un intento de esquivar la pregunta—. Algunos de ellos, incluido mi abuelo, vinieron a visitarnos una vez a la granja. Era muy pequeño, pero recuerdo que se unieron a la ceremonia de Pascua que hicimos en casa. Yo debía tener ocho o nueve años.

—Pero en la India, ¿quién sabía que habías vuelto a caer en las prácticas judías?

—Yo. Y mi padre.

Su rostro se mostró contrariado de golpe.

—Por favor, no intentes pasarte de listo —me advirtió con brusquedad—. Eso sólo te pondrá en una posición más delicada.

En sus ojos pude apreciar que se divertía de una forma perversa. «Está jugando conmigo», pensé, y entonces me di cuenta por primera vez de que bien podría haber trasladado a Phanishwar a mi celda, no para animarme, sino para destruir mi voluntad. Eso fue lo que sentí que se escondía tras el jainista. Quizá las heridas del anciano incluso habían sido falsas. El Inquisidor lo había utilizado para debilitarme.

—¿Qué hay de tu primo Francisco Javier? No lo has mencionado y me parece extraño.

—Él también es una buena alma cristiana —respondí con firmeza.

—Estás muy seguro de eso, ¿no?

La expresión de su cara me confundió, parecía estar jugando al gato y el ratón. ¿Había encarcelado a Wadi también? Casi deseaba que fuera así, ya que eso habría significado que mi primo no habría sido el responsable de que encerraran a mi padre.

—Estoy seguro, sí —dije.

—¿Aún mantienes que jamás has practicado el judaísmo en Goa?

—Sí.

—¿Quieres decir que jamás has proferido ni una sola blasfemia contra la Iglesia?
—Su mirada era escéptica.

—Jamás, Su Excelencia.

Pinto me miró fijamente con los labios sellados, esperando que me retractase, pero no se podía decir que mi padre y yo hubiésemos bendecido el vino alguna vez en territorio portugués. Habíamos sido muy cautos.

—Me han dicho que cada judío tiene seiscientos treinta obligaciones en la vida —dijo rápidamente el cura, con voz severa—, y que la primera de esas obligaciones es creer en un solo Dios.

—Es cierto. Lo llamamos *mitzvot*.

—También me han dicho que la mitad de esas obligaciones son mandamientos negativos, actos que no deben realizarse. Dime, ¿crees que el cristianismo es menos riguroso que el judaísmo? ¿Crees que se les exige menos a sus creyentes?

—No lo creo, pero... pero tampoco tengo la manera de saberlo.

El Inquisidor frunció el ceño.

—Los que han testificado en tu contra dicen que eres un joven inteligente pero, al parecer, se equivocan.

—¿Puedo firmar ahora mi confesión? —pregunté, dado que había oído que se obligaba a los prisioneros a hacerlo antes de ser humillados públicamente en el auto de fe y luego los sentenciaban a un tiempo de servicio en una prisión civil.

—¡Cállate, idiota testarudo! —gritó el Gran Inquisidor. Cogió una campana plateada mientras me miraba con odio, con los dientes apretados, dejando claro que mi vida estaba en sus manos.

—Os ruego que no me matéis —gemí—. Prometo hacer lo que me pidáis.

La sonrisa de los victoriosos apareció en sus labios, y comprendí que mi súplica había llegado en el momento justo. Dejó la campana por un momento.

—¿Qué te parece un pequeño acertijo que pueda ayudarte a entender tus apuros? Si lo respondes correctamente, te permitiré firmar la confesión. Es justo, ¿no crees?

—Más que justo, Su Excelencia.

En un tono desafiante, recitó el acertijo:

—Te hablo durante mi viaje —y sólo a ti— desde el punto de partida hasta el fin. Y aunque siempre muero en el mismo lugar, puedes oírme hablar desde mi tumba cerrada si prestas atención. ¿Quién soy?

No se me ocurría nada; era como si mi mente estuviera pendiente de mil cosas a la vez.

El Gran Inquisidor me miró fijamente, con impaciencia.

—¿Y bien? —me preguntó.

—No... no lo sé. ¿Puede que tenga algo que ver con un fantasma?

Me pareció que el sonido de la campana estallaba en mi interior y me puse de pie de golpe. Cuando vi que el carcelero volvía para llevarse de allí sentí como si una ráfaga de aire me atravesara, como si el alma se me escapara del cuerpo.

Cuando me desperté en mi celda, Phanishwar no estaba. ¿Estarían torturándolo o lo habrían matado por brujo?

Es extraño cómo la mente herida puede llegar a desear un objeto seguro en el que concentrar su desprecio. Mientras estaba sentado en mi camastro pensé que probablemente el jainista habría cumplido con su misión. Al muy traidor debieron de darle permiso para volver a su aldea.

8

Papá y yo estábamos en su biblioteca cuando sugerí por primera vez que Sofía pasara más tiempo con Wadi y con sus padres. Él estaba sentado ante su escritorio, jugueteando con una peonza de cuatro lados —un *dreidel*— que él mismo me había fabricado cuando yo era pequeño. Mi padre expresó sus dudas acerca de mi plan, y yo le di mis razones hasta que levantó una mano como si fuera un escudo.

—Ti, si me permites una pequeña crítica, tiendes a pensar en tu hermana de forma demasiado obsesiva. —Abrió el volumen de filosofía de Abraham Abulafia que estaba leyendo antes de que yo entrara.

—¿Qué quieres decir con eso? —dije yo, incapaz de que mi voz no delatara que me había herido.

—Lo que quiero decir, Ti —dijo con severidad, sin ni siquiera mirarme—, es que probablemente será mejor que dejemos las cosas como están, de momento.

Pasó el dedo por el borde de una página, buscando la cita que quería, como si yo no existiera.

En lugar de empezar una discusión que sabía que no podía ganar, me marché a toda prisa, maldiciendo su frialdad. Durante la cena nos miramos como si fuéramos enemigos, y yo le espeté a Sofía que se ocupara de sus asuntos cuando me preguntó si nos habíamos enfadado, lo que sólo tuvo como resultado que mi padre dijera lo inevitable:

—¡Te agradecería que no le hablaras a tu hermana de ese modo!

A la hora de la cama, no obstante, oí que las viejas zapatillas de mi padre se acercaban lentamente a la puerta de mi cuarto. Sabía que venía para disculparse. Desnudo de cintura para arriba debido al bochorno, esperó frente a la puerta abierta con la lengua fuera, como un perrito, para hacerme sonreír. Pero entonces me tocaba a mí fingir que no lo veía, por lo que no levanté la vista del libro.

—Ti, retiro lo que te he dicho antes. Lo siento.

Se llevó un dedo a los labios: era su manera de preguntarme si lo perdonaba, un gesto que se remontaba a cuando yo era muy pequeño.

Yo quería que me suplicara, pero la tenue luz de la vela dejaba sus ojos hundidos en la penumbra. Me asustó darme cuenta de que había envejecido sin que me hubiese dado cuenta. ¿Habíamos completado ya casi todo el camino que recorreríamos juntos?

—Yo también lo siento —dije.

Papá entró, encendió la mecha de otra vela que tenía en mi mesilla de noche y me dijo que mi habitación no era una cueva y que, hasta que se demostrase lo contrario, él no era un murciélago. Se dejó caer a los pies de mi cama como si hubiera cruzado el desierto de Arabia para alcanzarme. Yo me senté y cerré mi libro.

—Tu padre es un viejo elefante, ¿verdad? —dijo apenado.

—Un poco difícil de entender a veces, pero no me importa —respondí.

Su expresión se volvió seria.

—Lo que propones tiene sentido, Ti. Por favor, debes comprender que lo único que me preocupa es que tu tía quiera convertir a tu hermana al cristianismo si pasa demasiado tiempo allí, a nuestras espaldas. Por eso he sido tan duro contigo, antes.

—¿Crees que un sermón de la tía María de vez en cuando es un precio demasiado alto si Wadi puede ayudar a Sofía a encontrar su lugar en el mundo?

—Sin el judaísmo, no creo que Sofía encuentre jamás su lugar.

—Papá, no se convertirá. Ya ha visto de qué forma tan cruel tratan los cristianos a los hindúes en Goa, cómo consiguen los esclavos de África. Y le encanta la micrografía hebrea. No podría seguir trabajando en ella si la bautizaran. Lo considerarían un pecado.

—No había pensado en eso. —Sonrió y me guiñó tímidamente un ojo—. Sabes, Ti, ¡a veces pienso que eres aún más listo que tu madre!

Entonces le conté que Sofía me había confesado una vez que se sentía tan incómoda consigo misma que quería escapar de su propia piel. Mi padre miró por la ventana, como si buscara una estrategia. Al ver su sombrío perfil, tuve la sensación de que deseaba que fuera mi madre quien tomara esa decisión. Seguramente papá había tenido la sensación más de una vez de que había sido un error que fuera él quien siguiera con vida.

Creo que la gran lección que aprendí de mi padre en momentos como ése es que las personas son más frágiles de lo que creemos. Y que algunas muertes no se superan jamás.

—Gracias por dejar que nos quedáramos aquí tras la muerte de mamá —le dije—. Fue muy generoso por tu parte.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Después de que muriera, no nos trasladamos. Quisiste que Sofía y yo pudiéramos quedarnos donde siempre habíamos vivido.

—Te lo ha contado Nupi, ¿no? —Yo hice un gesto afirmativo—. Oye, Ti, no fue ningún sacrificio. Yo quise quedarme. Siempre amaré esta casa. —Sonrió—. ¿En qué otro lugar podría encontrar ranas dentro de mi ropa interior? ¿Y una cocinera que se entromete en todo lo que hacemos?

Nos reímos los dos.

—Papá —dije—, hay cosas que me gustaría contarte... sobre mí.

Visto con la perspectiva del tiempo, me doy cuenta de que la posibilidad de que muriera joven —como mi madre— me producía una angustia constante que superó todo lo que llegué a hacer y a pensar a lo largo de mi infancia y adolescencia.

—Adelante —contestó papá con una mirada de preocupación.

—No es nada malo —le aseguré—. Sólo es que, a veces... a veces pienso que nunca te he dicho las cosas más importantes. No quiero que... que te vayas sin que te las haya dicho.

—¿Que me vaya?

No fui capaz de encontrar la palabra que buscaba.

Me dio unas palmaditas en los pies y luego me los apretó.

—Cuando eras un bebé, tenías los pies tan pequeños y suaves..., cada dedo era como un zarcillo de helecho. Ti, ya sé que estás creciendo. Y eso significa que piensas en cosas nuevas, las cosas en las que debe pensar un joven. Por lo que a mí respecta, me estoy haciendo viejo. Pero así es como debe ser, así funciona la vida. No te arrepientas de nada. Te conozco, tú me conoces a mí, y las cosas que no has dicho te las veo en los ojos cada vez que te miro.

Cuando nuestras miradas se encontraron, la intimidad entre nosotros pasó a ser tan profunda como si pudiésemos caer el uno dentro del otro y no tuviésemos la manera de encontrar la salida. Es extraño que la vida deba vivirse superficialmente. Pero si no fuera así, seríamos demasiado conscientes de las pequeñas despedidas y muertes que vivimos cada día.

Papá rompió nuestro silencio para seguir hablando de Sofía. Quizá sólo era la sensación de trascendencia que me envolvía, pero me pareció que mi padre me escuchaba con más cuidado y detalle de lo que lo había hecho jamás. «Qué afortunado soy de tener a papá aún conmigo —pensaba yo durante nuestra conversación—. Y qué suerte hemos tenido Sofía y yo en la vida». Eso era —como papá había dicho— una idea nueva para mí. Antes de eso creía que habíamos tenido una infancia solitaria.

Al final, mi padre aceptó que era una buena idea que Sofía pasase más tiempo en una gran ciudad en la que había gente mestiza, entre europeos e indios, por todas partes.

—Pero escucha —añadió—, no debemos dejar jamás a tu hermana sola con tu tía.

Luego me explicó que los niños musulmanes, hindúes y judíos a veces eran bautizados por la fuerza cuando no estaban con sus padres.

—Y no debemos dejar que entre jamás en una iglesia sin que uno de nosotros esté

presente.

—Haces que la tía María parezca una bruja —dije.

—Tu tía lleva dentro a una buena mujer, Ti, pero los dos sabemos que se esconde detrás de esa criatura vil con la que tratamos normalmente. Para alguien tan vulnerable como tu hermana, esa mujer es mucho más peligrosa que una bruja.

Decidí hablarle a Wadi con franqueza acerca de lo que me preocupaba sobre Sofía para conseguir su ayuda. Los dos teníamos ya quince años, y él medía un metro setenta, casi como su padre. Se le habían ensanchado los hombros y su rostro había adquirido unos ángulos más adultos. Llevaba el pelo negro muy corto, me parecía muy elegante, y empezaba a aflorar el vello en su barbilla. Se estaba convirtiendo en un hombre rápidamente. Por lo que a mí respecta, a su lado parecía un querubín de mejillas rosadas, aunque si debo creer lo que él me decía, nadie se reía de mí ni intentó intimidarme por ello. El hecho de que se preocupara tanto por mis sentimientos contribuyó en gran parte a que yo recuperara la confianza en él, la confianza que había perdido cuando mintió en lo de que yo lo había animado a visitar la mezquita de Ponda. Aun así, yo era consciente de que seguía ocultando sus sentimientos e ideas cuando no encajaban con las expectativas de su madre, así como cuando temía que se le ridiculizara por su aflicción. Cuanto mayor se hacía, menos espontáneo se volvía, y a veces hablaba y actuaba como si estuviera jugando una cauta partida de ajedrez. Creo que siempre había el riesgo de que, como la tía María, enterrara lo mejor de sí mismo, de forma tan profunda que fuera inalcanzable, incluso para mí. No me di cuenta de que me había propuesto el objetivo de mantener esas cualidades intactas para nosotros. De algún modo, me comporté de forma egoísta: saber que para mí era mucho más de lo que demostraba me convertía en alguien especial, como un hechicero capaz de ver lo que para los otros es invisible.

Fiel a sí mismo, Wadi achacó la timidez y autocompasión de Sofía a su juventud, y vaticinó que, por consiguiente, no tardarían en desaparecer.

—Espero que tengas razón —le dije—, pero cuando vengamos a Goa, me gustaría que la presentaras a tus amigos y que te la llevaras a dar una vuelta por la ciudad. Yo ya inventaré excusas para no acompañaros. Necesita ir a sitios sin mi padre y sin mí.

—Quizá —dijo él mientras ladeaba la cabeza con un gesto de duda. Quizá temía contarme lo que pensaba en realidad. Insistí bastante para que me lo dijera.

—Creo que se aburrirá... o que se enfadará conmigo.

—Pero ¿por qué? ¡Está convencida de que eres fantástico!

—Sofía tiene sólo once años, Tigre, y todos mis amigos tienen nuestra edad. Y además está Sara.

—¿Quién es Sara?

—Una chica a la que conocí.

Me alegraba por él, pero en ese momento me di cuenta por primera vez de que la amistad que había empezado el día que le puse en los brazos a mi hermana, aún bebé, para cambiarla, podría convertirse sólo en una sombra de lo que había sido. Wadi, que se daba cuenta de mis sentimientos encontrados, se enfadó. Al ver que yo fruncía el ceño, miró a su alrededor para asegurarse de que no lo veía nadie y se tocó de un modo insinuante.

—Podrías encontrar a una chica tú también. Te iría bien.

—Puede.

—No te pongas celoso —dijo él.

—¿Por qué debería estarlo?

—No lo sé, pero si no es eso... ¿entonces qué te pasa?

—Nada —mentí—. Es sólo que aún pienso en Sofía, quiero que la ayudes a conocer a otras chicas. Puedes ser su puente hacia el mundo. Como hicimos nosotros contigo cuando eras pequeño.

—Me asusta pensar que no seré capaz de ayudarla como esperas que haga —dijo con aquella voz que tendía a utilizar sólo para hablarnos a Sofía y a mí—. A veces me pregunto si estaré a la altura de lo que quieres que sea.

—¿Lo que yo quiero que seas? —pregunté sorprendido.

—Desde que éramos pequeños, sentí que me arrastrabas. Aún lo siento ahora. Es como... como si siempre me contaras algo, incluso cuando no dices nada. Como si tuviera tu voz metida en la cabeza. —Se encogió de hombros—. En realidad no me importa. Es sólo que lo encuentro raro. Puede que incluso me guste. —Rió—. Debes pensar que estoy loco.

—No, a veces yo también te oigo hablar, cuando todo está en silencio. Es porque crecimos juntos. Eso lo hace todo diferente. Es como cuando tu padre te llevaba en brazos y tú me cogiste la mano. Ese tipo de cosas cambia a la gente.

Justo después de decir eso, deseé inmediatamente no haberlo dicho: Wadi tenía una regla no escrita según la cual las intimidades entre Sofía, él y yo quedaban entre nosotros. Seguramente yo estaba deseoso de mantener nuestras vidas tal como eran.

—Así pues, ¿me ayudarás? —me apresuré a preguntar.

—¿Tengo otra opción? —me dijo mientras me golpeaba un brazo.

—No —respondí. No le devolví el puñetazo porque, si lo hacía, él habría pensado que me estaba defendiendo por haber roto la regla.

Wadi torció los labios en una mueca.

—¿Por qué tengo la sensación de que esta vez serás tú quien me traerá problemas a mí esta vez? —dijo—. ¡Y además a propósito!

Durante los dos años siguientes, visitamos a mis tíos con tanta frecuencia como nos fue posible. Aunque al principio Sofía se mostró reticente a salir sin papá o sin mí, Wadi estuvo a la altura de las circunstancias. Consiguió embelesarla con su galantería

y su enérgico entusiasmo a la hora de mostrarle la ciudad. A medida que se acercaba a la edad adulta, se volvió más atrevido con sus payasadas para alargar el momento de volver cuando la tozudez de ella parecía estar a punto de vencerlo. A veces parecía como si esa recién descubierta madurez le permitiera más libertad para actuar como un chiquillo con ella.

Muchos años más tarde, supe que, a algunos de los estudiantes de la escuela jesuita a la que iba Wadi, sus padres incluso les prohibieron hablar con él. Como muchas otras cosas, mi primo lo llevó en secreto, y ahora me doy cuenta de la valentía que mostró cuando iba por toda la ciudad con Sofía.

Desde la habitación que yo tenía en el piso de arriba, a menudo veía cómo Wadi y mi hermana salían de casa. Y aunque la soledad a menudo me acompañaba en el alféizar, me sentía extrañamente bien por el hecho de quedarme solo, como si me hubieran liberado de una obligación. En esos momentos de mi juventud, poco a poco fui aceptando mi naturaleza solitaria.

En las pocas ocasiones en las que acompañé a Wadi y a sus amigos al río o a un salón de té por uno de los barrios hindúes cercanos, me di cuenta de que Sofía había aprendido a reír sin taparse la cara con el pelo. Y aunque tendía a pegarse a Wadi o a mí como una hoja durante una tormenta, las chicas de vez en cuando se la llevaban para contarle un secreto entre risas ahogadas. Al cabo de un tiempo la adoptaron como su protegida, y le enseñaron cómo debía andar cuando llevase un largo y suelto vestido portugués y unos bonitos zapatos de piel y cómo se sostenía un parasol, algo que nunca se cansaba de enseñarnos a mí, a Nupi y a papá. Siempre recordaré la tarde que volvió a la casa de nuestro tío con el pelo recogido con una cinta de color azul y plateado. Papá y yo la felicitamos, pero me dio miedo pensar en lo guapa que estaba y lo adulta que parecía. Y a juzgar por cómo me miró de reojo, sé que mi padre pensó lo mismo.

Sofía estaba deslumbrada por sus nuevos amigos y hablaba de ellos como si se tratara de visitantes de un país lejano con grandes conocimientos. Su manera de vestir y de actuar se volvió más portuguesa, aunque cuando volvíamos a nuestra granja siempre se ponía un sari.

—De lo contrario, mamá no me reconocería —me explicó una tarde mientras plantábamos patatas en el huerto. Era una hortaliza que acababa de llegar a nuestro distrito por primera vez, y Nupi, que había quedado encantada con su sabor, nos había reclutado para que la ayudásemos en su plan para incorporarla a sus guisos.

A veces somos capaces de distinguir un momento decisivo en la vida de alguien.

—Eso es absurdo —le dije—. Mamá te reconocería incluso en la oscuridad más absoluta. Y no le importaría que parecieras más portuguesa que india.

Sofía se echó a llorar al oírme decir aquello. Mientras la abrazaba para consolarla, no fui capaz de recordar si en toda mi vida me había sentido tan cercano a ella como

entonces.

—Mis amigos creen que es guapísima —me confirmó Wadi a la mañana siguiente de haberse acostado tarde tras salir con ella a recorrer la feria de San Juan de Goa.

Al oír eso fue como si se hubiese abierto una puerta en mí: pude avanzar hacia mi futuro sin tener que mirar atrás, hacia mi hermana. Hasta ese momento, ni siquiera me había dado cuenta de que mi libertad había sido prisionera de su infelicidad. De repente me di cuenta de que no había sentido envidia de la activa vida social de Sofía porque —en algún lugar dentro de mí— siempre había sabido que debía renunciar a esas nuevas amistades para recuperar mi destino. A veces me cegaba ante mis propias motivaciones.

Sofía y Sara —la joven que Wadi estaba cortejando— se llevaron especialmente bien. Recuerdo que Sara en aquel entonces era una chica delgada, de pelo oscuro, siempre vestida de un modo demasiado recargado. Tendía a sonreír como si luchara contra la tristeza, lo que hizo que Sofía y yo intentáramos todo tipo de payasadas para hacerla reír. Le gustaba especialmente que mi hermana imitara a una tortuga comiendo una hoja de col, un número cómico que había aprendido de papá, por supuesto.

La madre de Sara había muerto de viruela cuando era muy pequeña, y su padre había cuidado de ella, lo que establecía una similitud especial entre ellas. Saber eso también confirió un significado más profundo al modo tan rápido y posesivo con el que le cogía la mano a mi hermana cada vez que se encontraban. Sofía me contó muchos secretos sobre Sara, no sin antes hacerme jurar que no los revelaría. Sara se convirtió en la primera chica a la que conocía con cierto grado de intimidad.

Con la cabeza sobre mi regazo, Sofía me contó que uno de los chicos se había caído al río mientras intentaba demostrar que sabía mantener el equilibrio, o que Sara había encontrado la moneda que siempre se escondía dentro de una hogaza de *bolo rei* y se la había regalado a ella. Una vez vino a mi habitación después de un viaje en barco con Wadi y sus padres, y se acostó a mi lado en la oscuridad.

—Gracias por ser mi hermano —susurró.

Por el modo furtivo con el que Wadi siempre se aseguraba de saber dónde estaba Sara —y los modales de caballero que utilizaba para tratarla—, era obvio que estaba perdidamente enamorado de ella. Lo que Sara sentía por él era más difícil de definir. Sospecho que estaba asustada del alcance de los sentimientos encontrados que Wadi despertaba en ella, porque parecía en guardia permanente cuando estaba en su presencia y tensa, como a punto de salir huyendo. Su confianza no mejoró cuando la tía María le dijo que su familia no era lo suficientemente buena para que mis tíos

aceptaran una invitación a cenar. Yo no estaba allí cuando lo dijo, pero Sofía sí, y me dijo que la pobre chica se puso a llorar por la humillación, como si la hubieran obligado a comer basura. Ojalá hubiera podido estar ahí para asegurarle que mi tía habría rechazado a cualquiera que hubiera escogido su amado hijo.

Cuando le pregunté a Wadi sobre ello, al principio negó que hubiera sucedido, pero luego explotó en maldiciones dirigidas a la actitud de su madre. Eso sólo consiguió acarrearle un ataque de convulsiones que lo dejó débil durante dos días enteros, durante los que me maldije por haber insistido en que siempre fuera sincero conmigo. ¿Por qué no podría haberlo dejado en paz si eso hacía su vida más fácil?

Por primera vez presentí lo injusto que podía llegar a ser con los demás. ¡No en vano Sofía me había llamado espía!

Por lo que respecta a mis sentimientos hacia Sara, jamás le mencioné a nadie que me sintiera confuso al respecto. Una vez, cuando me estaba castigando mentalmente por lo insignificante que me sentía al lado de Wadi, papá se sentó en la veranda, a mi lado.

—Te llegará el momento. Y cuando sientas una pasión como ésa por una chica dejarás de pensar de ese modo.

Agradecí su brazo protector alrededor de mi hombro, pero también me molestó, y mucho, que menospreciara mi desesperación.

Creo que Sofía aprendió de Sara muchas cosas que de otro modo debería haberle enseñado mamá. Entre ellas estaba cómo entender que el hecho de ser mujer empezaba a transformarle el cuerpo. A los trece años ya había adquirido una plenitud de formas que había cambiado su manera de hacerlo todo, incluso la forma de sentarse para dedicarse a la micrografía. Ese pequeño amasijo encorvado de vergüenza y diligencia fue sustituido por una jovencita erguida que a veces abría los postigos simplemente para sentir la brisa en el pelo, suelto y largo hasta los hombros. Una vez, mientras el sol salía por el horizonte, dejó incluso que su sari color carmesí de bordes dorados le resalara hasta las caderas y cayera al suelo. Yo la vi mientras pasaba por delante de su cuarto y al instante recordé lo que papá me había contado, que mi madre también se abría como una flor ante la luz del sol.

Los botones, plumas de pájaro y dibujos dejaron de extraviarse en la casa ahora que las penas de nuestra chiquilla habían desaparecido. Un día incluso encontré el collar de alhelíes marchitos sobre la mesa que tenía junto a la cama.

—He estado tirando ropa vieja —me dijo Sofía—, y he descubierto esto dentro de uno de mis vestidos. No entiendo cómo pudo haber ido a parar entre mis cosas.

Sofía le estaba tomando cada vez más cariño a su vida en la ciudad y podía charlar sin parar sobre sus nuevos amigos a la hora de cenar. Tanto era así que a principios de

diciembre de 1589, pocos días después de su decimocuarto cumpleaños, papá le dio permiso para quedarse en casa del tío Isaac durante tres semanas, a condición de que prometiera no entrar jamás en una iglesia con la tía María. El día de su partida, por la mañana, Sofía sollozó sobre mi pecho y dijo que la estábamos abandonando.

—¡Eres imposible! ¡Eras tú quien quería ir!

—Pero ahora ya no quiero.

Con Sofía siempre era importante mantener una puerta abierta y una vela encendida junto a la ventana, por lo que le dije:

—Si sientes que no eres feliz, háznoslo saber y yo iré a buscarte.

Recuperó su determinación tras llorar un poco más y se marchó acompañada de unos amables vecinos hindúes que partían hacia Goa. Días más tarde recordé nuestra vieja regla, la de no permanecer más de seis días seguidos en casa de mi tía, pero en sus cartas Sofía sólo escribió sobre las apasionantes aventuras que estaba viviendo.

Fue entonces cuando empezó a escribir mensajes secretos para mí en micrografía. Con la ayuda de su lupa, descifraba sus palabras. Normalmente eran sólo tonterías, pero en la última carta dirigida a mí durante esa estancia, escribió: «Ya he salido completamente de mi piel y he descubierto algo mejor debajo de ella».

9

A finales de enero de 1590, después de una visita de una semana que Wadi y sus padres nos hicieron en honor a mi decimoctavo cumpleaños, Sofía y yo bajamos hasta el canal de Indra para escapar de la ola de calor infernal que había convertido nuestra casa en un horno. Ella dijo que quería contarme algo importante, pero que sólo podía hacerlo cuando estuviéramos lejos de casa.

Nos sentamos en una roca, con los pies en el agua. Sofía me dijo que el día anterior, mientras yo estudiaba la Torá, Wadi la había acompañado a recoger hojas del árbol del paraíso que Nupi quería para curarle un sarpullido que le había salido en un codo a mi padre. Cuando hubieron perdido de vista la casa, él sacó un pañuelo de seda roja que debía de haberle robado a su madre. Lo sostuvo como si se tratara de una campana y lo movió junto a su oreja.

—Tengo una sorpresa para ti —dijo con una expresión de astuto regocijo.

—¿Qué estás tramando? —le preguntó Sofía, cautelosa, sospechando una aventura juvenil destinada a ponerla a prueba.

—He pensado en algo que seguro que te gusta —respondió él—, pero tendré que vendarte los ojos.

Cuando Sofía volvió la vista atrás, hacia la casa, para ver si alguien los había seguido, él añadió con una voz que no presagiaba nada bueno:

—No, nadie puede vernos. Estamos solos, tú y yo.

—Wadi, debo saber adónde voy..., podría tropezar —respondió mi hermana. Se lo dijo muy seria, aunque el orgullo y el despecho le hizo soltar una risa falsa un momento después, como si él no le estuviese pidiendo nada.

—Era como si me estuviera amenazando —me dijo entonces mi hermana—. Y yo quería convencerlo de que no estaba asustada, aunque lo estaba. Era como si quisiera herirme de una manera que jamás pudiera curarme. Fui una estúpida, ¿verdad?

Quise decirle que no, que su instinto me parecía correcto, ya que ya veía hacia dónde llevaba todo eso, pero me limité a preguntarle qué había respondido Wadi.

—Puso cara de sentirse dolido y me dijo: «¿Es que no confías en mí?». Imagínalo diciendo eso —me dijo Sofía con cara de asombro—. Lo que quiero decir es que ¿quién en su sano juicio podría confiar plenamente en un chico de dieciocho años como Wadi, con esa cara tan traviesa? ¡Y con su energía!

Sofía bizqueó y sacó la lengua y, al hacerlo —para darle a lo que me estaba contando menos importancia de la que tenía—, supe la verdad. A partir de ese momento, sentí que el miedo se cernía a mis espaldas.

Sofía me contó que le habría dicho a Wadi que se dejara de vendas y de sorpresas si no fuera porque se había propuesto ser igual que él y que sus amigos. Lo que hizo fue cruzar los brazos sobre el pecho y replicar:

—Si tienes que ser mis ojos, Wadi, debes prometerme que me mantendrás alejada de cualquier peligro.

Él la miró contrariado pero, como sabía que ella aceptaría su promesa, lo prometió en voz alta. El corazón de Sofía dio un brinco mientras Wadi le vendaba los ojos con el pañuelo. Ya no había vuelta atrás.

Un cielo plomizo pesaba sobre los campos y los bosques con la amenaza de una tormenta, por lo que caminaron rápidamente mientras Wadi tiraba de una de las manos de ella para hacerla subir por un sendero terroso y bordeado de helechos y pequeñas palmeras.

—Wadi, por favor, ¡me arrancarás el brazo! —exclamó ella.

En realidad, la fuerza con la que la agarraba mientras subían por la colina le provocaba un cosquilleo que le recorría la espalda. Además, le encantaba mostrarse desagradable con él. La hacía sentir como si estuviera flotando, era más ella misma de lo que había sido jamás, aunque no comprendía cómo podía tener esas dos sensaciones a la vez.

En sus dedos entrelazados, Sofía podía sentir el pulso de Wadi, vivo, poderoso. Ella se dio cuenta de que era muy fácil hacerle feliz. Tan sólo era necesaria una pequeña concesión para obtener su devoción.

Sofía probó a orientarse a ciegas, pero Wadi la hizo girar sobre sí misma para frustrar cualquier intento. Al final, riendo y tambaleándose, tuvo que admitir que él la había vencido con su ingenio. Y que estaba completamente perdida. Notó el olor a hojas podridas, a tierra húmeda y a humo, a lo lejos. «Estoy caminando por un sueño que tenemos Wadi y yo —pensó—. Y al final quizás incluso nos despertaremos juntos».

Cuando ella le preguntaba dónde estaban, él simplemente respondía que ya estaban cerca de su destino.

Cogiéndola por la cintura, la ayudó a subir por una cuesta empinada y pasaron por encima del tronco de un árbol caído. Finalmente, atravesaron dos filas de arbustos que le rozaron las piernas, y Sofía recordó la naturaleza suave y oculta de todos los

placeres que había llegado a conocer, especialmente las oraciones micrográficas que ella misma caligrafiaba. Poco después, Wadi la cogió por los hombros y le dijo que permaneciera completamente quieta. Había empezado a lloviznar. Sofía sentía el aliento de Wadi, cálido y exultante, en la cara. Se animó mucho cuando se dio cuenta de que en realidad confiaba en él, en ese chico con las manos callosas y los ojos verdes que siempre había sido el mejor amigo de su hermano. Pero por encima de eso, creía que Wadi era la criatura más hermosa que hubiera visto jamás.

Ése fue el momento en el que ella sintió que su corazón se abría.

Creía que Wadi la habría llevado hasta el jardín oculto de alguna familia brahmán, donde encontraría flores de albahaca del color del coral y donde los jazmines nacarados caerían hasta sus pies... Imaginó que habría una estatua de Shiva junto a una mimosa.

Wadi le deshizo el nudo de la nuca y tiró del pañuelo.

—¡Oh, Dios mío!

Un acantilado se erigía intimidante frente a ella. El ánimo de Sofía se vino abajo. Se tambaleó doscientos metros por encima de un barranco, el cielo le daba vueltas y alargó el brazo pero no encontró nada delante de ella.

Ése era el acantilado de color arena que solíamos llamar La Cabeza de Hanuman, porque desde un ángulo determinado parecía la nariz plana de un mono de perfil.

Wadi la agarró para que no cayera al vacío y la llamó por su nombre, aunque el pánico tensaba su voz. Se inclinó para recuperar el aliento y rechazó las preguntas que él le hizo, preocupado.

Se puso bien derecha, se alisó el sari y le apartó las manos —tan brutas y entrometidas— y tomó aire unas cuantas veces más.

—¡Idiota! —le gritó Sofía. Sus ojos se convirtieron en dagas dirigidas al centro de su pecho, desde donde había concebido ese plan que parecía haberle salido tan mal.

Temblando por la ira, Sofía le pegó en el brazo a Wadi y bajó corriendo el sendero, llorando. La lluvia caía con fuerza sobre ella. Se sintió como si aún fuera esa chiquilla rara que jamás había querido ser, lo que le hizo desear hacerse daño a sí misma.

—Es mi panorámica preferida —le gritó él—. Desde aquí puede verse todo el valle.

Wadi corrió tras ella y, cuando finalmente le dio alcance, le rogó que le explicara por qué se había enfurecido tanto.

—Wadi, si hubiera resbalado, habría caído al vacío. No habría quedado de mí nada más que huesos machacados y pelo. No a todo el mundo le gusta contemplar muertes, ¿sabes? ¿Y qué hubiera pasado si llegas a tener uno de tus ataques entonces, dime?

—Sofía, cuando estoy allí arriba y no hay nada entre el mundo y yo, me... me siento tan libre. Quería que tú también sintieras esa libertad, eso es todo... Lo siento,

no me paré a pensarlo.

Su sari estaba empapado por la lluvia, que se metía también dentro de sus sandalias impregnándola con un arrepentimiento tan tangible que incluso empezó a dolerle. Ella sintió odio por el olor húmedo de las hierbas que la rodeaban, por todos esos sentimientos tan confusos que estaban más allá de su control. Habría dado cualquier cosa por dejarse llevar otra vez, por volver a ser ese espíritu indefenso de sentimientos oscuros y misteriosos que había sido con los ojos vendados.

Wadi le rogó a Sofía que se sentara con él en un murete de las ruinas de un antiguo templo. Ella no estaba segura de poder perdonar a alguien que aún no había aprendido —después de tantos años— que era muy distinta de él. Finalmente se sentó, le dio la espalda a la mirada necesitada y suplicante de él, y escondió la cabeza entre las manos.

¿Cómo es que a veces, cuando faltan las palabras, uno puede encontrar el camino de vuelta exacto —y quizás el único— hacia la salvación?

Sin que ella se lo pidiera, Wadi le recogió la cabellera con las manos y empezó a trenzarla. Ella se lo había pedido muchas veces e incluso le había enseñado a hacerlo, pero él siempre se había negado porque creía que era cosa de mujeres.

«¿En qué me estoy convirtiendo? —se preguntaba él—. ¿Quién es este chico que soy ahora, que le trenza el pelo a una chica bajo la lluvia sin que le importe quién pueda verlo?».

Sé que eso es lo que estaba pensando porque me lo contó más tarde, durante un desliz que tuvo en el habitual control férreo que solía mantener sobre su propia intimidad. El enamoramiento debió apartarlo temporalmente de su curso habitual.

Por lo que respecta a Sofía, ésta me confió que las manos de Wadi sobre ella le provocaron unos deseos tan contradictorios que deseó salir corriendo otra vez y llamarnos a gritos a papá y a mí. Pero se limitó a sollozar. Se convirtió en la lluvia que cubría su espalda y el movimiento de las manos de Wadi. Y se quedó con él. «Esto —pensó Sofía— es la prueba verdadera de mi valor».

Mucho antes de que mi hermana alcanzara su silenciosa epifanía, recordé cada una de las veces en las que Wadi me había traicionado, como si en todo instante nos hubiéramos estado dirigiendo hacia este momento. Los tres estábamos frente a un bosque oscuro y lo único que se me ocurría decir era que ella debía ir poco a poco. Eso sólo la hizo reír, ya que desde su punto de vista, el amor ya estaba del todo formado y pulido por la ensoñación de la aventura romántica que había vivido durante algo más de un año.

Su revelación puso en evidencia mi fragilidad, y quería estar solo para pensar, por lo que le dije que si no volvíamos pronto, los mosquitos nos devorarían. Sofía bajó la mirada avergonzada y la dejó clavada en el suelo.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Algo... algo que he intentado contarte desde hace mucho tiempo —respondió mi hermana—. Cuando era pequeña, papá y yo estábamos en el mercado de Goa y oí que dos niños portugueses hablaban de lo fea que era yo. Me sentí como si estuviera allí desnuda y el mundo entero se estuviera riendo de mí. Sentí..., lo único que sentí fue vergüenza.

—¿Se lo contaste a papá?

—¿Cómo querías que lo hiciera? Me daba tanta vergüenza...

—Pero podrías habérmelo dicho.

—Ti, cuando paré de temblar me volví de piedra. Era incapaz de hablar. Me pasé así seis años. ¿No lo entiendes? Y empecé a guardar todas esas cosas dentro de mi arcón. Sé que las encontraste. Creí que necesitaría una dote. ¿Y qué me había dado papá de mamá? Casi nada. Una chica fea como yo... necesitaría tanto como pudiera acumular. —Sonrió a pesar de las lágrimas—. Pero ahora Wadi lo ha cambiado todo. Sé que sólo tengo catorce años, y sé que piensas que no debo hacerlo, pero yo sé que sí.

Decidí no contarle a papá las revelaciones de Sofía, ya que no me costaba imaginar que le prohibiría salir de casa para entregarle su corazón a tan temprana edad a un chico cristiano, aunque fuera un pariente nuestro adoptado. Además, en el fondo tampoco quería que mi padre me hiciera responsable de ese giro del destino de ciento ochenta grados. Por supuesto, había tan pocos judíos que vivieran cerca de nosotros que ya debía de esperar —y temer— una unión de ese tipo desde hacía años. ¿O pensaba enviar a Sofía a Constantinopla cuando llegara el momento? Más adelante me contaría precisamente eso, ya en prisión, pero creo que debió de pensarlo posteriormente, a causa de su arrepentimiento.

En nuestro siguiente viaje a Goa, no dejé a Sofía ni a sol ni a sombra, y me metía incómodamente entre Wadi y mi hermana casi todo el tiempo. Delante de nuestros padres, él hizo lo posible por mostrarse sereno, pero cuando sólo estábamos los tres fijaba sus ojos en ella. Una mañana lo acorralé en su habitación y le pregunté qué había pasado con Sara. Me dijo que a ella le habían prohibido verlo desde hacía meses porque había tenido un ataque mientras la acompañaba por la *baratilha*, el mercadillo nocturno de los indios. Había acudido muchísima gente.

—Lo siento —dije, y de verdad era así.

—No te preocupes. Ya estaba cansado de ella de todos modos.

Me indignó el tono de indiferencia con el que habló de Sara. Supongo que en el fondo temía por mi propia relación con él.

—Quiero que me cuentes exactamente lo que sientes por mi hermana —le dije. Sentí que algo inminente nos iba a atrapar a los dos, como si las palabras que estaba a punto de decir tuvieran que ser un hechizo capaz de alterar nuestros futuros.

—Simplemente lo que siempre he sentido —respondió.

—¿Y qué es exactamente? —pregunté.

—Somos amigos, siempre hemos sido amigos. ¿Por quién me tomas?

Se acercó a su mesa y tomó su aljaba y su arco. Últimamente nos pasábamos el tiempo practicando el tiro al arco, porque él aspiraba a convertirse en el campeón de su escuela y yo a acertar cualquier blanco a tres metros de distancia.

—Wadi, me doy cuenta de lo que está pasando. Y prometo no traicionarte. Pero deberías ir con más cuidado del que hayas imaginado jamás. Si mi padre se entera de tu interés por Sofía, no respondo de lo que haga.

«O de lo que yo haría si le hicieras daño», debería haber añadido, porque me sentía como si estuviese preparándome para una de las peleas a puñetazos en las que solía meterme a esa edad. Entonces ya tenía ganas de darle un tortazo. Era más fuerte que yo, pero tenía a mi favor la rabia acumulada.

—Tu padre se alegrará por nosotros —anunció con una sonrisa.

—Si es eso lo que crees, es que no lo conoces. Eres cristiano. Y seguro que pensará que te aprovechas de que es muy joven.

—¡Pero Tigre, ella me besó primero!

—¿Que ella te besó?

—No fue lo que estás pensando. Sólo fue un beso entre amigos.

—Wadi, ¿ves algo escrito en sánscrito en mi frente?

—¿Qué?

—¿O quizás algo escrito en árabe en mi nariz? En algún lugar debe estar escrito que tengo el cerebro de un lagarto, ¡porque así es como me estás tratando!

—De acuerdo. Nos besamos, pero sólo fue una vez. No hicimos nada más.

—Más te vale.

—¿O qué? —replicó desafiante.

Sus ojos me amenazaban, pero yo estaba rabioso.

—O me encargaré de que no vuelvas a verla jamás. Ni en Goa, ni en nuestra granja, ¡ni siquiera en sueños!

Salí para ver a Sara más tarde ese mismo día; una puerta se había abierto de forma inesperada frente a mí y yo me había apresurado a cruzarla antes de que volviera a cerrarse. Charlamos en el salón de té de su pequeña ciudad, con un plato de dulces indios a base de leche con aroma de cardamomo que quedó intacto entre nosotros. Ella habló con monosílabos apesadumbrados mientras jugueteaba con un mechón próximo a su oreja con los dedos. A mí el corazón me latía con fuerza todo el rato, mi vida se balanceaba sobre la punta de una aguja.

No le conté lo que sentía, pero ella supo leerlo en mis silencios. Y no dijo nada que me diera esperanzas. En la puerta me dio unos pendientes de plata en forma de campana y me besó en las dos mejillas.

—Devuélveselos a Wadi —me dijo.

«¿Qué es la memoria?», me había preguntado mi padre cuando yo tenía siete años. ¿Era un palacio en el alma, pensamientos entrelazados alrededor de una cadena, un puente entre todo lo que hemos sido y lo que seremos? ¿En qué lugar de mi interior vive el mes de septiembre de 1590 para que recuerde tan claramente lo mucho que cambiaron nuestras vidas?

Yo tenía dieciocho años y medio y era más alto que papá, aunque aún estaba expuesto a los cambios de humor propios de un jovencuelo. Me sentía extraño en mi nuevo cuerpo, e inseguro de mi nueva posición en el mundo, por lo que mi pecho ardía de gozo como un fuego sombrío cada vez que me trataban como el hombre que quería ser: cuando Kahi, el barbero de Ramnath, me afeitaba las mejillas y la barbilla, por ejemplo. Sentado en el taburete amarillo que ponía en el mercadillo, el paso de su cuchilla sobre mi piel era la confirmación de que había adquirido un estado superior en la vida. Advaki, Iraaj y los otros adultos hindúes que me conocían desde que era un bebé se concentraban a mi alrededor para asegurarse de que Kahi no me cortaba, mientras masticaban nueces de betel y escupían orgullosos como si fueran mis tíos de verdad.

Yo llevaba el pelo largo y la frente cubierta por algún que otro mechón con la esperanza de parecerme a Rama en un espectáculo del templo. Fantaséaba con aventuras sexuales incluso en momentos en los que debería haber estado estudiando la Torá y, aunque había tenido citas secretas con chicas de vez en cuando, aún no había sentido nada parecido al amor verdadero desde lo de Sara. Afortunadamente, no era virgen, pero me había limitado a traspasar la frontera. Wadi me había engañado para entrar en un prostíbulo de Goa dos años antes. Me había dicho que era un *hamam* turco, pero pronto descubriría que no estaba allí ni para un baño ni para un masaje. Cuando se abrió la puerta de mi vestidor, apareció una joven con los ojos generosamente maquillados y unas pulseras de plata en los tobillos como única vestimenta, que extendió los brazos hacia mí. Yo sólo llevaba puesta una toalla, y no estaba en posición —ni en disposición— de encontrar a Wadi y empezar una disputa.

Últimamente, papá y yo nos habíamos embarcado en una nueva forma de amistad y él disfrutaba especialmente cuando paseábamos cogidos del brazo por los jardines del templo de Ponda presumiendo de mí ante todo el mundo. Me había convertido en su compañero, además de ser su hijo.

A Nupi yo le sacaba ya un palmo y medio, y solía exagerar el gesto cuando levantaba la mirada para verme cuando estaba delante de sus amigos hindúes, a los que les decía que cada mañana me confundía con un minarete, lo que hacía reír a cualquiera. Estoy seguro de que ese hábito de repetir escenas cómicas lo había adquirido de mi padre; a mí también me pasaba, supongo.

Sofía tenía la cara redonda y regordeta, coloreada por todos los nuevos descubrimientos sobre sí misma, y su sari formaba suaves pliegues a la altura del pecho y de las caderas. Aunque aún no tenía quince años, tenía un aspecto adulto y,

cuando se ponía el pañuelo blanco nacarado de mamá —que llevaba siempre consigo — aparentaba diecisiete años o más. Eso le gustaba, incluso se enorgullecía de ello.

Ahora me doy cuenta de que Sofía puede que deseara ser alguien distinto de quien era.

Wadi se había convertido en un joven atractivo de casi metro ochenta, con un porte poderoso y seguro. Los vecinos aún lo llamaban Morito, pero se había convertido en una broma sin mala intención. Había demostrado ser un buen estudiante en San Pablo, la escuela jesuita de Goa, y no tenía rival en latín. También había conseguido su propósito de convertirse en el campeón de tiro al arco de la escuela, por lo que recibió una copia del Nuevo Testamento impresa en Lisboa en 1542. Como recompensa, el tío Isaac empezó a llevárselo con él de viaje por toda la India en busca de nuevos proveedores de telas. Comparado con él yo llevaba una vida provinciana, y cuando Wadi me contó las maravillas que había visto en Calicut o en Cochín, me sentí contrariado por las limitaciones de mi vida.

Él y Sofía habían decidido muy sabiamente mantener su amor en secreto, por lo que se convirtieron en actores consumados. Creyeron que engañaban a todo el mundo y estaban seguros de que un año y tres meses más tarde, cuando Sofía celebrase su decimosexto cumpleaños, podrían contar la verdad sin que saltaran demasiadas chispas. Lo que no me atreví a preguntar fue hasta qué punto se aventuraron en el amor físico.

Al principio de ese esperanzador mes, mi padre nos reunió en el salón a Sofía y a mí y nos dijo que debía marcharse a Bijapur para hacer unos esbozos del sultán y de una nueva mezquita que éste acababa de erigir. Pasaría un mes entero fuera de casa. No paró de frotarse las manos con nerviosismo y de disculparse; nos dijo que su ausencia sería difícil para los dos, pero que ya había rechazado la invitación de su benefactor dos veces durante los últimos dos años y que no podía seguir negándose.

Nosotros ya sabíamos que estaríamos bien con Nupi, pero papá explicó cuál era la complicación que lo preocupaba: hacia el final de su estancia en Bijapur, nuestra cocinera tendría que volver a Benali, la aldea en la que había nacido, para pasar allí los últimos tres días del festival de Ganesh Chaturthi, en honor del dios hindú de la sabiduría. Yo estaba seguro de que éramos lo suficientemente mayores como para quedarnos solos, pero papá no quiso siquiera oír hablar de ello. Quería pedirle a Nupi si podíamos ir con ella, pero antes quería que estuviéramos de acuerdo. Nos dijo que no podíamos pasar esos días con nuestros tíos de Goa porque el tío Isaac debía llevar a Wadi a Diu, la pequeña colonia portuguesa al noroeste de Calicut. Entonces yo no sabía que el tío Isaac y la tía María habían pedido si podían llevarme a mí también. Papá no me lo había contado porque jamás se le ocurrió la idea de dejar sola a Sofía, y yo también me enteré de la generosa oferta de mi tío mucho más tarde: yo me habría puesto furioso si hubiese tenido que dejar pasar esa oportunidad de viajar. Y además me habría equivocado en el siguiente paso hacia mí mismo...

Esa noche, detrás de la puerta cerrada de su estudio, oí que papá le proponía su

plan a Nupi. Ella lo interrumpió enseguida, lo cual no era muy habitual que digamos, y alegó que no podría ofrecernos nada parecido a las comodidades a las que estábamos acostumbrados. La vergüenza hizo que le temblara la voz. Supe que le estaba suplicando algo porque le temblaban las manos sobre el regazo.

—El suelo de la casa de mi familia está hecho de estiércol de vaca —gimió en konkaní—. Las paredes y el techo se hacen con hojas de palma...

Entonces cambió a su precario portugués para asegurarse de que papá comprendía su desesperación.

—No es bueno..., superstición por todas partes. Todos duermen en lechos de yute..., humo denso de la cocina. No hay ventanas, ninguna ventana. Las gallinas entran y salen y... y... —Nupi se perdió y empezó a llorar.

Papá le aseguró que nosotros no éramos muñecas de seda y que estaríamos bien en Benali. Probablemente se arrodilló junto a ella y le tomó la mano.

—¡Es imposible! —gritó ella. Nupi siempre creyó que si gritaba lo suficiente podía ganar cualquier disputa con mi padre—. ¡La gente de mi aldea cree en la magia! —aulló—. Oh, hay tanta superstición allí... A Ti y a Sofía seguro que les pedirían que hicieran ofrendas a los dioses. No está bien... ¡Eso no está nada bien! Todo el mundo les hablará sobre lo que Ganesha puede hacer por ellos.

—¿Por ejemplo?

—Traerles buena suerte..., una esposa bonita que sepa cocinar para Ti. Un marido guapo y de alta casta para Sofía.

—Aún no está en edad de casarse —señaló papá.

—Tiene catorce años. En algunos pueblos las chicas llevan dos o tres años casadas a esa edad. No está bien, en absoluto...

—Entonces tendré que enviarlos a Goa con mi cuñada. Mi hermano estará fuera durante su estancia, pero si no tengo otra elección...

Nupi adoraba al tío Isaac, pero creía que la tía María era una inútil. Ésa era la baza de papá.

—¿Con la tía María? ¡No, no, no! ¡Esa mujer ni siquiera sabe hervir arroz! —Nupi lo dijo como si fuera un pecado más grave que el asesinato.

—No, pero seguramente los niños tendrán todos los dulces que quieran. Aunque no tengan un *kurma* de pollo que valga la pena durante tres días, eso no los matará. —El *kurma* era la especialidad de Nupi, aunque no podíamos comerlo muy a menudo porque lo hacía tan picante que nos caía a tiras la piel del interior de la boca.

—¡Pero si el tío Isaac no está allí, podría servirles carne de vaca! ¿Qué me dice de eso, eh?

Como deferencia hacia Nupi y nuestros vecinos hindúes, papá siempre nos había prohibido comer carne de vaca, incluso cuando estábamos lejos de casa.

—Ella jamás prepararía una vaca entera, sólo trozos —respondió papá, sin duda con la esperanza de empeorar las cosas. Seguro que le estaba costando reprimir una sonrisa.

—¿Qué trozos? —chilló la vieja cocinera.

—Las patas. Y dicen que las costillas son deliciosas. También están las orejas...

—¡Orejas! ¡Ah, no, no puede ser! ¡Dígale a mi tía que se guarde sus trozos de vaca! Que Nupi se quedará con los niños.

10

Benali quedaba en la costa, a unos veinte kilómetros de nuestra granja. Tardaríamos casi un día entero en llegar hasta allí. Estaba en la provincia portuguesa de Goa, a catorce kilómetros al suroeste de la ciudad, por lo que antes de marcharnos a Bijapur papá nos hizo prometer que recitaríamos las oraciones judías, aunque fuera para nuestros adentros. Nos dio unas cruces de madera a Sofía y a mí y nos dijo que nos las pusiéramos si algún cura o misionario católico aparecía por la aldea buscando problemas.

Papá lo había preparado todo para que hiciéramos el viaje en unos burros que le habían prestado unos vecinos, pero unas cuantas horas más tarde nuestros doloridos traseros nos pedían clemencia a gritos, por lo que acabamos recorriendo más de la mitad del camino a pie. Nupi juró haberse lastimado para siempre y dijo que no le sorprendería si quedaba estreñida durante un año entero.

—Esa apestosa criatura me ha roto el culo —le decía a cualquiera que encontrábamos por el camino mientras señalaba al pobre animal inculpado como si fuera un demonio.

Nupi nos dijo a Sofía y a mí que Benali estaba donde Shri Parasurana, una encarnación de Vishnu, había creado toda la provincia de Goa cuando lanzó una flecha al mar y ordenó a las aguas que retrocedieran. Antes de la ocupación portuguesa muchos aldeanos tenían un altar dedicado a Parasurana en sus casas.

A unos cuantos kilómetros de Benali, los temporales de lluvias de los días anteriores habían creado un enorme socavón fangoso en el camino. Un búfalo había caído en él la tarde anterior y tuvieron que rescatarlo con cuerdas entre varios hombres. Un bullicioso mercadillo había surgido alrededor de la escena del accidente, ya que los centenares de viajeros que pasaban cada día por allí estaban prácticamente obligados a charlar sobre la pobre criatura y lo inoportuno que había sido todo

aquello, lo que convertía ese sitio en el lugar perfecto para vender todo tipo de cosas, desde plátanos y limas dulces a monos y pájaros, para secar chiles y pescado, y para descascarar cocos. Enseguida surgieron tenderetes de hojas de palmera tejidas sobre postes de bambú y músicos, bailarines y artistas del tatuaje se reunieron allí, seguidos por algún que otro gato cubierto de polvo y hordas de perros mugrientos que olían tan mal como redes de pescar. Una familia harapienta de campesinos madrasis de piel oscura también estaba allí. Huían de la sequía del sur y mendigaban comida en su indescifrable idioma. Mis brazos eran más gruesos que las piernas de los hombres y los niños eran criaturas parecidas a mantis, con las barrigas hinchadas y enormes ojos del color del lodo. Algunos lugareños los espantaban como a chacales, lo cual nos pareció muy cruel. Después de una pequeña conversación familiar, Nupi compró mantequilla, un saco enorme de harina de garbanzo y un fruto de yaca para ellos con unas monedas que papá nos había dado por si surgía alguna emergencia. Los madrasis la bendijeron con lágrimas en los ojos y las mujeres se lanzaron a sus pies. Nupi también compró una jarra de *feni*, el licor de palma local, para su hermana y su cuñado. Para merendar comimos fríjoles verdes y arroz servidos en hojas de plátano. Después comimos unos hermosos mangos amarillos a la sombra de un tamarindo, con el tamborileo de fondo de la tabla de un bengalí cuya mujer llevaba en el pelo un tocado de caléndulas. Le cogió simpatía a Sofía, quien dejó que le trenzara unas flores en el pelo. Tan sólo un año antes, mi hermana no lo habría consentido.

Justo antes de llegar a la costa, pasamos por un camino accidentado que atravesaba un bosque espeso de teca y bambú. Los vientos frescos procedentes del océano sacudían las copas de los árboles y nos mandaron una lluvia de orugas peludas y amarillas. Cubrí a Nupi con una capa que llevaba en mi equipaje y tiré de ella mientras Sofía nos seguía con los tres burros. Los muntíacos nos dedicaron sus aullidos cuando nos acercamos a la playa.

—No os preocupéis, siempre están ahí —dijo Nupi—. Custodian esta ruta hacia el mar. No falta mucho.

El sol, que ya se acercaba al horizonte, convertía el interminable océano en una lámina de oro. El aire tenía un olor fresco y limpio. Nupi le susurró una oración a Devi, su protectora.

«Bendito sea el Señor por traerme hasta aquí», pensé. Me sentí como si siempre hubiera deseado ir a un lugar como ése, donde el mar fuera simplemente luz.

Cuando finalmente llegamos a Benali una hora después, sudando como soldados de infantería, mi hermana y yo causamos sensación. Un montón de niños con el pelo ensortijado y los ojos llenos de curiosidad nos recibieron con gritos de júbilo. Los aldeanos de más edad —la mayoría parientes de Nupi— se acercaron para conocernos, nos dieron palmaditas en la espalda y nos dedicaron sonrisas de satisfacción.

—¡Hace tanto tiempo que oímos hablar de ti! —decían, uno tras otro, y nos contaban historias de nuestra infancia, incluida aquella vez que una rana se coló en

una de las zapatillas de mi padre. Eso me dejó anonadado, ya que hasta entonces no había sido consciente de lo orgullosa que estaba Nupi de nosotros.

Un hombre mayor con el rostro tan arrugado como el cuero viejo se mantenía apartado del resto con el ceño fruncido, escupiendo el jugo de las nueces de betel como si fuera sangre. No le presté mucha atención, ya que detrás de él había cuatro chicas que no paraban de reírse y no llevaban más que faldas de algodón atadas a la cintura. Otra chica pronto me llamó la atención debido a que estaba haciendo algo inesperado en una aldea tan remota como ésta. Estaba sentada encima de un tocón de palmera encorvada sobre un libro, aprovechando la última hora de lectura antes de la caída del sol. Era alta y esbelta, y llevaba un vestido sencillo y una blusa blanca de colegiala portuguesa, aunque iba descalza. Tenía la piel del color del sándalo y esa manera tan grácil de apoyar la barbilla sobre la mano que sólo poseen las chicas indias. Llevaba el pelo largo y oscuro recogido en una trenza apretada y rematada con una cinta violeta de reflejos dorados que me hubiese gustado soltar. Cuando se dio cuenta de que la miraba, me sacó la lengua y volvió a su libro.

Benali estaba formada por apenas treinta cabañas de hoja de palma en una arboleda de tamarindos con las copas en forma de borla e higueras sagradas. Delante de cada casa había un patio de terracota y estiércol con un borde bajo de ladrillos bastos que evitaba que entrara la fina arena blanca de la playa. Pusimos nuestras bolsas en una de las casas que tenía una pequeña cruz plateada colgando de una hoja frente a la puerta y un montón de platos de barro cocido secándose al sol. Esa vivienda pertenecía a la hermana menor de Nupi, Ajira, y al marido de ésta, Bharat. No los encontramos allí, ni a ellos ni a su hijo, Kintan, porque estaban en el templo hindú que se encontraba más allá del territorio portugués durante el festival. Allí ayunaban y rezaban por la salud del padre de Bharat, que estaba gravemente enfermo. De hecho, como pronto descubriríamos, Nupi tuvo que volver a casa justo ese año porque Ajira estaba muy sola.

La hermana de Nupi no tardó en caernos bien: nos sonrió enseguida y nos cogió de la mano como si hubiese estado esperando toda su vida para darnos la bienvenida. Ajira tenía una manera de hablar más suave que la de su hermana mayor y se reía con mucha dulzura, como si estuviera hecha de campanillas. Podría haber sido más guapa, pero las marcas de viruela habían hecho mella en sus mejillas. Nos preguntó un montón de cosas. Si mis ojos habían sido más oscuros cuando era pequeño, si nuestro padre era del lejano norte de la India... Simplemente no era capaz de entender que había una tierra llamada Europa cuatro mil kilómetros al oeste de Goa, donde la gente no creía ni en Vishnu ni en Shiva, y donde nadie se planteaba que podrían haber tenido vidas pasadas. Me dijo que lo que yo le decía eran cuentos. Cuando añadí que los europeos jamás cocinaban con leche de coco, alzó los brazos de golpe.

—¡No, no, no, es imposible! —dijo ella mientras nosotros nos reíamos de su incredulidad.

Ajira había decorado la entrada a su hogar con arabescos de harina de arroz, como era tradición en el lugar. Nosotros elogiamos sus dibujos y los estuvimos rodeando como garzas para verlos mejor. Mientras tomábamos té de jengibre y *chapatti* caliente sentados en círculo con los otros, reuní todo mi coraje para preguntarle la única cosa que me importaba.

—¿Quién era esa chica que he visto leyendo un libro?

—Debía de ser Tejal —respondió mientras examinaba el carbón que iba a añadir al fuego.

—¿Vive aquí?

—Sí y no.

—Ya es suficiente —me espetó Nupi. Me lanzó una de sus miradas de hierro.

Yo le saqué la lengua, algo que no le había hecho en toda mi vida, y ella echó la cabeza hacia atrás como una gallina asustada.

—Tienes suerte de estar creciendo demasiado rápido —me dijo con aspereza. Luego nos pidió a Sofía y a mí que nos acabáramos el té enseguida y que recogiéramos flores para ella antes de que anocheciera. Nos dio una cesta de mimbre, pero yo me negué a ir hasta que respondiera a mi pregunta.

—Tejal es del pueblo —dijo Nupi de mala gana—. Es la hija de nuestra prima Shanti. Pero ya no vive aquí.

—¿Dónde vive?

—Ti, ¿tienes que ser tan pesado? Tejal vive en la ciudad. Ahora ve a buscarme flores y luego hablamos de lo que quieras.

Cuando nos íbamos, Nupi y Ajira estallaron en carcajadas. Más tarde Nupi me contaría que las dos estuvieron comentando que parecía un pato bajo la lluvia del monzón con el pico abierto. Al parecer era una expresión típica del pueblo para describir a los chicos con mal de amores.

Una docena de niños nos siguieron hasta un valle de flores silvestres más allá de los campos de yute y garbanzos. Tenían la piel oscura por el sol e iban completamente desnudos, algunos de ellos muy sucios, pero tenían la misma insistencia dulce que el vuelo de las libélulas. Nos rogaban con voz entusiasmada que los cogiéramos en brazos y los hiciéramos girar fingiendo ser ruedas de molino hasta que nos mareáramos. Siempre pedían más, pero les dijimos que teníamos trabajo que hacer, por lo que nos ayudaron a recoger flores. Corrían de aquí para allá, gritaban y aullaban, dejaban flores en el cesto y salían corriendo de nuevo en cuanto les decíamos que necesitábamos aún más.

Cuando Sofía y yo volvimos con la cesta llena tan pronto, Nupi nos miró como si hubiéramos practicado magia negra.

—Nos han ayudado *gandharvas* y *apsaras* —dijo Sofía con una sonrisa. Eran espíritus hindúes sobre los que Nupi nos contaba historias cuando éramos pequeños.

Nupi dejó las flores silvestres de color rosa, blanco y amarillo que habíamos recogido sobre el suelo arenoso, junto al tronco de un gran cocotero que estaba detrás de la casa de su hermana. Sus manos viejas y enjutas las extendieron hasta formar una media luna. Cuando las tuvo tal como las quería, cerró los ojos y se echó a temblar.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Me hizo callar y luego nos pidió que nos arrodilláramos con ella. Nuestras sombras alargadas se extendían por la colina arenosa que teníamos delante. Después de recitar sus oraciones, dijo:

—Planté esta palmera por mi hijo, cuando murió.

—¿Tuviste un hijo? —exclamé—. ¿Por qué no nos contaste nada sobre él?

—Ti, pasaron muchos años antes de que me alegrara de que no fueras él. —Me agarró la mano—. Cuando seas algo mayor, te darás cuenta de que muchas cosas se convierten en secretos sin que te lo propongas.

—Debió de ser hace mucho tiempo —dijo Sofía.

—Muchos años antes de que nacierais, tanto tú como Ti.

Para mí fue como un despertar. Hasta entonces nunca había pensado en Nupi como en una persona con una vida —y un pasado— independiente de la de nuestra familia.

Esa noche, la aldea celebró un banquete en honor de Ganesha, y Nupi nos dijo que no miráramos al cielo: se consideraba que daba mala suerte hasta la más mínima mirada hacia la luna durante esos días festivos porque una vez ésta tuvo el descaro de burlarse del dios de la sabiduría.

Había al menos doce personas sentadas que me separaban de Tejal, que llevaba un sari violeta sensacional y un pañuelo del color del azul del cielo. Nupi me había dicho que estaba estudiando en la escuela del convento de la ciudad de Goa, y que tenía quince años. Tejal no se volvió para mirarme ni siquiera una vez, para mi gran frustración. Sentí como si mi futuro estuviera oculto dentro de sus ojos negros.

Cuando terminamos de cenar yo había comido tantas gambas y pastelitos de coco que Nupi dijo que parecía embarazado de cuatro meses, comentario que le pareció de lo más divertido. Tomé un sorbo de *feni* en lugar de agua como revancha, ya que se había pasado la cena intentando que no llegase a probarlo. El baile y los tambores de después hicieron que todo me diera vueltas. Me fui a descansar sobre la arena cerca de la orilla y, medio en sueños, me vi sentado en una silla para ver entre los postigos quién subía por las escaleras de la veranda. Cuando alcé la mirada, vi que tenía a Tejal frente a mí. Llevaba una taza de barro cocido con las dos manos, como si estuviese haciendo una ofrenda ceremonial.

—Perdona, pero Ajira me pidió que te trajera un poco de té de jengibre.

Sobresaltado, me incorporé y le di las gracias. Con la taza caliente apoyada en la

sien y los ojos cerrados, noté la presencia de mi madre. Me di cuenta de que era ella la persona que estaba a punto de subir las escaleras. La había visto llevando a mi hermana, aún bebé, en brazos.

—¿Estás bien? —preguntó Tejal.

—No volveré a beber *feni* mientras viva —respondí, y añadí un gemido para darle un efecto más cómico—. Estoy a punto de reventar.

Me mostró una breve sonrisa que me aceleró el pulso, y luego se dio la vuelta para marcharse.

—¿Qué estabas leyendo cuando mi hermana y yo llegamos? —le pregunté mientras se marchaba.

—Un libro —dijo ella con toda naturalidad.

—Ya, pero ¿cuál?

—Se llama *La leyenda dorada* —respondió en portugués por primera vez. Pronunciaba cada palabra como si cada una de ellas tuviera su lugar preciso. Eso me gustó.

—¿Es bueno?

—Es un libro sagrado —lo dijo como si la calidad del texto fuera irrelevante—. Trata sobre Jesucristo y los santos.

Sus preciosas manos trazaban círculos en el aire mientras hablaba. Creí que me harían entrar en trance.

—No he leído nunca nada sobre él —dije.

—¿Nunca? —Abrió mucho a los ojos, muy sorprendida. Su piel oscura era tan radiante bajo la luz de la luna como si hubiera bajado desde la noche para estar conmigo.

—Los judíos no solemos leer el Nuevo Testamento —le expliqué.

—Si me permites que te lo diga, las monjas dicen que los judíos son muy tercos porque no creen en la divinidad de nuestro Señor.

—Te lo permito con mucho gusto —le dije con una pequeña reverencia, a juego con la formalidad de su lenguaje—. Pero ¿qué dices tú sobre los judíos?

Se quedó atónita. Puede que fuera la primera vez que alguien le preguntaba por su opinión personal acerca del tema.

—No... no lo sé —titubeó—. No he conocido nunca a ninguno.

—Siento decirte que acabas de hacerlo.

Ella supo enseguida por mi sonrisa burlona que lo que le preguntaba era su opinión personal sobre mí. Me miró muy seria.

—Bébetelo té, por favor. Hará que te sientas mejor —lo dijo con un tono de voz maduro, controlado, como si yo hubiera sido un problema para ella muchas otras veces. No sabría decir cómo, pero en ese preciso instante me di cuenta de que era muy inteligente.

—Me sentiré mejor si te sientas conmigo —le dije.

Ella volvió la mirada hacia la aldea, estaba ligada a ella por tradiciones que

debían prohibirle sentarse a solas con un forastero. Habían encendido una gran pira y la música era aún más frenética.

—Supongo que a las monjas no les gustaría —le dije, desafiándola a ser ella misma.

—Las monjas están lejos. Es mi padre el que me preocupa —respondió misteriosamente.

—Bueno, sólo te pido que te sientes. Puedes decirle que simplemente intentabas ser hospitalaria con el ahijado de Nupi.

—¿Es eso lo que eres?

—No lo sé. A veces creo que ella se convirtió en una especie de madrina para mí el día que me salvó la vida —intentaba sonar misterioso, pero después de haberlo dicho me di cuenta de que era verdad.

—¿Nupi te salvó la vida?

—Ya te lo contaré, pero primero... —Di unas palmaditas sobre la arena, junto a mí.

Tejal entrecerró los ojos, valorando el peligro al que se enfrentaba. Al sentarse, se cubrió las piernas con el borde del sari. Tomé un sorbo de té y, tras ofrecérselo, se atrevió a aceptar, algo que yo interpreté como una buena señal. Mientras ella bebía noté una liberación en mi pecho, como si algo se hubiera desatascado de golpe.

Entonces fui capaz de hablar de sentimientos íntimos, del período posterior a la muerte de mi madre, de cuando Nupi me había invitado a comer con ella cada vez que me sintiera solo.

—Y lo hice —le dije a Tejal, como si fuera la moraleja de la historia—, hasta que la casa volvió a ser mía otra vez.

Hablamos durante un rato acerca de cómo la muerte de mamá nos cambió a papá y a mí, y me conmovió ver que me escuchaba. Y aun así, los dos éramos plenamente conscientes de que estábamos evitando temas más peliagudos que nos eran más próximos. Tras un silencio incómodo, le pregunté cómo había ido a parar a la escuela de Goa.

—Ajira y Nupi fueron muy amables y lo hicieron por mí —respondió—. No debería contártelo, pero mi madre dice que aprendí a leer sola cuando era pequeña, mirando un viejo pergamino que mi padre guardaba junto a nuestro altar.

—¿Por qué no deberías decirlo?

—Porque nadie sabe exactamente cómo lo hice. Mi madre dice que Ganesha debió de haber venido a mí en sueños para darme lecciones. Todo el mundo se enteró, por supuesto, y Ajira les dijo a mis padres que encontraría la manera de pagarme la escuela en Goa si ellos estaban dispuestos a dejar que fuera. Mi padre pensaba que era una mala idea que una chica estudiara y le dijo de mala manera que se ocupara de sus asuntos. ¡Vaya jaleo se montó! Pero Nupi volvió a Benali por unos días cuando yo tenía siete años y pudo con él. Nupi consigue intimidar bastante a mi padre.

—No sólo a él —dije riendo.

—Ahora toda la aldea contribuye a mi educación. Los ancianos lo decretaron. Piensan que es un honor que una aldeana estudie con monjas cristianas. Y si me permites que te diga una cosa, también creen que podría hacerles ganar méritos a ojos de los gobernantes portugueses. Y conseguir un trato más indulgente, de paso.

—¿Qué harás cuando acabes los estudios?

—Quiero trabajar en el Royal Hospital. Y cuando haya aprendido lo suficiente, volveré a Benali.

—Creo que sería una lástima que te hicieras monja.

Ella miró hacia otro lado, sin saber qué contestar, y luego se sacudió la arena de las piernas con un gesto enérgico y se levantó.

—Permíteme que te diga que debo volver ya —dijo.

Intenté cogerle la mano, pero negó con la cabeza y salió corriendo.

Esa noche, Nupi, Sofía y yo llevamos nuestros lechos de yute al patio para dormir bajo las estrellas como el resto del pueblo. Durante un rato estuvimos escuchando el ir y venir del océano sin decir nada. Luego nuestra vieja cocinera nos contó que, cuando tenía diecinueve años, su marido y su hijo murieron de disentería a causa del agua envenenada del pozo. Enterraron a nueve adultos y doce niños ese verano. Ekath, su hijo, sólo tenía tres años y cuatro meses. Dos semanas después del funeral, salió del pueblo de madrugada. Cuando atravesó el límite marcado por las últimas higueras sagradas, sintió como si el mismísimo mundo —el viento marino y las últimas estrellas de la noche, incluso las hojas bajo sus pies— hubieran escogido su camino.

—Yo estaba viva y aquellos a los que amaba habían muerto. Fue algo terrible. No podía entender cómo, ni por qué. Pero sabía que era culpa mía. Me aparté del mundo durante veinte años, hasta que vuestra madre y vuestro padre me encontraron.

—¿Te encontraron?

—Yo vivía en un templo de Ponda. Sólo tenía un cuenco de arroz, nada más. Vuestros padres me acogieron pese a que yo insistí en que no valía la pena. ¿Sabéis?, vuestra madre no aceptaba un no como respuesta.

Nupi estaba sentada con las manos sobre el pecho.

—No sé cómo, pero comprendió la oscuridad que llevaba aquí dentro.

Los padres de Tejal debieron interrogarla acerca de la conversación que tuvimos, porque a la mañana siguiente todo el mundo se refería a nosotros como los ahijados de Nupi. Todos nos trataban con mucho afecto, excepto el anciano que había visto nada más llegar a Benali. Justo después del desayuno, me vio salir de la cabaña de Ajira y frunció el ceño como si le hubiera robado un tesoro. Cuando pregunté por él, Nupi simplemente me dijo que el tipo se sentía engañado por el mundo por razones

que estaban guardadas bajo llave en el pasado. Estúpidamente me burlé de su piel agrietada como el cuero para dejarlo de lado, pero Nupi me replicó severamente:

—¡No sabes dónde ha estado su corazón, o sea, que déjalo tranquilo!

Quería pedirle perdón a Tejal por haber insistido tanto la noche anterior, pero ya estaba trabajando en los campos de arroz, casi un kilómetro más al este, con su hermana menor. No pude ir a verla porque Nupi nos hizo prometer a Sofía y a mí que la ayudaríamos a pintar las cabezas de yeso de Ganesha que se utilizarían durante la noche final de los festejos.

Los aldeanos escondían esos enormes retratos huecos en varias casas distintas por si aparecía algún cura católico o un oficial portugués para efectuar una inspección. Las orejas, el tronco y la cara encajaban perfectamente gracias a unas clavijas, y dos ancianos —unos gemelos que se llamaban Darpak y Harmut— eran capaces de montarlos en el ahumadero en cuestión de minutos. Los dos ancianos apestaban tanto a *feni* que Sofía y yo nos tapábamos la nariz a sus espaldas, lo que —cuando nos descubrieron— sólo consiguió que estallaran en carcajadas. Tenían el pelo blanco, largo y reluciente como cristales de sal, como bañado en aceite de coco, y sus huesudas mejillas les daban un aspecto tan parecido entre sí que parecían salidos de un mito antiguo. A pesar de su lamentable estado, utilizaban sus pinceles de pelo de cabra con una rapidez asombrosa. Siguiendo sus instrucciones, dimos una capa azul a la cara más grande de Ganesha y un tono marrón más realista a los otros dos. A los tres les habían pintado seductores labios del color del vino y ojos dorados perfilados en negro. Finalmente acabamos casi al anochecer, momento en el que los dos viejos artistas me pusieron la cabeza más grande a mí y la mediana a Sofía, apoyadas sobre los hombros y atadas alrededor del pecho para que no se movieran de un lado a otro. Cuando les dijimos que los agujeros de los ojos estaban bien colocados y que podíamos ver a través de ellos sin dificultad, Harmut nos echó por encima unas capas para ocultar las cuerdas que llevábamos atadas al pecho, y luego nos ataron las capas a la cintura con unas fajas negras. Darpak nos trajo un viejo espejo oxidado. Descubrí que me encantaba ser un elefante.

Harmut salió un momento y volvió con un chico esbelto, con ojos de liebre, llamado Arjuna, que no tardó en ponerse la cabeza más pequeña. En pocos segundos, se había convertido en un bebé elefante con unas orejas grandes como bandejas que le daban un aire cómico. Me di cuenta de lo que debería haber sido obvio: que estábamos representando a Ganesha con diferentes edades.

Los hombres nos hicieron cogernos de la mano —con Arjuna en el centro— y caminar por la sala para comprobar que se mantenían en equilibrio. La sensación era cavernosa dentro de la cabeza del dios, y los sonidos llegaban bastante apagados. El pobre Arjuna se echó a llorar y, después de quitarle la cabeza, Sofía lo animó diciéndole que, si hacía de elefante tan bien como supiese, Ganesha quizá lo dejaría

volver como el mayor elefante de toda la India.

Entonces nos dimos cuenta de que los aldeanos nos habían engatusado.

—Mañana —dijo Darpak levantando un dedo—, si no os importa, os pondréis los disfraces cuando acabemos de comer. Sé lo que estáis pensando, pero no debéis tener miedo: os traeremos collares y guirnaldas de flores para que vayáis ataviados como corresponde. Luego, tan pronto como os hagamos la señal, saldréis del ahumadero hacia el banquete, donde la gente bailará para vosotros. Sólo tenéis que seguirnos. ¡Será maravilloso, magnífico!

—¡Y nos traeréis grandes dones de los dioses! —exclamó Harmut.

—¿Qué estáis diciendo? —preguntó Sofía.

—Los ahijados de Nupi harán de Ganesha —respondió Darpak, dando saltitos de alegría—. ¡Seréis el mismísimo Dios de la Sabiduría!

En cuanto pudimos escabullimos sin ofender a los dos ancianos, Sofía y yo corrimos a buscar a nuestra cocinera, que estaba peinando a una niña desnuda en nuestro patio.

—No ha sido idea mía —dijo en cuanto nos vio. Levantó las manos y se encogió de hombros—. Los ancianos decidieron concederos el honor de representar a Ganesha.

—Pero podríamos estropearlo todo —protestó airada Sofía.

—Representar al dios no es difícil. Simplemente debéis agradecer lo que los aldeanos digan y hagan. Y contarles que el año será fantástico. Por cierto, ésta es Matri —dijo Nupi con la clara intención de cambiar de tema—. Es la nieta de mi prima Radrani.

—Creo que no es una buena idea —dije yo—. A papá no le gustará que seamos ídolos. Es un pecado para el judaísmo.

—¡No seréis ídolos! Nadie creerá que seáis realmente Ganesha. Sólo lo seréis en Benali. Y sólo esta vez. —Acarició con las manos el pelo de Matri para que se diera la vuelta—. ¿De verdad mis niños portugueses creen que los hindúes somos tan estúpidos?

Sin saber qué quería la anciana, Matri se limitó a reír y a babear.

—Por supuesto que no —respondí yo—. Pero puede que incluso nos recen.

—¡Pero no a vosotros, sino a lo que representáis! ¡Y representaréis a Dios! ¿Acaso escuchaste alguna de las historias que te contaba cuando eras pequeño? —Nupi dio una palmada, lo que significaba que se le estaba acabando la paciencia—. Además —dijo, guiñando un ojo—, hay una *menina* que quedará muy impresionada.

Aún no estaba seguro de que fuera lo correcto, pero después de oír eso acallé las continuas objeciones de mi hermana, con lo que me gané una buena colleja.

Poco rato después, Sofía y yo fuimos a dar un largo paseo por unas colinas

achaparradas que estaban hacia el sureste, donde encontramos unas ruinas calcinadas de dos templos hindúes que habían sido reducidos a cenizas por los portugueses unos años atrás. Una talla de madera del dios mono Hanuman sobresalía de la corteza blanca y cristalina de una laguna salada que había cerca de allí; con la cola agarraba una papaya aún pintada de amarillo brillante. Una vez limpia, mi hermana dijo que la quería. Montó tal alboroto cuando me vio dudar que creí que íbamos a pelearnos, pero finalmente acabé dándosela.

Cuando volvimos a la aldea, Tejal y su hermana menor, Idika, se estaban bañando en el océano con el agua hasta las caderas, refrescándose tras una mañana de trabajo. No estaba seguro de poder acercarme a ellas sin que se me notara el entusiasmo, pero Sofía entonces ya había comprendido qué tenía yo en la cabeza y me arrastró hacia allí.

—¡No vas a perder esta oportunidad! —me dijo.

Forcejeé con ella, pero cuando me echó arena por encima, la perseguí hasta el agua. Idika se acercó para hablar con nosotros, pero Tejal no. Cuando me atreví a acercarme a ella, se apartó como si tuviera miedo incluso de respirar. Le dije que esperaba no haberle creado problemas. Ella hizo un gesto con la cabeza para aceptar mis disculpas e inmediatamente volvió al pueblo, completamente mojada. Incluso el sol parecía que la seguía hacia las cabañas.

Por la tarde, vi que Tejal volvía a estar leyendo en el tocón de palmera, pero me prometí que esa vez esperaría a que me invitara a acercarme. Ella sabía que yo estaba allí, pero no levantó la mirada. Un rato después, empezó a jugar con las cuentas de su collar de ámbar. Parecía al borde del llanto. Me escondí tras una higuera sagrada hasta que volvió a toda prisa a su casa.

Esa noche, durante el banquete, Sofía le ofreció su sitio a Tejal, pero a la chica no le estaba permitido separarse de sus padres. Comí con disgusto, enfadado con todo el mundo, y durante los festejos posteriores me negué a cantar una nana que describía una historia en la que Rama liberaba a Sita del rey de los demonios. Nupi me la había enseñado cuando yo era muy pequeño y todo el mundo pidió a gritos que la cantara para poder escucharla. Ajira vendría más tarde a contarme en voz baja que, aunque ésa no había sido mi intención, había insultado a Nupi ante sus familiares y amigos. Avergonzado, salí corriendo hacia la arena, preguntándome de forma tan desesperada como adolescente por qué — pese a mis buenas intenciones— todo me salía mal.

Por la mañana le pedí perdón a Nupi. Me dijo que lo comprendía.

—Ten cuidado, Ti —fue lo único que añadió, y por la mirada que me lanzó me di cuenta de que quería convencerme de que dejara de perseguir a Tejal.

Tres pescadores desaliñados de enormes manazas me llamaron mientras

desayunábamos. Me dijeron que haríamos algo especial, y pronto descubriría que se trataba básicamente de sentarnos en cuclillas bajo un palmeral para observar a los peces dentro del agua mientras media docena de sus colegas permanecían sentados en dos barcas a unos quince metros de la orilla, con las redes bien agarradas. Parecía una excusa que hubiesen buscado los hombres para interrogarme sobre mi familia, hasta que uno de ellos se puso de pie de un salto y empezó a chillar. Me dijo que hiciera sonar el gong de latón que habían colgado en el tronco de una palmera.

A mi señal, los hombres que estaban en las barcas empezaron a remar rápidamente hasta el punto que mis colegas les indicaron a gritos y, una vez allí, lanzaron las redes. Un hombre se encargó de juntar las dos barcas. Salimos corriendo hacia la playa para unirnos a ese chapoteo frenético, y también vinieron hombres y chicos de la aldea para ayudarnos a recoger las pesadas redes, repletas de peces plateados y negros, de más o menos un palmo, que no paraban de saltar.

Yo estaba entusiasmado, la captura me cogió por sorpresa, y cuando me di la vuelta para mirar hacia la aldea vi que Sofía y otras chicas y mujeres nos observaban con orgullo. Entre ellas, casi escondida por detrás, estaba Tejal. Era la única que no sonreía ni hablaba. Parecía una sombra de las demás.

«Lo estropeé todo cuando dije que era judío», pensé.

—¿Estará bien? —le preguntó Sofía a Arjuna.

Estábamos los tres juntos en el ahumadero.

—¿Qué? —respondió con un grito ahogado.

—Juna, ¿me ves? —preguntó su madre, nerviosa, mientras sostenía la lámpara de aceite.

Él asintió con la cabeza de elefante puesta y se agarró con sus manos diminutas a los lóbulos de las orejas, rematados en oro.

—Me pica la nariz —dijo. Cuando empezó a rascarse la trompa de Ganesha, nos hizo reír a todos.

Apestábamos a aceite de coco. Harmut había untado con él las cabezas y el aire olía a pescado a la parrilla. Entonces yo ya llevaba una corona de papel maché, pintada de color púrpura y oro, y decorada con perlas. En el cuello llevábamos collares de hibisco blanco y de caléndulas del color del fuego. El pequeño Arjuna tenía una espada en una mano y un báculo en la otra.

Sofía y yo llevábamos más de setenta guirnaldas de flores en los brazos. Debíamos entregárselas a cada uno de los habitantes de la aldea, incluso a los bebés.

El ocaso fue dorado y rojizo, y el mar estaba extraordinariamente calmado, como un espejo. Arjuna fue el primero en salir, de la mano de Darpak, luego salió Sofía y finalmente yo. No olvidaré jamás los gritos de asombro de los aldeanos, ni sus ojos, radiantes de felicidad; tres mil años de historia y mitos se habían hecho realidad para ellos. Nos miraban y se llevaban las manos a la boca, como si estuviéramos hechos de

rubíes que brillaran con la misma profundidad que sus sueños más secretos.

Se hizo el silencio en el banquete. Yo estaba nervioso, pero decidido a hacerlo bien para compensar a Nupi. Los aldeanos se tocaban la frente como signo de respeto hacia nosotros cuando pasábamos frente a ellos. Cuando empezaron los tambores, comenzaron a bailar delante de nosotros, liderados por un chico y una chica que brincaban y hacían cabriolas mientras imitaban a animales feroces.

Darpak llevó a Arjuna hasta el centro de la celebración, lo hizo subir sobre sus espaldas y empezó a balancearse al ritmo de la música. Era un dios joven sostenido por un venerable anciano... No sabría decir por qué, pero esa imagen simbolizaba el festival para mí: simbolizaba el paso del tiempo y cómo envejecemos, y la necesidad de que Dios trabaje a través de nosotros. Después de todo, si no lo sostenemos nosotros a Él, ¿quién lo hará?

Habían sacado de su escondite, en la parte trasera del ahumadero, una escultura del tamaño de un hombre de Ganesha dentro de la Rueda de la Vida —los aldeanos la habían rescatado de un templo cercano que los portugueses habían destruido— y la habían puesto en la arena, junto al océano. Nosotros nos pusimos al lado y los aldeanos acudieron de uno en uno —madres con bebés, hermanos y hermanas, viudos y viudas— y cuando les decíamos que tendrían un año glorioso se arrodillaban ante nosotros para que alguno de los tres les pusiera una guirnalda de flores alrededor del cuello. ¡Qué afortunados fuimos Sofía y yo de poder coronarlos con la felicidad!

Una anciana enferma, a la que su hijo tuvo que llevar en brazos, me pidió que la bendijera. Lo hice y me devolvió una sonrisa desdentada y gloriosa, y me besó la trompa.

Cuando fue Nupi la que se nos acercó, le cogí las manos y le di las gracias.

—Ssshhhh —me hizo callar—. No olvides quién eres.

—¡Cállate, mujer! —grité—. ¿Acaso Ganesha no puede expresar su gratitud a una de sus sirvientas?

Los ojos de Nupi me miraron con rabia por un momento, pero luego me comprendió y sonrió. Pedí a los músicos que dejaran de tocar por un momento, y luego canté la nana que habían estado deseando oír. Desafiné una o dos veces, pero aun así Nupi se mostró más complacida de lo que la había visto en años.

Arjuna, Sofía y yo estábamos sentados encima de una gran estera sobre la que nos dejaron ofrendas de frutas y flores. Acababan de darme un coco enorme cuando oí un estruendo sobre mi cabeza.

Lo siguiente que recuerdo es la cara borrosa de Nupi. Estaba llorando y yo sentía un dolor punzante en la cabeza.

—Ti... Ti...

Sofía iba tras ella, pronunciando mi nombre. Llevaba el pañuelo de mamá en la mano.

Intenté levantarme, pero estaba demasiado débil.

—¿Dónde está papá? —pregunté. Me preocupaba mucho que aún no hubiera

vuelto de Bijapur. Quería que me llevara a mi cama.

Debí perder la conciencia otra vez. Cuando volví a despertar, Tejal sostenía una taza de té de jengibre frente a mis labios. Tomé un sorbo y miré el oscuro horizonte que tenía detrás de ella. El mundo entero temblaba bajo la fresca luz de la luna.

Entonces me di cuenta de que estaba tendido en el patio de Ajira y de que tenía mucho frío. Me senté, asustado. Alguien me echó una manta por encima de los hombros.

—¿Qué ha ocurrido? —le pregunté a Tejal.

—Hubo... hubo un accidente —respondió nerviosamente.

—¿Qué tipo de accidente? Sofía no está herida, ¿verdad?

—No, estoy aquí —dijo mi hermana mientras se sentaba junto a mí, inclinándose sobre mi pecho como un gato y abrazándome—. ¿Estás bien, Ti?

—Creo que sí. Arjuna, ¿el accidente le ha pasado a él?

—No, está bien —me aseguró Sofía.

Nupi apartó con insistencia a los que se habían agrupado a mi alrededor y se agachó a mi lado.

—¿Me ves? —me preguntó la anciana. Se me acercó aún más. Pude notar el olor acre de las nueces de betel de su aliento.

—Claro que sí.

—¿Se lo habéis dicho? —le preguntó a Sofía, que negó con la cabeza.

—Ti, escucha. Alguien te golpeó —dijo Nupi—. Con una espada. Has tenido suerte de que Ganesha tuviera la cabeza tan dura. Y de que la hoja de la espada estuviera oxidada. De no haber sido por eso... —Abrió las manos, que hasta entonces había mantenido muy juntas, para mostrarme cómo podría haberseme abierto la cabeza—. Te han puesto una venda en la frente, pero gracias a Ganesha no ha sido un golpe profundo. Ya te hemos puesto una medicina. Te quedará una pequeña cicatriz, pero te pondrás bien.

—¿Quién me pegó?

La mujer se mordió el labio.

—Mi suegro —respondió.

11

Nupi y Sofía estaban sentadas a mi lado. La vieja cocinera me cogía la mano y le rezaba a Devi por mi salud. Les dije a ella y a mi hermana que volvieran a la celebración, pero insistieron en quedarse conmigo.

Nupi nos contó que su suegro, Madesh, era el anciano de la piel curtida que se pasaba el día escupiendo jugo de nueces de betel. No la había perdonado jamás por haber «matado» a su hijo y a su nieto.

—Me correspondía a mí la tarea de transportar el agua del pozo para mi familia, por lo que puede que tenga razón —dijo con mucho pesar.

—Eso es imposible —exclamó mi hermana—. Debiste beber de ese agua tú también. ¡No podías saber que estaba en mal estado!

—Fue el agua la que hizo que la gente muriera, no tú —añadí yo.

Nupi me puso una mano en el pecho.

—Hace mucho tiempo de eso, y me han pasado muchas cosas en la vida desde entonces y, aun así, parece que fue ayer.

—¿Por qué Madesh intentó matar a Ti? —preguntó Sofía.

—Creyó que no era justo que yo tuviera un nieto. Estaba tan enfadado, tanto... Intentó quitar a Ti de mi lado porque está convencido de que yo le quité a su hijo y a su nieto. Eso es lo que la vida le ha enseñado.

—¿Dónde está ahora?

—En su cabaña. Los ancianos decidirán esta noche lo que debe hacerse con él.

—¿Qué quieres que hagan? —pregunté.

—Debe vivir con su propia vergüenza. Quizás eso sea suficiente. A menos que... a menos que tú le desees un castigo peor. Eres la víctima, Ti. Los ancianos harán lo que les pidas.

Yo sabía lo que quería, pero aún no lo decía por miedo a que Nupi se limitara a

hacerme callar.

Al día siguiente supimos que los ancianos habían decidido que Madesh pasaría un año exiliado de Benali. Era la última mañana que pasábamos allí y tardamos mucho rato en recoger nuestras cosas porque se habían perdido dos de las pulseras de plata de Ajira. Revolvimos hasta el último rincón de la cabaña para encontrarlas, pero no fuimos capaces. Nupi me llevó aparte y me susurró que Ajira probablemente las había escondido porque estábamos a punto de dejarla sola.

—Le gustaría que nos quedásemos para siempre —dijo con tristeza.

Ajira me dio un abrazo muy fuerte cuando nos despedimos y me hizo prometer que volvería para el festival del año siguiente. Antes de partir, pregunté si era posible hablar con Madesh. Darpak y Harmut fueron a buscarlo para traerlo ante mí.

—No me arrepiento de lo que hice —gruñó el anciano en cuanto nos encontramos fuera de la cabaña de Ajira.

Estaba de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho para demostrar su ira, como si hubiera estado esperando ese momento toda su vida. Toda la aldea se reunió a nuestro alrededor.

—¡Ojalá te hubiera cortado en dos! —añadió el anciano.

Yo no estaba enfadado; simplemente estaba contento de estar vivo. Y confundido por el hecho de que alguien que no me conociera pudiera odiarme tanto.

—No me importa lo que sientas —le dije con tono valeroso, pese a estar mintiendo. Pensaba en lo que Nupi querría que hiciera, no quería fallarle esta vez, por lo que añadí—: He sabido lo que le pasó a tu hijo y a tu nieto, por lo que no quiero verte castigado más tiempo del que ya has sufrido.

—No tienes derecho a venir de este modo —declaró con el ceño fruncido—. ¡Ni a hablar de mi familia! Éste es nuestro pueblo, no el tuyo. —Se dirigió a la multitud—: ¡Ni siquiera es hindú!

Algunos aldeanos gritaron que Madesh era un cobarde. Pude oír la voz de Ajira entre ellas.

Me volví hacia Darpak y Harmut para preguntarles algo:

—¿Puedo pedirle que haga algo por mí como signo de arrepentimiento?

—Sí —respondieron los gemelos.

—Madesh, quiero que le pidas perdón a Nupi, delante de todos. Si lo haces, pediré que te permitan quedarte en Benali.

Me escupió jugo de betel sobre la sandalia, que no pude retirar a tiempo. Cuando oí su risa demente, el dolor que sentía en el estómago se convirtió en rabia, pero Nupi empezó a maldecirlo antes de que yo reaccionara. Contenida por su hermana, no paró de gritar hasta que Sofía se arrodilló para limpiarme el pie con la mano, lo que me heló la sangre de inmediato. A continuación, mi hermana hizo algo aún más valiente: se acercó al suegro de Nupi y se limpió la inmundicia de la mano en su brazo.

¡Menuda muestra de valor! Jamás había sentido tanto respeto por ella como ese día.

Madesh soltó un grito ahogado de asombro. Aún puedo oír la súbita interrupción de su respiración, como si se la hubieran cortado con un cuchillo. El anciano quiso pegar a Sofía, pero no se atrevió a intentarlo.

Sofía estaba tan tensa que no paraba de temblar. Fue espeluznante, jamás la había visto de ese modo. Luego se puso a llorar y se quedó agachada, al borde del desmayo. La envolví en mis brazos y me la llevé de allí.

Tenía la esperanza de que Tejal me diría algo antes de que me marchara, pero ni siquiera pude verla. El viaje de vuelta a casa fue sombrío al principio y durante dos horas Nupi no nos dijo nada ni a Sofía ni a mí. Yo estaba seguro de que era porque le dolía abandonar a su hermana y a todos sus parientes allí, pero cuando finalmente se decidió a hablar me di cuenta de que era otra cosa lo que la preocupaba.

—No sé cómo voy a explicarle lo del corte que llevas en la cabeza a tu padre —me dijo—. Nunca me perdonará que haya permitido que esto haya sucedido. Sabía que no debíamos venir. Fue una equivocación..., una equivocación desde el principio. Uno de esos errores que se repiten una vez tras otra..., errores que se repiten interminablemente...

Nupi se tapó la cara con las manos. Sofía y yo nos miramos sin saber qué hacer.

—Le diré a papá que una ola me embistió mientras nadaba —dije con simulada animación—. Se lo creerá.

Cuando Nupi me miró, el *kohl* con el que su hermana le había perfilado los ojos estaba emborronado y las lágrimas que le caían eran de color negro.

—Oh, no —suspiró—. Jamás le mentiría a tu padre. No podría vivir con tu familia si lo hiciera. Tendría que marcharme igual que cuando me fui de mi pueblo.

—No lo entiendo..., no ha sucedido nada terrible —insistió Sofía.

—Pero podría haber sucedido —respondió Nupi—, Ti podría estar muerto ahora. Podríamos estar viviendo en un mundo sin él. —Desvió la mirada, pensativa—. Es un mal presagio. Muy malo. Y vuestro padre no volverá a confiar en mí jamás.

—Le contaré la verdad —dije—. Y le haré entender que no ha sido culpa tuya.

—No lo conseguirás —respondió con desesperación.

—¿Es que no confías en mí? —le dije furioso.

—¿Cómo puedes decir eso? Es sólo que... no merezco tu ayuda en esto...

—¡Escúchame! —La interrumpí—. Me han herido a mí. Tanto mi padre como tú tendréis que respetar lo que yo disponga. No es ningún mal presagio, simplemente ha sido algo que ha hecho un anciano furioso porque ha sufrido demasiado.

No sabría decir qué me dio tanta seguridad en mí mismo, especialmente porque sabía que a mi padre no le gustaría nada saber que Sofía y yo habíamos representado el papel de ídolos. Nupi se secó las lágrimas como si se hubiese encontrado de frente

con un espejismo.

—No sé cómo no me había dado cuenta antes de que te has convertido en un hombre —me dijo.

La segunda mitad de nuestro viaje fue mucho más agradable y Nupi incluso accedió a subir a su burro durante unos kilómetros. Cuando llegamos a casa, papá estaba allí para recibirnos, aunque nos había dicho que llegaría el día siguiente por la tarde. Enseguida se dio cuenta de mi herida y le echó una ojeada a la luz de una vela mientras yo le contaba que Madesh me había golpeado por la espalda por no ser su nieto. No le conté que habíamos representado a Ganesha, ya que Sofía y yo estuvimos de acuerdo en que el viaje nos había dejado demasiado cansados para escuchar un sermón sobre los males de la idolatría. No le diríamos nada hasta que la herida se hubiese curado; luego le contaría toda la verdad a papá.

Le había encargado a una vecina que preparase un festín a base de pollo y comimos bajo las acogedoras estrellas de nuestro hogar. Antes de irnos a la cama, Nupi puso una carta en mi mano —escrita sobre tres hojas de higuera sagrada— que, según le habían pedido, debía darme cuando hubiésemos llegado.

Querido Ti:

gracias por la estatuilla de Hanuman. ¿Cómo sabías que es mi dios favorito? Fue una sorpresa encantadora y te agradezco que te preocupes por mis sentimientos (¡y por la vigilancia de mi padre!) y que me la hayas enviado a través de tu hermana. No me la llevaré a la escuela (las monjas la confiscarían enseguida por demoníaca; no sólo la estatua, también lo pensarían de mí) pero me la quedaré para siempre.

Madesh fue malvado al intentar herirte, pero estoy segura de una cosa: cuando te estuve vigilando y pensaba que no volverías a abrir los ojos, la perspectiva de no llegar a conocerte se me hizo insoportable (¡imagina que te dan un libro con una preciosa encuadernación de piel y no te permiten leer ni una sola página!). Por eso me gustaría seguir escribiéndote, si no te importa. No puedo prometerte que vaya a contarte nada interesante, pero si te apetece también puedes escribirme tú a mía la escuela del convento, aunque no debes mencionar jamás nada acerca de que eres judío, ya que las monjas leen todas nuestras cartas. Cuando vuelvas a Goa para visitar a tus tíos, quizá podríamos volver a vernos.

*Afectuosamente,
Tejal*

P.D. Por favor, perdóname por cómo me comporté el día en que nos conocimos, pero noté que me ibas a cambiar la vida. Eso me asustó, pero el miedo ha desaparecido. (Quizás el carácter travieso de Hanuman está detrás de todo lo que siento y simplemente no puede describirse. Sería igual que Él).

Sofía ya se había acostado, bañada por la suave luz de la luna, cuando acudí a verla con las hojas de Tejal en la mano.

—Soy yo —susurré. Notaba como un hormigueo por todo el cuerpo. Sentí que su nota me había cambiado la vida..., como si estuviera caminando por una cuerda floja con mis sueños a cuestas.

—¿Quién? —susurró mi hermana con voz adormilada.

Me acosté junto a ella y moví la mano por encima de su pelo como la trompa de un elefante buscando una golosina.

—Adivínalo —dije de forma casi inaudible.

Esperaba que dijese «Ganesha», pero se limitó a acurrucarse junto a mí y puso mi brazo alrededor de sus hombros, lo cual fue aún mejor. Me quedé ahí acostado, despierto durante varias horas, creando una nueva vida con mis deseos mientras ella y el resto de la India dormían.

Una semana más tarde, la herida casi había desaparecido y tenía poco sentido darle más detalles a mi padre sobre las circunstancias en las que me hirieron. Nupi se mostró algo irascible conmigo por no haber cumplido mi promesa de contarle a mi padre la historia completa, pero al final se metió unas cuantas semillas más en la boca, me dejó clavado con una mirada de decepción y recitó una de sus frases favoritas: «Llamando al sol para que vuelva al anochecer nunca se consigue nada bueno».

Tejal y yo empezamos a escribirnos largas cartas una vez a la semana, y ver su letra tras unos días de espera solía hacerme sentir como si estuviera a punto de cruzar un puente hacia mi verdadero hogar. Ella las enviaba a través de la amable campesina que llevaba el pan al convento, y me advirtió que hiciera lo mismo después de descubrir que habían confiscado varias páginas que yo había escrito.

A menudo yo salía corriendo hacia mi habitación cuando recibía una carta, y una vez golpeé sin querer la estatua de Shiva de mamá y la hice caer al suelo. Se rompió un dedo de las ocho manos y Nupi hizo un gesto con la cabeza como si estuviera condenado por un amor demasiado fervoroso. Papá solía decir que la historia de nuestra familia estaba escrita en los rasguños y cicatrices de Shiva.

Era una mala idea encargarme incluso el recado más insignificante durante esa etapa de enamoramiento ciego. Recuerdo que Nupi una vez me pidió que fuera a la ciudad a buscar huevos ¡y volví con un repollo!

Después de eso, papá desarrolló un nuevo número cómico, y cuando íbamos todos juntos al mercado de Ramnath solía imitarme leyendo una carta y metiendo piedras en mi cesta.

Entonces me gustaba ver Portugal y la India mezclados en mi rostro cuando me miraba en el espejo. Sentía que me había encontrado a mí mismo.

Tejal me escribía sobre todo para contarme cosas acerca de sus lecturas y del cariño que le tenía a la hermana Ana, una monja de Lisboa, diminuta, con la nariz muy grande, que le daba libros que sacaba de un armario secreto de la biblioteca y que le cepillaba el pelo con un peine de marfil antes de ir a la cama. Los hindúes de Goa interpretaban los deseos de los dioses a partir de la manera en la que caían los pétalos

de sus altares, y Tejal estaba segura de que Hanuman había puesto en su vida a esa monja de buen corazón porque un pétalo de hibisco le había caído justo encima de las manos mientras rezaba en casa de sus padres por la salud de la hermana Ana.

Así pues, a través de sus cartas supe que adoraba a su maestra favorita y que le fascinaban las aterradoras historias que ésta le contaba, especialmente si describían posesiones demoníacas, ya que todas las monjas creían en ellas y las temían más que a cualquier otra aflicción. Tejal nunca se cansaba de leer acerca de los martirios de los santos, ya que esa fe bañada en sangre conseguía que hundiese la cabeza en la almohada con el terror más delicioso por las noches, cuando reflexionaba acerca de la lealtad, el bien y el mal, la vida después de la muerte y todas esas cuestiones importantes que tienden a invadir nuestros sueños cuando nos convertimos en adultos. A menudo me escribía sobre las vidas de esos santos y santas, sobre su nacimiento, su epifanía y su martirio, y así aprendí lo poco que tenía que saber sobre la tradición cristiana. Supuse que Tejal se había convertido en una creyente católica, pero cuando se lo pregunté en una de mis cartas respondió: «No, aún soy hindú, pero cuando la hermana Ana habla de Jesucristo como si realmente estuviera casada con Él, me parece la cosa más maravillosa del mundo, como si ella se hubiera sacrificado más de lo que nadie pudiera llegar a comprender jamás».

Tejal apenas mencionaba a sus compañeras de clase, y cuando le pregunté el porqué me respondió que casi todas se empeñaban en ridiculizarla, no tanto porque fuera india, sino porque procedía de una aldea lejana de pescadores pobres. Las otras chicas se burlaban de ella llamándola *carapau* —caballa— y moviendo las manos junto al cuello imitando las agallas cuando las maestras no miraban. Una vez, un grupo de cuatro de sus enemigas se encarnizó con ella. A consecuencia de eso empecé a preocuparme por su seguridad y a comprender también que su timidez ocultaba una sensibilidad considerable. Cuando le escribí para contarle que me preocupaba, no obstante, respondió que las burlas no le importaban. No me creí esa pose de coraje: sonaba precisamente como lo que Sofía y yo habríamos dicho si nos hubiéramos encontrado en circunstancias parecidas.

En una de mis primeras cartas, le pregunté a Tejal si hubiera preferido seguir viviendo en la aldea.

«A veces sí —escribió—, pero es un sacrificio que debo asumir, por lo que no debes contarle a Nupi ni a nadie más los problemas que tengo con las otras chicas. Todo el mundo en Benali debe creer que soy feliz. No debo parecerles una desagradaída».

Su confesión me dejó triste y asustado, porque había encontrado a alguien que podía cambiar el curso de toda mi vida y, aun así, incluso el viento podía influir más que yo sobre lo que ella tenía que soportar. Cuando le escribí para contarle que estaba más preocupado que nunca por ella, respondió: «La hermana Ana me cuida, y tras

ella están todos los santos, y sentado encima de ellos, en lo alto de una higuera sagrada, con una papaya en la cola, está Hanuman».

Pasó mucho tiempo antes de que me diera cuenta de que eso no era una simple muestra de optimismo, sino que ella realmente creía en la protección mágica de los dioses hindúes. Sin embargo, puesto que yo no creía en ellos, eso me ayudaba muy poco cuando me despertaba en mitad de la noche y la imaginaba llorando en su lecho.

Demasiado afectado para revelar la profundidad de lo que sentía, empecé a contarle en mis cartas acerca de mis estudios, que habían empezado a subir la larga escalera de la Torá hasta el oscuro mundo de la cábala, de la que mi familia había transmitido muchas enseñanzas a lo largo de los siglos. Supongo que intentaba impresionar a Tejal también, ya que eso significaba que mi padre me confiaba prácticas herméticas que podrían ser peligrosas si caían en malas manos. Estaba seguro de que cualquier chica que tuviera fe en sus dioses sentiría respeto por eso y, aunque me hizo muchas preguntas, sólo se me permitía contestarle algunas de ellas.

Papá y yo pasábamos entonces las mañanas practicando nuestros ejercicios de respiración y hablando sobre la vida oculta de Dios, que según me explicó estaba presente en todos y cada uno de los rincones del universo, pero sobre todo en el cuerpo humano. Dimos largos paseos juntos para estudiar de qué manera el *sephirot* —los tres atributos primarios del Señor— daban a cada animal o planta una forma y determinaban su progreso a lo largo de la vida.

Un fresco amanecer me llevó al lago Salim, donde practicamos la permuta de letras de oraciones acostados sobre lechos de yute en un claro, a la sombra de unos bambúes enormes, gruesos como la muñeca de un hombre y altos como las torres de la catedral de Goa. Papá me dijo que al Señor le gustaba especialmente la India porque no había ningún lugar más fértil en toda la tierra.

—La India sabe por su suelo, su cielo y sus aguas que Dios está en todas partes y en todas las personas, por eso nunca me iré de aquí.

Papá habló con el alivio de un viajero que ha llegado a casa tras años de arduo viaje, pero ahora, cuando cierro los ojos, me parece oírlo como si en realidad se tratara de su propia sentencia de muerte.

En el primer viaje a Goa tras nuestra estancia en la aldea de Nupi, a Tejal le dieron permiso para verme una tarde en casa de mi tío. Ella temblaba como una hoja cuando entró con su vestido blanco de colegiala, un ramo de adelfas rosas en una mano y un libro encuadernado en piel en la otra, como si esas dos cosas contuvieran toda su fuerza y su certeza. Llevaba el pelo suelto y limpio, muy brillante.

La manera en que me miró —suplicando mi ayuda con esos ojos oscuros— hizo que deseara abrazarla y llevármela de ahí. Nos besamos en las mejillas a la manera

portuguesa y la presenté a mi tía y mi tío con cuidada formalidad. Isaac estaba detrás de mí y, al notar mi nerviosismo, me cogió por los hombros.

—Estamos muy contentos de tener esta oportunidad de conocerte —le dijo a Tejal.

—Si me permiten, les he traído un regalo, estas flores —dijo mientras le ofrecía el ramo a mi tía—, espero que les gusten.

—¡Son preciosas! —exclamó la tía María con una voz tan auténtica que consiguió que por un momento confiara en ella.

—Son muy bonitas —afirmó mi tío mientras su mujer nos las mostraba.

—Veo que también llevas un libro —dijo mi tía alegremente—, debe tener unas ilustraciones muy bonitas..., quiero decir, para que una chica como tú pueda apreciarlo.

«Una chica como tú» significaba una india, por supuesto.

—Lo siento, pero no tiene ninguna ilustración —respondió Tejal, sin darse ni la menor cuenta de la cruel insinuación de mi tía María.

—¿Me estás diciendo que sabes leer? —vociferó mi tía con un teatral gesto de asombro y llevándose una mano a la mejilla para acentuar su sorpresa.

Tejal se mordía un labio, sin saber muy bien cómo debía responder.

—Ya veo por dónde vas —le dije a mi tía—, y quiero que pares ya.

—¿Qué hay de malo en que le haga preguntas a Tejal? —me dijo con fingido asombro.

Al ver que yo fruncía el ceño, me miró con altivez, como si yo fuera una afrenta para su dignidad, y me di cuenta de que jamás habíamos dejado de ser enemigos. Se dirigió a su marido para decir con tono inocente:

—¿Acaso he dicho algo malo?

Y entrecerró los ojos para mirarlo, como diciendo: «Si no me apoyas ahora, tendrás problemas...».

—Es sólo que dar por sentadas ciertas cosas en voz alta puede traernos problemas, María —replicó Isaac—. Mira, ¿por qué no dejamos que los chicos hablen a solas un rato?

—Tejal y yo saldremos al jardín un rato —dije yo—. Vamos —le dije con entusiasmo—, ahí fuera se está muy bien.

Pero cuando la cogí por el brazo, noté que temblaba. Tenía la piel muy fría.

—Por favor, no nos dejes tan pronto —dijo la tía María, sin duda, sintiendo que era una oportunidad de hacer daño realmente—. ¿O sea, que es cierto que sabes leer?

Mi tía sonrió con falsa benevolencia.

—Por supuesto que sabe leer —la corté—. Ya te he dicho que está en la escuela del convento.

—Es... es cierto, señora Zarco —dijo Tejal con un susurro vergonzoso. Temía alzar la mirada, como si el alfabetismo fuera un crimen para una chica india.

—Deberías estar muy orgullosa de ti misma —le dijo el tío Isaac.

—Soy la primera chica de mi pueblo que puede ir a la escuela —dijo con tono de disculpa.

—¡La primera!... Qué bien ¿no? —exclamó mi tía; me miró como si hubiese ganado una apuesta entre nosotros dos.

—¿Qué libro llevas ahí, Tejal? —preguntó mi tío, intentando cambiar de tema.

—El Nuevo Testamento —respondió nerviosa. Probablemente pensó que mi tía la acusaría de haberlo robado, porque añadió—: Una de mis maestras fue tan amable de regalármelo.

—¿Naciste cristiana? —preguntó mi tía—. ¿O te obligaron a creer en todos esos animales cuando eras pequeña?

—¿Qué animales, señora Zarco? —Tejal se estaba mordiendo el labio otra vez.

—Ese animal horrible con cabeza de elefante, por ejemplo.

—Ghanesa —gruñí yo—. ¿Ni siquiera sabes eso? ¿Cuánto tiempo llevas en la India?

—¿Quién quiere probar el ponche de anacardos? —preguntó tío Isaac antes de que mi tía pudiera replicarme—. Lo he hecho yo mismo, Tejal. Creo que está bien, pero me gustaría saber tu opinión. Podéis llevároslo al jardín, si queréis. Voy a buscarlo a la cocina. ¿Vienes conmigo, María?

—No, creo que me quedaré aquí.

—Como quieras —dijo, y le lanzó una advertencia con la mirada antes de marcharse.

—Tiago, el nombre de un elefante en la India apenas tiene importancia para el verdadero Dios —proclamó mi tía con voz condescendiente.

Mi tío se paró en la puerta y le lanzó una mirada de desaprobación, pero ella hizo un gesto altivo, primero dirigido a él, luego a Tejal y a mí, como si nos hubiera obsequiado a todos con su sabiduría.

—Estoy segura de que tiene razón, *Senhora* Zarco —dijo Tejal con una pequeña reverencia—. Aún me quedan muchas cosas por aprender.

—Tan sólo pienso que debe ser muy confuso tener todos esos centenares de dioses y diosas. Dime, ¿cómo podéis rezar ante la estatua de un mono sin reiros?

—¡María! —Tío Isaac reaccionó inmediatamente. Se acercó a ella e intentó abrazarla por la cintura, pero ella le apartó las manos.

—Un momento —dijo.

Tejal tenía los ojos húmedos y los labios tan apretados como si no tuviera que volver a abrirlos jamás.

Desesperado, le dije a mi tía que los hindúes adoraban a Hanuman porque simbolizaba todo lo lúdico de este mundo, todo lo impredecible.

Ella negó con la cabeza.

—Todo eso es basura filosófica que debes haber aprendido de tu padre. ¡Ni siquiera los hindúes escolarizados creen en ello!

—Sea lo que sea lo que crean, por lo menos no van obligando a la gente a

convertirse, como hacen vuestros curas católicos.

—Eso es... ¡eso es blasfemia, Tiago Zarco!

—¡Callaos los dos de una vez, por al amor de Dios! —gritó tío Isaac—. María, tú y yo nos vamos ahora mismo al salón y dejamos que Tiago y Tejal puedan estar solos un rato. —Puso una mano en la espalda de su mujer y la empujó hacia delante.

—Me gustaría hablar contigo sobre el cristianismo, cariño —amenazó mi tía volviéndose hacia nosotros.

—No habrá tiempo —dije controlando mi ira.

—Siempre hay tiempo para Dios —me dijo como si me hubiera vencido.

Cuando vi esa sonrisa de autosatisfacción, fue como si se hubiera quitado una máscara, y me sorprendió que todo eso no tuviera nada que ver con la religión. Daba rienda suelta a su furia porque Tejal era joven y guapa, y porque yo estaba enamorado de ella. ¿Era posible que mi tía hubiese sentido jamás afecto verdadero por alguien? ¿Incluso por el tío Isaac? ¿Me había equivocado incluso respecto a su devoción por Wadi?

Me di cuenta de que se debía a su vida estéril.

Mientras mis tíos se alejaban, comprendí que saber eso me daba un cierto poder.

—Tía María, deberías tener más cuidado con lo que dices —le dije mientras se marchaba—. Podría ser que supiese más sobre tus motivos de lo que tú crees.

Se volvió de repente:

—Tiago, ¿me estás amenazando?

—Creo que sí.

—Tiago —intervino mi tío severamente—, te agradecería que te ocuparas de que Tejal se sienta cómoda. No estás siendo un buen anfitrión.

Mientras él sacaba a su esposa de la habitación, yo acompañé a Tejal a través de la casa hasta llegar a los peldaños que nos permitieron salir a la parte trasera del jardín.

—Te sentirás mejor fuera —le dije. Estaba pálida, me di cuenta de que estaba a punto de llorar, pero también vi que su orgullo no se lo permitía.

«Necesita toda su fuerza para vencerlos», pensé, y cuando me refería a ellos quería decir a todos los que querían pisotearla.

Nos sentamos juntos en un banco de madera bajo un tamarindo que había en el centro del jardín. Le cogí las manos para calentárselas y le expliqué que mi tía simplemente estaba celosa. Me disculpé por la riña, pero sentí que había sido un triunfo poner en evidencia a mi tía. Sabía que nunca más intentaría ganarse mi aprobación o mi afecto.

—Nunca debería haber venido —dijo Tejal con tristeza.

Mientras me preguntaba cómo podría revertir esa derrota, oí unos golpecitos por encima de nosotros. Papá estaba asomado a la ventana y, mediante gestos, nos animaba a subir. En mi cabeza, me parecía oírle diciéndome: «Confía en tu viejo padre», pero si algo me faltaba entonces precisamente era confianza, ya que él

siempre había querido que me casara con una chica judía.

—Papá quiere conocerte —dije, intentando parecer animado.

Tejal sonrió y apretó las manos para reunir la determinación necesaria.

—Por favor, que no sea antes de que tenga la oportunidad de sentirme yo misma otra vez —me dijo.

Le ofrecí una taza del ponche que tío Isaac había preparado, pero dijo que lo único que necesitaba era sentarse tranquila unos minutos.

—A veces me ocurre —añadió.

—¿Qué te ocurre?

—Te sonará muy raro.

—No, te lo prometo.

—La vida me parece irreal en momentos como éste..., como si estuviera a punto de despertarme y no fuera una chica, ni estuviera en la India..., que no fuera nada de lo que soy.

Antes de que pudiera responder, cerró los ojos. Sentí como si todo girara lentamente a mi alrededor. «Todo se está deteniendo —pensé—. Pronto yo también me daré cuenta de que ya no soy quien pensaba que era».

Me atreví a acariciarle una mejilla. «Al menos demuéstrole a esta chica que no quieres hacerle daño», pensé.

Seguía con los ojos cerrados.

—No le encontrarás sentido —susurré—, pero cuando estamos juntos recuerdo lo suave que era la piel de mi madre. Los años que hemos pasado separados, desaparecen de repente. Tú consigues que sienta eso, que nadie más ha conseguido.

Ella apretó mi mano, pero sin llegar a abrir los ojos.

Qué fácil era para mí creer en ese momento que seríamos capaces de superar cualquier obstáculo que se nos presentara, pero quizás así es como debe ser para un joven que apenas está descubriendo lo que es el amor. Cuando pudo volver a hablar, estuvimos conversando acerca de mi madre, y de cómo en ocasiones descubría a mi padre dibujándola de memoria a primera hora de la mañana. Le conté a Tejal lo mucho que me gustaba que siempre me permitiera ver cómo dibujaba. Era mi modo de saber que confiaba en mí.

Volví a preguntarle si le apetecía subir para conocer a mi padre.

—Sí, creo que será lo mejor —dijo Tejal.

Nos levantamos y le dije en konkaní:

—Quiero que sepas que no sería capaz de traicionarte por nada ni por nadie.

Le había explicado mis dificultades con Wadi y esperaba que comprendiera que para mí eso era aún más importante que las numerosas declaraciones de amor que yo mismo le había escrito.

Papá dormía en la biblioteca de su hermano cuando estábamos en Goa, y Tejal se

quedó sin aliento cuando vio los cientos de volúmenes que contenían esos estantes.

—Es bonito vivir dentro de una jungla de libros, ¿verdad? —dijo mi padre con una sonrisa de bienvenida.

—Creo que podría pasarme muchos años aquí, *Senhor Zarco*.

Esa respuesta le gustó a mi padre. La besó en las dos mejillas y, por el modo en el que se mantuvo muy erguido a continuación, noté que Tejal era de su agrado.

Tomó dos sillas del escritorio del tío Isaac, nos pidió que nos sentáramos y se echó el pelo hacia atrás con las manos. Se lo veía nervioso. Había olvidado que mi padre no era muy distinto del resto de los hombres y que, por tanto, querría dar una buena impresión ante una chica guapa.

Tejal y yo nos sentamos frente a él, los dos temiendo, sin duda, su veredicto. Éramos tres viajeros que partíamos hacia una nueva tierra. A veces desearía que hubiésemos cerrado los ojos en ese momento y hubiésemos dado gracias por todo lo que estábamos dejando atrás.

Papá le hizo varias preguntas sobre la escuela, pero Tejal se limitó a responder de forma sucinta. Más tarde ella me contaría que el corazón le latía tan fuerte que incluso había sido capaz de oír sus latidos.

Al ver que de ese modo no conseguía nada, y deseoso de ganarse su confianza, papá le regaló un manuscrito de vitela con dos cuentos tradicionales judíos que había traducido del hebreo al portugués para ella. Contaban las malvadas conspiraciones de Lilit y Asmodeo, la reina y el rey de los demonios judíos, ya que yo le había dicho a mi padre que ése era el tipo de historias que le encantaban a Tejal.

Yo no tenía ni idea de lo mucho que se había preparado para ese encuentro hasta que ella abrió los manuscritos y pudimos contemplar las magníficas ilustraciones que había hecho para ella con brillantes colores azules, rosas y naranjas. Recuerdo especialmente una imagen de Lilit volando por encima de Jerusalén, con el pelo en llamas y escupiendo sangre por la boca, y un Asmodeo con alas de halcón y los ojos amarillos en lo alto de una montaña de calaveras en la Gehena, el infierno judío, a punto de lanzar la cabeza de Goliat dentro de un océano en ebullición.

Tejal se quedó mirando fijamente las imágenes con ojos embelesados y una mano sobre el corazón, la manera con la que las chicas indias suelen demostrar una profunda emoción.

—¿Las... las ha hecho para mí, *Senhor Zarco*? —tartamudeó.

—Sí. Estas dos historias eran mis preferidas cuando era pequeño. Lilit conseguía que me mantuviese despierto durante toda la noche. Mi madre tuvo que colgarme un talismán alrededor del cuello para protegerme de ella...

Cuando le dije lo mucho que me había emocionado su gesto, levantó la mano hacia mí y me dijo que no era nada. Tomó un libro delgado y me lo dio a mí.

—Éste es para los dos —dijo.

Era una historia de aventuras española, el *Lazarillo de Tormes*. Le mostré el título a Tejal.

—Es más interesante de lo que pueda parecer al principio —dijo papá. Se encorvó y miró a su alrededor con aire conspirativo para darle cierto efecto cómico—. No le digáis a la tía María ni a tío Isaac que os lo he dado. —Se rodeó el cuello con las manos como si se estrangulara a sí mismo—. Eso sólo me traería problemas.

—Debo admitir que está bien compartir secretos con gente joven —continuó, como si hubiera sembrado el mal en el mundo. Luego se dio la vuelta hacia la ventana y nos llamó mientras señalaba el tamarindo. No lo había visto tan vital en muchos años.

—Fue Ti quien plantó ese mastodonte cuando era pequeño —le dijo a Tejal—. Medía menos de un palmo y no tenía más que cuatro hojas destartaladas.

—Papá, por favor —pensaba que iba a avergonzarme contando historias de mi infancia.

—Cállate —dijo mientras me daba unos golpecitos en la cabeza con el puño—. Yo no quería que lo plantaras. Eso no lo sabías, ¿verdad?

—No.

—¿Lo ves?, cree saberlo todo, pero no es así —le dijo a Tejal triunfalmente, y sus ojos radiantes dejaban tan claro que se sentía orgulloso de mí que ella se rió con él.

—Pero ¿por qué no querías que lo plantara? —pregunté.

—Yo estaba disgustado por la muerte de tu madre y furioso con la tía María porque me dijo que Dios tenía sus razones para llevársela. No quería que nada creciera aquí, quería mi venganza.

No entendí el sentido de esa historia hasta que añadió:

—Pero tenías razón al plantarlo, tantos años después ese tamarindo es precioso. Ti, lo que quiero decir a mi manera, tan extraña, es que a veces sabes mejor que yo lo que hay que hacer.

Con la mano derecha sobre la cabeza de Tejal, susurró una bendición judía.

Yo estaba muy contento, por supuesto, pero aún no podía imaginar cómo iba a permitir que me casara con una chica no judía. Quizá fue capaz de ver esa pregunta no formulada en mi rostro, porque cuando me fui me dijo:

—Hay algunos trucos que aún no has aprendido, hijo. Pero ten fe en tu anciano padre, de momento.

Tejal y yo volvimos al jardín y empezamos a leer el *Lazarillo de Tormes* tan pronto como papá se marchó. Ella no sabía suficiente español para leerlo ella misma, por lo que yo se lo traducía en voz alta al konkaní. Cuando vi sus ojos llenos de entusiasmo, volví a sentirme como los viajeros que se embarcaban juntos en un viaje, pero esta vez se añadía la sensación de que ella dependía de mí. ¡Cuánto deseaba que me necesitara!

Esa cálida tarde bajo el tamarindo, mientras Lázaro —el protagonista de la historia— contaba sus aventuras como sirviente de moral dudosa de un ciego y de un

hidalgo arruinado, pareció como si hubiera estado escrito que siempre nos acompañaría en nuestras exploraciones amorosas. Cuando llegó el momento de acompañarla de vuelta al convento, Tejal me pidió que le guardara el libro, junto con el de cuentos tradicionales, ya que las monjas se los confiscarían si se los encontraban. Antes de marcharme de la casa de mis tíos ese día, nos besamos como nunca lo habíamos hecho, como si intentásemos entrar el uno en el otro, y en la oscuridad que había detrás de mis ojos me encontré en algún lugar que sólo había visto fugazmente en mis sueños más increíbles.

La intimidad creciente de nuestra correspondencia sirvió para que Tejal y yo nos sintiéramos aún más seguros la próxima vez que nos vimos en casa de mis tíos, por lo que entonces nos cogíamos de la mano incluso delante de mi padre, aunque la primera vez que esto sucedió por poco me desmayo.

—Nunca debes avergonzarte delante de mí —me diría más tarde—. Sé que no lo he hecho tan mal como padre cuando veo que puedes dar tanto amor.

Papá no tardó en empezar a hacer payasadas para ella en la mesa mientras cenábamos en casa de mis tíos, empezando por imitarme en el mercado y finalizando con su historia favorita, la de la rana en su zapatilla. Cuando pienso en esos días en que estábamos todos juntos, en mis sueños entusiastas y nuestras miradas secretas, parece como si todo ello estuviera enmarcado por ese humor espontáneo, aunque la manera de ser de mi padre fuera una especie de metáfora de todo lo que era posible para mí. Sin embargo, también me doy cuenta de lo que entonces no pude ni siquiera sospechar: que no comprendía realmente quién era Tejal y qué necesitaba. Sólo creía comprenderlo a causa de mi impaciencia. Confundí impaciencia con certeza y probablemente ella también. Quizá tuvo que ser así, al fin y al cabo ella tenía sólo quince años y yo dieciocho. Nos estábamos aventurando a partir de nuestro propio misterio, tan bien como podíamos, pero a tientas.

La idea de que algún día sería capaz de dormir junto a ella en la misma cama a menudo me abrumaba por las noches. Empecé a consultar una copia bengalí del *Kama Sutra* —que papá creía haber mantenido oculta de todos— siempre que mi padre se iba de casa. Me sentaba en la cama con una silla apoyada en el pomo de la puerta para evitar que la abriera Nupi, que solía entrar sin llamar ni decir nada, y volteaba los dibujos para aquí y para allá para hacerme una idea exacta de lo que se requería de mí.

Acabé el *Lazarillo de Tormes* yo solo y, aunque la historia me hacía reír en voz alta, me preocupó la total ausencia de Dios en la narración. La vida pasaba, y la mayor parte eran cosas malas, aunque también había partes humorísticas y maravillosas. Y eso era todo, no había ningún patrón, ningún significado, ninguna

revelación. Cuando hablé con mi padre acerca de mis conclusiones, él me respondió:

—Vuelve a leerlo dentro de diez años y puede que veas algo completamente distinto.

—Papá —respondí, irritado por su tono desdeñoso—, no es muy probable que las frases del libro puedan reorganizarse de otro modo durante la próxima década.

Mi padre sonrió.

—No, pero tú sí. Y la próxima vez que lo leas verás que el Señor no está tan ausente como crees. De hecho, puede que lo encuentres en el lugar en el que menos lo esperas.

Todo podría haber ido bien en mi vida en ese momento, pero el resentimiento de Sofía y Wadi creció más y más debido al secretismo con el que debían llevar su relación. Pronto empezaron a descargar su frustración sobre mí.

—Los chicos lo conseguís todo —me espetó mi hermana mientras trabajábamos sentados en un Corán para el jefe de los médicos del sultán—. Ojalá hubiera nacido chico.

—Si hubieses sido un chico, no estarías enamorada de Wadi —respondí con un susurro, ya que no estaba seguro de dónde estaba papá y no quería revelar su secreto.

—Quién sabe, quizás aún lo estaría —contestó, sonriendo con cautela.

No estaba seguro de lo que quiso decir con aquello. Cuando se lo pregunté, me sacó la lengua, cogió su cálamo, su lupa y me ignoró por completo. Algún tipo de fuerza dentro de ella parecía empeñada en hacerme daño.

—Sofía, iré a ver a papá contigo, si quieres —le dije más tarde, ese mismo día—. Le contaremos lo que sientes.

Se encogió de hombros como si fuera en vano.

—Creo que puedo convencerlo para que acepte a Wadi —añadí—. Es tan feliz ahora mismo. Podría ser el momento perfecto.

—Ti, lo último que necesito es que me ayudes —me dijo.

A decir verdad, eso no era cierto, ya que a menudo me pedía que le mintiera a papá cuando quería estar a solas con Wadi: que le dijera que había estado con ellos en una feria, o en el mercado. Me sentía corrompido por ese tipo de subterfugios, pero no podía rechazarlos.

Dada la naturaleza de los dos, ahora me doy cuenta de que Wadi y Sofía habrían preferido llevar una doble vida e implicarme a mí en ella en contra de mi voluntad. Probablemente esa pretensión les parecía menos arriesgada y más emocionante. Y aprendí a no subestimar lo gratificante que resultaba para mi primo el engaño.

Una tarde de febrero de 1591, papá me llamó a la biblioteca. Por la manera con la que apretaba los dientes me di cuenta de que estaba furioso. Vi una carta encima del

escritorio con el sello rojo hecho trizas, como si lo hubiera aplastado con el puño.

—¿Ha ocurrido algo malo? —pregunté.

—Eso deberías decírmelo tú. He descubierto cómo te hiciste la cicatriz de la frente.

—Pero si ya te lo dije: el suegro de Nupi me golpeó.

Sacudió el sobre delante de mí.

—Pero te vino bien olvidarte de contarme cómo lo provocaste. —Papá me desafió a llevarle la contraria con la mirada.

—¿Provocarlo? Yo... yo no hice nada.

Sofía y tú representasteis a Ganesha durante el festival de Benali.

—Ah, eso —dije con toda naturalidad—. Tampoco fue para tanto, nos limitamos a pasearnos por allí y darles flores con unas cabezas de elefante puestas. Era como jugar con marionetas de papel.

—¿No se te ocurrió que acabaría enterándome? ¿Crees que soy tonto?

Papá golpeó la mesa con el puño.

—No me pareció tan importante —mentí, aunque con una convicción desesperada en la voz.

—O sea, que me ocultaste la verdad porque no era importante.

—No, no exactamente. Lo hice porque no quería que te enfadases conmigo.

—¿No se te ocurrió que a Madesh podría no gustarle que fueras el centro de atención de la aldea? ¿Que eso sólo le haría pensar más desesperadamente en su hijo y su nieto fallecidos?

—No, es que...

—¿Te das cuenta de que para él estabas alardeando de tu buena salud y de tu felicidad?

—Lamento que sintiera eso, pero los ancianos de la aldea nos pidieron que representáramos a Ganesha. Habría estado mal no aceptar su hospitalidad. La Torá nos enseña que debemos...

—¡La Torá! —gritó furioso—. ¿También te enseña a recibir ofrendas mientras finges ser un ídolo? ¿A aceptar la hospitalidad cuando ésta significa renunciar a tu religión?

—¡No renunciamos al judaísmo! Y no éramos ídolos. Representamos a un dios hindú para los aldeanos. Ellos sabían quién estaba dentro de las cabezas de elefante. Papá, era simbólico. ¿No lo entiendes?

—Ti, te aseguro que no necesito que me des lecciones sobre el significado simbólico de los rituales.

—¿Fue Nupi quien te contó lo sucedido?

—No, aunque debería haberlo hecho. Isaac me escribió para contármelo.

Luego me di cuenta de lo que había ocurrido: Sofía había confiado en Wadi y le había contado todos los detalles que yo le había ocultado a nuestro padre, y él le debió de haber dicho algo al tío Isaac o a la tía María. Me había vuelto a ganar la

batalla.

—Así pues, ¿qué quieres que haga ahora? —pregunté, con la esperanza de superar mi castigo rápidamente.

—Ve a buscar a Nupi y a tu hermana, y hazlas venir.

—No fue culpa suya. No tuvieron nada que ver con eso.

Papá se sentó y cruzó las manos sobre el escritorio en un intento de recuperar la compostura.

—O sea, ¿me estás diciendo que Nupi no tiene nada que ver con lo que su suegro hizo? —preguntó.

—Eso es.

—Ti, ¿has oído lo que te he dicho? ¡Trae a Nupi y a Sofía ahora mismo!

Las encontré tendiendo la colada en la parte trasera de la casa. Cuando les expliqué a toda prisa lo que acababa de ocurrir, la anciana miró con nostalgia hacia el oeste, hacia Benali, como si estuviera a punto de escapar de su vida por segunda vez. Sofía lo notó y se agarró a su brazo. Entramos juntos en el estudio de papá, nos sentíamos como náufragos.

Nupi observó un momento el rostro estricto de mi padre y se echó a llorar. Sus manos nudosas se agarraban a Sofía como si se aferrara al borde de un mundo que se hundía. La ayudamos a sentarse en el sillón que estaba frente al escritorio de papá. Al ver la cara de sufrimiento de Nupi me puse furioso por la manera con la que mi padre la miraba ahí sentado, con el ceño fruncido.

—Sofía —dijo primero—, ya sé que eres más joven que tu hermano, pero creía que tu sentido común no te permitiría participar en una idolatría.

—Lo siento —respondió humildemente.

—Nupi, te confié a los niños. Y ya sabes lo que pienso de las ofrendas a los dioses. ¿Por qué he tenido que enterarme de esto por mi hermano?

La vieja cocinera cayó de rodillas delante de mi padre con las manos juntas en señal de oración.

—Por favor, no hagas eso —le rogó él mientras la ayudaba a levantarse.

Las palabras de Nupi no eran más que sollozos. Mi padre le dio la espalda y fingió buscar un libro en los estantes mientras ella se arrastraba y se postraba ante él. Fue una escena de una crueldad terrible. Sofía se agachó para intentar levantar de nuevo a Nupi, pero la anciana la apartó de mala manera antes de esconder la cara entre las manos. Lloraba como si se le escapara el alma.

—Papá, por favor, haz algo —supliqué—. Te estás comportando como un tirano.

Estuvo mareando la perdiz un rato con una mueca de desdén en el rostro.

—Estoy cansado de que me mintáis. Vosotros, las tres personas que más quiero en el mundo. ¿Es que no veis la falta de respeto que eso supone? ¿Y cómo puede envenenar eso todo lo bueno que tiene nuestra familia?

—No pretendíamos mentirte —protesté—. Simplemente ocurrió.

—Nada ocurre porque sí. ¿Has escuchado algo de lo que te he explicado sobre

cómo actúa Dios en nuestras vidas? Ti, sal de aquí. ¡Sal de aquí, ahora! Quiero hablar con tu hermana y con Nupi.

—No —respondí. Sentí que mi futuro como hombre cambiaba en ese preciso instante.

—¿Qué has dicho?

—Puede que haya hecho cosas malas, y puede que haya actuado sin pensar, pero no me iré hasta que ayudes a Nupi a levantarse y le pidas perdón.

Papá se inclinó hacia mí con aire amenazador.

—Harás lo que yo te diga. Ésta aún es mi casa.

—No lo haré —respondí desafiante—. Nupi no hizo nada malo. Nos protegió a Sofía y a mí, como siempre ha hecho. Sofía y yo aceptamos las ofrendas como ídolos y puedes castigarnos por ello, si quieres. Pero no tienes derecho a tratar de forma tan cruel a Nupi. Ella es hindú. Cree en Ganesha, igual que los aldeanos. Los hicimos felices. ¿Qué hay de malo en hacer feliz a la gente? —dije eso gritando, llevado por la desesperación, consciente de que estaba luchando por Tejal y por el amor que sentía por ella, ya que ella también era hindú—. Le estás faltando el respeto a los dioses de Nupi y a todo lo que representan. Eso no puede estar en la Torá.

En el rostro de pánico de papá pude leer que había ido demasiado lejos.

—¡Fuera de mi casa! —Su voz parecía rasgar el aire que había entre nosotros—. ¡Y no te atrevas a volver hasta que estés preparado para disculparte!

—Nací aquí, también es mi casa —dije—. Y siempre lo será.

Me volví de golpe y salí de la habitación. Sofía vino corriendo detrás de mí.

—No te vayas —me imploró mi hermana—. No lo dice de veras, Ti, pero no le has dado otra opción. Debes volver y decirle que lo sientes.

—Decir eso significaría decir otra mentira. Y se han acabado las mentiras para siempre.

No hizo falta añadir «incluso para ti y para Wadi»; me di cuenta por su gesto sombrío de que había entendido mi mensaje.

Podíamos oír a Nupi que se lamentaba dentro. Parecía una prueba de lo impotentes y débiles que éramos.

—No puedo más —dijo Sofía tirándose del pelo—, haría lo que fuera para que parase. No sé cómo lo soporta papá.

—¿Tuviste que contárselo todo a Wadi? —pregunté.

—Ti, no pensaba que pudiera suceder nada malo. Todo ha sido sólo un accidente.

«No, él quería causarme problemas y puede que tú también», pensé.

La única conclusión a la que pude llegar mientras avanzaba a trompicones entre los campos de arroz que estaban alrededor de la casa —maldiciendo el barro, el olor a podrido y todo lo demás—, fue que mi amistad con Wadi había quedado partida en dos. Era nuestro final.

No se me había ocurrido jamás que se pudiese amar y odiar a una misma persona al mismo tiempo y me di cuenta de lo que nunca quise reconocer: que mi fe en mi primo siempre había sido más importante que el afecto que sentía por él, precisamente porque era algo mucho más frágil.

Papá se negó a mirarme cuando pasé por delante de la puerta de su biblioteca dos horas más tarde y cenó solo en su habitación. Nupi estaba sentada en la cocina, encorvada sobre la mesa con los ojos hundidos, arrancándose los pelos de la barbilla con los dedos. Esa noche llenó un saco de harina con sus cosas, metió sus cucharones preferidos como si fueran dagas con las que apuñalaba todos sus pesares. En su mirada ausente pude ver que sus pensamientos estaban con su marido y su hijo muertos. Dijo que se marcharía con la primera luz del día y que volvería a su aldea, pero Sofía y yo vaciamos el saco y le dijimos que no dejaríamos que se marchase jamás. La acompañamos a la cama y nos sentamos con ella mientras lloraba; pasamos casi toda la noche a su lado. A la luz de una sola vela, mi hermana me miró afectuosamente por primera vez en varias semanas y al menos me sentí afortunado por eso.

Ninguno de nosotros durmió mucho esa noche. Papá tenía profundas bolsas de tristeza bajo los ojos por la mañana. Yo aún creía que debería haber sido quien pusiera paz, pero la gravedad de la pena que llevaba dentro me acercaba cada vez más a una disculpa.

Nupi no desayunó con nosotros y se quedó sola en la cocina. Nadie habló hasta que me decidí a hacerlo yo.

—Papá, siento haberte ofendido, pero no volveré a mentirte, por lo que no puedo decir que me arrepienta de lo que te dije. Pero no quería herirte. No creo haberlo querido jamás. Creo que eso debería ser suficiente.

Cuando bajó la mirada, considerando lo que debía hacer, Sofía se echó a llorar y lo abrazó como si estuviera a punto de partir. Su desesperación hizo añicos el ambiente desquiciado que había entre nosotros. Papá la besó.

—¿No os dais cuenta? —nos dijo papá con desesperación—, me preocupo por vosotros dos constantemente. No os podéis imaginar las pesadillas que tuve en Bijapur. Escuchadme bien..., debéis ir con mucho cuidado cuando yo no estoy. Tenéis que pensar bien las cosas. Nupi también. Tengo que exigirselo, por cruel que os parezca. Es mi responsabilidad, soy vuestro padre. Se lo debo a vuestra madre, como mínimo.

Más tarde esa misma mañana, papá fue a buscar a Nupi al jardín de albahaca y le preguntó si podía desherbarlo con ella. Mientras estaban los dos en cuclillas, se explicó con calma, y pronto estuvieron hablando de lo que habría para cenar. Cuando empezó a hacer el payaso para ella, Nupi estaba tan exhausta y aliviada que se puso a reír alocadamente con las manos sobre los ojos como una chiquilla.

En la siguiente visita de Wadi a nuestra casa, le eché en cara su traición. Sofía y él estaban en el jardín, él le estaba enseñando a coger el arco, con las manos sobre las de ella. Había puesto un muñeco de sombras de una mangosta sobre un palo de hierro como diana.

—¿Tenías que contarle a tus padres que hicimos de Ganesha en el festival de la aldea? —le pregunté.

—No lo hice —respondió sin ni siquiera mirarme—. Alinéalo con la mangosta —dijo, dirigiéndose a Sofía—. Más alto..., un poco más alto... ¡Eso es!

—Entonces ¿cómo se enteró?

—No estoy seguro. Puede que mi madre oyera a Sofía mientras me lo contaba.

Era obvio que Wadi pensaba que ése no era un tema importante; tensó la cuerda del arco hasta que quedó preparado para disparar la flecha. Mi hermana se lamía los labios ante la expectativa.

—Provocaste mucho dolor en nuestro hogar. Especialmente a Nupi, y eso es difícilmente perdonable —insistí—. Lo menos que podrías hacer es decirnos que lo sientes. Y pedirle perdón a Nupi.

Ping... La flecha describió un arco demasiado bajo y cayó a tres metros de la diana. Sus risas me sentaron como un bofetón en toda la cara. Sofía salió corriendo a buscar la flecha.

—Contéstame —le advertí a Wadi.

—¿Qué? —Levantó las cejas con un gesto teatral, fingiendo no haberme oído.

—Quiero saber por qué lo hiciste.

—Ya te dije que no lo hice.

—Ti, déjalo en paz —dijo Sofía con tono amenazador. Al pasar por mi lado, me apartó de un empujón.

—No me digas lo que debo hacer —respondí.

Ella me miró con el ceño fruncido, pero con cierta condescendencia.

—Ve a estudiar la Torá y déjanos en paz.

—Sofía, sólo te daré este consejo una vez: no confíes siempre en alguien sólo porque lo amas —le dije mirando fijamente a Wadi.

—¡Estás celoso! —me gritó cuando me volví de espaldas.

—¿De Wadi? Ya veo que no harás diana jamás si no te acercas más al objetivo.

—¡De él no, de mí! ¡No soportas que Wadi me ame a mí y no a ti! Nunca te ha gustado. Siempre lo has querido para ti solo.

De repente todo se detuvo a mi alrededor. Era incapaz de pensar. Wadi levantó el arco lentamente y apuntó con una flecha hacia mis ojos, con la mandíbula tensa como si fuera a matarme, pero en ese momento no me habría inmutado si hubiera lanzado la flecha.

Me volví sobre mí mismo para marcharme, preguntándome si tendría razón. Jamás se me había ocurrido imaginar una vida con él. ¿Nos habríamos condenado

para siempre si hubiésemos dado rienda suelta —aunque fuera una sola vez— a nuestro afecto? ¿Era eso lo que yo había deseado?

Algo me golpeó en la espalda. Al bajar la mirada, vi una piedra gris y, por la manera perversa con la que Wadi y Sofía me sonreían, me di cuenta de que les complacía haberme herido, y que su pasión les haría ir más lejos si yo se lo permitía.

—No voy a mentirle más a papá acerca de vuestras andanzas —les dije—. Habéis ido demasiado lejos.

Wadi imitó mi forma de hablar; lo interpreté como una manera ruin de confirmarme que nuestra amistad había muerto, y en la mirada altiva e implacable de Sofía vi que me había convertido en su enemigo.

Al no encontrar más que desprecio en sus ojos, me eché a temblar. ¿Eran mis deseos ignominiosos los que estaban tras cada uno de los momentos de risa y afecto espontáneos que había compartido con mi primo?

Hice cuanto pude por no llorar mientras estuve con ellos, pero no pude evitar desmoronarme cuando llegué a mi habitación. «Tendré que marcharme muy lejos si se lo cuentan a alguien», pensé.

Pasé el resto del día tan sumido en un sombrío sentimiento de terror que pensé en escapar de allí y no volver jamás. La inminencia del desastre me impedía incluso respirar normalmente, parecía como si la tierra fuera a abrirse y a tragarme sin remedio.

Durante esas primeras horas de angustia descubrí que un solo instante del presente puede destrozar nuestro pasado. Nada de lo que había vivido parecía corresponder a lo que había deseado en esos momentos. Mi hermana y Wadi habían malinterpretado las cosas y probablemente no serían los únicos.

¿Era eso lo que quería decir mi tía cuando sostenía un pendiente junto a mi oreja y se reía de mí porque quería cuidar de mi hermana?

Negar que hubiera llegado a sentir eso por mi primo no me serviría de nada, ya que Wadi y Sofía lo creían de verdad, e incluso podrían convencer a mi padre. ¿Y cómo podría negarlo, si ni siquiera yo mismo sabía hasta dónde habría llegado para que nuestro vínculo fuera más profundo? Cuando dos chicos crecen juntos, ¿llegan a saber dónde les llevará su intimidad y cómo acabará? Si dicen que sí, si dicen que el pecado no los podría haber atrapado cuando se sentaban junto a la orilla del río para ver ponerse el sol o cuando corrían por el bosque bajo la lluvia, entonces no creo que hayan vivido nada parecido a lo que he vivido yo.

Me desperté con un respingo después de medianoche. Alguien se había sentado a los pies de mi cama. Los postigos de mi habitación estaban cerrados y todo estaba oscuro.

—¿Papá? —dije con tono sombrío. Me incorporé presa del pánico.

—Soy yo —dijo Wadi.

—¿Qué haces aquí?

—Me preguntaba si debería estrangularte mientras duermes.

Su voz sonó fría y decidida, como si caminara por una cuerda floja por encima de cualquier emoción que pudiera haber sentido.

Antes de que pudiera poner los pies en el suelo, me rodeó el cuello con las manos. Intenté zafarme de su ataque, pero no pude. Luché con él, pero no podía respirar.

Luego me soltó con una carcajada seca y burlona. Caí al suelo, sin aliento, intentando desesperadamente volver a llenar los pulmones de aire. Él se puso de pie, salió de mi habitación y cerró la puerta.

12

La posibilidad de que papá supiera aquello de lo que me acusaban Sofía y Wadi elevó una barrera invisible entre mi padre y yo. A veces me preguntaba qué ocurría, pero siempre le respondía mintiendo. No me habría sido posible soportar su vergüenza además de la mía. Un tiempo después, para explicar mi retraimiento, inventé dolencias estomacales para las que Nupi siempre me preparaba té de jengibre.

Podría haberles rogado a Wadi y a Sofía que no dijese nada, pero sospechaba que mis súplicas tan sólo alimentarían en ellos la tentación de llevar más lejos su crueldad. «Mi debilidad les confirmará que tenían razón, y eso acabaría con cualquier posibilidad de ser feliz con Tejal».

Tanto era así que empecé a evitarlos, me escabullía como un cangrejo cuando oía que sus pasos se acercaban. Durante los meses siguientes, Sofía y yo no hablamos ni una sola vez como hermanos.

Yo pensaba todo el tiempo, por supuesto, en las aventuras infantiles que había vivido con Wadi, pero ver las cosas en retrospectiva es una forma natural de engaño. ¿Cómo podía estar seguro acerca de mis sentimientos en el pasado si estaban velados por años de distancia y por todo lo que había vivido desde entonces? Sólo veía clara una cosa: las precauciones que tendríamos que haber seguido Wadi y yo para ocultar cualquier vínculo físico entre nosotros lo habrían anulado. Nunca le habría dado voluntariamente los medios para destruirme, ni para hacerle sentir tanta vergüenza a mi padre. Por tanto, habría tenido que forzarme.

¿Alguna vez había pensado en doblegarme a su voluntad cuando estábamos solos en el canal de Indra? ¿Era ése el peligro animal que a veces me parecía oler en él?

¿Cuán cerca habíamos estado de llevar una doble vida?

En el centro de ese mundo en continua expansión de pecado y dudas que me rodeaba había un solo recuerdo: la sonrisa lasciva de Wadi cuando se tocó las partes el día que me habló por primera vez de Sara. Me dijo que no estuviera celoso. Yo no había entendido que había querido decir de Sara, del mismo modo que al principio no había entendido la acusación de Sofía. La conexión no podía ser accidental. Quizá Wadi me había estado enviando señales durante años porque quería que nuestra relación tomara un camino distinto.

¿Debía sospechar Sofía que tendría que haberlo acusado de celos a él, y no a mí?

Qué frustrado debió sentirse de que no hubiese sabido interpretar sus deseos, aunque quizá creyó que los había entendido fácilmente y me había negado a propósito. Si fue así, debió de convencer a Sofía para que me acusara, para equiparar la venganza. No hizo falta que Wadi me lanzara una flecha ese día en el jardín: Sofía lo había hecho por él. Y había apuntado bien, después de todo.

¿O acaso me estaba inventando esas motivaciones por parte de Wadi para comprender una traición final que no sabía explicarme de otro modo, para escribir el final de nuestra amistad como una historia en la que yo asumía el papel de víctima? ¿Se me escapaba aún la naturaleza de Wadi?

Papá me llamó a su estudio un día a finales de mayo para contarme lo preocupado que estaba por cómo se estaba degradando su relación con Sofía, pero ni siquiera fui capaz de empezar a explicarle lo que había sucedido entre nosotros sin revelar la naturaleza de lo que ella sentía por Wadi. El temor de lo que ella podría hacer conmigo era la causa principal de mi silencio, pero también quería mostrarle a Sofía que el hermano al que acosaba aún estaba moralmente por encima de ella.

—Cuanto más crecemos, más nos distanciamos —fue lo que le dije y, de hecho, era cierto—. Pero creo que al final volveremos a unirnos.

Con una mirada de resignación, papá aceptó mi respuesta que entonces incluso yo me creí a medias, ya que me era imposible imaginar que tantos años de cariño pudieran quedar en nada. De hecho, mientras yo realizaba mi predicción, me di cuenta de que Wadi sin duda revelaría algún secreto de Sofía, o que cometería cualquier otra traición que la obligaría a despertar, finalmente, de su ensoñación romántica. Parecía la única salida a una amistad con él.

Yo sólo esperaba que no le hiciera demasiado daño, en parte porque sin duda sería yo quien tendría que cuidar de ella durante los meses de soledad que vendrían después.

Cuando me disponía a salir por la puerta, papá me detuvo. El pánico me asoló: sabía que iba a preguntarme qué había ocurrido entre Wadi y yo.

—Ti, no quería tener que hablar de ciertas cosas contigo pero, ahora que tu

relación con tu hermana se ha deteriorado... ¿Hasta dónde llega el amor de tu hermana por tu primo?

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabes? —pregunté, aliviado por no haber tenido que ser yo quien motivara la conversación.

—Desde que Sofía me dijo que quería quedarse en Goa unas semanas. Pero estuve seguro cuando tú empezaste tu propia vida de verdad, sin preocuparte tanto por ella.

—Lo quiere mucho —dije.

«Lo suficiente para dejarse convencer de que tenía que escoger entre uno de nosotros», hubiera querido añadir.

—¿Y él la ama?

—Eso creo.

«A menos —pensé—, que esté con ella sólo por el placer de destruir nuestra armonía familiar».

—Deberé tener una conversación muy seria con Isaac sobre esto muy pronto —suspiró mi padre.

—Quizá no.

—¿Por qué?

—Dudo que eso dure mucho tiempo.

—Continúa.

No pude hablar de cómo Wadi me había traicionado sin condenarlo ante los ojos de mi padre, con lo que me exponía a la venganza de mi primo. En lugar de eso, le conté lo rápido que se había cansado de Sara.

—¿Crees que será bueno que él se canse de Sofía? —preguntó papá.

—Ni bueno ni malo —respondí, con la sensación de que todas las cosas importantes de la vida estaban más allá de nuestro control—. Será como tenga que ser.

A Tejal le dieron permiso para visitarnos durante las vacaciones de Pascua porque Nupi era su tía abuela y les había prometido a sus padres que cuidaría de ella. Una noche, cuando todo el mundo ya se había ido a dormir, nos sentamos los dos en la veranda. Era ese tipo de noche perfecta que la India tejía a partir de una brisa susurrante, con todas y cada una de las estrellas en su sitio y los sonidos del bosque que parecían proceder de un pasado remoto. Sin embargo, yo estaba agotado. Me sentía como si el Dios del Antiguo Testamento pudiese aparecer en cualquier momento para obligarme a luchar con Wadi para recuperar mi identidad.

No tuve valor para contarle a Tejal por qué ya no tenía una buena relación con mi primo y mi hermana, ni por qué había estado tan silencioso durante su visita. Un muro —formado por el temor profundo a que me rechazara— había aparecido entre nosotros.

Yo estaba observando cómo ella releía los cuentos tradicionales que le había regalado papá, con el confortante peso de su cabeza sobre mi hombro, cuando la luna, librándose de una nube, le iluminó la cara y el pelo, lo que me dio la extraña sensación de que Tejal era un ser que estaría conmigo sólo durante un corto período de tiempo a menos que actuara con decisión. Fue uno de esos momentos en los que creemos en las revelaciones y en la suerte. Sentí que estábamos destinados a casarnos y de que me daría una fuerza invencible si llegábamos a hacerlo. Mi mente quedó sumida en fantasías después de eso, la mayoría de ellas absurdas; pero en una de ellas me di cuenta de que la declaración de nuestro compromiso solucionaría todos mis problemas. Luego podría reírme cuando me acusaran de haber tenido deseos vergonzosos. Nuestro amor convertía esa solución en la ideal. Ojalá pudiera convencer a papá de que una chica hindú podía ser mi esposa.

—Quiero casarme contigo —le dije.

¿Me había convertido en un ser de estrategias estudiadas al pronunciar esas palabras o simplemente nunca había sido consciente de mis propias tácticas de forma tan clara?

—¿Qué has dicho? —preguntó Tejal mientras se incorporaba con cara de alarma.

—Supongo que necesitaremos un año más o menos para prepararlo todo. Tendré que hablar con tus padres, aunque no tengo ni idea de lo que se supone que debo hacer. Y de algún modo tendré que convencer a papá de que...

Su rostro se llenó de angustia y dejó caer el manuscrito.

—¿Qué ocurre? Pensaba que te gustaría oírlo.

—Oh, Ti, no puedo dejar la escuela del convento sólo porque tú lo desees. Todo el pueblo ha contribuido a pagar mis estudios. Cuentan conmigo. Es imposible..., tan imposible que ni siquiera se me ocurre qué debo contestarte.

Me incliné para recoger el libro.

—Pero quiero que acabes tus estudios y que trabajes en el Royal Hospital. Me trasladaré a Goa. Estoy seguro de que mi tío me dará trabajo.

—Ti, mi padre no es más que un pescador. No poseemos nada de valor. Si encontraras a una chica brahmán, podrías...

—¿Por qué intentas insultarme? —La interrumpí. Hablé con más dureza de la necesaria, quería demostrarle que no escondía segundas intenciones.

—¿Insultarte? —preguntó con desesperación.

—Has insinuado que quiero a una chica brahmán. Me gusta que tus padres sean de Benali. Me encanta ese sitio.

—¿De verdad?

—Fui Ganesha allí, ¿recuerdas? En tu aldea puede ocurrir cualquier cosa.

Se lanzó a mis brazos. Había sido un ingenuo al no darme cuenta de que lo que le había provocado tanta preocupación desde que nos conocimos era el hecho de que procedíamos de estratos muy distintos. El sistema de castas me pareció entonces más cruel que nunca. Es como si simbolizara todas las trampas que nos había tendido el

mundo.

Escabulléndose de mis besos de confirmación, se puso de pie y anunció que quería una boda junto al mar, a la que sólo asistirían nuestros padres y los parientes más cercanos. Yo, en cambio, insistí en celebrar un gran festejo con músicos que tocaran la cítara y la tabla, bailarines de Kerala y flores, tantas flores que atraeríamos a enjambres enteros de abejas y aves libadoras.

«Anunciar nuestro amor tan alto como sea posible será útil», pensé, y sentí que mi estrategia —como una rueda de molino— daba su primera vuelta completa.

Ella se mordió el pulgar, le daba miedo darme la razón.

—¿Crees que podremos? —preguntó mientras se arrodillaba junto a mí.

Me encantó la forma que adoptaron sus gestos, tan elegantes y tan infantiles a la vez. Sentí cierto vértigo al ver que una chica como ella me quería y la besé con ganas, abrazando su cara con las manos. Fue un beso de deseos abiertamente declarados, y al cabo de unos momentos, ella me apartó.

—Ti, no —protestó. Se puso de pie, enfadada, y se alisó el sari como si se lo hubiese arrugado todo.

—¿Qué hay de malo en querer estar con alguien a quien amas? —pregunté.

Me levanté y le mostré lo que quería decir recogiendo uno de los pliegues de mi *dhoti*.

—¡Ti, basta! —Se dio la vuelta—. Tú no eres así. Si mi padre supiese...

Me reí un poco para suavizar la situación y volví a ponerme bien la ropa.

—Ya puedes girarte —le dije—, ¿ves?, ¡ya se ha ido!

Hice un pase de manos como si fuera un faquir haciendo desaparecer un ratón, pero Tejal no sonrió. De hecho, se puso a llorar.

—Los aldeanos esperarán una gran boda precisamente porque contribuyeron a pagar tus estudios —argumenté, con la intención de cambiar de tema—. No me gustaría decepcionarlos.

Me miró fijamente sin responder, con una expresión adulta y seria. Luego alargó la mano y tocó el tenso contorno de mi sexo.

Gemí levemente. Cuando lo presionó, sentí que todo mi cuerpo fluía hacia ella. Me acerqué aún más y sentí su respiración cálida sobre mi pecho.

—No tengas miedo —le dije—. Te prometo que jamás te haré daño.

Sentí que volvía a ser yo mismo al jurar aquello.

La besé en las mejillas y le lamí la oreja medio en broma, lo que la hizo estremecerse.

—Te quiero —susurré—, y no tengas miedo.

Ella alargó el brazo por debajo de mi *dhoti* y pasó la mano, arriba y abajo, recorriendo mi erección, como si estuviera poniendo a prueba la longitud y amplitud de su propia voluntad. Sospecho que también confirmaba que podía ser suyo con un gesto tan simple; una oscura sensación de triunfo pronto afloró en su mirada.

Imaginando su cálida humedad, creía que el corazón me daba un vuelco. Cuando

apartó la mano, me apretujé contra sus caderas con insistencia.

—Basta, Ti —dijo con dulzura.

Escapó de mi abrazo y se sentó. Alargó la mano para coger la mía, se la di y ella se la llevó a los labios. Luego, sonriendo enigmáticamente, quedó ensimismada en sus pensamientos, como si me hubiera olvidado. No estaba seguro de qué debía hacer.

—Quizá consigamos que Sofía y Arjuna representen a Ganesha como hicieron en el festival —dijo mientras se volvía hacia mí con una mirada llena de esperanza.

La besé en los labios, pero esta vez con delicadeza.

«Has demostrado lo que tenías que demostrar —pensaba yo—, o sea, que no te arriesgues a perderla ahora...».

—No creo que nadie pueda representar a Ganesha en nuestra boda —le dije.

—¿Por qué? —preguntó mientras tomaba mi mano entre las suyas, un gesto que solía hacer cuando no estaba segura de lo que debía hacer.

—Los dos sabemos que papá te adora, pero eres hindú.

—No creo que eso le moleste tanto.

—Según la ley de Moisés, los hijos de una mujer hindú no pueden ser judíos, aunque el padre lo sea. Papá querrá que te conviertas. Como hizo mi madre.

Hablamos durante un rato sobre lo que eso implicaría, y Tejal dijo que no creía que pudiera llegar a jurar que existe un único Dios, que es el primer *mitzvah* —precepto— del judaísmo.

—Hanuman siempre me ha protegido, Ti. No creo que estuviera bien negarlo en favor de otro Dios. —Al ver mi cara de consternación, me acarició la mejilla—. No te preocupes, tendré una larga conversación con tu padre sobre nosotros —dijo con una voz que me pareció mucho más segura que nunca—. Sé que puedo convencerlo para que nos ayude.

¿Qué le daba tanta confianza? Quizás había estado esperando para pedirme que nos casáramos desde aquella primera noche en Benali.

Mordiéndose el labio, como si surgiera de un desafío interior, volvió a meter la mano entre mi *dhoti* para jugar conmigo otra vez.

—Si tu padre permite que Shiva sea el guardián de su puerta —susurró con aire conspirativo, como si estuviéramos hablando del sexo prohibido y no de un dios poderoso—, seguro que estará más dispuesto de lo que crees a llegar a un acuerdo con una chica hindú.

Se agarró a mi erección y jugueteó con ella como si estuviera comprobando su peso.

«Se está acostumbrando a mi tacto», pensé con la certeza de que eso era lo que había estado deseando durante muchos años.

A la mañana siguiente, Tejal le dijo a mi padre que quería hablar con él antes de que empezara con mis lecciones. Él estuvo de acuerdo y los acompañé a los dos hasta la

biblioteca, donde me puso la mano en el pecho y movió la cabeza con gesto negativo.

—No, Ti. Déjanos hablar solos un rato.

Cuando cerraron la puerta tras ellos, pensé que ella tendría que ser muy hábil para evitar las trampas de mi padre.

Me arrodillé y puse la oreja en el ojo de la cerradura, pero al cabo de un momento la puerta se abrió de golpe. Allí estaba mi padre, con una sonrisa triunfal, las manos en la cintura y echándose hacia atrás como un pachá.

—¿Has perdido algo y lo estás buscando, jovencito? —preguntó. Oí la risa de Tejal por detrás.

—Muy bien, ya me voy —dije con aire derrotado—. Pero, por favor, escucha lo que tiene que decirte. Y recuerda que no estás obligado a pensar en todas las trabas posibles.

Cuando ya me marchaba, vi que Nupi nos estaba mirando desde una ventana del salón. Al ver que se lo pedía con la mirada, me hizo un gesto con la mano.

—Las negociaciones empezarán cuando te haya visto salir al jardín —gritó papá—. Y no te molestes en pedirle a Nupi que venga a espiar para ti. —Dijo esto lo suficientemente alto como para que Nupi lo oyera. Mi padre levantó la nariz como un perrito olisqueando el aire—. Puedo oler esas semillas de hinojo a un kilómetro de distancia.

Media hora más tarde, Tejal salió al jardín con la mirada gacha por el desánimo y el paso inseguro. Yo extendí los brazos para intentar no desplomarme, pero sólo encontré aire.

—Oh, Ti, no pasa nada malo. Sólo era una broma. ¡A veces soy tan tonta!

Me abrazó muy fuerte —apretó su cabeza contra mi pecho desnudo—, tanto que me pareció que quería entrar dentro de mí. ¡Lo siento, lo siento! Perdóname.

—No lo entiendo —dije mientras sentía su aroma tranquilizador.

—Tu padre y yo pensamos que te haría aún más ilusión si te hacíamos creer primero que las cosas habían ido mal. Pero cuando he visto que te ponías tan pálido no he podido continuar.

—O sea, ¿que no ha ido mal? —pregunté. En ese instante me di cuenta de que la tendencia a la comicidad de papá y el talento dramático de Tejal estaban a punto de convertirse en una combinación peligrosa para mí.

—No, tu padre y yo estamos de acuerdo en todo. Él me dará lecciones de judaísmo y leeremos la Torá juntos. Si, después de eso, aún elijo no convertirme, no tendré que hacerlo.

—¿Ha aceptado atenerse a tu decisión sea cual sea? —pregunté sin poder creer lo que oía.

Al ver que Tejal asentía, quedé sumergido en una enorme sensación de alivio, como un cálido océano. Wadi y Sofía ya no tendrían ningún poder sobre mí. A través

de Tejal y de mi padre, Dios había escuchado mis plegarias. Todo iría bien a partir de entonces.

—Tu padre también me ha dicho algo sobre el *Lazarillo de Tormes* —dijo Tejal, apartándose de mí y sonriendo como una niña traviesa—. ¡Dice que el héroe del libro es Hanuman!

—Tejal, no tengo ni idea de lo que me estás contando.

—La tradición del dios travieso no es sólo hindú —dijo enérgicamente—. Ése es el secreto del libro, según me dijo. El lazarillo es un pícaro. Se me permite pensar que Hanuman forma parte del Señor si decido convertirme. De hecho, ¡tengo que creer en ello!

Me empujó hasta la veranda para explicarse mejor mientras estábamos allí sentados.

—Tu padre me ha dicho que todos los pájaros y árboles y serpientes que vemos, y todo lo que sentimos e incluso lo que soñamos..., todo es un reflejo de Dios. Devi y Lakshmi, hasta Vishnu son el Señor de la Torá con distintas apariencias. Me ha dicho que sus diferentes formas se llaman *sephirot* en el judaísmo. El Creador que se le apareció a Moisés tiene alas y cabeza de elefante, y una papaya en la cola y todo lo que podamos imaginar. Por lo que puedo seguir creyendo que Hanuman vela por mí. De hecho, tu padre me ha dicho que es un secreto, pero que Hanuman se ocupa de protegernos a todos desde el momento en el que nacemos, e incluso antes que eso. Porque todos llevamos un pícaro dentro. ¡Y que es bueno que así sea!

Entonces comprendí lo que papá había querido decir cuando nos contó que Dios estaba en el lugar más obvio del libro.

—A mí nunca me ha contado nada como eso —dije yo, algo resentido.

—Quizá lo haga cuando seas mayor y puedas entenderlo —respondió ella, riendo.

Entonces me ocurrió algo asombroso, recuerdo que me sentí como si nos estuvieran mirando los árboles y los arbustos, el cielo azul y el horizonte distante: de repente me di cuenta de que papá debía ser consciente de que Wadi y Sofía me habían estado amenazando. Era mucho más observador de lo que podría haber llegado a imaginar y me estaba diciendo que yo debía responder a su traición con la misma habilidad. Por eso nos había dado el *Lazarillo*.

La ventana de la biblioteca se abrió con un chirrido en ese momento, y papá miró hacia el cielo y enseguida bajó la cabeza como si lo hubiera aplastado el destino. Era en beneficio nuestro, por supuesto, y se convertiría en otro de sus números cómicos en los meses venideros.

—Que Dios me perdone —decía exagerando un temor fingido—, pero a esa chica no puedo negarle nada.

Estaba seguro de que a partir de entonces volvería la calma y la felicidad, pero el acuerdo de papá con Tejal sólo consiguió acrecentar el rencor de Sofía. Una mañana,

después de que Tejal ya hubiera vuelto a Goa, mientras me cortaban el pelo en Ramnath, mi hermana se coló en la habitación de papá mientras él se estaba vistiendo y le dijo que no podía más.

Al ver la magnitud de la tragedia en los ojos de su hija, papá se acercó a ella e intentó tocarle la barbilla, pero ella no dejó que la tocara.

—¿No puedes más con qué? —preguntó mi padre.

Retrocediendo como si su vida dependiera de la distancia, tiesa como un soldado, Sofía dijo:

—Estoy enamorada de Wadi y quiero casarme con él.

Luego le dio la espalda a papá y salió corriendo de la habitación.

Todo eso me lo contaría Nupi más tarde.

Papá la encontró sollozando encima de su cama. Estaba vertiendo varios meses de amarga frustración. Gimió que se sentía como una paria en su propio hogar.

—Sofía, me rompe el corazón verte así —le dijo papá.

—Entonces... ¿puedo casarme con él? —preguntó Sofía llena de esperanza mientras se sentaba y se secaba las lágrimas con el pañuelo de su madre, la cara enrojecida.

—Me alegra que estéis enamorados, pero no voy a mentirte: no creo que Wadi sea el chico adecuado para ti.

—¿Porque es cristiano?

—Si sólo fuera eso...

—¿Entonces qué, papá? Por favor, no puede ser nada más. ¡No puede ser!

Papá le dijo que Wadi se parecía demasiado a la tía María para su gusto, y que sabía con toda seguridad que mi primo me había traicionado muchas veces cuando éramos pequeños. Le dijo a Sofía que habría intervenido durante todos esos años, pero que creía que ciertas cosas los niños tenían que resolverlos solos.

—Creo que Wadi es inteligente y apasionado, y que es capaz de ser muy tierno, pero no es de fiar —concluyó—. Vive tras una cortina. Tengo miedo de que al final te haga daño. Y debo admitir otra cosa, también. Siempre he querido que te casaras con un judío, y la tía María no permitiría jamás que Wadi se convirtiera.

Papá se preparó para otro diluvio de lágrimas, pero en lugar de eso el cuerpo de Sofía se tensó y sus ojos se abrieron de par en par, como siempre que estaba a punto de pelearse.

—Papá, ¿Wadi debe seguir siendo amigo de Ti para que podamos casarnos? ¿Se trata de eso?

Papá se sentó en el otro extremo de la cama y se frotó los pies con la esperanza de evitar una disputa que culminara en palabras crueles por ambas partes.

—Por supuesto que no. Yo no he dicho eso. No se trata de Ti.

—También es culpa suya, ¿sabes? Ti siempre quiere las cosas de la gente..., cosas que no pueden darle. O que no deberían darle.

Papá echó la cabeza hacia atrás en un gesto de sorpresa.

—¿Qué se supone que significa eso?

Sofía relató los cargos que tenía contra mí con esa voz de niña que solía conseguir cualquier concesión de nuestro padre y de mí.

—Siempre ha querido que Wadi fuera diferente de cómo es... y que yo fuera distinta, también. Creo que incluso estuvo enamorado de Wadi. ¡Odia a Wadi porque me eligió a mí en lugar de a él!

Papá se levantó y desvió la mirada hacia lo lejos, como si escuchara dos voces al mismo tiempo: la mía y la de mi hermana, quizá. Poco después, dijo:

—Sofía, ¿crees que no sé cómo es el corazón de mi hijo? Sé lo que sentía por Wadi, y soy mucho más consciente de lo que tú serás jamás de lo que los chicos hacen entre ellos antes de convertirse en hombres. Pero Ti no está enamorado de su primo, ahora. Si es eso lo que crees, te equivocas —fue hacia la puerta—. Te aseguro —añadió con frialdad— que nunca habría esperado de ti que sintieras tanto desprecio por los sentimientos de tu hermano.

Después de contarme todo eso, Nupi tiró de mí para ponerme a su altura y me susurró al oído:

—El cielo abraza a la luna sea cual sea su forma.

Para que no me quedara ninguna duda de lo que había querido decir, me besó en la mejilla y añadió:

—La forma que tú tengas o que hayas tenido no importa.

—¿Y qué pasa conmigo, papá? —le preguntó Sofía a nuestro padre con un tono de voz que le suplicaba que recapacitase.

—El tiempo dirá lo que Wadi siente realmente por ti —respondió—. Volveremos a hablar de ello dentro de un año. Si aún estás enamorada de él y él de ti, recapacitaré con mucho gusto.

—No me quieres..., ¡nunca me has querido! —gritó Sofía—. No como quieres a Ti.

Ante eso, papá contuvo el terror que siempre había tenido: que no sería capaz de ayudar a su única hija cuando más lo necesitara y que al elegir a su mujer, y no a él, la muerte se había llevado a la persona equivocada.

13

A mi regreso de la audiencia con el Gran Inquisidor, me sentí aliviado al comprobar que Phanishwar ya no estaba en la celda. Lo maldije por traidor, por haber obedecido las órdenes secretas de mis carceleros. El anciano debía haber sido seleccionado sin duda por su talento a la hora de narrar historias y su talante afectuoso. Ambas cosas resultaron ser armas eficaces para lo que yo veía ya como un verdadero complot contra mí; todos los que había conocido estaban implicados en esa conspiración, y su desprecio se había convertido en la piedra y el hierro de mi prisión.

Ahora, décadas más tarde, me doy cuenta de lo útil que resultó para mí creer en esa fantasía, ya que la ira mantuvo a raya la desesperación. Después de un par de meses, no obstante, el lento tedio del trabajo empezó a erosionar mi absurda fe en los enemigos ocultos que acechaban desde cada rincón de mi pasado y el bochorno hacía más dolorosa la soledad cada vez que respiraba. Tanto si me había traicionado como si no, esperaba que el jainista estuviera otra vez a salvo en su aldea. Eso no era ningún gesto de generosidad por mi parte; simplemente estaba convencido de que yo, en su lugar, habría hecho lo mismo.

Muchas veces durante los meses venideros, mientras me envolvía la oscuridad, me pareció volver a oírlo, contándome cosas sobre su hijo menor, Rama. Mediante una alquimia del cerebro que no sabría explicar, la esperanza y el valor de su voz venían a decirme que nuestros destinos jamás se separarían, no importaba lo que pudiera pasarme a partir de entonces. Una mañana, reuní el coraje necesario para preguntarle al Analfabeto qué le había pasado a mi antiguo compañero de celda.

—¡Oh, lo enterraron hace meses! —respondió el guardia con insolencia, como si le extrañase que no lo supiera. Hizo un gesto con la mano emulando un corte a la altura del cuello y sonrió, pero ¿quién podía confiar en la palabra de un borracho que disfrutaba encerrando a la gente en jaulas?

La canción de Rama que canté para los aldeanos de Benali... Los recolectores de cocos desnudos, tostados por el sol, saludándonos a Sofía y a mí desde lo alto de las palmeras... Los labios de mamá esculpiendo mi nombre por última vez... Papá dándome el *dreidel* que había tallado para mí...

Estuve buscando entre miles de recuerdos, intentando comprender cómo podía estar allí cuando todo cuanto conocía estaba fuera, pero incluso la más simple de las ideas me resultaba inconcebible. Dentro y fuera, falsedad y verdad, compasión y crueldad: todo eran tintes que se habían mezclado en lugares ocultos de mi mente y que jamás volverían a separarse completamente otra vez.

No paraba de pensar en el acertijo del Gran Inquisidor, aunque sabía que nunca encontraría la respuesta. Entonces ya estaba seguro de que las cosas que más quería se me negarían para siempre.

A veces imaginaba a mi madre bajo mi camastro, del tamaño de una muñeca, acostada con los ojos cerrados. Parecía que esperaba algo, pero ¿qué?

He hablado con muchos otros prisioneros con largas condenas desde entonces, y si algo he aprendido es que la capacidad de razonar nos abandona de vez en cuando. Llegamos a creer que podemos oír lo que piensan nuestros amantes en la distancia o que somos capaces de hablar con los animales. Quizá la demencia es la última protección que le queda a la mente frente al suicidio.

O quizá la locura no sirva para nada. Y que nada sirva para nada. Que la vida esté hecha tan sólo de piedra, hierro y cuerda.

Y, no obstante, nos llegan revelaciones...

Una noche especialmente cálida, mientras estaba en mi celda a punto de vencerme el sueño, descubrí por qué el Gran Inquisidor me había mencionado las seiscientos treinta tareas que cada judío debe cumplir, las *mitzvot*. A la mañana siguiente le dije al Analfabeto que estaba dispuesto a admitirlo todo.

—Le diré los nombres de los que podrán testificar contra mí —afirmé tragándome mi traición, pero sabiendo que sería mi única posibilidad de quedar en libertad.

Calculo que estaríamos casi a finales de octubre de 1593. Llevaba veintitrés meses en prisión.

Una vez, el carcelero me dijo que cada año tenía lugar un auto de fe público en el que los prisioneros eran quemados en la hoguera o liberados del Santo Oficio en el primer domingo de Adviento, que yo sabía que era más o menos un mes antes de Navidad. Si el Analfabeto no pasaba pronto mi mensaje, tendría que quedarme un tercer año en esa celda.

Pasaron tres semanas y dos días, y recé pidiendo ayuda tanto al Señor de la Torá como a Parsva, cuya estatua imaginaria situaba en la cabecera de mi cama, como

santo protector contra todo lo que pudiera venir de Europa a mi tierra natal. Fue durante ese tiempo cuando empecé a pensar en mí mismo como indio y no como portugués. Me preguntaba por qué había tardado tanto tiempo en darme cuenta de esa evidencia. «Los ojos azules no te convierten en uno de ellos», me susurraba a mí mismo con la voz de Phanishwar.

Después del desayuno del vigésimo cuarto día, que conté con granos de arroz que fui dejando como deseos secretos bajo mi colchón, el carcelero vino a mi celda y me llevó hasta el gran salón, donde había sido convocado otra vez para sentarme con el padre Tomás Pinto, el Gran Inquisidor.

—Me han dicho que quieres confesar algo —dijo mientras se reclinaba en su silla y cruzaba los brazos sobre el pecho con escepticismo—. ¿Ya has resuelto mi acertijo?

—No —le dije—. Pero sé por qué me habló sobre las *mitzvot*.

—¿Ah, sí? —dijo con una sonrisa, como si le hiciera gracia—. Supongo que podemos considerarlo un buen comienzo, dadas las circunstancias.

Me di cuenta de que quería complacerlo, como un colegial frente a su maestro. Habría hecho juegos malabares con piedras o habría declamado poesía antigua, o volvería a abrirme las muñecas para ofrecerle mi muerte a ese hombre como regalo. Después de todo, ¿qué mejor regalo podría haber que la sangre para un cura que desea quedarse con las almas de sus víctimas?

Sentado como estaba frente a un hombre que tenía mi vida en sus manos, me di cuenta del gran alivio que supone la rendición: permitirse la degradación cuando eso es lo único que queda.

—Un día —empecé a decir cuidadosamente las palabras que había ensayado—, cuando estábamos en Goa, mi tía nos pidió que la acompañáramos a casa de una amiga que acababa de dar a luz a gemelos...

Seguí contando que mi padre había rechazado besar la estatuilla que la madre tenía de la Virgen María, y que yo también me había negado.

—No supimos honrar a la madre de Nuestro Señor —concluí—. No se trataba de lo que habíamos hecho, sino de lo que no habíamos hecho. Cometimos un error de omisión, el mismo tipo de errores que los judíos pueden cometer cuando no obedecen una *mitzvah*.

Ahora me parece patético admitirlo, pero me sentí tan orgulloso de mi astucia que dejé escapar una leve sonrisa, como un niño pequeño.

—¿Y quién fue testigo de ese crimen? —preguntó el Gran Inquisidor.

—Mi tía y el médico que atendía a la madre. Y sus dos sirvientes indios.

Para evitar que los persiguieran, añadí:

—Mi tía María se puso furiosa y mantuvo una disputa terrible con mi padre. Ella besó la estatuilla, por supuesto. Al entrar en la habitación y al salir también. Los sirvientes indios la besaron también.

Mi hermana también había estado allí; recé para que mi interrogador no lo supiera.

—¿Y ésa fue la única vez que no mostraste respeto por Nuestro Señor?

—No, hubo muchas más ocasiones.

Como si excavara en busca de tesoros escondidos mucho tiempo atrás, le conté que había pasado por delante de la catedral docenas de veces sin entrar a rezar ni en una sola ocasión, y que me había negado a dar gracias a Jesucristo antes de las comidas como solían hacer mis tíos.

—Ni siquiera decíamos «si Dios quiere» cuando hablábamos del futuro —le dije.

Estuve más de una hora testificando en mi contra. La autotraición tomó un ritmo desenfrenado, como un baile frenético sobre una tumba. Esperaba llegar a resultarle el judío más asqueroso que hubiera perseguido jamás para ganarme así su favor. «Cava hacia el interior de la tierra, tan lejos como puedas», me repetía a mí mismo una y otra vez.

Cuando la garganta me quedó tan seca que ya no podía ni hablar con claridad, el secretario me dio un vaso de agua.

—¿Y qué hay de tu afrenta contra el obispo? —preguntó el Gran Inquisidor mientras yo bebía.

—No... no recuerdo ni siquiera haber hablado de él. Pero si vos decís que lo ofendí, entonces debe ser un error por mi parte. Os pido disculpas.

—En una de tus visitas a Goa, el obispo llegó de Lisboa. —Me mostró la sonrisa de estar jugando al gato y el ratón, complacido por su nueva jugada.

Yo escarbé en mis recuerdos pero no encontré nada. El cura dejó que el silencio me condenara con rostro despreciativo. De repente, agarró su campana plateada.

—Por favor, tened piedad de mí —supliqué. Junté las manos como había visto que hacían los cristianos y recé en silencio a su Dios por primera vez en mi vida: «Bendito sea el Hijo de Dios, que puede detener la mano de un hombre malvado...».

El sonido de la campana hizo que mi corazón diera un vuelco. Al oír los pasos del carcelero detrás de mí, di un respingo de pánico.

—¡Siéntate! —ordenó el Gran Inquisidor.

Obedecí, abrazándome a mí mismo.

—¡Eres un sinvergüenza! —me dijo relamiéndose los labios como si estuviera a punto de escupirme.

—No recuerdo la llegada del obispo —gemí—. ¿Acaso es mi crimen la ignorancia? ¿Es eso lo que queréis?

En sus ojos vi que lo reconocía, como si me hubiera atrapado entre sus garras.

—Ahora empiezas a entender la gravedad de tu herejía —dijo con voz condenatoria. Levantó la mano, con la palma hacia delante, para detener el avance del carcelero.

—Tú sabías que venía alguien más en el barco del obispo —dijo con voz más calmada. Hablaba como si me llevara de la mano.

Sólo podía pensar en una posibilidad.

—Una vez, oí un rumor acerca de que había un rey angoleño en un barco del

puerto. Se decía que era un gigante.

—¿Y quién te oyó expresar el deseo de verlo?

—Mis tíos. Mi padre, también, y Francisco Javier, mi primo. Pero ellos no querían ir a verlo. Decían que no valía la pena perder el tiempo por un rey africano. Lo recuerdo con claridad. Fui el único que quería ir a verlo.

—Había otra persona.

Tan pronto como dijo eso, supe que alguien de mi familia había testificado contra mí con todo detalle, y contra mi padre, también. ¿De qué otro modo podía saber que mi hermana también estaba allí?

—¿Quién estaba contigo? —preguntó.

El corazón me latía con fuerza. Sabía que eso podía significar que incluso mi claudicación sería en vano. Si el Santo Oficio encarcelaba a Sofía, yo no sería capaz de vivir mi vida, incluso si me ponían en libertad. Ya no me importaba el daño que me hubiera hecho. Nuestro pasado no podía salvarse, pero podía proteger nuestro presente y nuestro futuro.

—No recuerdo a nadie más —mentí—. A menos que..., quizás... quizás alguna sirvienta de mi tía estuviera con nosotros.

—¡Era alguien de tu familia! —insistió.

—No, nadie.

—Hasta ahora he sido indulgente —dijo con tono amenazador—. Pero te recuerdo que el fuego y el agua están de mi parte en esta batalla por tu alma, como también lo estuvieron en la batalla por la de tu padre.

—No soportaría que me quemaran.

—¡Aguantarás lo que Jesucristo disponga!

—Mi hermana —gemí—. Mi hermana estaba allí. Es cierto. Pero ella era una jovencita. Me dijo que los africanos no deberían salir de su tierra natal. Es inocente.

—Parece una chica lista. ¿Tu padre le permitió besar a la Virgen?

—No, aunque ella lo hizo de todos modos —mentí—. Mi hermana siempre ha sido muy tozuda.

—Ya veo —respondió, sonriendo como si me hubiera ganado en una competición. Me di cuenta de que sabía que mentía pero, aun así, no siguió con sus acusaciones.

—¿Y qué pasa con los muertos? —preguntó.

—No os entiendo.

—Para los nuevos cristianos como tú —dijo con una sonrisa—, las espinas muertas pueden estar incluso más afiladas que las vivas.

—¿Eso tiene algo que ver con la respuesta a vuestro acertijo? —pregunté yo.

—Puede.

Sacó un manuscrito que había mantenido oculto en su regazo y lo puso sobre la mesa, entre nosotros. Reconocí la cubierta inmediatamente: un pavo real mostrando la cola esmeralda, azul y púrpura, desplegada bajo el título, escrito en caracteres

dorados en hebreo.

Tendí la mano sin pensar, como habría intentado hacer para salvar a un ser amado de las manos del Ángel de la Muerte, pero lo apartó de mí. Nos miramos a los ojos durante un buen rato y me di cuenta de lo que disfrutaba demostrándome de ese modo que un miembro de mi familia nos había traicionado a mi padre y a mí.

—Sí —dijo, asintiendo—. El manuscrito de tu bisabuelo ahora nos pertenece a nosotros. Ningún judío volverá a verlo jamás, ni llegará a conocer su existencia.

Yo estaba empapado en sudor y me costaba respirar. La tía María, el tío Isaac o Wadi debían haber robado el manuscrito; eran los únicos que sabían que estaba escondido en el fondo del guardarropa de papá.

—Ahora, Tiago Zarco, piensa en el acertijo —dijo el cura de forma seductora, como si me invitara a dar un paso con él hacia la redención—. «Te hablo en mi viaje hacia ti —y sólo hacia ti— desde mi punto de partida hasta el final. Y aunque siempre muero en el mismo sitio, puedes oírme hablar desde mi tumba sellada si prestas atención. ¿Quién soy?».

Se puso el manuscrito de mi bisabuelo junto a la oreja como si escuchara lo que había dentro.

—Un libro —susurré, y me di cuenta de que debería haberlo adivinado.

—Buen chico —sonrió el cura.

—Un libro le habla a cada lector y siempre acaba en el mismo sitio —dije—. Cuando cerramos la cubierta por última vez, el viaje se acaba y acaba en la tumba, aunque aún podemos oír cómo nos habla.

—Podríamos habernos ahorrado mucho sufrimiento si fueras más listo, ¿sabes?

—Lo siento —me disculpé. Sabía que era absurdo, pero no pude evitar comportarme como si le hubiera herido yo a él.

—¿Cómo podías ignorar tu identidad cuando tu bisabuelo te había estado contando toda la vida que eras un cristiano nuevo? Cada año tu padre te leía sobre su conversión. Es increíble lo tonto que puedes llegar a ser.

—Ahora me doy cuenta. Es imperdonable.

—Todos los pecados pueden perdonarse si se confiesan de todo corazón a Nuestro Señor. Y si rezamos con devoción para ser dignos de Él.

Su voz se había vuelto amable; estaba contento con el resultado. Mi ignorancia y desolación le ofrecían la oportunidad de mostrarse misericordioso. Puede que nadie considere que lo que uno mismo hace esté mal, pienso desde entonces. Incluso los demonios del infierno probablemente piensan que su trabajo es bueno y necesario.

—¿Y estás preparado para una confesión completa de tus crímenes? —prosiguió Pinto.

—Sí.

Durante la hora siguiente, el secretario tomó nota de mi declaración. El Inquisidor hizo llamar a un soldado, quien ordenó al Analfabeto que me pusieran grilletas en los tobillos y las muñecas.

Tras hacerme salir a empujones, se nos unió un minúsculo cura de Castilla. Después de tanto tiempo a la sombra, sentí los rayos del sol en la cara como si fueran hierro candente, y casi tuve que cerrar los ojos para contener las lágrimas. El Analfabeto cogió mi cadena como si fuera la correa de un perro y me instó a avanzar tirando de ella. Las heridas que me provocaron los grilletes pronto empezaron a doler, pero el dolor me ayudó: evitó que pensara demasiado en ideas perturbadoras. La gente me miraba y me señalaba. Un mercader, entre risas, gritó que me pagaría un baño y me lanzó una moneda de cobre.

Un jornalero con el torso desnudo, intentando ser ingenioso, levantó las manos en señal de devoción para burlarse de mí y dijo «*Jai Shri Dalit*», lo que significaba «Alabado sea el Señor Intocable». Varios hombres de aspecto ordinario me abuchearon.

—¿Adónde vamos? —pregunté mientras avanzábamos por el empedrado hacia el calor sofocante, pero ni el cura ni el Analfabeto me respondieron.

Llegamos a la iglesia de los dominicos. Una vendedora de flores india de rostro adusto, a quien reconocí de mi larga guardia ante el Sagrado Oficio, estaba sentada junto a la puerta con alhelíes rosados trenzados en el pelo canoso. Llevaba una cruz de madera alrededor del cuello y cuando me acerqué la besó y me ofreció una flor de hibisco. Cuando iba a recoger la flor blanca, el Analfabeto tiró de mi cadena y me hizo caer al suelo.

Cuando levanté la vista, mi guardia ya le había pegado un bofetón a la florista que la dejó tendida en el suelo.

He pensado mucho en la bondad espontánea de esa mujer desde ese día. Más que cualquier otra cosa, la brutalidad que el Analfabeto demostró con ella sería la razón por la que intentaría, años más tarde, arruinar su vida; por esa razón, aún hoy en día, deseo con toda mi alma haberlo conseguido.

Dentro de una pequeña capilla me rociaron la frente con agua bendita mientras el cura recitaba en latín: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...».

Luego volvimos a la prisión. Me pareció que la fachada se levantaba ante mí como un fantasma y retrocedí lo que me permitieron los grilletes. Sentí tal pánico que me oriné encima. Pedí ayuda a los espectadores que asistían embobados a la escena, lo que provocó que el Analfabeto me rodeara el cuello con el brazo para asfixiarme. Caí al suelo entre arcadas. Me arrastró sin tregua para que avanzara, por lo que me vi obligado a continuar a cuatro patas sobre los roñosos adoquines de la plaza.

—Puede que esté bautizado, pero todavía insiste en caminar como un judío —le dijo el Analfabeto al cura, tras lo que estallaron en carcajadas.

Dos días más tarde, un cura al que no había visto jamás me leyó en el gran salón un documento que enumeraba mis crímenes. Lo firmé con mano temblorosa; el Inquisidor no accedió a contarme si eso significaba la vida o la muerte para mí. Se

limitó a decirme que ése era el único camino hacia Jesucristo.

A continuación me hizo jurar que no revelaría nada de lo que me había ocurrido bajo la jurisdicción del Santo Oficio. Caí de rodillas ante él otra vez y le rogué que me contara lo que me pasaría.

—Tendrás que esperar —respondió el cura con indiferencia.

El sábado siguiente, el sirviente indio que solía llevarse mi sábana una vez a la semana para lavarla no apareció. Justo después de las campanadas de vísperas de la catedral, las campanas siguieron tocando por segunda vez. Me preguntaba si se preparaba alguna ceremonia en especial.

Llevaba unas dos horas durmiendo cuando me despertó de repente el sonido de la puerta. El carcelero entró con decisión y me entregó unos ropajes oscuros y una lámpara de aceite de barro cocido. Me dijo que me vistiera de prisa, que volvería muy pronto a buscarme.

—Si voy a morir, por favor, dígamelo —supliqué—. Debo prepararme.

—No se me permite decir nada de lo que te espera.

Me puse la chaqueta de manga larga y los pantalones —ambos negros con rayas blancas— como si me estuviera vistiendo por última vez, temblando como un niño perdido. Todas las sensaciones de mi cuerpo parecían estar vivas e hipersensibles. Era como si el mundo entero, en el último momento, estuviera intentando contarme algo que debía aprender —como si me revelara su misterio más profundo— con la brisa que me daba en la cara, el aroma de la hierba mojada en el aire, el suave tacto de mis labios cuarteados que palpaba con las yemas de los dedos... Me dije a mí mismo que volvería con Dios, pero la verdad era que vivía en un mundo sin sentido ulterior. Sabía que moriría solo tras una vida demasiado breve. Me sentí engañado. Jamás llegaría a saber quién nos había traicionado a mi padre y a mí, jamás conseguiría vengarme. «Este viaje no ha tenido ni valor ni sentido», pensé sumido en la amargura.

Es evidente que los condenados pueden hacer gestos estúpidos y pueriles para evitar perder sus principios en el último minuto: después de haberle dado las gracias a Phanishwar por esos pocos días felices en prisión, levanté su estatua imaginaria de Parsva fingiendo que tenía a un niño en brazos: el niño que Tejal y yo habíamos concebido. Luego dediqué mis plegarias finales a un Dios en el que ya no creía.

Cuando volvió el carcelero, me escoltó hasta una cámara sombría, de techo bajo, donde docenas de prisioneros estaban alineados con la espalda contra la pared, inmóviles. Sin duda les asustaba incluso respirar hondo por miedo a que eso arruinara la débil esperanza que les quedaba de conseguir la libertad. La mayoría de ellos se miraban con desánimo los pies descalzos; algunos sollozaban mientras se tapaban la boca y los ojos con las manos. Había al menos dos prisioneros que se habían desmayado, habían quedado tendidos en el suelo y bebían el agua que les daban los

curas. Busqué a Phanishwar, pero no lo encontré.

Ocupé mi lugar al final de todo. Intentaba que mis pasos no hicieran ruido, y de vez en cuando aparecía un desgraciado más. Había muchos hombres allí, y todos habían sufrido tanto como yo. Eso, no obstante, no me consoló. Me sentía lejos de ellos, exiliado hasta de mí mismo.

Cada prisionero recibió una antorcha encendida. Parecía adecuado que empezáramos a proyectar las sombras deformadas de nuestros rostros adustos en las paredes, como si la roca debiera saber y registrar lo que habíamos pasado. Miré fijamente mi llama, las fuerzas parecían que me abandonaban.

—Ayúdame, Dios mío —susurré mientras me secaba las lágrimas que me inundaban los ojos.

Los curas repartieron ropa para cada hombre. Como a la mayoría de los prisioneros, me obligaron a vestirme de amarillo, con una gran «X» pintada tanto en la parte de delante como en la de atrás; más tarde sabría que se trataba de la cruz de san Andrés, y que esos sambenitos se les ponían a todos aquellos que habían cometido una herejía o cualquier otro crimen contra la Iglesia. Había unos veinte hombres más, indios en su mayoría, a los que obligaron a llevar ropas grises en las que se representaban sus retratos en teas encendidas con diablos alados y de barba puntiaguda que escapaban volando de las llamas. Ésos eran los prisioneros que habían sido obligados a confesar crímenes de brujería. Si Phanishwar aún estuviera preso, debería haberse encontrado entre ellos. Pero no era así. Le recé a Parsva para que él y su hijo Rama volvieran a estar juntos.

Después, a siete de los hindúes, condenados por practicar la peor de las magias negras, les pusieron unos sombreros en forma de cono, pintados con llamas y diablos, y se les obligó a sentarse en el suelo. Los sirvientes nos trajeron pan caliente, higos secos, arroz y agua para beber. Yo sabía que no sería capaz de comer ni una migaja, pero el minúsculo cura que parecía estar al cargo de todo aquello me dijo que me pusiera al menos un mendrugo de pan en el bolsillo del pantalón, ya que la ceremonia duraría varias horas y seguro que tendría hambre cuando acabase.

—¿Se me permitirá comer cuando todo esto acabe? —susurré.

—Sí, pero no te darán nada más hasta el desayuno —respondió.

El cura seguramente pensaría que mis lágrimas le agradecían tan amable consejo, pero la verdad es que respondían al hecho de que me había contado, sin proponérselo, que no me iban a quemar.

Las campanas de la catedral volvieron a sonar al alba y nos reunieron, uno por uno, en el gran salón, donde el secretario de la Inquisición nos asignó un escolta a cada uno para que nos acompañara al auto de fe. Seleccionaron para mí a un capitán de la flota portuguesa de Goa, un hombre llamado Jácome Morais. Era un individuo rotundo, con los carrillos caídos, que olía a aceite de oliva y a betún. Me dio la mano

y, aunque intentó ocultarlo, vi que después se limpiaba la palma en la pernera del pantalón.

Morais me condujo hasta el aire cálido de la plaza, donde tenía lugar una procesión formada por una docena de frailes dominicos encabezados por una bandera que representaba a su fundador, Santo Domingo, con el lema «Piedad y Justicia». Delante de mí había un centenar de prisioneros, una docena de los cuales eran mujeres a las que mantenían separadas de los hombres. Las golondrinas de afiladas colas realizaban sus acrobacias en el cielo y gorjeaban con frenesí mientras una luz sorprendentemente púrpura empezaba a asomar por el este. A nuestro alrededor había una multitud. No olvidaré jamás a un pequeño que estaba sentado en los hombros de su padre, con un tocado de plumas, que me señalaba con gracia mientras su madre, tras él, sostenía en brazos a un bebé. Esperando ver a alguien conocido repasé todos los rostros, pero luego me di cuenta —y me sorprendí de lo nublada que tenía la mente por no haberlo pensado antes— de que habría sido peligroso que alguien de mi familia hubiera aparecido por allí.

Quizá mi tía y Wadi también se abstuvieron de ir porque les debía preocupar que los acusara, a uno de ellos o a los dos, de traición. Pero yo no habría montado esa escena, no tenía fuerzas para ello. Sólo sentía el temor y el deseo de acabar con todo aquello.

Pasamos más de una hora desfilando por las calles. Jamás había visto tanta gente y tan alterada. Los más impacientes se peleaban por poder observar mejor nuestra mísera estampa. Empezaron a sangrarme los pies, aunque intenté por todos los medios no cojear para no atraer más la atención de la gente.

Cuando llegamos a la iglesia de san Francisco, nos encontramos con la puerta principal engalanada con hojas de palmera. Entramos con la cabeza gacha y nos sentamos en los bancos, junto a nuestros escoltas. El aire húmedo estaba impregnado de un olor dulce que procedía del humo de los incensarios. La terrible solemnidad de la ocasión era como un yugo sobre mis hombros. Estoy seguro de que los otros prisioneros sentían lo mismo, ya que estábamos todos sentados deseando que se nos tragara la tierra. Había tronos con brocados dorados y verdes a ambos lados del altar central, que estaba cubierto con una tela negra y flanqueado por cuatro grandes candelabros de plata. Un cura joven entró con una cruz de tamaño natural por la puerta principal. Lo seguían tres hombres, uno de ellos un lisiado y dos más que tiraban de él, y una mujer de ojos saltones y el pelo rapado. Tras ellos había cinco figuras de madera, también a tamaño natural, pintadas con crudeza y sostenidas sobre mástiles: tres hombres y dos mujeres. Los portadores indios llevaban sobre sus cabezas un número equivalente de arcones forrados de piel.

Más adelante sabría que las estatuas representaban a aquellos que habían cargado con crímenes contra la Iglesia después de su muerte; los arcones contenían sus huesos, que habían sido robados de sus tumbas. Tampoco sabía en ese momento que el crucifijo que les daba la espalda significaba que ya no les quedaba ninguna

esperanza.

Y luego se me aceleró el corazón. Aunque le habían cortado el pelo, tupido y blanco, muy corto, y tenía la cara hinchada y llena de moratones, vi que el penúltimo prisionero —el hombre lisiado— era Phanishwar. Como sus compañeros, vestía el sambenito gris con su crudo retrato, con vistosas llamas amarillas que se alzaban hacia demonios con cabezas de animal y un sombrero en forma de cono con las mismas imágenes. Debajo de su retrato ejecutado con crudeza habían escrito su nombre con grandes letras negras seguido de la naturaleza de su crimen: *FEITIÇO*, brujo, y lo que se escribiría en su tumba, *MORREU QUEMADO*: murió quemado.

Su rostro revelaba su agotamiento y tenía las mejillas tan hinchadas que parecía un viejo que se hubiera ahogado. ¿Acaso estaba tan mal como para no darse cuenta de lo que iban a hacer con él?

No puedo decir cómo, pero sabía con toda seguridad que era el hombre más importante de la sala: la encarnación de un alma grande y divina. Sería un crimen contra toda naturaleza no intentar ayudarlo. Me levanté sin pensarlo.

—¡Siéntate, imbécil! —susurró mi escolta mientras tiraba de mí hacia abajo otra vez.

Mi objetivo era entonces llamar la atención de Phanishwar, pero el anciano jainista no me miró cuando fue a sentarse en uno de los últimos bancos. Después ya no pude verlo, había demasiados prisioneros entre nosotros.

Sólo tenía una cosa en la cabeza: «¿A quién puedo recurrir para que me ayude?».

Cuando el Gran Inquisidor ocupó su lugar en el trono que estaba a la derecha del altar, me atreví a hablarle al capitán.

—¿Van a quemar a los hombres de atrás? —susurré.

Él asintió.

—¿Y no puedes hacer nada por salvarlos? Uno de ellos es un gran hombre, quién sabe si no es la reencarnación de un dios hindú.

Me miró con tanto odio que me estremecí.

El virrey portugués de la India, vestido con ropajes de seda azul, estaba sentado entonces en el trono que quedaba a la izquierda del altar y, en lo alto de éste, en el centro, habían puesto el crucifijo de tamaño natural. Un cura anciano de andares pomposos subió al púlpito y dio un sermón con voz nasal y aguda que duró una eternidad. No sabría decir sobre qué nos instruyó. Sentía los latidos de mi desesperación en los oídos, y la única voz que oía dentro de mi cabeza era la mía. Debí de perder el juicio otra vez, porque creí que si me concentraba lo suficiente podría transmitirle mis pensamientos a Phanishwar. Una y otra vez, le decía: «Si confiesas, puede que no sea demasiado tarde...».

Dos seglares vestidos de seda azul no tardaron en llegar al púlpito y empezar a leer en voz alta las acusaciones contra cada hombre. Cuando decían el nombre de un prisionero, los soldados lo escoltaban hasta el pasillo central y luego hasta un segundo altar cerca de las puertas de entrada. Una vez allí, de rodillas, se le instaba a

poner las manos sobre un misal y a escuchar la sentencia.

Un chico con los ojos hundidos, la cabeza rapada y el rostro imberbe mojó los pantalones mientras arrastraba los pies hacia el altar. Algunos espectadores se rieron de él con sorna. Varios prisioneros más no tardarían en ensuciarse; mucho más, incluso.

Cuando dijeron mi nombre, volví a recorrer la nave arrastrando los pies y miré a Phanishwar cuando me acerqué a él. El lugar parecía muy oscuro. Llegó un momento en el que estuve a sólo tres pasos de él. Podría haber alargado la mano para tocarlo. Debería haberlo hecho, aunque me habría costado la vida.

Cuando pasé junto a él, Phanishwar alzó la vista y me vio. Abrió los ojos como platos.

«Debes confesar para poder volver con Rama», intenté decirle con los ojos, pero su mirada se volvió severa. Me miró como si yo fuera uno de sus carceleros.

Ya lo había dejado atrás y estaba a punto de llegar al altar. Cuando el soldado empujó mi hombro hacia abajo me arrodillé con la mano sobre un misal. Sentí que mi vida daba un giro en ese momento, me dijeron que estaba excomulgado, y que todas mis posesiones terrenales pasaban a manos de la Corona, aunque no poseía ni un solo grano de azafrán en Goa. De momento, todo iba bien, sentí que mi respiración se relajaba, como si me aproximara a la libertad, pero luego me dijeron que quedaba desterrado de la India portuguesa y sentenciado a cuatro años en una prisión de Lisboa conocida como el Galé.

«Mi hijo o hija tendrá cinco años cuando yo salga de allí y Tejal me habrá dado por muerto con toda seguridad», pensé con desesperación.

Volví a trompicones hasta mi asiento, incapaz de confiar en mis pies e intentando suplicarle en silencio a Phanishwar que confesara. Él volvió la mirada con desprecio. Lo maldije por estúpido, pero cuando volví a sentarme junto al capitán, se me ocurrió que el jainista probablemente sufría la misma vana ilusión que me había acosado a mí durante semanas: Phanishwar debía pensar que desde el principio yo había formado parte de una conspiración contra él.

Liderados por el Gran Inquisidor, unos veinte curas se reunieron en el centro de la nave; cada uno llevaba un pequeño puntero de madera. Uno de ellos era el padre Carlos, el hombre que había engañado a Phanishwar para viajar a Goa y a quien reconocí de su visita a nuestra celda. Bajé la mirada para que no pudiera verme la cara; si me reconocía, estaba seguro de que me haría engrosar ese grupo de gente a los que no les quedaba ninguna esperanza.

Dispersándose por los bancos, los curas tocaban con sus punteros de madera a los prisioneros y pronunciaban un salmo en latín que significaba que se nos retiraba la excomunión y se nos reintegraba dentro del catolicismo romano. «Estos cristianos obviamente sólo odian la brujería cuando no es la suya», pensé.

Por desgracia, esas varitas mágicas no consiguieron disipar mi sentencia de cuatro años de prisión.

—Ahora somos hermanos dentro de la Madre Iglesia —exclamó el capitán Morais, sonriendo como un padre orgulloso, en cuanto uno de los curas me tocó con la varita. Me felicitó por lo que él llamaba mi buena suerte, hizo un ademán de abrazarme y sacó de un bolsillo varias tartas de crema envueltas en un trapo de algodón blanco que su mujer había hecho para la persona que le tocara escoltar. Esa vez no se limpió la mano en los pantalones; era evidente que la mancha de judaísmo había desaparecido de forma mágica.

El Gran Inquisidor, después de volver a su trono, recibió entonces a cada uno de los hombres y mujeres que iban a arder en la hoguera para mayor gloria de Cristo, así como las cinco estatuas y las cajas de huesos correspondientes. Más tarde me contarían que no se trataba de ninguna farsa como me había parecido a mí al principio, sino de una catástrofe para sus familias: eso significaba que todas sus posesiones terrenales serían confiscadas inmediatamente.

A esos desgraciados se les leían los procedimientos, incluso a los muertos, y así me enteré de que tres de las efigies habían sido nuevos cristianos que habían cometido herejía. También descubrí que uno de los hombres de piel oscura no era un converso que había dejado atrás sus viejas creencias hindúes como yo había supuesto, sino un cristiano tomasita acusado de brujería por creer en una liturgia distinta. El mismo santo Tomás había convertido a sus antepasados al cristianismo quince siglos atrás, pero eso no evitó que esos tiranos lo juzgaran.

Phanishwar avanzó a trompicones, pues lo empujaban dos soldados. No debía haber entendido nada de lo que le decían en portugués, y recibió la sentencia de muerte —que le leyeron con voz fría y despectiva— con una expresión de impasibilidad parecida al trance. Quizá todo su entrenamiento con *Dharanendra* lo había preparado para el momento de hacer frente al Ángel de la Muerte. Recé para que estuviera seguro junto a Parsva.

El soldado tocó el pecho de Phanishwar y de los otros prisioneros condenados, lo que significaba que no les quedaba ninguna esperanza, y los alguaciles de la corona portuguesa los hicieron salir por las puertas. El resto de los prisioneros salimos después de ellos en dirección al río, aún acompañados por nuestros escoltas y bajo una estricta vigilancia. En la orilla del río había nueve estacas clavadas en el suelo, cada una de ellas rodeada por un montón de troncos. Los aromas nocturnos de la India me recordaron que el bosque estaba cerca y la media luna parecía a punto de caer en las oscuras aguas.

Un verdugo que llevaba una capucha con agujeros para los ojos utilizó una cuerda gruesa para atar a cada prisionero e incluso a las efigies. Cuando le llegó el turno a Phanishwar, me atreví a hablar con el capitán otra vez.

—Por favor, pare todo esto —le supliqué.

—Es demasiado tarde —me dijo.

—Tengo que acercarme más.

Me cogió por el brazo.

—¡No seas estúpido!

Me libré de él y me abrí paso a empujones entre la multitud hasta llegar a primera fila. El jainista estaba atado con las manos a la espalda, mirando hacia el cielo como si buscara en las constelaciones algo que hubiera perdido. Su trance se rompió y se retorció con inquietud.

Dos de los hombres y la única mujer suplicaron —y así se les concedió— que se apiadasen de ellos y los mataran como a cristianos. Un verdugo encapuchado les rodeó el cuello con un collarín de hierro oxidado que luego estrechó con un torno. Agitaban piernas y brazos en busca de aire, y los ojos parecían a punto de salirseles de las órbitas, pero todo acabó en menos de un minuto para cada uno de ellos. Quedaban colgando inertes entre las ataduras como si hubiesen caído en una red.

La multitud ovacionaba el final de cada ejecución, pero los prisioneros nos mantuvimos en silencio.

Phanishwar y el cristiano tomasita se negaron a convertirse al catolicismo, por lo que se prendió fuego a sus troncos.

«Si estás presente en nuestro mundo, haz que todo esto pare», le recé al Señor, pero las llamas pronto llegaron a los pantalones de Phanishwar. Enseguida se vio envuelto por una nube de humo. Se puso a aullar angustiosamente, tirando de las cuerdas, con el rostro deformado. Entonces supo que estaba a punto de morir de forma agónica.

—¡Parsva, ayúdame! —gritaba.

El terrible olor de la piel carbonizada empezaba a llegar hasta nosotros. Dos prisioneros que tenía frente a mí cayeron de rodillas, rezando en voz alta, pidiéndole misericordia a Jesucristo. Otros empezaron a vomitar.

—¡Socorro! —volvió a gritar. Tensaba los brazos para intentar extenderlos hacia mí.

Levanté una mano por encima de mi cabeza y la cerré formando un puño, pero no había tiempo para pensar en lo que quería decirle. De un modo estúpido, quizá, grité:

—¡No te traicioné jamás! Y veo lo que te están haciendo. —No podía soportar la idea de que abandonara este mundo creyendo que yo era un traidor.

Y de todos modos, ¿de qué podía servirle mi lealtad en esos momentos? ¿Cómo podía serle de ayuda a alguien en mi papel de testigo?

Debieron tratar su ropa con aceite; Phanishwar se encendió como una antorcha antes de que yo pudiera gritar nada más.

Me obligué a mirar cómo su rostro crepitaba y se ennegrecía, y sentí que la ruina destrucción de ese hombre bueno era la clave de ese mundo en el que yo había nacido.

Un ser humano se funde mucho más rápido de lo que parece. Y arde de forma salvaje. El hedor es insoportable. Así es como debe de oler el infierno.

No dije nada más hasta que se hubo convertido en un amasijo de carne y huesos carbonizados.

—No pueden matar a Parsva —susurré entonces, hablándole a mi propia desesperación.

Y añadí: «Si vuelves a nacer como asesino, ven a mí y te ayudaré».

Me negué a marcharme cuando llamaron a los prisioneros. Estaba sumido en el terror y la pena, y quería quedarme donde estaba a modo de protesta, pero mi escolta se me llevó a rastras tras abofetearme, tan fuerte que temí que me hubiera roto la mandíbula de nuevo. Él y dos hombres más me llevaron a mi celda, donde lloré hasta que caí en la clemente oscuridad del sueño. Al amanecer, cuando me desperté, todo me pareció un sueño hasta que recogí mi ropa del suelo y noté el olor del humo de la carne ennegrecida de Phanishwar.

Se añadieron dos años a mi sentencia por mi arrebató durante el auto de fe. El Gran Inquisidor me informó de ello personalmente tras un sermón furioso sobre mi escandaloso comportamiento. Luego su voz se suavizó.

—Ya he olvidado que hubiera un hechicero jainista entre nosotros, y tú deberías hacer lo mismo —me dijo—. Ahora piensa sólo en Jesucristo y en el sacrificio que Él hizo por ti.

Me dio un documento que describía mis obligaciones religiosas durante los seis años siguientes: confesarme una vez al mes, ir a misa cada domingo, cinco padrenuestros y cinco avemarías cada día y no relacionarme con herejes. Una vez más, me ordenó que no revelara a nadie nada de lo que había visto u oído durante el tiempo en el que fui prisionero del Santo Oficio. Haberlo desobedecido ha sido mi único triunfo en esta vida, me parece.

Mientras volvía penosamente a mi celda por última vez, el consejo del Gran Inquisidor sobre no olvidar el sacrificio de Jesucristo me devolvió la mente a la noche anterior y entonces me pareció entenderlo todo. Fue como un relámpago atravesando la oscuridad total para aclarar mi mente: esos curas ataron a Phanishwar a una estaca y le pegaron fuego porque no creían realmente que Jesús tuviera la fuerza de voluntad necesaria para dejarse matar por Sus creencias. Necesitaban ver a alguien que representara los últimos momentos de su Salvador para ellos, ver que un hombre es capaz de soportar una agonía así. Nos convirtieron en testigos de su espectáculo porque no podían admitir que cualquier otra persona podría tener una fe mayor que la suya. Tenían que matar a Jesucristo de nuevo cada año para llenar el vacío de sus almas.

14

Ahora que Sofía ya había confesado el amor que sentía por Wadi, se comportaba como si no hubiera marcha atrás. Aunque no se atrevía a enfrentarse a papá directamente por la oposición que mostraba a su matrimonio, lo criticaba incesantemente por sus más mínimos defectos. Una vez llegó incluso a acusarlo de avergonzarla porque un grupo de chicos andrajosos en Ramnath lo habían convencido para que se quitara las sandalias e intentara capturarlos en una partida de *kabaddi* que jugaron en un campo de garbanzos en barbecho detrás del mercado. Vi que mi padre se sintió herido mientras se limpiaba la arcilla roja de los pies, y tuve ganas de gritarle a mi hermana, pero él me miró de forma severa para decirme sin palabras que me quedara al margen.

Papá encajaba esas humillaciones con su bondad natural, diciéndole más de una vez que no creía que Dios llegara a juzgarlo de forma demasiado severa por obligar a una chica de quince años a esperar un año más antes de casarse. Más adelante, Sofía decidió dejar de desayunar con nosotros. Al cabo de cuatro mañanas de protesta, con la esperanza de conseguir una tregua, papá le llevó *chapatti* calientes a la habitación.

—¿Cómo quieres que tenga hambre si soy una prisionera? —dijo ella.

Él no me contó lo que le respondió, pero no volvió a llevarle comida a la habitación.

Dos días más tarde, papá compró un collar de cuentas de coral para ella en Ponda, pero Sofía no quiso ponérselo. Más tarde, esa misma semana, tampoco consiguió convencerla para que aceptara un frasco de perfume de jazmín que procedía directamente de Ceilán.

Ninguno de los regalos de papá sirvió para nada, pero no le culpó de sus errores de juicio, ni por la manera de avanzar a tientas entre una aparente oscuridad; su bienamada Sofía era tan desafiante como infeliz, y la frágil brújula que él siempre

había tenido en el corazón ya no era capaz de encontrar el norte que era su hija.

Por la frialdad con la que ella recibía todos esos intentos, al parecer mi hermana había decidido —quizá de forma honorable— que si no podía tener lo que más deseaba, rechazaría cualquier cosa que viniese de él. A mí me parecía que no había cambiado mucho respecto a la niña que se negaba a jugar con otros niños o a conocer a extraños. En ese momento yo ya era mayor y me daba cuenta del carácter tan fuerte que tenía; a su manera testaruda era más poderosa que cualquiera de nosotros. A pesar de todas las amistades que había estado cultivando durante los últimos años, nunca llegó a darse cuenta de que con un gesto de conciliación —tan insignificante como un beso— podía conseguir más que bloqueándose de ese modo.

Una noche, a la hora de acostarse, empezó a reñir de forma brutal con papá porque éste le había dado al ama de cría, Kiran, dos de los saris de nuestra madre en lugar de guardarlos para su dote. La discusión hizo llorar a papá, que le confesó con una voz de arena del desierto que estaba exhausto.

—Hace unas noches soñé que nos ahogábamos juntos —le dijo a mi hermana—. Podía ver los minaretes de Constantinopla a lo lejos, pero no podíamos alcanzarlos. Por lo que si éste es el único modo de salvarnos...

Papá le dijo con voz grave y dubitativa que permitiría que la boda se celebrara al cabo de seis meses si Wadi demostraba su lealtad y afecto por ella durante ese tiempo.

—Y si permite que continúes siendo judía, al menos en secreto —añadió solemnemente—. Aunque en mi opinión creo que deberíais esperar al menos un año.

Desde mi habitación no pude evitar escuchar cómo le ofrecía esa concesión y quise darle mi apoyo corriendo hacia él para abrazarlo, pero la respuesta de Sofía me detuvo antes de tiempo.

—No esperaré —dijo mi hermana.

Ella debió de lanzarle una mirada desafiante, porque papá se marchó de casa sin mediar palabra. Yo salté por la ventana para no tener que hablar con Sofía y corrí tras él, que chapoteaba por nuestro jardín empapado por las tormentas, pero me hizo volver a casa. Sin aliento, desolado, me dijo:

—Ti, sé que quieres ayudarme, pero en mi estado sólo soy capaz de hablar con los muertos.

Jamás olvidaré la sensación de dejarlo allí, con las piernas salpicadas de lodo, abandonado a todo aquello que creía haber hecho mal durante su vida.

Quizás es inevitable que cada uno afronte sus pesares en soledad, pero deseaba tanto ayudarlo que me dolió resultar tan inútil. ¿Qué podemos hacer que realmente sirva de ayuda por nuestros seres queridos cuando pasan por momentos difíciles?

El rechazo de mi hermana ante un acuerdo tan justo me dejó perplejo durante varios días hasta que, una noche, cuando empezaba a dormirme, me di de narices con una nueva posibilidad: ¡estaba embarazada! En el caso de que fuera cierto, no me parecería tan extraño que quisiera casarse enseguida.

Fui de puntillas hasta su habitación y la llamé.

—¿Ti? —respondió con un susurro—. ¿Eres tú? —Su voz sonó amable y yo lo agradecí con una sonrisa de alivio.

—Sí, ¿te he despertado? Lo siento.

—No, estaba despierta.

Me senté a los pies de su cama y le conté mis sospechas. Añadí también que no le diría nada a papá hasta que me diera permiso.

—Juntos encontraremos la manera de salir de esta trampa —le aseguré con voz fraternal.

Sofía se sentó. Ante la luz de mi vela, parecía un muñeco de sombras de alguna deidad vengativa; sus dedos eran cuchillas y sus ojos parecían empeñados en destruirme. Se había convertido en alguien a quien no conocía en absoluto.

—¡Wadi tenía razón acerca de ti! —me espetó.

—¿De qué estás hablando? —pregunté.

—Quieres creer que soy malvada. Siempre has querido ser tú el bueno. Yo era una chiquilla testaruda y ahora soy un monstruo. ¿Cómo has podido siquiera preguntarme algo así?

Durante los primeros días de esa guerra entre papá y Sofía, Nupi se escondía en la cocina y, cuando mi hermana alzaba la voz, se tapaba los oídos con las manos y cantaba oraciones a Lakshmi y a Devi con su voz monótona para mantener alejada la locura. Comíamos juntos a menudo en su pequeña mesa agrietada e intentábamos hablar sobre nimiedades.

—Sofía estiró demasiado sus medias y ahora se sorprende de que estén rasgadas —me decía Nupi.

La vieja cocinera creía que las chicas debían obedecer a sus padres hasta que se casaban, momento en el que el dominio pasaba a manos del marido.

—Pero puesto que hoy en día todo esto es un lío —añadió mientras negaba con la cabeza con aire taciturno—, tu padre no tiene más remedio que aceptar la boda sin más.

Le pedí que se lo contara a él.

—¿Yo? No, ni hablar. —Me echó de su lado como si fuera un estorbo.

—Pero él respeta tu opinión.

—Puede que le diga algo cuando sea necesario, pero ese momento aún no ha llegado.

—¿Y cuándo llegará?

—Cuando no me quede otra opción.

Fue así como Nupi mantuvo la boca cerrada y aprendió a hacer su trabajo sin que se notara su presencia. Incluso empezó a desatender su jardín de albahaca sagrado. Se quedaba de pie, con las manos en la cintura, e inspeccionaba las descuidadas plantas

con gesto severo, como si lo único justo para ellas fuera sufrir junto al resto de nosotros.

Yo reconocía, por supuesto, que desde el punto de vista de Sofía su amor estaba lleno de trabas, mientras que todo iba a mi favor injustamente; por eso, después de sufrir durante unos diez días que su silencio mortal invadiese nuestro hogar, volví a hablar con ella. Mi hermana estaba quitando telarañas de las esquinas de su habitación, blandiendo la escoba como si fuera una espada. Desde la puerta, le dije que estaba pensando en preguntarle a papá si Wadi podría venir para una visita más larga de lo normal. De ese modo podría demostrarle a nuestro padre lo mucho que la amaba. Yo estaría fuera la mayor parte del tiempo durante su estancia para que ella y nuestro primo pudieran tener toda la atención de papá.

—Es imposible —me dijo Sofía fríamente.

—Pero ¿por qué?

Pasaba la escoba por el techo.

—Wadi lo ha prohibido.

—¿Prohibido qué?

—Que ayudes.

—No lo entiendo.

Me miró con el ceño fruncido como si estuviera haciendo el tonto.

—Ya me has oído, Ti. Wadi no quiere tu ayuda.

—A juzgar por el tono de tu voz, tú tampoco —observé.

—No.

—Sofía, por favor, deja la escoba durante un minuto. Y date cuenta de cómo te estás comportando con papá antes de que sea demasiado tarde. ¿No ves lo injusta que eres con él?

Ella insistió con la escoba sobre una telaraña que había en la esquina de la repisa de la ventana sin responderme.

—¿Vas a dejar que Wadi decida sobre todo lo que hagas? —le dije con tono de sorna.

—Ahora que ya no sois amigos, Wadi dice que tiene derecho a mantenerte al margen de su vida.

—Yo era tu hermano antes de ser amigo suyo.

Se dio la vuelta y bajó la escoba, la agarró de la manera habitual y puso la barbilla encima del mango. No pude evitar mirar si la barriga le había crecido durante la última semana. Me pareció que no.

—Lo quiero, Ti —dijo suavemente—. Lo quiero tanto que no tengo elección en lo que digo o hago. ¿Me entiendes? Lo siento, pero así son las cosas.

—¿Y eso cómo nos afecta a nosotros dos?

Sus ojos apuntaron hacia mí como si lo que había dicho no pudiera ser peor.

—Significa que haré lo que me pida.

Yo no dije nada. Más allá de mis pensamientos más sombríos esperaba que las cosas no fueran como estaban yendo, pero sobre todo se apoderó de mí una extraña sensación de novedad que no supe entender en ese momento. Más adelante, me daría cuenta de que mi hermana estaba marcando las reglas de nuestra nueva relación y de que yo agradecí saber cuál era mi posición respecto a ella. «Ti, así es como serán las cosas a partir de ahora...».

Cuando le conté a papá que quizá Wadi debiera venir a pasar una temporada larga con nosotros y que yo me quedaría en Goa entre tanto, mi padre puso los ojos en blanco.

—Ti, ¿no crees que debería ser él quien sugiriera una visita? Ha estado cortejando a tu hermana desde hace meses.

—Quizá te tiene miedo.

—Si ese miedo es más fuerte que el amor que siente por Sofía, eso nos dice algo acerca del futuro que les depara juntos. ¿Debería dejar que se casara con un cobarde?

Dudé por un momento, pero al final decidí no callarme nada.

—Sí, papá, creo que deberías dejar que se casen. No tenemos ningún medio de saber cómo es realmente, Wadi se esconde demasiado. En cualquier caso, no puedes seguir evitando que Sofía cometa sus propios errores.

—Si eso es cierto, tú tampoco puedes —me dijo con intención de sorprenderme o incluso de herirme como lo había herido yo a él. Me limité a asentir.

A la mañana siguiente, muy temprano, me acerqué a papá, que estaba tomando el té sentado en los escalones de la veranda, y me liberé de una duda que me había estado torturando toda la noche.

—Sofía podría escaparse con Wadi cualquier día de éstos y no volveríamos a verla. Si quieres tener alguna influencia sobre lo que hace, tendrás que aceptar su boda enseguida.

Papá me dijo que también había pensado en esa posibilidad, pero que le había dado miedo siquiera mencionarla.

—No podría seguir viviendo si no volviera a verla —me confesó.

Pensé en lo que Nupi me había dicho y le dije:

—Entonces no tienes otra opción.

Esa noche, papá nos dijo a Sofía y a mí que tenía que contarnos algo especial durante la cena. Cuando estuvimos sentados sacó el anillo de oro que sus padres le habían dado cuando abandonó Constantinopla para venir a la India y se lo dio a Sofía.

—Para ti —dijo.

Papá cerró el puño de Sofía alrededor del anillo y la besó en la frente. Yo no sabía

cómo reaccionar, ya que una vez, mucho tiempo atrás, me había dicho que sería mi regalo de cumpleaños cuando cumpliera veintiún años.

Sofía contempló el regalo con los ojos humedecidos por la gratitud.

—Papá, ¿por qué...? —empezó a decir Sofía.

Mi padre la interrumpió:

—Ssshhh, ahora es tuyo. Quiero que lo tengas tú. —Entonces me miró y se dirigió a mí con un gesto de disculpa.

—¿Te importa, Ti? —preguntó—. Si te molestara, lo entendería.

Busqué entre mis sentimientos, no quería mentirle.

—Es toda una sorpresa, siempre lo he querido, pero... —Miré a mi hermana, que examinaba el anillo con los ojos llenos de entusiasmo— si eso puede cambiar las cosas, será mejor que lo tenga Sofía.

—Gracias, hijo.

El anillo de oro era el objeto más preciado que papá conservaba de sus padres. Había llegado a la familia a través de mi bisabuelo Berequías, a quien se lo había dado su mejor amigo, Farid. Quedaba claro que nuestro padre quería demostrarle a Sofía lo mucho que la quería. Mientras ella se lo probaba en los diferentes dedos, papá dijo que hablaría con el tío Isaac y la tía María cuando volviera a Goa e intentaría acordar la boda para septiembre, cuatro meses más adelante.

Entre tantas preocupaciones, me había olvidado de mi tía, pero no me costó suponer que no le gustaría nada que su hijo se casara con una judía y tuviera que sufrir el mismo estigma que ella, que se había casado con el tío Isaac. Quizá Sofía, por miedo a ese nuevo obstáculo, respondió algo que no había querido. O quizá tenía que contarle a papá lo que quería por última vez; a veces tenemos que dejar que caiga una última gota de ácido sobre el corazón de nuestros seres queridos para estar preparados para empezar de nuevo.

Cualquiera que fuera la razón, Sofía bajó la mirada un momento, midiendo las palabras para adaptarlas a la solemnidad del momento. Aún no se había puesto el anillo. Volvía a tenerlo en el puño.

—No creo que tenga que esperar tanto, papá.

No lo dijo con aspereza. Las palabras tenían un matiz de disculpa; recuerdo que pensé que finalmente estaba preparada para comprometerse. Por desgracia, nuestro padre no esperaba más que su agradecimiento. El rostro de papá palideció antes de que se levantara y se encerrara en su habitación. No contestó cuando Sofía y yo le suplicamos que nos dejara entrar. Rodeamos la casa buscando la ventana pero ya había cerrado los postigos y aunque los golpeé con los nudillos durante un rato, no quiso abrirlos. Recuerdo que Sofía tenía en la mano una flor de hibisco grande y roja mientras esperábamos. Nupi le dijo que se la diese a papá. Entonces ya llevaba puesto el anillo.

Mi hermana supo que había cometido un error fatal esa noche; la pasó llorando en brazos de Nupi.

Papá le dijo a la mañana siguiente que no volvería a permitirle ir a Goa.

Sofía se quedó en su habitación casi toda la semana siguiente, y su tristeza envolvió cualquier palabra que mediamos entre papá, Nupi y yo. El aire a nuestro alrededor parecía más denso debido a la preocupación, y las sombras perseguían mi mente en todo momento. Incluso el inflexible sol de la India parecía dudar a su paso por encima de nuestro hogar, parecía inseguro de sí mismo por primera vez.

Las cartas que le escribí a Tejal durante esos días eran tan tristes que parecía que se deshacían en mis manos. Odié a Sofía por hacernos pasar por todo eso y se lo dije con la mirada más fría de la que fui capaz cada vez que venía a ver cómo trabajaba en mis ilustraciones. Entonces no me importaba que me odiara. Ni ella ni Wadi podían ya herirme y yo no deseaba ningún tipo de relación con ellos.

Papá tuvo que posponer las lecciones de la Torá con Tejal y me pidió que le pidiera disculpas en mis cartas. Me molestó que eso me apartara de ella y durante unas semanas me acosaron las preocupaciones acerca de que nuestros planes no transcurrieran como deseábamos, pero después de contárselo a Tejal, ella reunió el valor para preguntarle a su padre qué le parecería si yo le pedía la mano de su hija, y respondió favorablemente.

«Mi madre me dijo que será una buena boda para la familia», me escribió, y pude entrever su alegría en las filigranas de su caligrafía.

Le conté a papá esa buena noticia y él hizo lo posible por mostrarme una sonrisa verdadera, pero en realidad tenía el corazón destrozado.

En esa época a menudo me parecía que si Sofía no podía obtener la aprobación para casarse, haría lo posible por mantenernos en un estado de desesperación constante, aunque quizás ella estaba tan confusa como nosotros respecto a la rapidez con la que habíamos caído en su abismo. ¿De veras sabía lo que estaba haciendo?

Una mañana, mientras papá y yo estudiábamos la Torá, Sofía llamó a la puerta de la biblioteca con suavidad y pidió permiso para ir al mercado de Ponda con Nupi. Mi hermana mantenía la mirada fija en el suelo como si sintiera tener que esperar su aprobación. Ésas fueron las primeras palabras que le oímos decir después de varios días.

—Vuelve antes de que anochezca —le dijo papá sin levantar su puntero de la página de la Torá. Cuando la puerta se hubo cerrado tras ella, le pregunté si sabía lo que Sofía quería hacer en la ciudad.

Papá interrumpió la lectura un solo momento para decir que no le importaba. Cualquiera que no lo conociera habría podido pensar que lo decía de veras, pero apretaba los dientes y tenía los hombros tensos: todo indicaba que mi padre ya no conseguiría pensar en otra cosa en todo el día.

Sofía y Nupi volvieron a última hora de la tarde. Enseguida acorralé a nuestra vieja cocinera en el patio, y respondió a mi pregunta sin que tuviera que llegar a formularla siquiera.

—Ha llorado un poco de camino a la ciudad, pero ya estaba bien cuando hemos llegado allí. Se ha sentado sola en un puesto de comida. Ni siquiera la he visto dirigirle la palabra a nadie.

—¿Te dijo por qué quería ir a Ponda?

—No, sólo me dijo que quería estar sola. La dejé allí sentada, a la pobre. Creo que necesitaba estar en algún sitio para pensar sin que la interrumpieran todo el tiempo. —Se llevó las manos a los oídos—. Siempre hay tanto ruido aquí...

—¿Ruido? Mi padre y yo apenas hemos hablado con ella desde hace semanas.

—Ti, pocas cosas hacen tanto ruido como esta familia cuando guarda silencio.

Entonces Sofía empezó a acompañar a Nupi en todos sus recados. Un domingo volvió de Ponda con fiebre alta y temblores. Nupi dijo que había vomitado dos veces camino de casa y que había comido vainas de oca que seguramente estaban en mal estado, pero papá estaba seguro de que era la guerra de silencio que estábamos librando lo que la había hecho enfermar. Trasladamos su cama junto al fuego y la cubrimos con mantas. Nupi se metió rápidamente en la cocina para hacerle una infusión de hojas de guayabo.

Papá se sentó con mi hermana mientras ésta bebía pequeños sorbos de un bol de terracota, le ponía una mano tras la cabeza y la miraba con ojos preocupados; casi no habían hablado en el último mes y allí estaba ella, enferma como lo había estado su madre antes de morir.

—No quiero más té —dijo finalmente Sofía con un gemido—, simplemente dejadme dormir.

Hizo una mueca de dolor antes de volver a acostarse.

—Sofía, ¿dónde te duele? —pregunté, pero no me respondió.

—Olvida tus problemas —susurró papá mientras le acariciaba el pelo—, y cuando te despiertes todo estará igual que antes de que empezáramos a discutir.

Ella se apoyó sobre un lado y le tomó la mano. Unos minutos más tarde, cuando empezó a respirar mejor, se acurrucó con las manos bajo la barbilla y las piernas flexionadas, como una niña, para volverse lo más pequeña posible. Papá fue a su habitación a buscar el anillo que le había dado y se lo puso en un dedo.

—La historia de nuestra familia la protegerá con esto —me dijo.

Después papá cogió su *tallith*, el pañuelo de oración, y se lo puso por encima de los hombros antes de empezar a rezar por ella. Pronto cerró los ojos, pero continuó rezando por ella durante el resto del día, ni siquiera paró para comer.

El estado de Sofía empeoró a pesar de los esfuerzos de papá. A la mañana siguiente, su pecho se movía tan poco al respirar que estábamos seguros de que

estaba desapareciendo del mundo. Cuando se despertaba, hablaba como si ya estuviera lejos de nosotros. Sus ojos se habían agrisado —como si nos mirara a través de la niebla— y su rostro se volvió tan pálido que llegamos a pensar que estaba perdiendo sangre a causa de algún corte profundo, pero no tenía ninguna herida. Le dolía todo. Nupi le aplicó cataplasmas calientes en el pecho.

—He utilizado pimienta y albahaca —suspiró la cocinera dramáticamente cuando los olió; el tono de su voz dejaba claro que se trataba de una batalla a vida o muerte, que necesitaba el poder de las plantas más sagradas para salvar a su querida ahijada.

Papá y yo rezamos durante todo ese segundo día junto a la cama de Sofía. Nupi nos daba sopa de arroz y té bien cargado, y ofrecía flores y frutas a Sitala Devi —la diosa local del último esfuerzo— en su habitación. Pronto corrió la voz sobre nuestro infortunio. Los aldeanos de Ramnath venían a todas horas en visita de condolencia, descalzos y apesadumbrados, sin saber bien dónde poner los pies ni qué tocar por temor a la muerte. Yo asumí la responsabilidad de hacerlos entrar y salir rápidamente de la habitación en la que estaba la enferma, ya que mi padre no quería desviar la atención que le prestaba a su hija ni por un solo instante.

—Un abrir y cerrar de ojos es tiempo suficiente para que el Ángel de la Muerte vierta una gota de veneno en su boca y la envenene —me dijo.

Las amigas de Nupi vinieron desde Ramnath y Ponda, traían limas dulces, queso, mangos y cualquier otra cosa que creyeron que podíamos necesitar, hablaban con ella en el patio, en voz baja, sobre todas las inevitables tristezas que conllevaba la maternidad. Recuerdo haberlos visto con las manos juntas, pegadas al pecho, sentadas en círculo escuchándose las unas a las otras, como si formaran parte de una sociedad sin nombre cuya tarea consistiera en velar el lecho de muerte de sus niños. Sus ojos me obsesionaban hasta el punto de que aún lo hacen hoy en día; los sentía como pensamientos secretos que no pueden ser revelados, era como si me miraran a través de una ventana del corazón que sé que jamás seré capaz de cerrar completamente, no importa los años y los kilómetros que puedan separarnos a mi hermana y a mí.

Cuando se marchaban, las ancianas me ponían una mano en el pecho, como si quisieran asegurarse de que yo era de verdad, y me decían lo mucho que lo sentían, algo que sólo conseguía molestarme, ya que parecía como si ya hubieran tirado la toalla con Sofía.

«Tu pobre madre, y ahora ella», me parecía oírlas pensar.

Una mañana apareció dando voces por el jardín un grupo de mendigos harapientos, con los ojos vidriosos y la piel amarillenta, que apestaban a carne podrida. Habían oído que se les daría comida a cambio de que rezaran por la salud de mi hermana, pero Nupi no estaba de humor para aguantarlos. Arrojó dos sacos pequeños de arroz desde la puerta y los ahuyentó blandiendo un gran cuchillo de cocina a la vez que hablaba entre dientes mientras se iban.

—A veces pienso que nunca seré tan feliz como cuando ya no tenga que volver a

hablar con un alma viviente —refunfuñaba Nupi.

Ese mismo día, al anochecer, oímos una risa socarrona en el jardín. Creyendo que los mendigos habían vuelto, me dirigí furioso hacia la puerta, pero sólo encontré a Jaidev —el santón del mercado del pueblo— a los pies de las escaleras de la veranda, cubierto de polvo de arcilla, con una guirnalda de alhelíes y caléndulas alrededor del cuello y un cálao enorme en el hombro que gritaba como si se hubiera propuesto despertar a toda la India. Ese impresionante pájaro medía más de un metro de altura, era negro y tenía las puntas de las alas de un blanco puro. Me miró con aire acusatorio, como si yo fuera la reencarnación de un antiguo enemigo.

Salí afuera, pero me mantuve a cierta distancia.

El *sadhu* se rió.

—No tengas miedo, Ti, *Sujay* no te hará nada, prefiere la fruta fresca.

—Da lo mismo, creo que ya le daré la mano otro día.

Jaidev entrecerró los ojos con preocupación. Su pelo blanco, brillante por el aceite de coco, le llegaba, enmarañado, hasta la cintura.

—He oído que Sofía tiene problemas —dijo.

—Sí, está gravemente enferma.

Se arrodilló para que *Sujay* pudiera saltar sobre la veranda. El animal dejaba caer el ala derecha penosamente mientras caminaba.

—¿La tiene rota? —pregunté.

Jaidev asintió.

—Lo estoy alimentando, tengo esperanzas de que se recupere.

El santón se acercó a mí y me acarició la mejilla, con lo que me acecharon de golpe todas mis inquietudes acerca de Sofía. En sus brazos lloré por muchas cosas pero, sobre todo, porque no había conseguido proteger a mi hermana.

Jaidev y yo nos sentamos juntos, con su brazo enjuto alrededor de mi cintura. Olía a arcilla seca caliente, como si a su edad se estuviera convirtiendo en parte de la propia tierra. Le conté lo mal que habían ido las cosas. Mientras yo hablaba, él le daba al cálao nísperos que sacaba de una bolsa de tela que llevaba atada alrededor de la cintura. Una luz parpadeó en mi interior mientras observaba la generosa complicidad entre ellos dos. Era como si esa simple e improbable relación fuera un signo de esperanza; no sólo para mí, sino para el mundo entero.

Cuando acabé de contarle los problemas de Sofía a Jaidev, éste señaló a *Sujay*.

—Creo que le rompieron el ala unos cazadores. No podía soportar ver cómo la arrastraba mientras mendigaba comida. Por eso ahora estamos juntos.

Dejamos a *Sujay* en el patio, donde el pájaro no pudiera dar problemas, y fuimos a ver a papá, que se había quedado dormido en su habitación. Quedó tan conmovido por la aparición de Jaidev que le besó las manos, algo que no le había visto hacer con ningún otro hombre. El *sadhu* se sentó junto a mi hermana, pasó sus dedos oscuros por encima de la cabeza de Sofía y, a continuación, entró en trance. Estuvo alejado del mundo durante casi una hora, quieto como una estatua y, entre tanto, papá y yo

rezábamos. Cuando Jaidev se despertó de repente, dijo que Vishnu lo había llamado desde las aguas del Ganges.

—Me ha dicho que a Sofía aún no le ha llegado la hora —sonrió aliviado, pero también tuvo que secarse unas lágrimas.

—¿Qué ocurre? —le preguntó papá.

—Veo mucho sufrimiento en mis viajes.

Para el camino de vuelta, le dimos al santón unas papayas maduras de uno de nuestros árboles.

—Imagina lo que es traer a ese pájaro inmundo hasta aquí —me dijo Nupi con la nariz levantada cuando ya se había ido, parando por un momento de limpiar lo que el pájaro había ensuciado a su paso—. A veces creo que el *sadhu* tiene tanto cerebro como un saltamontes.

Con las fuerzas renovadas por la seguridad con la que había hablado Jaidev, papá y yo volvimos a rezar por mi hermana. Sabía que con cada palabra luchaba no sólo por su vida, sino también por la mía, incluso por mi amor por Tejal. Y no obstante, Sofía no mejoró esa tarde. Por la noche me senté en la veranda para escuchar los sonidos de los pájaros del bosque, como si toda la India estuviera esperando noticias sobre su muerte.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, vi que Sofía no estaba en su cama, y también que faltaba la manta de lana roja que había sido de mi madre. La almohada aún conservaba el hueco que había dejado el peso de su cabeza, pero estaba fría al tacto. Papá dormía en su cama con los extremos del pañuelo de oración agarrados con ambas manos, como si estuviera tocando las campanas en sueños en señal de advertencia.

Salí corriendo de la casa y me encontré a mi hermana sentada bajo una palmera que estaba en el límite de nuestro jardín, con la manta echada sobre los hombros. Tras un leve gesto de saludo, levantó una mano para agarrar la media luna —de un blanco escayolado a la luz neblinosa de la mañana— y fingió que se la metía en la boca para comérsela.

Esa mañana, papá miró a Sofía como si hubiese acabado de nacer; no quiso quitarle los ojos de encima mientras Sofía comía algo sólido por primera vez en varios días. Ella se reía con ganas cuando papá le quitaba trozos de *chapatti*. Incluso Nupi se sentó con nosotros cuando la hice venir a la mesa.

Yo era lo suficientemente joven para creer que el mundo había girado hasta quedar en la posición exacta en la que había estado antes de que empezaran nuestros problemas, pero papá pronto me hizo salir para confesarme que durante la enfermedad de Sofía había recibido una carta de su hermano que lo había llenado de

temor. El tío Isaac le había escrito para contarle que había visto a Wadi paseando con Sara junto al río, y que probablemente no era la primera vez. Mi primo negó rotundamente ante su padre haber vuelto con Sara, pero Isaac era de la opinión que debíamos ser cautos. Puede que tuviéramos que preparar a mi hermana para afrontar lo peor.

—Wadi quiere que sepamos que hace lo que le da la gana —le dije a papá—. Sabe que Sofía se desvive por él. Está disfrutando del poder que tiene sobre nosotros, y también sobre ella.

Papá dio el que parecía ser el único paso sensato que podía dar: le escribió a su hermano para contarle que iría a Goa tan pronto como pudiera estar seguro de que Sofía se encontraba bien a fin de hablar del tema con calma. O bien intentaría llegar a un acuerdo sobre la fecha de su boda o —si Wadi, en efecto, se había enamorado— insistiría en romper definitivamente el noviazgo entre los dos.

Ni mi padre ni yo nos atrevimos a mencionar delante de nuestra hermana la duplicidad de Wadi. Tampoco se lo dijimos a Nupi; era tan mala actriz que sin duda habría acabado por revelarle alguna cosa.

En la siguiente carta que le envié a Tejal le conté nuestros planes y añadí que papá había prometido empezar las lecciones de la Torá con ella tan pronto como estuviéramos en Goa. Le envié la carta junto con una flor de té de java previamente secada y aplanada.

No creí que Sofía se daría cuenta de que algo iba mal, pero unos días más tarde vino de puntillas hasta mi cama y me dijo:

—Sé sincero conmigo, Ti. Papá aún no quiere que me case con Wadi, ¿verdad?

—Simplemente le gustaría que esperaras un poco, eso es todo.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto.

Me di cuenta de que no me creía.

—Sofía —le dije de modo tranquilizador—, vas a casarte con Wadi de un modo u otro, tarde o temprano, o sea que deja de preocuparte.

Le di unas palmadas en la mano y barrité como un elefante para animarla, pero no sonrió.

—Tendrás lo que quieres —le dije de forma convincente—. Y si podemos mantener esta calma durante unas cuantas semanas más, papá también tendrá lo que quiere.

No estaba seguro de creer en mis propias palabras, pero a los dos nos sonaron bien y a veces eso es todo lo que uno necesita para seguir adelante.

Sofía y yo nos asustamos mucho por su enfermedad, y su recuperación nos dejó a los dos algo aturridos y ansiosos. Había tardes en las que no podíamos parar de reír, sin importarnos que Nupi nos mirara mal o saliera gritando de la cocina para

perseguirnos. Cuando pienso en ello, me doy cuenta de que tuvimos una segunda oportunidad, otra edad dorada, y me siento agradecido por ello. Volvimos a ser niños, pero no pensábamos que hubiera nada malo en eso.

Una noche, papá se manchó los dedos preparando pato salvaje con salsa de granada para nosotros, el único plato que sabía cocinar. Sofía llevaba puesto el collar de coral que él le había dado, y le dijo que la comida estaba deliciosa, aunque la verdad es que el pobre pato parecía que hubiera muerto de sed en el desierto de Arabia.

Nupi decidió al día siguiente que debíamos airear la casa y limpiarlo todo para borrar cualquier vestigio de la presencia malvada que había hecho enfermar a Sofía. Papá se mofó de la idea, y aunque esa vieja mangosta testaruda accedió a no tocar nada, empezó a arrastrar sillas y felpudos a la mañana siguiente; montó tal barullo que todos nos despertamos y empezamos a ayudarla mientras farfullábamos nuestras quejas.

Una vez que lo tuvimos todo fuera de la casa —con la estatua de Shiva de mamá montando guardia en lo alto de los escalones de la veranda— Sofía le preguntó a papá si podríamos pintar su habitación. Él se la llevó bailando por todo el jardín al oír eso, ya que —como me diría más tarde— lo interpretó como un signo de que no nos abandonaría al cabo de poco tiempo y sin avisar para irse a vivir con Wadi a Goa.

Yo no estaba tan seguro.

Mientras Nupi sacaba el polvo de las cosas con el plumero y Sofía y yo hacíamos saltar nubes de polvo de los felpudos, Papá se marchó a Ponda con el carro y el asno. Dos horas más tarde volvió con dos sacos enormes de cal para blanquear la pared y varios sacos de pigmentos para nuestros colores. Pintamos la habitación de Sofía de amarillo azafrán, como si la bañara la luz del sol; la mía la pintamos de color verde oliva, con el techo rosa, los colores de un loro que me encantaba cuando era pequeño. Cuando llegamos a la habitación de Nupi, nos pidió a Sofía y a mí que le pintáramos los retratos de *Sujay* y *Jaidev* sobre un fondo azul intenso.

—Se lo debemos —me dijo la cocinera.

—Pero tú dijiste que Jaidev estaba loco por haber traído a ese pájaro repugnante, ésas fueron tus palabras textuales.

—El pájaro y él son un desastre, pero fuera lo que fuese lo que hicieron, funcionó. Lo que conserva la vida es bueno y merece nuestro agradecimiento. El resto no son más que hojas que han caído del árbol.

Tejal nos sorprendió a todos con su llegada a finales de esa semana en un carro conducido por Igbal Aziz, un quesero de Ponda que la había llevado desde Goa. Iba vestida con el uniforme de la escuela, pero llevaba un saco de harina con ropa de recambio.

—No podía estar lejos de ti más tiempo —me dijo con una sonrisa nerviosa

cuando salí corriendo de casa para recibirla—. Les dije a mis profesoras que debía volver a Benali para una boda.

—Qué pícara eres —respondí con admiración.

Tejal se sonrojó, pero vi en sus ojos llenos de confianza que era consciente del poder que había adquirido sobre su propio destino ahora que íbamos a casarnos. Me dijo que disponíamos de tres días para estar juntos antes de que tuviera que regresar.

Jamás había hablado con Sofía sobre lo mucho que me preocupaba que no quisiera ser amiga de Tejal, pero mi hermana debió de notarlo; salió corriendo hacia nosotros, se rió con complicidad por la audacia de Tejal y la llevó de la mano hasta su cuarto para ayudarla a quitarse el polvo y la suciedad, y para que pudiera ponerse un sari. Papá les llevó té a la habitación y Nupi le cepilló el pelo, que se le había despeinado durante el viaje.

Cuando por fin estuvimos todos juntos en la veranda, Sofía hizo callar a papá cuando se disponía a contar los fantásticos planes que tenía para Tejal. Con esa voz de niña que conseguía vencer su resistencia, dijo:

—Por favor, papá, deja que Ti y Tejal den un paseo juntos primero. Hace semanas que no se veían.

Mi padre se dio cuenta al instante del error que había cometido y nos hizo salir.

Paseando hasta Ramnath, pasamos junto a amapolas rojas silvestres que crecían a lo largo del sendero y docenas de garzas de patas amarillas que caminaban dubitativas por los arrozales. Una mujer con un cabrito en brazos nos sonrió con calidez. Su hijo, un niño curioso de ojos negros, se aferraba al borde de su sari. Nos preguntó adónde íbamos y si teníamos hijos. Sabíamos que siempre los recordaríamos porque habían visto nuestro amor.

Tejal recibió su primera lección de la Torá con mi padre esa misma tarde, y por la noche ella y Nupi prepararon un banquete a base de gambas y pescado en salsa de coco y tamarindos, tal como solían hacerlo en su aldea. Yo me quedé en la cocina con ellas, sin apenas decir nada, feliz de estar allí sentado, simplemente disfrutando de su presencia. Es una carga tener que hablar con la gente continuamente.

Me encantaban sus movimientos ágiles y seguros, el hormigueante olor de las especias y el silbido de las brasas. Pero por encima de todo, admiraba la seriedad de sus ojos. Era como si creyeran que preparar una comida fuera la cosa más importante del mundo.

Tejal me dejó probar las etapas sucesivas de la salsa con su cuchara de madera. Aunque cuando la opinión de Nupi era distinta de la mía se limitaban a ignorar lo que yo decía. Lo encontré divertido. Yo era muy consciente de que procedía del mundo de los hombres, y de que ellas eran mujeres, y valoré la diferencia cada vez más.

Esa noche, las súplicas de Sofía tuvieron éxito, y papá dejó que Tejal durmiera en su habitación en lugar de hacerlo en la de Nupi. Algo después de medianoche, me

desperté y vi que mi hermana había venido hasta mi cama con una vela en la mano mientras se llevaba el dedo índice de la otra a los labios para hacerme callar.

—Ssshhh. Ve a mi habitación tan silencioso como un ratón.

Entonces comprendí inmediatamente por qué había insistido tanto en dormir con Tejal.

—¿Harías eso por mí? —le pregunté.

Ella me respondió con una colleja cariñosa.

—No lo hago por ti, ¡lo hago por Tejal!

¿O por ella misma? Yo aún no había olvidado del todo las traiciones de Sofía, y me pregunté —durante un instante de pánico— si el hecho de ayudarme encajaba de algún modo en sus planes, pero si así era no me importaba; de ese modo descubriría hasta qué punto era capaz de engañarme.

Tejal estaba casi dormida cuando me metí debajo de la manta y me acurruqué junto a ella. Con una mano le acaricié el trasero y la cadera, que me parecieron muy frescos al tacto, y luego subí hasta abrazar la cálida firmeza de sus pechos. La besé en el cuello, que, como ya había comprobado otras veces, concentraba más que cualquier otra parte del cuerpo su aroma característico y, aunque estaba muy nervioso, pensé que me limitaba a hacer lo que Dios había querido que hicieran los hombres y las mujeres. Ella gimió ligeramente, de algún modo protestó desde la profundidad de su sueño. Yo no me moví, permití que mi calor la envolviera, y cuando reuní el coraje suficiente, empujé con una necesidad cada vez más urgente hasta penetrar en la hendidura que asomaba entre sus nalgas. Ella tiró de mí, adentrándome en la húmeda calidez que se escondía ahí como si no pudiera esperar más a encontrar nuestro futuro.

Después me aferré a Tejal como si temiésemos caer desde una altura mortal. Nos quedamos dormidos juntos por primera vez, con mi pierna sobre su barriga y su brazo alrededor de mi cintura, intentando formar un nudo con nuestros cuerpos que nada ni nadie pudiera deshacer jamás.

Una vez durante su estancia, nos unimos con tanta urgencia mientras nos bañábamos con el agua hasta la cintura en el canal de Indra que cuando nos separamos fue como si algo se hubiera roto. Daba miedo. Y aun así, por lo que a mí respectaba, ya estábamos casados desde ese mismo momento. ¿Qué mejores testigos podríamos tener que el agua y el cielo, y una bandada de periquitos parlanchines sobre una rama de teca?

Yo no pude quedar más apesadumbrado después de que Tejal se marchara, ya que me pareció que se había llevado lo mejor de mí, pero Sofía se esforzó para animarme hasta que papá nos dijo que iríamos a Goa al cabo de diez días. Después de eso, mi hermana estuvo tan nerviosa que incluso se tapaba la cara con el pelo cada vez que venía alguna amiga de Nupi para ver con sus propios ojos que, efectivamente, se

había recuperado. Papá y yo esperamos unos días antes de preguntarle qué le pasaba, pero cuando vimos que seguía de buen humor, me acerqué a ella mientras estaba sentada en su cama afilando su cálamo.

—Es evidente que hay algo que te preocupa —le dije—. No he querido preguntártelo hasta ahora, pero creo que quizá deberíamos hablar.

—Creo que por mi culpa quizá nos encaminamos a un lugar al que no deberíamos ir —respondió sin levantar la mirada.

Me senté junto a ella. Tenía la lupa sobre la almohada; la tomé y la levanté a la altura de su cara para que sus ojos parecieran los de un camello. Ella me sacó la lengua con una mueca divertida.

—Papá tiene que hablar con el tío Isaac y la tía María —le dije—. Así es como tiene que ser.

—Lo sé, pero... pero...

Pensé que sabía lo que le daba miedo decir.

—Qué pasa si la tía María no quiere que te cases con él..., ¿es eso, no?

Ahora, me doy cuenta de que debería haberle dado más tiempo para que me contara lo que la preocupaba. Sofía podría haber salvado varias vidas si hubiese tenido el valor de decir las palabras correctas en ese momento.

—A veces pienso que no le gusto nada —dijo Sofía, dándome la razón con voz avergonzada—. A veces no sé qué quiere. O si debería confiar en ella.

—¡A la tía María no le gusta nadie! —exclamé—. Pero el tío Isaac y papá superarán sus objeciones. Tengo fe en papá. Te quiere más que a cualquier otra cosa.

Se pasó las manos por el pelo.

—¿Recuerdas cuando te dije que quería escapar de mi propia piel? —preguntó—. Así es como me siento ahora. Sólo que ya soy adulta y ya no voy a cambiar.

Quise decirle: «Si quieres a Wadi y él te quiere a ti, nada malo puede ocurrir», pero estaba tan poco seguro de las intenciones de mi primo que no me atreví.

—Prometo ayudarte en lo que pueda —fue lo único que pude decir—. Todos hemos aprendido alguna lección de tu enfermedad.

Pensé que conseguiría que se sintiera más segura, pero en lugar de eso se puso a llorar, temblaba entre mis brazos como si le aterrorizara la esperanza de un final feliz.

Nupi nos mandó a la ciudad con un almuerzo de *samosas* y fruta, y una bolsa de pasteles de cardamomo con azafrán para el tío Isaac. Llegamos a Goa cuando se ponía el sol. Durante la cena, nuestra tía estuvo adorable con todos, parlotando sin parar, enfundada en un vestido de seda roja. Parecía un pinzón en su fuente favorita. Wadi, seguramente para seguirle la corriente, estuvo encantador y galante con Sofía. Yo apenas podía creerlo.

Una vez, me fijé en el reflejo de mi tía en el espejo dorado que había sobre la chimenea y, por un instante, me pareció oír que me decía: «No puedo ser otra cosa

que la mujer que ves. A mí me parece bien así, o sea, que no esperes otra cosa».

Vi el reflejo de papá cuando fui hasta su lado de la mesa para coger el tarro de miel y aprecié que sus ojos me decían: «Los que siempre llevan una máscara creen que todo el mundo hace lo mismo que ellos, por eso temen lo que puede haber detrás de la tuya más de lo que puedas imaginar».

Mientras comimos no mencionamos ninguno de los temas de los que deberíamos haber hablado. No me importó, no obstante. La utilidad del subterfugio en cuestiones del corazón me resultaba cada vez más obvia.

Después del postre, Sofía fue a su habitación y se puso un elegante vestido azul con un cuello negro de volantes, un regalo reciente de nuestra tía. Entonces Sofía y Wadi dijeron que salían a dar un paseo. Papá tenía recelos acerca de que pasaran tiempo juntos antes de tener la ocasión de hablar con su hermano, pero mantuvo un diplomático silencio. En mi habitación del piso de arriba, me aposté tras las cortinas para observar los suspiros de la pareja ante la puerta principal, lo normal en el caso de una pareja de amantes que no se habían visto durante meses, pero Wadi parecía especialmente nervioso. Se me ocurrió que podría estar acosando a Sofía respecto a su boda.

Él llevaba una bolsa de piel colgada del hombro; papá me explicó justo antes de ir a dormir que contenía un libro de texto en latín —los comentarios sobre las *Paradojas de los estoicos* de Cicerón—, que se lo había prestado un amigo y que debía devolvérselo esa misma noche; pero supuse que no era más que una excusa para salir con Sofía más rato del que era apropiado.

Mientras me dormía, mi padre continuó hablando con mi tío, y por la mañana me contaría que hablarían con Wadi y con Sofía por separado esa misma noche. Cada uno de ellos tendría la ocasión de decir si era el matrimonio lo que deseaban realmente.

Era domingo, por lo que la tía María, Wadi y el tío Isaac fueron a misa temprano por la mañana. Mi tía salió con un palanquín lleno de brocados llevado por cuatro indios. Una vez solos en la casa, las sombras parecían acecharnos. Papá y Sofía apenas podían cruzar palabra de lo nerviosos que estaban. Una lluvia torrencial sólo consiguió que sintiéramos la soledad más intensamente, por lo que cuando el sol volvió a aparecer propuse ir a echar un vistazo a las carabelas que acababan de llegar de Lisboa. Isaac nos había dicho que habían apresado a un rey africano tan grande como Goliat en Angola, y que estaba a bordo de uno de los barcos. Sofía respondió que prefería quedarse en casa, y añadió que creía que debía permitirse a los africanos que se quedaran en su propio continente, lo cual podría haber sido una crítica velada a nuestro padre, que vino a la India, pero —por suerte— él no se lo tomó de ese modo. Papá no quería dejarla sola, pero temió que se sintiera vigilada. Al final, papá accedió a acompañarme.

Las gaviotas volaban en círculo por encima de nuestras cabezas mientras se dirigían al río. Nos habíamos detenido a ver cómo un andrajoso arriero indio

intentaba reparar el eje de su carro cuando aparecieron tres soldados.

—¿Es usted Berequías Zarco? —preguntó el hombre de menor estatura a mi padre.

—Sí.

—Entonces queda arrestado.

—¿Por qué?

—Prendedlo —ordenó el soldado a sus compañeros.

—No ofreceré resistencia —les dijo papá cuando lo cogieron por los brazos para llevárselo—. Sois tres contra dos, y además lleváis espadas...

Parecía que la situación lo divertía.

—Ti, ve a buscar a tu tío y cuéntale lo que ha ocurrido.

—Pero si no has hecho nada malo.

—Tú haz lo que te digo —me ordenó con calma—. Al ver que me ponía triste, me guiñó un ojo. —No te preocupes, Isaac conoce al gobernador. Me sacará de prisión en menos de una hora. Debe de ser un error. Deben de haberme confundido con otro Berequías Zarco.

En ese momento pensé que estaba de broma. Ahora no estoy tan seguro de que ignorara lo que estaba a punto de ocurrir y fingiera divertirse para evitar que yo discutiera con los soldados. Probablemente temió que se me llevaran, o que me pegaran, a menos que me mantuviera al margen.

Hasta entonces no había estado nunca en una iglesia y me puso aún más frenético que estuviera atestada de gente y todo oliera a ropa mojada por la lluvia. El sonido del latín cantado resonaba en los muros de piedra. Mientras me abría paso hacia delante, pude sentir cómo pasaba el tiempo a mi alrededor: cada segundo de demora, pensaba, podría costarle a papá un mes de libertad. Cuando finalmente vi a mi tío, lo llamé y le hice señales con desesperación. Él se levantó enseguida y vino hacia mí sin mediar palabra con la tía María o con Wadi.

—Es papá —le dije cuando lo tuve delante—. Lo han arrestado.

Isaac dio un grito ahogado de asombro y palideció. Wadi y María nos siguieron hasta el exterior de la iglesia.

—Marchaos a casa —nos dijo a los tres tío Isaac—, yo iré a la prisión.

—Voy contigo —dije yo.

—No. Sofía te necesitará. Y será mejor que vaya solo. —Miró a su alrededor para comprobar que nadie nos estaba escuchando y susurró—: Tú también eres judío, Ti, y eso sólo empeoraría las cosas.

Dicho esto, se marchó a toda prisa. Mi tía me habló con voz tranquilizadora de camino a casa, pero no tengo ni idea de lo que me dijo; de repente sólo pude pensar en la muerte, y esos pensamientos se pegaron a mí como si estuvieran buscando mi punto más débil. Cuando llegamos a la calle de la casa, Wadi no esperó a que yo

podiera contarle lo que había sucedido, sino que se apresuró a informarla él mismo, algo que encontré difícil de perdonar. Aunque si estaba enamorado de ella, ¿qué habría sido más natural —incluso loable— que querer estar a solas con ella en ese momento tan terrible?

Sofía estaba sumida en un estado de trance debido a la desesperación cuando la tía María y yo llegamos a verla. Estaba sentada en su cama, lívida, temblando como si estuviera empapada. Wadi la había envuelto con su capa negra y estaba arrodillado junto a ella, temeroso de tocarla.

—Ti, ¿qué le pasará a papá? —me preguntó con un hilo de voz cuando la llamé por su nombre.

—Tío Isaac dice que volverá pronto a casa. No te preocupes. Sólo es un error. Debes quedarte aquí acostada y descansar.

—No creo que pueda...

—Por favor, cariño, inténtalo —dijo nuestra tía con amabilidad.

Le pedí a Wadi que saliera para poder desvestir a Sofía y meterla en la cama. No creo que lo dijera de forma severa. Sé que intentaba mantenerme sereno aunque fuera por mi hermana.

—¡No me hables de ese modo! —me espetó como si quisiera empezar una pelea—. ¡Ésta es mi casa, no la tuya!

—Te agradecería que bajaras la voz —le dijo su madre—. No quiero peleas en esta casa mientras el tío Berequías esté en prisión. ¿Me habéis oído?

—Francisco Javier —tuve cuidado de utilizar su nombre cristiano delante de su madre—, creía que amabas a mi hermana y que querías lo mejor para ella.

—Es obvio que no crees que sea así.

—Lo único que creo ahora mismo es que debes dejarnos solos. ¿O acaso quieres ver cómo la ayudo a desnudarse? Puede que quieras hacerlo por mí. ¿Es eso?

Me miró fijamente durante unos momentos, con un desprecio que yo encontré gratificante, y luego hizo lo que le había pedido, aunque dejó la puerta abierta, por lo que tuvo que cerrarla la tía María. Cuando Sofía finalmente dejó de temblar y cerró los ojos, mi tía nos dejó solos, pero no pude hacer nada para conseguir que mi hermana me hablara.

Isaac volvió esa tarde para contarnos que no había conseguido liberar a mi padre. Tendría que pasar la noche en la prisión municipal.

—¿Qué crimen se le imputa? —pregunté.

—No me lo han dicho.

Le pregunté entonces por qué mi condición de judío podía empeorar las cosas.

—Ti, la Inquisición os considera unos herejes.

—¡Pero si no he hecho nada!

—Tiago —dijo la tía María con una mirada punitiva—, parece que no eres consciente del peligro que suponéis tú y tu padre para la Iglesia, y de que ésta debe defenderse de vosotros.

—¡Eso suena como si estuvieses a favor de lo que ha ocurrido!

—No, simplemente puedo comprenderlo.

—Pero el Santo Oficio no tiene poder sobre nosotros —le dije a Isaac—. Papá me dijo que sólo podía castigar a los judíos que ya se habían convertido al cristianismo.

—Eso pensaba yo también, pero hay tantas complicaciones que no entendemos...

Su voz sonó tan seria que por primera vez me di cuenta de que mi tío temía por su propia vida. Quizás ésa fuera la verdadera razón por la que no quería ir acompañado de un judío a la prisión. Peor aún, me di cuenta de que podría ser que no intercediese con la confianza suficiente a favor de papá, o que no pidiese una audiencia con el gobernador, ya que cuanto más hiciese por su hermano judío, más probabilidades tendría de ser acusado de traicionar su fe cristiana.

Estaba casi seguro de que mi padre no había tenido tiempo de pensar en ninguna de esas complicaciones, de lo contrario jamás habría hablado con tanto desenfado de su arresto. «Con qué rapidez puede ponerse a prueba una familia», pensé.

15

Había subestimado el coraje de mi tío Isaac. Al día siguiente, salió a toda prisa con la primera luz del alba en su campaña para conseguir la libertad de papá. Regresó hacia mediodía con los ojos enrojecidos, su capa apestaba a estiércol, por lo que la lanzó enseguida a la parte trasera del jardín mientras mascullaba una maldición.

—¡Haz que la quemem! —le ordenó a su esposa.

Mientras se refregaba las manos, nos contó que a papá no lo habían llevado a la prisión municipal como esperábamos, sino a la de Aljouvar, la prisión del arzobispo de Goa. En el momento en el que lo dijo, le saltaron las lágrimas.

—Los oficiales de la Iglesia deben de creer que ha blasfemado terriblemente —dijo mi tío mientras sacudía la cabeza con desesperación.

Mi tía le sirvió un vaso de *brandy* que él apuró con ansia. Nos contó que sólo le habían permitido verlo un momento. Papá estaba preso en una celda cavernosa con varias docenas de prisioneros más.

—Al menos le queda el consuelo de la conversación, alabado sea Dios —dijo—. Está con un mercader francés y con un brahmán indio.

Se estremeció antes de continuar:

—Los prisioneros deben arreglárselas con un agujero excavado en el suelo para hacer sus necesidades. Hace tiempo que está lleno a rebosar y la suciedad y los bichos se han extendido por todas partes.

—¡Isaac, te agradecería que te ahorrases los detalles! —le reprendió la tía María.

—¡No! —dije yo, profundamente herido—. Deberías escuchar cómo trata tu querida Iglesia a los hombres buenos.

—Esos hombres buenos deben ser casi todos asesinos y ladrones —replicó ella con desdén.

—¿Y cuál de las dos cosas es mi padre? —le pregunté.

Mi tío Isaac levantó la mano para detener la discusión.

—Eso no cambiará nada —dijo. Nos llamó a Sofía y a mí para darnos las peores noticias posibles—. Esta misma tarde llevarán a vuestro padre al Palacio de la Inquisición.

Después de que Wadi ayudara a Sofía a volver a la cama, tuve la ocasión de preguntarle a mi tío sobre la Inquisición. Mi tía también escuchó atentamente sus explicaciones, pero se negó a creer que fueran a torturar a papá, y calificó nuestros temores como «meras fantasías mórbidas», pero su marido —por primera vez, que yo recordara— explotó, furioso ante su insistencia.

—María —dijo con un tono de voz temible—, tu ignorancia acerca de los métodos de la Iglesia equivale a tu aprobación. ¡No consentiré que repitas tus dudas en esta casa ni una vez más! Nadie en esta ciudad quiere saber lo que está sucediendo; ni lo que sancionan con su silencio.

Muy afectada, se llevó una mano al corazón y huyó hacia la cocina con la excusa de supervisar la preparación de la cena. Cuando volvió, llevaba los pendientes largos de rubíes que normalmente sólo utilizaba en ocasiones formales. Nos dijo que iría a ver al padre Antonio, su confesor, y le pediría que intercediera. Cuando estaba a punto de agradecerle ese gesto de generosidad insistió en que Sofía y yo la acompañáramos.

—Y estaría bien que os arrodillarais ante él y que le suplicarais clemencia —añadió con una voz llena de rectitud, como si hubiera estado esperando años poder decirme eso—. Ponte la mejor ropa que tengas tan rápido como puedas.

Más tarde me di cuenta de que intentaba transferirnos la humillación que acababa de sufrir ella misma a Sofía y a mí. En ese momento sólo fui capaz de tartamudear mi rechazo, alegando que papá se enfurecería si mi hermana y yo íbamos a ver a un cura con ella. Con inocente bravuconería, juré no arrodillarme jamás ante un cristiano.

—¿No ves que corremos todos un grave peligro? —respondió furiosa mi tía—. Debemos mostrarle a todo el mundo que, aunque seáis judíos, respetáis nuestras tradiciones. Si la Iglesia cree que podéis traer problemas podríamos acabar todos encerrados con tu padre.

—Tiene razón —dijo Isaac con solemnidad, y pude ver una disculpa en la forma en la que bajó los ojos, un gesto que me recordó tanto a papá que sentí que no tenía ninguna posibilidad de seguir protestando.

Necesitaba tiempo para que Sofía y yo pudiéramos discutir nuestras opciones, por lo que solicité que nos dejaran a solas un momento para hablar con ella.

—No tardes mucho —me advirtió mi tía. Estaba aprovechando al máximo esa oportunidad de vengarse de mí.

Wadi respondió cuando llamé a la puerta. Estaba sentado junto a la cama y, a juzgar por cómo estaba inclinado sobre ella, con la mano en el hombro de Sofía, vi que habían estado abrazados. Ella respiraba de forma ahogada, con dificultad. Temí que volviera a enfermar. La expresión apesadumbrada de Wadi casi consiguió que me acercara, pero no quería arriesgarme a estar cerca de él otra vez.

—¿Puedo estar unos minutos a solas con mi hermana? —le pregunté.

—Por favor, Tigre, debo quedarme con ella —dijo con delicadeza.

Hacía meses que no utilizaba mi mote. Me sentí como si los dos estuviéramos andando sobre cristales rotos.

—Será mejor para todos si esperas fuera —le dije—. De este modo no tendrás que verte en la desagradable situación de tener que mentirle a tu madre o de contarle una verdad que preferiría que no le revelaras.

—Tiene razón —suspiró Sofía.

Wadi la besó en la frente y fue hacia la puerta.

—Llámame cuando hayáis acabado —le dijo a Sofía.

«La ama a su manera —me di cuenta de ello—. Y quizá no tengo derecho a pedirle nada más».

—Hemos caído muy abajo en un solo día —le dije a mi hermana cuando por fin estuvimos solos—. Necesito que reúnas toda la fuerza que sé que llevas dentro. Papá la necesitará, y yo también. Quizá durante meses. Puede que tengamos una larga batalla por delante.

—Haré lo que haga falta —dijo. Mientras se secaba las lágrimas con la manga del camión, le conté lo que nuestra tía había propuesto y le pedí su opinión.

—No me importa ir a la iglesia si eso ayuda a papá —dijo.

—Pero ya sabes que nos lo prohibió.

—Oh, Ti, haré cualquier cosa... ¡cualquier cosa!

—¿Te enfadarás conmigo si yo no voy?

—No, pero puede que eso nos ponga a todos en riesgo.

—No lo creo. El tío Isaac me contó que alguien debe haber acusado a papá de blasfemo. Así funciona la Inquisición. Necesitan una acusación para empezar con los procedimientos. Debe haber sido por algo que papá dijo o hizo durante nuestra última estancia en Goa. No creo que se preocupen por mí de momento —y con un susurro, añadí—: Puede que incluso haya sido uno de ellos.

—¿Quién? No lo entiendo.

—Quizá la tía María acusó a papá de algún delito contra la Iglesia.

Mi hermana me miró estupefacta.

—¿Quieres decir... quieres decir que eso podría haber ocurrido por algo que hubiera dicho?

—O hecho.

Sofía gimió.

—Aunque puede que no lo hiciera a propósito —me apresuré a añadir—. Puede que haya dicho algo mientras se confesaba, pensando que sería algo inofensivo.

Mi hermana miró hacia la puerta como si estuviera a punto de echarse a correr hacia el piso de abajo en cualquier momento para enfrentarse a nuestra tía. Se sofocó de ira. No me atreví a añadir que podría haber sido Wadi quien había traicionado a nuestro padre. Nuestro primo bien podría haber decidido utilizar la Inquisición para eliminar a papá de nuestras vidas, para que de ese modo su oposición al matrimonio de su hija no tuviera consecuencias.

—Sofía, escúchame bien. Si vas con la tía ahora, no debes contarle nada sobre papá a ningún cura, ni a nadie en absoluto, incluso si crees que eso sería de ayuda. Ni siquiera hables con Wadi sobre él. Wadi te quiere, pero podría revelar cualquier cosa que podría empeorar aún más las cosas.

—Lo entiendo, Ti.

—Y hay algo que no debes hacer jamás... Papá tenía miedo de que la tía María te convenciera para convertirte, pero si accedes a que te bauticen, incluso para intentar que las cosas mejoren, la Inquisición tendrá un poder absoluto sobre ti. Si te conviertes en cristiana, poseerán tu amor por Wadi, por papá y por mí. Serás su esclava. ¿Comprendes lo que te digo?

Sofía asintió con rotundidad.

—No diré nada, y lo sacaré de prisión aunque sea la última cosa que haga.

Lo dijo con un resplandor oscuro en los ojos, como si estuviera dispuesta a arriesgar su propia vida con tal de ganar esa batalla.

A lo largo del mes siguiente, Sofía iba a la iglesia con mis tíos cada día, pero ni siquiera así consiguieron saber cuáles eran los cargos que se le imputaban a papá. Mi hermana me dijo una noche que había empezado a rezarle oraciones cristianas a la Virgen.

—Sé que está mal, Ti, pero haré lo que haga falta —susurró con aire de culpabilidad.

Añadió que también entonaba las oraciones judías por dentro, pero que a veces temía que la tía María pudiera leerle la mente.

Mi hermana se estaba escindiendo en dos personas, una de ellas profundamente oculta en la piedad cristiana.

—Me alegro —afirmó con indignación cuando así se lo dije—. ¿Por qué tendría que poder ver lo que llevo dentro?

Mi lugar de culto personal pasó a ser la plaza que había fuera del Palacio de la Inquisición, una amplia fortaleza de tres pisos con rejas en las ventanas. Según un

jesuita de Oporto que se me acercó el segundo día de guardia para pedirme unas direcciones, las tres grandes puertas de madera del muro principal se abrían sólo para dejar salir a los prisioneros que eran verdaderamente cristianos.

—¿Y los que no? —pregunté, y con ello caí en su trampa.

—Una vez dentro, los herejes no vuelven a salir hasta que encuentran a Jesucristo —y en ese punto el cura se santiguó—, o mueren en el intento.

Observando el palacio de frente, como si fuera el Monte de los Olivos, me di cuenta de que su sombra trepaba por los muros de la mansión de color salmón que tenía detrás de mí por la mañana y se arrastraba poco a poco por encima de los adoquines a lo largo de la tarde. A veces me quedaba allí bajo la lluvia; escuchaba el sonido ensordecedor del cielo cuando se abría, luchando contra el impulso de salir corriendo, poniendo a prueba mi fuerza de voluntad.

Una vez, una anciana vendedora india con un manto negro y harapiento, y el rostro arrugado como una nuez, tuvo piedad de mí y me dio un puñado de alhelíes y gardenias. Los aromas y los recuerdos deben encontrarse en el corazón, porque esa fragancia dulce y fugaz que tenía en las manos pronto se convertiría en uno más de los miles de recuerdos que conservo de mi padre.

Mientras observaba las gaviotas que se posaban sobre el tejado del palacio por la noche y dirigían sus graznidos hacia el océano occidental del que procedía mi padre, sentí que mi propio hogar —a sólo unos kilómetros hacia el sureste— se alejaba cada vez más, arrastrado por una marea que no había creado ningún dios, y que por tanto no respondería a mis plegarias.

En sueños, vi que dejaban ciego a papá con un atizador sacado del fuego al rojo vivo, y oí sus gritos a pesar de que me habían desgarrado el pecho.

Cada noche, desde mi cama, veía cómo le sacaban los ojos, y cuando me despertaba pensaba: «Esta espera no va a ninguna parte, pero tampoco tengo elección. Debo observar y escuchar con atención. Todo debe observarse con el detalle micrográfico de Sofía, de lo contrario pasaré por alto algo importante, algo que nadie más sabe y que podría liberar a mi padre».

A menudo pensaba en escribirle a Tejal, pues sabía que debía preguntarse el motivo de mi silencio, pero las monjas creían que se había convertido al cristianismo y no podía arriesgarme a que la Inquisición la arrestara. Nunca me aventuré a acercarme al convento. Por esa misma razón tampoco me alejé de los alrededores del Palacio de la Inquisición. Cuando miraba hacia el lejano horizonte, me sentía como si estuviera nadando en mar abierto, cabeceando en la inmensidad del océano, que intentaba hundirme hasta el fondo. Le mandé una carta a Nupi cinco días después de que arrestaran a papá: «Todos estamos bien, pero nos quedaremos unas semanas más», mentí como lo haría un ladrón que ya se siente seguro en otro país.

Nupi no sabía leer a pesar de las muchas veces que mi padre había intentado

enseñarle, por lo que le envié la carta a un sacerdote hindú de Ponda, a quien le pedí que se la leyera.

Por las noches, cuando volvía a casa después de mi guardia, me iba directamente a la habitación y me sentaba en la cama, dentro de un cuadrado mágico que formaba con cojines de seda azul, con el candelabro de madera sobre la mesilla de noche y una marioneta portuguesa. Sofía entraba a menudo para leerme la Torá. No le preguntaba cómo le iba con Wadi, o si habían hecho planes para su futuro en común. Sólo le decía que le agradecía que me librara de la necesidad de ir a la iglesia, de hacer lo que tácticamente era más sabio.

Sospechaba que algún día me tocaría pagar por la poca seguridad que mostraba ante mi tía, mi tío y mi primo, pero por el momento así es como eran las cosas y no pensaba cambiarlas hasta que mi padre saliera de prisión, y no le pedí disculpas a nadie.

Once días después del arresto de mi padre, mi tía llamó a la puerta de mi habitación y me despertó de un sueño intermitente. Estaba seguro de que rondaba la medianoche.

—Nupi está ahí afuera, pregunta por ti —dijo con evidente disgusto mientras se agarraba los pliegues del camisón; la luz de la vela le acentuaba las bolsas de los ojos, lo que me recordó que había envejecido—. Esa cocinera vuestra dice que no quiere entrar. No hables demasiado rato con ella, probablemente nos vigilan.

Se dio cuenta por mi expresión de sorpresa de que yo no había contado con esa posibilidad.

—Bueno, ¿por qué no tendrían que vigilarnos? —dijo visiblemente irritada—. Tengo a dos judíos en casa y un marido converso. Las cosas no podrían ir mucho peor.

Era tarde y eso debió de soltarle la lengua, y su manera de referirse a nosotros como si fuéramos obstáculos hizo que me hirviera la sangre. Por una vez en la vida, encontré la respuesta correcta.

—Y no te olvides de tu hijo árabe —le dije con cierta dulzura burlona.

Escandalizada por mi descarado, frunció los labios en una mueca de asco. En ese preciso instante creo que empezó a temer lo que yo pudiera decir o hacer. Me alegré enormemente.

Nupi estaba en la calle, encorvada bajo un mantón oscuro mientras la luna proyectaba una malla de sombras entre nosotros.

—Estaba muy preocupada —gimió. Dio un paso atrás y levantó la mano como si fuera a zurrarme por haber hecho alguna travesura—. Cuéntame ahora mismo

exactamente lo que os retiene aquí.

—Entra —le dije a la vez que la cogía por un brazo.

—No pienso poner los pies en casa de esa mujer —me espetó con las manos detrás de la espalda—. Estoy segura, tan segura como que el sol sigue al amanecer, de que ella está detrás del mal que os retiene aquí.

—¿Cómo puedes estar tan segura si ni siquiera sabes lo que ha ocurrido?

—Ashoka interpretó la caída de los pétalos de mi altar. No tengo ninguna duda.

Ashoka era el sacerdote hindú a quien le había mandado el mensaje para Nupi.

—En cualquier caso, no podemos hablar aquí —le dije.

Accedió a seguirme hasta el vestíbulo.

—¡Hasta aquí! —me advirtió señalándome con un dedo.

La casa estaba completamente a oscuras; la tía María debía de estar ya en la cama. ¿O estaría escondida, oyendo nuestra conversación?

Encendí la candela que estaba fijada a la pared sobre el espejo de la entrada, cogí una silla y le dije a Nupi que se sentara. Puso las manos sobre el regazo. Tenía agarrada una bolsa de tela llena de cosas que hacían un ruido metálico.

Le conté lo del arresto de papá, evitando a propósito cualquier conjetura sobre quién podría haberlo traicionado por si mi tía estaba escuchando a escondidas. El rostro de la vieja cocinera se puso muy serio.

—Sabía que sería algo así —me dijo mientras me daba la bolsa y me hacía señas para que la abriera. Había traído todos sus brazaletes: siete de ellos de plata y dos de oro. Aparte de sus saris, eso era todo cuanto poseía. También había dos cartas de Tejal.

—¿Para qué son tus pulseras?

—Para rescatar a tu padre.

—Nupi, no puedo aceptarlas.

—Debes hacerlo. No podría seguir viviendo sin haberlo intentado todo. —Se levantó—. Dímelo enseguida cuando quede libre. Entre tanto, me encargaré de la casa. ¿Estás comiendo bien?

—No tan bien como en casa —le dije con una sonrisa.

—No, me lo imaginaba —dijo, como si hubiera dado con la respuesta correcta. Podía ver que se desvivía por besarme, pero que no quería echarse a llorar y, de hecho, yo tampoco. Hay algo en llorar en una casa en la que todos duermen que no puede olvidarse fácilmente. Los dos lo sabíamos por experiencia.

—No puedes irte, es demasiado tarde —dije al fin.

—Me marcho ahora y llegaré a casa al amanecer —me dijo—. Dale un beso a Sofía y otro a tu tío Isaac. Y cuando veas a tu padre, dile que lo estoy esperando.

—El viaje es demasiado peligroso de noche y...

Nupi rechazó mis palabras con un gesto.

—Nadie se fijará en una pobre vieja.

Le ofrecí que se llevara unas galletas y una jarrita de agua.

—No, me voy a casa sin nada —dijo—. Como debe ser.
Y entonces, lentamente pero sin detenerse, se marchó.

16

En sus cartas, Tejal me contaba sobre todo novedades relativas a sus estudios, aunque la segunda expresaba sus temores acerca de mi silencio.

Aún no me atrevía a contarle nuestros problemas. Habían pasado dos semanas terribles; ni siquiera teníamos la certeza de que papá aún siguiera con vida.

Entonces llegó otra carta de Tejal, esta vez la envió a casa de mi tío.

«¿Por qué ya no me mandas cartas? ¿Es que Sofía aún está enferma y has ido a Goa a buscar un médico portugués? Por favor, escíbeme y manda la carta a Benali, pronto tendré que ir allí».

A la mañana siguiente salí corriendo muy temprano, con el oscuro frío previo al amanecer, con la esperanza de que no me seguiría nadie si cogía una ruta que me llevara hacia las puertas del sur de la ciudad y de vuelta. Recé por estar haciendo lo que debía. Una monja pequeñita, de rostro aceitunado, respondió cuando llamé a la puerta del convento. Cuando le expliqué que Tejal era mi hermana, sonrió, y con ello se le arrugó la piel alrededor de los ojos, lo que le daba un aire simpático.

—¡Es una chica adorable! —me dijo con las manos juntas para expresar su alegría.

Me condujo hasta una capilla minúscula con un fresco de un ángel alado y una joven en el techo y salió a toda prisa. Unos minutos más tarde, Tejal apareció por la puerta con el pelo recogido por una cinta. Su rostro —iluminado por la sorpresa— parecía más fino y más adulto de lo que yo recordaba. Por la manera con la que me abrazó supe que se había enterado de lo de mi padre, pero tan pronto como la monja nos separó, Tejal dijo:

—Ti, sea lo que sea lo que hice mal, lo siento. Perdóname o mi vida quedará arruinada —me lo dijo en konkaní para que no pudieran entendernos.

Su uso de la palabra «arruinada» me hizo comprender por primera vez hasta qué

punto había comprometido su futuro al acostarme con ella.

—No hiciste nada malo. Fue culpa mía..., sólo mía. La Inquisición ha encarcelado a mi padre. No sabía qué decirte para no preocuparte y no ponerte en peligro.

—Pero ¿qué ha hecho?

—No lo sabemos. Mi tío Isaac cree que alguien debe de haberlo acusado de blasfemia.

—¿Te han permitido verlo en el Orlem Gor? ¿Se encuentra bien?

«Orlem Gor» significaba «casa solariega», y es como la gente del lugar solía llamar al Palacio de la Inquisición. La monja debió de entender la palabra, porque se acercó a Tejal y le pegó tan fuerte en el brazo que no pudo evitar soltar un aullido.

—¡No quiero que habléis más en esa lengua pagana! —nos advirtió.

Por un momento, aturdido, me limité a mirarla. Luego le dije en un tono de advertencia:

—Le agradecería que se ocupara de sus asuntos —me miró desafiante, pero añadió—: Y no vuelva a pegar a mi hermana.

La monja salió corriendo de la habitación, sin duda a buscar ayuda.

—Papá estaba bien cuando mi tío lo vio —me apresuré a agregar, sabiendo que no nos quedaba mucho tiempo—, pero no hemos sabido nada de él desde hace semanas. Escúchame bien..., puede que te haya creado problemas viniendo hasta aquí, porque puede que me estén vigilando. Yo no he visto a nadie, pero la tía María está convencida de ello. Lo siento.

—No lo sientas... Estoy contenta de que hayas venido. Tenía miedo de que... de que me odieras por lo que hicimos.

Levantó una mano para acariciarme la mejilla, pero luego pensó que sería mejor no demostrar sus sentimientos dentro de la capilla. Le besé la palma de la mano, deseoso de tranquilizarla.

—Cuando me haya ido, debes decirle a las monjas que no me dejen entrar más —le dije—. Tienen que creer que no quieres saber nada de mí. Diles que no confías en mí. Es muy importante, Tejal.

—No tendrá ninguna importancia. Pronto me marcharé de aquí de todos modos.

—Me escribiste diciendo que te marchabas a Benali. ¿Ha ocurrido algo?

—Estoy embarazada.

Le miré la barriga, pero no aprecié ninguna diferencia. Ella me pellizcó la nariz de forma juguetona.

—El bebé aún no se ve, pero ya llevo dos faltas del ciclo lunar.

Mientras nos abrazábamos, pensaba, Tejal y nuestro bebé me esperarían al final de ese largo y lento camino. Todo eso me aterrorizaba, no obstante, y deseé con todas mis fuerzas que hubiéramos esperado antes de crear una nueva vida.

Una monja corpulenta con cara de pocos amigos entró en la sala y empezó a chillarme.

—Me voy —le dije, levantando las manos. A Tejal, le conté que me escribiera a casa de mi tío tan pronto como llegara a casa—. Y si ves a Nupi, ten cuidado con lo que le cuentas. Sabe lo de papá, pero tampoco quiero que se preocupe demasiado.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Nos casaremos tan pronto como podamos volver a estar juntos —le prometí, consciente de su mayor temor.

Ella sólo pudo asentir ante mis palabras.

En el momento en el que salí por la puerta me di cuenta de que debería haberle puesto algo en las manos para sellar mi promesa, podría haber sido incluso una moneda de cobre que podría haber llevado alrededor del cuello, pero para entonces las monjas ya habían cerrado la puerta con llave a mis espaldas.

Esa misma mañana, más tarde, mientras montaba guardia delante del Palacio de la Inquisición, me di cuenta de lo fácil que resultaba ser víctima del odio fanático que imperaba en Goa.

Justo después de que las campanas de la catedral tocaran las seis vi al *Senhor* Saravia, el anciano cristiano nuevo, el fabricante a quien le comprábamos las velas, que atravesaba cojeando la calle como si se encontrara en una misión vital. Lo llamé a gritos y, aunque debió oírme, no se volvió ni me saludó, algo extraño en él. Continuó caminando por la plaza y llamó a las puertas del Palacio, donde un cura le hizo entrar.

La curiosidad pudo más que yo, por lo que me dirigí hacia su pequeña tienda que, como muchas otras en Goa, estaba abierta por delante. Su enjuta esposa estaba tras el mostrador, envolviendo velas de cera de abeja para el único cliente que tenía allí, una joven entrada en carnes, con la cara redonda, que llevaba un vestido marrón muy humilde. Las dos mujeres hablaban amistosamente. No quise interrumpir, por lo que saludé rápidamente a la *Senhora* Saravia y volví a toda prisa hacia la plaza.

Dos alguaciles con las espadas desenvainadas doblaron la esquina de repente y vinieron hacia mí. Detrás de ellos iba un cura bajito y delgado que llevaba un crucifijo, y unos pasos por detrás iba el *Senhor* Saravia, que intentaba no quedarse atrás pese a su cojera.

El corazón empezó a latirme muy fuerte; creí que venían a por mí. En lugar de eso, cuando ya no me atrevía ni a respirar, pasaron de largo y continuaron en dirección a la tienda de velas.

Me sentí muy aliviado, incluso me reí de la ridiculez de mi propio temor. Pero tan pronto como los alguaciles entraron en la tienda, oí que la clienta empezaba a suplicar a gritos.

—¡No he hecho nada malo! No lo entiendo. Por favor, no me hagan esto.

Los alguaciles me hicieron temer por mi propia seguridad, pero volví atrás hacia la tienda y me coloqué de manera que pudiera ver lo que ocurría en el interior desde

una distancia prudente. La joven estaba de rodillas. Levantaba las manos en señal de súplica hacia el alguacil jefe, empezó a hablar, pero su voz era tan débil que sólo pude entender algunas palabras vacilantes.

—Sólo estaba comprando velas. No hay... no hay nada malo en ello, ¿verdad?

—¡Levántese *Senhora* Barbosa! —ordenó el alguacil, pero la pobre mujer bajó la cabeza y empezó a rezar.

El viejo candelero, que debía haber salido hacia el Palacio de la Inquisición al ver entrar a la *Senhora* Barbosa en su tienda, la señalaba enfurecido. Por desgracia no pude oír casi nada de lo que le dijo. Me acerqué sigilosamente hasta quedar al lado de la tienda. Ya no podía ver lo que sucedía allí dentro, pero lo oía todo.

—No podrás más que yo —le decía el *Senhor* Saravia muy enfadado, como conclusión de lo que yo no había podido escuchar.

—No... no lo entiendo —tartamudeaba la *Senhora* Barbosa. Sus palabras parecían el eco de mi propia confusión.

—No correremos el riesgo de que nos acusen de vender velas a judíos asquerosos para sus celebraciones —le espetó la *Senhora* Saravia, y dijo «judíos» como si la misma palabra le resultara repugnante.

—¡Quieta ahí, mujer! —le ordenó el alguacil al mando.

No entendí por qué fue tan maleducado con ella hasta más tarde, cuando mi tío me contó que al mencionar las velas, la esposa del candelero le había dado a la *Senhora* Barbosa una pista del porqué de su arresto: una información que los inquisidores habrían preferido mantener en secreto.

—Enciendo las velas cada día cuando se pone el sol —explicó la *Senhora* Barbosa con voz temerosa—. Como todo el mundo, ¿no? ¿Quién puede vivir sin luz?

—Pero las has comprado en tres viernes sucesivos —dijo la *Senhora* Saravia.

—¡Ni una palabra más! —ordenó su marido, y acto seguido se oyó un bofetón.

—No me fijo en los días en los que compro las velas. ¿Por qué tendría que hacerlo? Hago las compras en viernes porque es el día que mi hermana tiene libre y puede venir a cuidar de mi hija. Pregúntenle a mi hermana si no me creen. O vayan a ver a mi marido. Les confirmará que digo la verdad. Siempre he sido una buena cristiana.

Oí que la *Senhora* Barbosa gemía y el ruido de una pequeña refriega. Creo que uno de los alguaciles debió de obligarla a ponerse de pie antes de zarandearla.

—No lo hagas más complicado de lo que es, hija mía —le advirtió el cura.

—Por favor, padre —le imploró la joven—, vaya a buscar a mi marido. Trabaja en el puerto..., a menos de cinco minutos de aquí.

—Tu marido no podrá ayudarte ahora —le dijo el alguacil de más rango.

—Pero llevamos casados casi diez años. Me conoce mejor que nadie, él podrá decirles que... —soltó un grito ahogado, de repente se dio cuenta de lo que su captor había querido decir—. ¿Lo han... lo han arrestado a él también?

—Lo están llevando al Palacio en este mismo momento —respondió el cura.

—¿Y nuestra hija? —preguntó la apenada mujer con desesperación—. ¿Qué le pasará a ella?

—Eso dependerá únicamente de si confiesas tus crímenes, hija mía.

—Vamos —gruñó el alguacil de más rango.

Al oír pasos dentro de la tienda, me marché para no levantar sospechas. Cuando me atreví a darme la vuelta, vi que la *Senhora* Barbosa caminaba ayudada por el cura. Estaba completamente pálida y avanzaba a trompicones por los adoquines.

Me dio tanta pena que desvié la mirada cuando pasaron por mi lado. El candelero se quedó en su portal viendo cómo los alguaciles la escoltaban. Estaba comiendo un puñado de higos secos. Unos cuantos vecinos se acercaron a mirar.

La confusión y la ira me obligaron a acercarme a él.

—*Senhor* Saravia —dije—, ¿qué ha hecho esa pobre mujer?

—Tiago, hazme caso y no te metas en esto —contestó.

—Por favor, mi padre está preso. Y yo desconozco los métodos de la Inquisición.

El candelero me miró con severidad mientras pensaba en lo que debía hacer, y luego me hizo entrar a empujones dentro de la rebotica.

—La *Senhora* Barbosa compró velas en tres viernes sucesivos —me dijo.

—Pero eso no prueba que esté celebrando el sabbat.

—Lo siento, Tiago, pero es una prueba suficiente para mí —me dijo—. Y no puedo discutir estas cosas contigo. Deberías irte ya.

—Pero ¿ha estado usted alguna vez en la casa de esa mujer? ¿Le ha oído pronunciar alguna oración judía?

—No.

—¿Entonces usted no sabe nada!

—¿Sé que son los curas los que deben decidir si dice la verdad o no! —me espetó. Y en un tono más conciliador, añadió—: Los inquisidores han estado construyendo una acusación contra ella durante semanas. Me lo dijeron...

—¿Durante semanas? —pregunté.

—Los curas me dijeron que la vigilara de cerca hará unos dos meses. Al parecer, hay más gente que ha testificado contra ella.

—¿Quién?

—Eso sólo lo saben los inquisidores.

—¿Y llegarán a decir algún día quién la acusó?

—No, tendrá que deducir sus nombres —frunció el ceño—. Aunque ahora ya sabe que nosotros estamos entre ellos. Les pedí a los alguaciles que la detuvieran más tarde, pero me dijeron que sólo esperaban un incidente más de herejía para arrestarla. —Al ver mi expresión indignada, añadió—: Tiago, me limité a contarles lo que hizo. Nadie puede decir que haya hecho nada malo. Hice lo que debía.

—Pero ahora la meterán en una celda, quizá durante unos años. Puede que incluso la torturen. ¿Cómo pudo hacerlo usted sin tener ni una sola prueba real?

—¿Es que no entiendes nada, Tiago? Si no se lo hubiese contado enseguida,

podrían haberme acusado de ser su cómplice. Podrían haberme arrestado. Podría ser yo quien estuviera en prisión ahora.

—Pero para que eso ocurriera, alguien tendría que informar a la Inquisición. ¿Quién se fijaría en los días en los que le vendía velas a la *Senhora* Barbosa?

—Otro cliente, un vecino... Todo el mundo se fija mucho en lo que ocurre en Goa. Todo el mundo podría ser un espía. Y todo el mundo tiene enemigos.

—¿Enemigos?

—Imagina que un cliente no quiere pagarme sus deudas. Podría mentir diciendo que soy un mal cristiano. Podría comprar a sus amigos con unas monedas de cobre para que juraran que me oyeron hablar en hebreo ante la tumba de mi madre. Te aseguro que esas cosas pasan. —Se pasó un dedo por la garganta. Me di cuenta de que tenía una cicatriz muy fina—. Una mentira bien contada y lo siguiente de lo que te enteras es que estás a merced de los curas.

—O sea, que lo encerraron los...

—Eso fue hace muchos años, y no se me permite hablar sobre ello.

—Pero usted admite que todos los cargos contra la *Senhora* Barbosa podrían ser mentiras.

—Mentiras o absurdos. Pero no me corresponde a mí decidirlo. Ni a ti.

El candelero miró por detrás de mí, donde se habían reunido varios vecinos. Me miró con preocupación y me condujo hasta la salida de la tienda.

—Hay gente mirando..., debes irte —susurró.

—Pero si sabe de qué son capaces, entonces...

Me sacó de allí a empujones. Con voz furiosa, para que los otros pudieran oírlo, gritó:

—¡Vete, Tiago! Ni tú ni tu familia pertenecéis a Goa.

Esas palabras me dejaron helado mientras volvía al Palacio de la Inquisición, ya que parecían una especie de maldición. Pero fueron los gritos desesperados de la *Senhora* Barbosa sobre su hija lo que me despertó esa noche; al fin y al cabo, ¿qué certeza tenía de que el bebé que crecía en el interior de Tejal no sufriría un día un destino similar?

Dos días más tarde, mi tío Isaac apareció de repente por la puerta principal casi al anochecer.

—¡Bajad todos! —gritó—. ¡Un alguacil me ha dado una noticia fantástica!

Bajé las escaleras de tres en tres.

—Podré volver a ver a tu padre mañana por la mañana —me dijo.

Al oír el alboroto, Sofía y Wadi entraron corriendo desde el jardín. Cuando lo oyó mi hermana dio gracias a Dios, sus labios esculpieron las palabras hebreas en silencio. Vino hacia mí y nos abrazamos.

—Creo que eso significa que liberarán a Berequías muy pronto —añadió mi tío

—. Deben saber que las acusaciones que pesan sobre él no tienen fundamento. Puede que quieran algún regalito a cambio de su libertad. Les daré lo que me pidan.

Wadi me agarró un brazo.

—Todo irá bien a partir de ahora, Tigre —me dijo, sonriéndome como solía hacer tiempo atrás.

Aun así, noté que una parte de mí quería apartarse de él, como si lo atisbara desde encima de una valla.

Entonces bajó mi tía, con expresión seria. Su marido empezó a explicarle con voz entusiasmada el estado de las cosas, pero ella le hizo bajar la voz como si estuviera tratando con un niño.

—Nunca ves cuando te tienden una trampa, ¿verdad? —le espetó—. Cuando hayas visto a tu hermano mañana te arrestarán a ti. Dirán que el hecho de que hayas ido a visitarlo probará que eres judío en secreto. Debería ir Ti en tu lugar, Isaac. Él no tiene nada que perder.

—Pero Berequías es mi hermano. —Esa declaración no obtuvo sino desprecio por parte de su esposa—. Sea cual sea su religión —añadió entonces mi tío con voz severa.

—No vuelvas a repetir ese tipo de cosas fuera de esta casa —ordenó mi tía, sin dejar de mirarlo. Se secó el cuello y la frente; siempre sudaba mucho cuando se enfadaba.

Mi tío me miró buscando mi apoyo, pero pude ver en su expresión desesperada y anhelante que sabía que ella había llegado a una conclusión razonable.

—La tía María tiene razón —le dije, liberándolo de la necesidad de decirlo él mismo—. Seré yo quien vaya a ver a papá mañana.

—Yo te acompañaré hasta la prisión —replicó mi tío con aire desafiante.

—Yo también —declaró Wadi.

—¡Francisco Javier, tú te quedarás aquí con Sofía! —Obviamente, mi tía no estaba dispuesta a permitir un debate sobre el tema—. Y por lo que respecta a ti, Isaac, puedes acompañar a Tiago, pero no entres en el Santo Oficio. Tienes que prometerme que me harás caso.

Él asintió, pero mi tía insistió en que quería oírsele prometer en voz alta.

—¡Lo juro! ¿Te basta con eso? —gritó mi tío, y miró a mi tía con desdén.

Todos nos quedamos en silencio después de eso, como si mi tía y mi tío hubieran hecho añicos algo que jamás podría repararse.

Su confesor, el padre Antonio, llamó a la puerta a la mañana siguiente. Era un hombre extremadamente delgado, tenía una sonrisa fugaz e infantil y saludó afectuosamente a toda la familia, incluso abrazó a Sofía para besarla en las mejillas. Tenía las manos y la cara blancos como el hueso; parecía como si viviera en un aislamiento forzado.

—¿Cómo estás, Sofía? —preguntó con un tono que a mí me sonó falso, aunque no había duda de que mis prejuicios acerca de los curas influían en mis observaciones sobre él.

—Bien, padre —contestó ella con un tono algo coartado. Me pregunté cuántos sermones debía de haber sufrido en silencio para intentar convertirla al cristianismo durante las pasadas semanas.

Cuando llegó mi turno, el padre Antonio me dio la mano mucho más rato de lo que la mayoría de los hombres considerarían adecuado.

—Te has estado escondiendo de mí, Tiago Zarco —dijo con un atisbo de travesura en los ojos.

—Es muy tímido —se apresuró a añadir mi tía, por miedo a que le contara lo que pensaba acerca de lo que la Iglesia estaba haciendo en la India.

—¿De verdad? —dijo con cierta reserva—. A mí me pareces un joven muy seguro de ti mismo.

—En absoluto —repliqué yo—. Probablemente no saldría de casa si no fuera porque mi tía me echa a codazos. —Sonreí un poco para suavizar lo que diría a continuación—: A veces me parece que insiste especialmente cuando tenemos invitados.

Mi tía me miró mal, algo muy gratificante, pero Sofía también parecía enfadada. «No se lo pongas más difícil a papá», me pareció que me advertía sin decir nada. Levanté la mano para indicarle que estaba de acuerdo, y ella se llevó el dedo índice a la oreja como solíamos hacer de pequeños, de manera que supe que me había entendido.

—Salga conmigo al jardín un momento, padre Antonio —dijo mi tío—. Tengo que discutir algo con usted antes de que se vaya.

Sentados bajo un tamarindo, mi tío le explicó al cura la delicada posición en la que nos encontrábamos, y la necesidad de que yo le sustituyera para visitar la celda de papá. Más tarde me enteraría de que también le dio cuatro anillos de oro, uno para él y los otros tres para sobornar a la gente que creyera conveniente en el momento adecuado. Puede que ésa fuera la razón por la que el padre Antonio estaba de tan buen humor cuando volvió a entrar, incluso me dio unas palmaditas en la espalda.

—Bueno, jovencito, ¡será mejor que nos marchemos! —dijo con entusiasmo, como si tuviéramos previsto un viaje al mercado de flores.

Antes de irme, fui a la cocina y cogí un pequeño recipiente lleno de pollo que había guisado la cocinera de mis tíos, porque estaba seguro de que papá debía de estar comiendo poco y mal.

Sofía me miró preocupada cuando nos íbamos. Parecía incapaz de seguir adelante en su vida sin unas palabras que le sirvieran de guía, pero me sentía tan inútil y desolado que sabía que esas palabras no podía dárselas yo.

—Dile a papá que lo quiero más que nada en el mundo —gritó.

Levantó una mano para decirme adiós, pero luego, al ver que el cura la observaba,

se apresuró a recogerse un mechón de pelo tras la oreja para disimular.

—Ese pollo huele muy bien —dijo el padre Antonio en cuanto nos pusimos en camino—. Pero prefiero comer sólo huevos por la mañana. Los hiervo con sal, por supuesto, ya que sólo los hindúes la añaden después y eso está prohibido por el Santo Oficio. Aunque supongo que tú no sabes esas cosas, al vivir fuera de Goa.

—No, no tenía ni idea —respondí de forma distante—. Siento ser tan ignorante acerca de las costumbres de la Iglesia.

Respondió a mis disculpas con un gesto y sonrió. Quizá sólo estaba intentando empezar una conversación conmigo.

—¿Dónde vives exactamente? —me preguntó.

—Cerca de la aldea de Ramnath, no muy lejos de Ponda.

Durante el camino me hizo muchas preguntas sobre la vida que llevábamos. Al principio me parecieron preguntas inocentes, pero empecé a sospechar que quería información que pudiera utilizarse en contra de nosotros cuando me preguntó si mi padre tenía buenos amigos cerca de la granja y cuál había sido el último trabajo que habíamos hecho para el sultán. Mis respuestas fueron vagas, aunque a veces contesté mintiendo descaradamente; no podía arriesgarme a ser yo quien le diera pruebas que nos pusieran en una posición más delicada aún.

Cuando llegamos a nuestro destino, nos recibió otro cura, el padre Crispiano, un castellano alto y moreno.

—Sé que te he hecho muchas preguntas —me dijo el padre Antonio antes de irse—. Pero tu familia me interesa mucho y hace pocos años que estoy en India, por lo que todo me parece nuevo. Sólo espero que podamos encontrarnos otra vez en una situación más agradable.

—Cuando mi padre quede libre iré a visitarlo y a agradeceréselo.

—Espero que así sea.

Se santiguó, primero en el pecho y luego en la frente. Yo le hice una leve reverencia con la cabeza y le deseé un buen día.

Cuando entré en los dominios de la Inquisición con el padre Crispiano no cayó sobre mí ninguna sombra fría. Los muros del palacio no parecían más estériles y crueles que los de cualquier otro muro de piedra, y la constelación de llamas del sinuoso candelabro de cristal veneciano que colgaba del techo se parecía mucho a cualquier otra luz.

Quizá lo peor ya había pasado. Quizás estábamos empezando el camino de vuelta a como habían sido siempre las cosas.

Los soldados no tardaron en confiscar el estofado que le llevaba a papá. También me quitaron un cortaplumas que prometieron devolverme en cuanto saliera. La relación con todo el mundo fue formal, pero muy educada.

Confieso que no recuerdo ni una sola palabra de lo que me dijo el padre Crispiano

cuando empezamos a subir las escaleras hacia la larga galería de celdas que quedaban en el piso de arriba. En lugar de escucharlo, mantuve una conversación imaginaria con mi padre en busca del tono de voz que consiguiera neutralizar tanto su miedo como el mío. Me imaginé a mí mismo contándole que sólo era cuestión de días que volviéramos a estar todos juntos. Seguramente eso sería cierto...

No tardamos en llegar a su celda. Yo estaba algo mareado, me parecía verlo todo borroso, como si estuviéramos bajo tierra.

La primera puerta de hierro se abrió para revelar una segunda puerta interior. Con un chirrido metálico, papá apareció frente a mí, —sentado en su camastro, con el torso desnudo, unos pantalones grises y el pelo muy corto. Tenía unas ojeras muy marcadas y los ojos muy hinchados, casi cerrados. Y sangre seca en la comisura de los labios y un arañazo en la piel del cuello. Debían haberlo atado con una soga.

—¡Papá!

Estuvimos abrazados un buen rato. Me susurró palabras de cariño mientras el cura se iba y cerraba la puerta interior.

—Deja que te vea bien —dijo papá.

Me sonrió dulcemente y yo le besé en los labios. Sus ojos parecían fragmentos de cristal empañado.

Ver el sufrimiento físico de un padre puede hacer mella en los recovecos de la mente. Sentí un terror repentino al pensar que jamás volvería a parecer el de antes y que moriría agonizando.

—Me gustaría matarlos a todos por lo que te han hecho —le dije—. Dime quién te ha...

Levantó la mano para evitar que continuara.

—Eras un bebé tan precioso —dijo con entusiasmo—. Tan frágil. Me preocupaba que nunca llegases a ser adulto. Pero aquí estás. Eres un joven apuesto con toda la vida por delante. —Me tomó las manos—. Quiero que sepas que estoy muy orgulloso de ti.

La manera en que me habló —como si sus palabras tuvieran que quedar para la posteridad— convirtieron en arena las palabras que guardaba en la garganta. Me dio su jarra de agua para que pudiera beber.

—¿Cómo está Sofía? No ha vuelto a enfermar, ¿verdad? —preguntó.

—No. Está triste y preocupada, como todos, pero está bien.

—Supongo que estáis en casa del tío Isaac.

—Sí.

Pasé la yema de los dedos por la línea inflamada que cruzaba su cuello. Hizo un gesto de dolor.

—¿Te... te duele mucho?

La voz temerosa y dubitativa con la que hablé no era la que quería que oyese, y me enfadé conmigo mismo por no ser capaz de controlar mis sentimientos.

—No te preocupes por mí. ¿Qué le has dicho a Nupi?

—Sabe la verdad. Vino una noche a Goa y no pude mentirle.

—Debe estar muy preocupada —dijo, y cuando sonrió una de las costras que tenía en las comisuras de los labios se abrió. La sangre le cayó por la barbilla. Se la limpié con el dedo.

Él aprovechó la ocasión para besarme la mano y eso me dejó tan triste que estuve un buen rato sin poder hablar.

—Debes ser muy fuerte, Ti —me dijo al cabo de un rato.

Me hizo sonreír levantando la mano del mismo modo en que lo hacía Nupi para amenazarnos a Sofía y a mí.

—Espero que la tía María no te esté criticando demasiado —dijo—. Y que habrás tenido paciencia con ella.

—A veces nos peleamos, pero casi siempre me lo guardo para mí.

—Hijo, he estado pensando mucho en ti últimamente. A partir de ahora debes prometerme que harás lo que haga falta para encontrar tu propio camino. No te preocupes tanto por Sofía y por Wadi, ni por nadie más. Debes vivir tu vida con Tejal.

—Te haré caso, papá.

—Bien. ¿Y cómo está Tejal? ¿La has visto últimamente?

—Está bien —no le dije nada sobre nuestro hijo. Necesitaba más tiempo para hablar sobre lo que estaba pasando, y para oír los planes que tenía para que lo liberáramos.

—¿E Isaac? —preguntó.

—Papá, todos estamos bien —dije con impaciencia—. Pero no hacemos más que pensar en ti. ¿Tú estás bien?

—Por supuesto que sí. Lo peor de todo es el aburrimiento. Cuatro paredes y unos mosquitos no es gran cosa. Mi cabeza, a veces... parece que no funciona como debería. Y la comida. Vivo básicamente de caldo de arroz. —Se tocó la frente—. ¿Sabes?, nunca me había parado a pensar la cantidad de cosas que tengo almacenadas en la memoria. Gracias a eso no me he vuelto loco. Me siento afortunado por mi pasado.

—He intentado traerte un guiso de pollo, pero me lo han requisado.

Su rostro empalideció súbitamente y se le escapó un gemido. Consciente de que había cometido un error al revelar su desesperación, volvió a abrazarme largamente.

—No importa —susurraba una y otra vez, como si estuviera formulando un hechizo sobre nosotros dos—. Tú y yo estamos juntos, y eso es más de lo que podría haber esperado —añadió con voz triunfal.

Sentí que los latidos de su corazón me envolvían. Quería quedarme junto a él para siempre.

—El tío Isaac dice que el hecho de que me hayan permitido verte significa que la acusación que pesa sobre ti no debe tener mucho fundamento. —Susurrando, añadí—: Cree que lo que esperan es un soborno.

—No. Esperan... esperan que me convencerás para que les dé lo que quieren de

mí.

Papá había cambiado al konkaní, por lo que lo que me dijo sonó raro, y más tarde me preguntaría si acaso no me habría dado más opciones en caso de habérmelo dicho en portugués. Esto marcó el inicio de mi inevitable descenso a un mundo de hipótesis inciertas, el paisaje de inútiles especulaciones en el que he vivido desde entonces.

—¿Qué quieren tus carceleros?

—Nombres.

—No te entiendo, papá.

—Quieren los nombres de judíos secretos que vivan en Goa. Sólo entonces aceptarán que confiese haber blasfemado contra la Iglesia. Creen que el hecho de verte debilitará mi resistencia. —Sonrió por un momento—. Y tienen razón, por supuesto. Ver tu cara es como estar ante Dios: algo extremadamente peligroso para un hombre como yo. Creen que tú conseguirás vencerme donde ellos han fracasado. —Me guiñó un ojo cautelosamente—. Pero yo me acuerdo de Masada y de que centenares de valientes judíos acorralados en la cima de la montaña se negaron a rendirse ante los romanos. No dejaré que mis antepasados hayan muerto en vano.

—Esos judíos secretos... ¿quiénes son? —pregunté.

—Hombres y mujeres que se convirtieron al cristianismo para tener contenta a la Inquisición, pero que practican nuestra religión en secreto. Hay varias docenas de ellos en Goa y yo conozco a muchos. Pero la Iglesia jamás me arrebatará sus nombres. Serás tú quien se asegure de eso.

—¿Yo?

Me puso una mano encima del hombro.

—Papá, tal como hablas y como te comportas... me das miedo.

—Lo siento, pero no veo otra solución. Así son las cosas, Ti. Hace una semana, cuando me ataron con cuerdas y me hirieron, noté que mi alma me abandonaba. Sentí que se me escapaba, que fluía más allá de mi cabeza; fue una sensación extraña. Entonces supe que no podría soportarlo mucho más, que les daría los nombres de los judíos que querían.

—¿Qué te hicieron?

—Será mejor que no lo sepas. Llegó un momento en el que perdí la conciencia. Cuando volví a despertarme estaba aquí, en mi celda, pero puede que la próxima vez no tenga tanta suerte. —Apartó la mirada un momento, con el ceño fruncido; sabía que estaba pensando en la mejor manera de contarme lo que hubiera preferido mantener en secreto—. Ti, la tortura te cambia. Es como si ya no supiera quién soy cuando estoy a oscuras. Es como si me hubieran arrancado algo..., el alma, quizá. —Presionó su mano contra mi pecho y luego la retiró de repente—. Lo poco que me queda de Dios quiere volver a casa. Quiere ir hacia el sol que ilumina la Torá. Por eso sé que no podré confiar en mí mismo. Y ellos también lo saben. No son tontos, son malvados e ignoran las verdaderas razones que los llevan a hacer lo que hacen, pero son listos. Me torturarán hasta que consigan lo que quieren... o hasta matarme.

—Papá, debemos tratar de sobornarlos...

—¡No, escúchame! Todas las esmeraldas del sultán sólo servirían para comprar unas semanas más de vida. Y mi alma me abandonará la próxima vez que me torturen. Intentaré escapar del dolor y volver a casa. Acabaré revelando los nombres que me piden. Y cuando lo haga, muchos hombres y mujeres de buen corazón acabarán como yo. No podría vivir con eso, Ti. ¿Me ayudarás aunque eso implique hacer algo que aborrezcas?

—Sí.

—Bien. —Me cogió un brazo—. Siento estar hablándote de este modo y tenerte tan preocupado. Es porque estoy nervioso y porque voy a herir a alguien a quien jamás me habría creído capaz de herir. Veamos, ¿recuerdas lo que siempre dice Nupi sobre el Guardián de la Aurora? ¿Recuerdas que a veces lo que quería decir es que debemos protegernos los unos a los otros, sea cual sea el riesgo que eso implique?

—Por supuesto.

—Pues tú vas a ser mi Guardián.

Cuando le vi sonreír, atisbé también una demencia que nunca había visto en él hasta entonces.

«No es el que era. Me han arrebatado al hombre que era mi padre...».

—¿Cómo? —pregunté.

El tono de voz de papá adquirió el timbre de la complicidad.

—Necesito que vayas a ver a un *pandito* que vive cerca de ese salón de té al que solías ir con Wadi. Aquél tan destartado del barrio hindú. Se llama...

Un *pandito* era un médico indio. Papá se limitó a susurrar el nombre del tipo y me dijo que debía preguntar por él en una curtiduría donde a veces iba a comprar papel de vitela, y añadió en tono de advertencia que jamás, bajo ningún concepto, debía revelar la identidad de ese *pandito* a nadie. Hablaba con mucha parsimonia y utilizaba las manos para enfatizar lo que me contaba, como lo haría un adulto para conseguir que un niño esté atento. Supongo que mi cara revelaba mi enorme confusión.

—Cuando le digas dónde estoy —siguió diciendo—, te dará un pequeño botellín de cristal con un polvo dentro. No debes perderlo ni dejar que nadie te lo arrebate.

—¿Un polvo?

—Un veneno muy poderoso.

—¿Y qué debo hacer con eso?

—Me lo traerás.

—¿Pretendes matar a tu carcelero? ¿Crees que podrás escapar? —El corazón me latía muy rápido; de algún modo estúpido, había confundido los últimos pasos que faltaban para cruzar un puente que se derrumbaba con el camino que llevaba a casa.

—No, no, lo utilizaré para acabar con mi vida. Tú me salvarás de todo el mal que podría llegar a provocar.

—¡No!

Al ver el terror en mi rostro intentó abrazarme, pero yo lo aparté.

—Ti, esto no me resulta fácil —me dijo—. Por favor, trata de entenderlo, la muerte es la última cosa que deseo. Preferiría disfrutar de una larga vida contigo y con Sofía, ver cómo os hacéis mayores. Pero eso no será posible. —Se arrodilló delante de mí—. Hijo, puede que no nos quede mucho tiempo. No puedo pedírselo a nadie más. Eres mi única esperanza. No estés tan triste. He tenido una vida agradable y llena de cosas buenas; tú y Sofía sois más de lo que cualquier hombre podría desear. Y tuve mucha suerte de encontrar a tu madre. Aún me sorprende que se enamorara de mí.

—Papá, Tejal está embarazada —anuncié.

Ahora me doy cuenta de que se lo dije para sobornarlo. Seguro que con un nieto en camino no elegiría morir...

Soltó un grito ahogado de sorpresa y enseguida brotaron lágrimas de sus ojos llenos de moretones. Cogió mi mano entre las suyas y me besó en las dos mejillas y en los labios.

—Oh, hijo mío, me haces tan feliz... y Tejal también. Dale las gracias de mi parte.

—Tienes que vivir para ver al bebé, papá. No estará bien que no estés con nosotros.

Se levantó con una expresión de dolor mientras se secaba las lágrimas.

—Escúchame bien, Ti. Podrás verme una vez más. Ya lo he arreglado todo.

—¿Cómo?

—Tengo amigos que conocen bien estos corredores. Y como ya te he dicho, los inquisidores tienen la esperanza de que debilitarás mi voluntad y conseguirás que confiese.

—Pero si tienes amigos que pueden ayudarte, ¿por qué no...?

Volvió a levantar la mano para detener mis palabras.

—Ya es demasiado tarde, Ti. No podrán hacer nada más por mí tras tu segunda visita. Pero antes de que vuelvas a verme, debes esconder el frasco donde nadie pueda encontrarlo. No es mayor que una uña, y no te van a registrar a fondo. —Se tocó el trasero para que entendiera lo que quería decir—. Disculpa por la indignidad de lo que te pido, hijo, pero es el único modo de estar seguros.

—Papá, no seré capaz de envenenarte. ¡No podré hacerlo!

Volvió a sentarse junto a mí.

—No tendrás que hacerlo. Me tomaré el veneno unos días después de tu visita, para que no sospechen de ti. Jamás debes contarles lo que habrás hecho, por supuesto, o también acabarás aquí.

—Ni siquiera seré capaz de traértelo...

—Debes hacerlo. Sólo tú puedes ser mi Guardián. ¿Comprendes? Eres el único que puede asegurarse de que la aurora continúe llegando para todos los judíos que conozco. Ti, la Torá dice que al salvar a una persona salvas a un universo entero.

Imagina lo que será proteger a toda la buena gente sobre los que yo podría hablar si me someten a tortura. ¡Imagina lo que será salvar a veinte o treinta personas! El ángel Metatrón escribirá tu nombre en el Libro de los Justos.

—Pero debe haber otro modo de salvarte y de...

—He buscado dentro de mi cabeza y no he encontrado nada —me interrumpió—. Y se nos acaba el tiempo. Ti, podrás volver a visitarme exactamente dentro de dos días. No puedes hablar de esto con nadie. Si se lo dices a Sofía o a tío Isaac, tanto ellos como tú correréis un gran peligro. Como todos los judíos secretos.

—Si pudiésemos conseguir que abjure quien te denunció, entonces...

—Una vez hecho un juramento, no hay vuelta atrás. Y el Santo Oficio se las ha arreglado para convencer a varias personas para que testifiquen contra mí; así es como funciona el proceso.

—¿Sabes quién te denunció?

—No.

—¿Podría haber sido alguien a quien conocemos?

—Supongo que sí. Aunque también podría haber sido cualquiera que pasara por la calle.

—La tía María... ¿podría haber sido ella?

Mi padre negó con la cabeza.

—No puedo creer que tu tía sea capaz de algo así. Seguro que no sería capaz de ocultárselo a Isaac durante mucho tiempo.

Pensé en la discusión que habían tenido. ¿Acaso mi tío podría haber sospechado de ella también?

—Papá, tú no eres un mal cristiano, eres judío. ¿Cómo pueden retenerte?

—Nadie me lo ha dicho y puede que jamás lleguen a hacerlo. Sospecho que el mismo responsable de que yo esté aquí debe de haber jurado que me bautizaron en algún momento.

—¡Pero no es así!

—No, pero si alguien lo jura... Ti, por favor, no tenemos tiempo de seguir hablando de esto. El carcelero podría volver en cualquier momento. Haz lo que te digo.

—Pero ¿qué pasa si no lo encuentro? —pregunté. Acto seguido, pronuncié el nombre del médico que me daría el veneno.

—Tú ve a la curtiduría en cuanto salgas de aquí. Es mi única esperanza. —Se puso de pie y me instó a que yo también me levantara—. Quiero abrazarte como a un hombre —dijo, y cuando me tuvo cerca me susurró al oído—: Espero que tanto Dios como tú me perdonéis por lo que te he pedido que hagas.

Pude notar el sabor de la sangre de sus labios cuando volvió a besarme. Cerré los ojos, deseaba detener el tiempo. No sé durante cuánto tiempo permanecimos abrazados sin hablar, pero no tardamos mucho en oír que una llave abría la cerradura. Papá me apartó y nuestra última mirada fue demasiado íntima. Volvió la cara hacia el

muro con los ojos llenos de lágrimas.

—No me mires, Ti —me dijo—. Y no digas nada más.

Cubriéndose la cara con las manos, papá empezó a rezar en hebreo, balanceándose, con la cabeza gacha.

Llegué hasta el barrio hindú, donde recorrí las calles llenas de gente y de desvencijados tenderetes de madera. El aire era denso debido al olor agridulce de las especias y el aceite de coco. El cielo estaba cargado de nubes oscuras, cada vez más grandes a medida que avanzaban desde el oeste, como si fueran el humo procedente de una ciudad en llamas. Unos minutos más tarde, cayeron cortinas de agua arremolinadas por el viento, y el suelo desprendió el calor acumulado en forma de vapor, como volutas fantasmagóricas. Me quedé tiritando, resguardado bajo el alero de madera del puesto de un escultor, observando cómo se ahogaban las flores y la hierba de toda la India. A mi lado, encima del suelo, había una fila de dioses de piedra, estatuillas no más grandes que una mano, que parecían piezas de ajedrez a punto para empezar la partida. Me llamó la atención un retrato de Sarasvati esculpido en esteatita, la diosa de la música, el arte y la literatura. Aparecía cabalgando sobre un pavo real con la cola al descubierto y en sus cuatro manos llevaba un libro, dos flores de loto y un *vati*, un laúd indio de mástil largo.

«¿Qué debería darle a cambio de su conocimiento sobre cómo rehacer el pasado?», me pregunté.

Con la esperanza de encontrar el consuelo de la voz de otra persona, miré por debajo de la puerta que tenía detrás y pude ver al escultor de cuclillas. Estaba asando dos peces plateados del tamaño de un dedo sobre un puñado de brasas al rojo vivo que tenía amontonadas en el suelo. Tenía a su lado un elegante gato blanco, con el pelo apelmazado, que me miró con ojos hostiles y desconfiados. Esa criatura tenía algo que me pareció humano: como si fuera la reencarnación de un niño que hubiera muerto asustado y ahora no pudiese ser otra cosa, en su paso por los interminables ciclos de la reencarnación.

Ese gato aparece a menudo en mis sueños desde aquel día y siempre se asusta

cuando me ve, como si mi cara se hubiera convertido en algo monstruoso, o más bien como si sospechara lo que estaba a punto de hacerle a mi propio padre...

—¿Quieres comprar algo? —me preguntó el escultor.

—No. Sólo estoy esperando a que escampe.

Al oír eso, su interés por mí desapareció. Volvió a centrarse en la comida que estaba preparando mientras masticaba un trozo de pan de arroz.

Me puse justo al lado de la puerta, donde el escultor no pudiera verme, y acerqué el retrato de Sarasvati hacia mí con el pie. Tenía los nervios de punta. Era como si una criatura con garras y espinas viviera en mi interior, alimentándose de mis dudas.

Cogí el Sarasvati y salí corriendo, lanzado como una piedra a la orilla del océano por mi demente arrebato, pero el aire húmedo —tan cargado de mi pasado— enseguida me dejó agotado. Tratando de recobrar el aliento, completamente superado, sentí como si un cuchillo oxidado me hubiese desollado la garganta.

Con Sarasvati a modo de botín de guerra, envidiando su solidez por lo mucho que contrastaba con la ingravidez de mi espíritu, me dirigí hacia la curtiduría. Cuando entré en el edificio, el hedor a estiércol de las cubas me devolvió a mi cuerpo. El viejo propietario tamil me recibió con una sonrisa desdentada.

Me preguntó dónde había conseguido la estatuilla y le dije que la había esculpido un amigo mío.

—La música le ha dado una cara muy dulce —comentó.

Insistí en que se la quedara como obsequio y la aceptó entre risas.

—Bueno, ¿qué puedo hacer por ti? —preguntó.

Cuando le hablé del *pandito*, levantó las cejas y se puso la mano alrededor de la oreja como si no me hubiera oído bien. En voz baja, me preguntó si el Santo Oficio había apresado a mi padre.

—Sí, y lo están torturando —respondí sin rodeos.

—Entonces, entra —dijo el curtidor con la mirada grave, deseando que viera en ellos lo que no se atrevía a decir acerca de los gobernantes portugueses. Tras intercambiar unas palabras con su encargado me condujo a través de una puertecita negra con unas hermosas letras muy adornadas que, en portugués, rezaban: «Muchos son los caminos que llevan a Dios, pero qué afortunados somos de que sólo uno nos lleve más allá».

—¿Qué significa eso? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—No lo escribí yo. Lo hizo tu padre.

—¿Mi padre? ¿Cuándo?

—Hace años. Vino aquí un día y me pidió permiso para escribir sobre la puerta. Es una especie de oración, creo. Mi portugués no es muy bueno. La Inquisición arrestó a un amigo suyo y necesitó la ayuda del *pandito*. Tu padre quería que su amigo pudiera ver esas palabras antes de comprar el veneno que acabaría con su vida.

Pronto llegamos a un pequeño valle de viviendas diseminadas en las afueras de la

ciudad. El camino estaba bordeado por plantas cuyas hojas parecían orejas de elefante, y el agua de la lluvia atrapada en sus pliegues brillaba con la húmeda luz del sol que se abría paso entre las nubes. Después de contemplar el vuelo de un halcón como si se tratara de un presagio imposible de descifrar, mi guía señaló una casa de un solo piso con un balcón de madera que la rodeaba por los cuatro costados.

—Toda la vida es sufrimiento, reza pues por tener una buena muerte —recitó mientras me decía adiós con la mano. Supongo que se lo decía a todos los que pasaban por sus manos para adentrarse en ese submundo.

La puerta principal de la casa del médico estaba pintada de color azul, con una pequeña flor de hibisco de color rosa y azul en el centro, como el principio de un mandala. Hice sonar una campana dorada que colgaba de una cuerda raída.

El sirviente barbudo y con turbante que me abrió la puerta me miró con escepticismo y se negó a dejarme entrar en la casa hasta que me hubiera secado. Me dio una toalla áspera, perfumada con agua de rosas.

El experto en venenos me saludó justo después de cruzar el umbral. El pelo blanco apenas le coronaba la cabeza, tenía los ojos negros como la obsidiana y la piel de un suave color canela. Su porte era seguro y exquisitamente estilizado, como si hubiera sido bailarín. Eso me hizo ver que era un brahmán: observaba el mundo — incluso a ese joven empapado que tenía delante— desde la corona de su prestigioso árbol genealógico, que sin duda debía remontarse cuatro mil años atrás o incluso más.

Me calmó estar en presencia de tanta historia y ahora me doy cuenta de que le ofrecí una parte de mí para que la cuidara cuando nuestros ojos se encontraron.

Después de identificarme, sonrió.

—Lámame Vaasuki —me dijo en konkaní—, aunque ése, igual que el nombre que te dio tu padre, no es mi nombre real. Por mi seguridad y también por la tuya, no te lo revelaré jamás.

Había algo entre paternal y amistoso en la manera con la que me invitó a sentarme: me indicó con la mano una silla de mimbre junto a una mesa baja de bambú. Se sentó delante de mí, muy erguido. No me pareció que ese hombre fuera capaz de mentirme con sus palabras o con sus gestos, pero probablemente sólo se trataba de mi deseo. ¿Quién querría poner todo su futuro en manos de un hombre que ocultara sus intenciones?

Mientras su sirviente nos traía té, Vaasuki dejó claro con su comportamiento que debíamos participar en ese ritual antes de hablar de las cuestiones que nos urgían.

Estábamos sentados en una gran habitación entre un bosque de delicadas palmeras y densos arbustos de brillantes colores sobre tiestos de cerámica. En la esquina opuesta de la habitación había un altar dedicado a Shiva, pintado de azul hasta el cuello. Un banano con forma de corazón estaba colgado frente al Dios, como si sus flores de color rojo sangre tuvieran que convertirse en ofrendas cuando cayeran

a sus pies. Detrás había una puerta abierta por la que dos pinzones diminutos de color amarillo habían entrado volando. Los pájaros saltaban por las ramas de un pequeño pero esbelto árbol que tenía a mi lado, buscando semillas que pudieran picar.

—Los *pakló* levantan muros de piedra vayan donde vayan —dijo Vaasuki, utilizando la expresión local para referirse a los portugueses. *Pakló* significa «los que llevan plumas», ya que los primeros colonizadores que llegaron a Goa se caracterizaban por llevar plumas en los sombreros. Bebió su té y me animó a hacer lo mismo—. No les importa matar pájaros para poder utilizar sus colores, pero les asusta tenerlos en casa. Necesitan separar claramente lo que está fuera de lo que está dentro.

Los pinzones bajaron al suelo y siguieron buscando comida. Oleadas de aire cálido entraban por la puerta y me daba la sensación de que la piel me ardía.

—Sé que debe de ser difícil para ti —dijo—. Quizá debería empezar por contarte algo sobre mí mismo. —Me dedicó un gesto de bendición—. No te preocupes. Aunque empiezas a entender que este lugar no forma parte de tu mundo, prometo devolverte sano y salvo a casa.

El sirviente volvió a llenar mi taza de té. Vaasuki me contó que había nacido cerca de Panaji, unos kilómetros al oeste de la ciudad de Goa, donde el río Mandavi se ensanchaba y formaba una amplia bahía al llegar a la costa. Como él mismo admitió, en otro tiempo había sido un joven egoísta. Había estudiado medicina ayurvédica con un maestro de Delhi sólo porque su padre se lo había ordenado y porque los brahmanes habían perdido el derecho a convertirse en sacerdotes hinduistas en territorio portugués. Él se había quejado constantemente de su destino hasta el final de su aprendizaje, cuando descubrió que los portugueses y otros europeos de Goa lo trataban con un respeto que no mostraban por el resto de los indios. Incluso se le permitía trasladarse de un lado a otro en palanquín.

—¿Siempre ha... siempre ha ayudado a la gente como yo a obtener venenos? —pregunté con un susurro.

—No, pero hace unos doce años un hombre vino a verme y me pidió que viera a un amigo suyo que se estaba muriendo. Cuando llegué a la dirección que me había indicado, me encontré a mi padre, pálido y marchito, sentado en una alfombra. Hacía muchos años que no lo veía. Tenía muchas cosas que reprocharle, también —aunque no únicamente— la elección de mi profesión. Mi padre me había engañado para que fuera a verlo porque sabía que no habría ido voluntariamente a su casa. Nos sentamos y me contó que intentaba ocultar lo enfermo que estaba, porque, si la Iglesia llegaba a enterarse, se aseguraría de que lo visitase un cura para darle la extremaunción. Me di cuenta de que podía dejarlo morir como un falso cristiano o bien ofrecerle morir como hindú, que es lo que él deseaba. Así que, como ves, puedo entender un poco cómo te sientes. Después de ayudar a mi padre a morir como quería —añadió con una sonrisa— ir de un lado a otro unos palmos por encima del suelo en un palanquín ya no me parecía tan importante.

—Pero el hinduismo prohíbe ayudar a alguien a suicidarse —dijo—. Al menos

eso es lo que me han contado —añadí para suavizar lo que había sonado como una crítica.

—Imagina que estás en el desierto y te encuentras a una mujer a punto de morir de sed. Podría ser tu madre o tu hermana. ¿Sería un pecado darle agua? ¿Acaso no sería tu deber ofrecerle incluso tu propia sangre si fuera necesario?

—Pero, en ese caso, le estarías permitiendo seguir con vida.

—Y eso, Tiago, es justo lo que mi padre me dijo después de haber tomado el veneno que le di. «Hijo mío, ahora puedo continuar en paz hasta el final que me aguarda. Me has salvado la vida».

Mientras Vaasuki seguía contándome cosas sobre su pasado, me sentí cada vez más soñoliento. Supongo —dada la profesión de mi anfitrión— que su sirviente habría añadido polvo de valeriana o de beleño negro, o cualquier otra sustancia calmante entre las docenas existentes, al contenido de mi taza. Seguramente había decidido que mi agitación era un riesgo para ambos.

Cuando me desperté descubrí que Vaasuki me cogía por las manos; me estaba ayudando a levantarme. Me sobresalté un poco, pero me sentía mucho más ligero de lo que me había sentido jamás.

—Bienvenido a casa otra vez —dijo con una leve reverencia.

—¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?

—El suficiente —rió mientras me daba unas palmaditas en la mejilla.

Me dio agua y luego me pidió que me arrodillara ante Shiva. Dijo una oración por los dos y puso un botellín minúsculo de cristal parecido al rubí en la palma de mi mano.

—De momento, puedes esconderlo en un zapato —me dijo—. Pero tu padre ya te debe haber explicado dónde tienes que esconderlo cuando vayas a verlo ¿no?

—Sí.

—Bien. Ti, llevarás la propia muerte en tu interior, debes ir con cuidado.

Antes de salir por la puerta, el *pandito* se disculpó por tener que ayudarme de ese modo.

—Echaremos de menos a tu padre —me dijo—. Pero estoy seguro de que tendrá una buena reencarnación.

Le ofrecí todas las monedas de plata que había traído y le prometí conseguir más, pero él me cerró el puño y puso su mano sobre la mía.

—No es necesario —me dijo.

—Gracias... Vaasuki, en la puerta del curtidor mi padre escribió algo sobre un camino que lleva más allá del Señor.

—Sí, lo he visto, por supuesto.

—¿Sabe qué puerta es ésa? ¿La muerte?

—Eso es lo que todo el mundo cree —respondió con una leve sonrisa.

—Pero ¿no es así?

—¿Dónde estamos antes de nacer?

—En la matriz de nuestra madre.

—Sí, eso es cierto —asintió, mi respuesta le pareció divertida, como si la hubiera dicho un niño—. Pero ¿antes de eso?

Me encogí de hombros.

—No sé si estamos en alguna parte.

Se dio unos golpecitos en la cabeza y luego me los dio a mí.

—¿De dónde viene ese yo que hay dentro de nuestra mente? ¿Y por qué está dentro de tu cabeza y no dentro de la de otro?

—No lo sé.

Me dio unas palmaditas en la espalda.

—Cuando sepas la respuesta, sabrás también adónde lleva el camino que no pasa por el Señor. Pero, por ahora, eso no importa. Ese mensaje no está pensado para un joven como tú. Tiago, recuerda lo que me dijo mi padre. Aférrate a sus palabras. Y deséale un buen viaje a tu padre de mi parte, dale las gracias y mi bendición.

—Soy yo quien le está agradecido —dije.

Su mirada se tornó seria.

—No me gustaría volver a verte por aquí, ni a ti ni a nadie de tu familia. Hazme caso: márchate de Goa cuando esto termine, y no vuelvas.

Cuando llegué a casa, Sofía y mi familia vinieron corriendo hacia mí.

—Papá se encuentra bien y está animado, os manda recuerdos a todos —les dije, intentando parecer alegre.

—¡Gracias a Dios! —dijo mi hermana.

Mientras mi tía mandaba que me trajeran ropa limpia, me inventé una historia para ellos, la que también yo habría querido oír: que papá se encontraba bien, que era fuerte y que no lo habían torturado. Que estaba de acuerdo con el tío Isaac en que lo que la Inquisición quería era un soborno y que estaba seguro de que en cuanto lo obtuviesen lo liberarían.

—¿Se enfadó conmigo por no ir a verlo? —preguntó mi tío con temor.

—No, por supuesto que no. Te agradece mucho la ayuda.

—¿Pudiste darle el pollo? —preguntó Wadi.

—Me lo confiscaron. Pero no come tan mal.

Le pedí disculpas a mi tía por no haberle devuelto el recipiente. Le prometí que lo recogería en la próxima visita.

Mi tía me acarició el brazo con dulzura. Al parecer, incluso ella se hacía cargo de lo que estaba pasando.

—No importa —me dijo.

Después de responder a todas sus preguntas, confesé mi cansancio y pedí que me

excusaran. Sofía me acompañó a mi habitación a empujones para bromear y me ayudó a ponerme la camisa de dormir. No quería irse, por lo que tuve que dejar el veneno oculto en mi zapato.

Levantó la ropa de cama y me ordenó que me metiera dentro. Me di cuenta de lo mucho que se parecían sus labios a los de mi padre; tan reflexivos. También me lo recordó esa manera de frotarse las sienes con el pulgar y el índice.

—Ti —dijo con voz tímida mientras se sentaba junto a mí—, puede que los otros no se hayan dado cuenta, pero yo he visto claramente que estabas mintiendo.

—No es cierto.

Ella frunció el ceño, esperaba encontrar más lealtad en mí.

—Dime la verdad, debes hacerlo.

Yo ya había previsto esa posibilidad y había admitido una pequeña mentira para que creyera la grande.

—No debes decírselo a nadie más. Ni siquiera a Wadi.

—Te lo prometo.

—Es sólo que papá no está comiendo nada bien. Se alimenta sobre todo de caldo de arroz. Le debe doler el estómago y ha adelgazado mucho. Le supo mal que no pudiera darle el pollo. Soltó un gemido cuando le dije que me lo habían confiscado.

—Oh, Ti —dijo ella—, estoy segura de que podemos hacerle llegar comida de verdad si seguimos intentándolo. Le pediré a la tía María que hable con el padre Antonio mañana a primera hora. Seguro que nos ayudará. Le prepararé *chapatti* con *dal*. Eso le sentará bien.

—Y yo le llevaré mangos —sonreí, con la esperanza de enterrarme en esa mentira para no sentir la tentación de revelar verdades de más peso.

La alegría de volver a sentirse útil la puso en marcha otra vez.

—Sí, a papá le encantará. Tú descansa —dijo con entusiasmo, inmersa ya en sus planes—, yo me encargaré de todo.

Al día siguiente, el padre Antonio les aseguró a mis tíos que ya le había dado uno de sus anillos de oro a un hombre cercano a la cúpula de la jerarquía inquisitorial. El cura les explicó que no podía garantizarles ninguna concesión, pero que su regalo había sido bien recibido, pese a que evidentemente no lo reconocerían jamás ante nadie. También les aseguró que había solicitado que le dieran pescado y fruta a papá, y nunca cerdo ni calamares, aunque no se atrevió a mencionar que era por cuestiones religiosas que tenían que ver con las leyes *kosher*.

Wadi, Sofía y yo fuimos al Santo Oficio a mediodía. Caminábamos uno al lado del otro y Sofía iba en medio, como cuando éramos pequeños. Dado que ninguno de ellos dos sabía la verdad acerca de papá, intenté sortear rápidamente cualquier comentario que me hicieron esa mañana. Era como si hubiéramos reconstruido lo que se había roto entre nosotros. Wadi llevaba una bandeja de madera en la que Sofía

había puesto el puchero de *dal*, un tazón de arroz con leche y dos mangos.

Un cura de ojos grises y apagados, y la piel amarillenta como la cera vieja, nos atendió cuando llamamos a la puerta del Santo Oficio. Lo encontré repulsivo, lo que facilitó mis súplicas, ya que sentía que los últimos vestigios de mi orgullo sólo merecían ser pisoteados. Un débil tono crispado se apoderó de mi voz cuando solicité que se le hiciera llegar la comida a mi padre. Después del rechazo inicial, que fue grosero y rotundo, intenté llegar a ese núcleo de solidaridad que aún creía presente en el interior de todos los hombres, independientemente de su condición. Al fin y al cabo, todos somos capaces de ver con los ojos de los demás cuando nos interesa. Le conté que nos preocupaba la salud de nuestro padre, pero al ver su expresión distante empecé a hablar como un chico obligado a jugar a cartas con un tahúr experimentado, tratando de encontrar las palabras adecuadas, sabiendo que estaba a punto de perderlo todo.

Mi humillación no tardó en alcanzar a Sofía, que se arrodilló ante él.

—Padre, sé que Cristo es compasión y por todo lo que Él sufrió creo que Dios le permitirá ayudarnos —le dijo al hombre. Su voz fue tan clara y segura que supe con toda seguridad que había estado practicando ese discurso.

—Me han enseñado que su compasión llega hasta aquellos que ni siquiera la merecen. Y creo que debemos imitarlo en todo lo que hacemos, para que... para que Su sacrificio no haya sido en vano. ¿Qué significa, si no, lo que Él hizo y dijo?

Si en este mundo hubiera justicia y magia, la elocuencia de Sofía habría abierto la cerradura de cualquier celda y habría dado alas a todos los pobres prisioneros para que pudieran volver a sus casas. Pero el mundo es lo que es, y el metal oxidado se quedó como estaba: escuchando imperturbable nuestras súplicas.

«La fe es un adorno inservible y no hay lugar para ella, en este lugar». Esto es lo que me pareció que nos decían los muros de piedra que nos rodeaban.

El cura debía haber oído discursos parecidos más de una vez, porque miró a mi hermana con altivez, como si se tratara de una pilluela, y luego le hizo una seña a un soldado para que nos echara de allí.

Ya se alejaba de nosotros cuando Wadi dejó la bandeja en el suelo.

—Su Excelencia, vuelva, por favor —le dijo—. Por favor, debe ayudarnos...

Pero el cura ni siquiera se dio la vuelta.

Durante el camino de vuelta a casa, Sofía y yo hablamos en voz baja sobre la necesidad de esperar a que el soborno del tío Isaac surtiera efecto. Intentábamos animarnos el uno al otro. Wadi no decía nada, parecía enfadado. De repente, la bandeja que llevaba se estrelló contra el suelo y alargó las manos hacia mí.

—¡Tigre, el aire está ardiendo! —gritó.

—Espera —le dije—. Sofía, agárrale los brazos mientras me pongo detrás de él.

Antes de que ella pudiera cogerlo, a Wadi se le pusieron los ojos en blanco y las

rodillas cedieron a su peso. Me las arreglé para detener la caída, pero se dio un buen golpe en la cadera derecha y se aplastó la muñeca con la espalda.

Se retorció como si lo despellejaran. Le sostuve la cabeza mientras Sofía intentaba agarrarle los pies, pero la golpeó en un hombro con tanta fuerza que la hizo caer al suelo.

—¡Vuelve a intentarlo! —le ordené, y esa vez Sofía lo hizo más rápido y con más fuerza.

A esas alturas ya se había reunido un grupo de gente a nuestro alrededor, pude oír a varias mujeres portuguesas que comentaban que debía de tratarse de un maleficio. Si la tía María se enteraba de que había tenido un ataque en público, nos lo haría pagar a todos.

—¿Qué le ocurre? —me preguntó un mercader con cara de asno y una larga capa roja, horrorizado. No le respondí.

Wadi se sacudió en su violento mundo durante unos minutos. Cuando se hubo calmado, Sofía le acarició el pelo empapado en sudor y salió corriendo a buscar agua. Wadi hizo un gesto de dolor cuando le toqué la muñeca derecha. Se le estaba hinchando.

—Lo siento —murmuró apenado—. Esto es lo último que necesitábamos.

—No lo hiciste a propósito. Descansa.

—Lo siento..., lo siento tanto...

—Es lo que menos debe preocuparnos.

Sentado con la cabeza de Wadi en el regazo, mientras esperaba a que volviera mi hermana, me dejé caer de buen grado llevado por la gravedad de recuerdos lejanos. Cuanto más me acercaba al presente, no obstante, más irreal me parecía mi vida, como si el río que nos llevaba a todos con su corriente no fuera a dar al mar, como debería ser, sino a una alta montaña que nadie sería capaz de escalar: hacia la muerte de mi padre y todo aquello que jamás llegaría a ser a causa de ésta. Tenía que mantenerme alejado de Wadi, ése era el mensaje de mis recuerdos. Quizás era él el responsable de que hubieran encarcelado a papá.

—Llévame a algún sitio donde nadie pueda verme, Tigre —me suplicó mi primo—. No quiero que me vean así. No creo que pudiera soportar un sermón de mi madre en un día como hoy.

—Tan pronto como vuelva Sofía, nos vamos.

—Ojalá pudiéramos volver atrás en el tiempo hasta la última vez que vinisteis a Goa. Le diría a tu padre que se marchara a casa y no volviera jamás. Haría lo que fuera por deshacer lo que ha sucedido.

—Sé que lo harías —mentí.

¿Acaso se arrepentía tanto de haber denunciado a mi padre que necesitaba compensarlo de alguna manera?

Sofía volvió y puso una jarra de agua en los labios de Wadi, que bebió de ella ávidamente. Luego lo ayudamos a ponerse de pie.

—Lo siento, Sofía —dijo.

—Ssshhh. Tenemos que llevarte a casa —le dijo mi hermana.

Avanzamos pesadamente entre la multitud. Ni una sola persona preguntó por el estado de Wadi. «Entiendo perfectamente por qué papá quiere dejar atrás este mundo monstruoso», pensé, y aún tuve otra revelación más profunda en ese mismo instante.

Incluso un prisionero torturado sabe que el mundo es bello y desea elegir el momento de su muerte precisamente para darle a esa belleza el final que merece. Para él, como para todos nosotros, no importa si el sol, el mar y las estrellas —o incluso hombres y mujeres— pueden mitigar el dolor. Somos seres frágiles, la vida es bella y sufrimos incesantemente, como dijo Buda. Eso me pareció la cosa más obvia y triste del mundo durante el camino de vuelta a casa.

Pasé la mayor parte de la noche sentado en la cama pensando en mi padre, guardándomelo todo en el pecho, donde sólo el latido de mi corazón supiera de su existencia. Poco a poco, el cansancio se apoderó de mí hasta que sentí la calma del abandono. «Ahora sólo puedo confiar en mí», pensé, y me alegré de ello porque me di cuenta de que me había liberado de cualquier ilusión.

Me desperté antes del amanecer. Mi tío se sentía culpable porque tenía que marcharse a supervisar el trabajo de sus almacenes, pero lo convencí de que no tenía elección, de que debía verificar los cargamentos que partían esa misma tarde hacia Lisboa; de que eso es lo que su hermano querría que hiciese. En su mirada pude ver que deseaba escapar de la tía María, con la que no hacía sino discutir.

—No podemos ceder ante la desesperación mientras esperamos a papá —le dije.

Me miró muy serio.

—Te has convertido en un hombre estas semanas —dijo, pero su voz sonó sombría.

Sofía preparó dos grandes platos de patatas *bhaji*, uno para papá y otro para el malvado cura que nos había echado el día anterior.

—No me rendiré —nos dijo a todos.

Wadi llevó los platos aún calientes al Santo Oficio. Yo no lo acompañé, en lugar de eso me senté en mi habitación junto a la ventana abierta para sentir cómo la brisa húmeda jugaba con mi pelo como si me acariciara por el crimen que estaba a punto de cometer. Sabía que me llamarían para visitarle ese día y empecé a barajar estrategias para convencerlo de que no debía utilizar el veneno. Cuando Sofía volvió, casi a mediodía, ella y Wadi me contaron muy entusiasmados que otro cura —de benevolente sonrisa— les había permitido dejar la comida, que prometió hacérsela llegar a mi padre.

Más tarde ese mismo día un chico descalzo trajo una carta de Tejal. Sofía, Wadi y la tía María estaban en el mercado, y mi tío aún estaba trabajando. El pequeño mensajero —el primo de Tejal, Jai— había venido andando desde Benali pese a tener

sólo once años.

«Dios quiera que tu padre ya esté en casa —me escribió Tejal—. Yo estoy con mis padres, y nuestro bebé crece sano en mi interior. Te ruego que vengas en cuanto puedas. Trae libros que me puedas leer y, si es posible, que los elija tu padre. Dale una carta de respuesta a Jai. Te quiero, Tejal».

Le di a Jai una pequeña nota para Tejal y un libro de poesía de Samuel Ha-Levi. También le di para el viaje una bolsita con galletas de coco, con la que salió corriendo por la calle a toda prisa, como si quisiera esconderlas en algún lugar secreto antes de que alguien le pidiera que las compartiera.

Al final de la tarde, Sofía subió corriendo las escaleras y abrió de golpe la puerta.

—¡Te han convocado en el Santo Oficio! —anunció—. Puede que sea para liberar a papá.

Fingí sorprenderme por la noticia, incluso hice lo que pude por sonreír, pero Sofía enseguida notó algo en mi expresión.

—Crees que son malas noticias, ¿verdad? —preguntó dubitativa, con la voz entrecortada, como si temiera que le contara que nuestro padre ya estaba muerto.

—Es sólo que no me fío de ellos —respondí—. Aunque estoy seguro que el soborno habrá funcionado. Ahora sólo es cuestión de tiempo.

Su rostro se iluminó. Me sorprendió lo fácil que resultó levantarle el ánimo. Quizás había invertido demasiado en un final feliz para creer que pudiera pasar algo distinto.

Encontré a mi padre muy desmejorado, con el ojo derecho tan hinchado que ni siquiera podía abrirlo y las marcas de la cuerda que tenía en el cuello infectadas, como si los gusanos hubieran excavado bajo su piel. Le temblaban las manos, y olía a animal podrido.

Cuando entré en su celda, me abrazó. Enseguida noté que tenía fiebre.

La puerta de hierro se cerró detrás de nosotros.

—¿Lo has traído? —me susurró al oído.

Asentí. Noté que no me llegaba la sangre a la cabeza, como si estuviera a punto de desmayarme.

—Que Dios te bendiga, Ti.

Se arrodilló para mirar a través del cerrojo de la puerta, quería asegurarse de que no nos vigilaban. Después de levantarse otra vez, alargó la mano con los dedos abiertos, los ojos enfurecidos, como si fuera el momento más importante que había vivido jamás.

Me quitó el frasco como un ladrón y empezó a llorar en silencio.

—Oh, papá —gemí.

—Todo va bien —no dejaba de repetirme mientras me acariciaba el pelo y me besaba las mejillas. Recuperó las fuerzas de golpe, cuando me abrazó lo hizo con

firmeza—. Tú y yo arruinaremos sus planes —susurró antes de toser a causa del entusiasmo. Se bajó los pantalones y se contoneó como un pato sacudiéndose el agua de la cola en un intento de hacerme reír. Luego se metió el frasco donde nadie pudiera encontrarlo y dio una vuelta con los brazos en cruz, en una especie de danza triunfal.

—No te preocupes —me dijo—. No me he vuelto loco. Sólo estoy contento. Contento de tenerte aquí en este momento. Ti, has salvado tantas vidas... Que Dios te bendiga para siempre.

—¿Entonces no les has dado los nombres...?

—No, y ya no pienso hacerlo jamás.

Nos sentamos juntos en su camastro.

—¿Sabes lo que me apetece ahora? —me preguntó mientras me daba unos golpecitos juguetones en la coronilla.

—No, ¿qué?

—La crema de tamarindo de Nupi —se relamió y simuló derretirse.

—¿Te han dado la comida que te hemos traído?

Negó con la cabeza.

—Sofía te preparó patatas *bhaji*.

—Dale las gracias de mi parte. Dime una cosa, ¿Wadi la ha tratado bien?

—Sí. Creo que ahora se arrepiente de haberme traicionado. Creo que serán felices juntos.

No sabía si eso sería cierto, pero no podía permitir que papá se preocupara por ella.

—Fantástico. Dales mi bendición a los dos. Es importante. ¿Lo harás por mí?

Tomó mi mano y se la puso en la mejilla mientras yo le decía que sí con la cabeza.

—Papá, tienes mucha fiebre —le dije.

—Ya no importa nada. Ti, me tomaré el veneno dentro de dos días. Nadie sospechará que has sido tú. —Hizo un gesto, como si lanzara algo por la ventana—. Me desharé del frasco, y tú no debes admitir jamás habérmelo dado mientras haya alguien de la familia que pueda ser apresado por la Inquisición. ¿Comprendes?

—No se lo diré a nadie.

—Buen chico...

—Papá... ¿estás seguro de que debes hacerlo?

—Casi acaban conmigo esta última vez. Con un embudo en la boca y la cuerda alrededor del cuello, sería capaz de revelar cualquier cosa. No perdamos más tiempo. Dime, ¿cómo están Tejal y mi nieto?

—Pero papá, debemos seguir hablando de...

Se llevó un dedo a los labios.

—¿Cómo está Tejal?

—He recibido una carta en la que me contaba que había vuelto a su aldea. Quiere que vaya a visitarla allí.

—Cuando salgas de aquí, hijo, debes ir a verla enseguida. Y quédate allí. No vuelvas a Goa incluso si te enteras... si te enteras de lo que habrá pasado. Quédate con ella. Y cuando vuelvas a nuestra granja...

—Pero... pero después, después de que... —no conseguía decir la palabra.

—No habrá funeral. Seré enterrado aquí sin ceremonia alguna.

—Pero esto no es tierra santa. No puedo dejarte aquí.

—Aquí entierran a todos los prisioneros muertos, pero mi cuerpo no tiene importancia. —Me secó las lágrimas con los pulgares—. Ya lo sabes.

—Pero tu alma vagará por los Reinos Inferiores si no...

—Eso es una superstición sin sentido. Mi alma ya habrá vuelto con Dios cuando la Inquisición haya encontrado mi cuerpo. —Imitó unas alas con las manos—. No podrán cogerme. Ti, a veces pienso que deberíamos hacer como los zoroastristas: abandonar el cuerpo en una torre y dejar que los buitres den buena cuenta de él. Es mucho más razonable.

—¡Papá, no digas esas cosas! No soporto...

—Lo siento, siento hablar de forma tan estúpida. Ssshhh.

Me meció entre sus brazos y empezó a hablarme de cuando yo era un bebé. Poco después, la puerta se abrió y entró un carcelero seguido de un cura.

—No hemos tenido suficiente tiempo —dijo papá, muy enfadado.

—Tu hijo debe marcharse —le dijo el carcelero.

—¡No me iré! —grité yo.

—No te arrepientas de nada de lo que pueda haber sucedido entre nosotros, Ti —dijo papá en konkaní, antes de besarme en los labios—. Siempre estaré contigo. Te quiero más que a ninguna otra cosa.

Fue como si mi corazón explotara. Me propuse no levantarme de allí. Me quedaría con papá y moriría con él.

El carcelero me agarró por el brazo.

—¡Levántate! —gritó mientras me obligaba a ponerme de pie.

—Ti, escúchame bien —exclamó papá—. Ve a ver al sultán con Sofía —me dijo—. El sultán cuidará de vosotros. Hace años prometió que lo haría y no es un hombre que suele faltar a su palabra.

—Papá —respondí—, no voy a dejarte.

—Debes hacerlo. Espero que cuides de ti mismo a partir de ahora. ¡Debes darle una buena vida a ese nieto mío!

Maldije al carcelero y al cura mientras me sacaban a rastras de la celda. No paré de gritar ni siquiera cuando ya me habían dejado en la calle y no podía sino mirar las puertas cerradas por las que no podía volver a pasar ningún prisionero sin aceptar antes a Jesucristo como salvador.

Durante dos días intenté convencerme de que papá no tomaría el veneno. Pero a

última hora de la tercera mañana, el padre Antonio vino a nuestra casa a informarnos muy apenado de que papá había muerto. Fue el 4 de noviembre de 1591. En la paz de mi corazón, tan escondido que incluso el lamento de mi hermana parecía distante, pensé: «No seremos capaces de continuar con nuestras vidas...».

Si existiera algún tipo de justicia, mis gritos habrían levantado todos los adoquines de las calles de Goa y habrían caído todas las casas hechas pedazos. ¿Qué derecho tenía el mundo a mostrarse tan indiferente ante nuestro destino?

Wadi fue muy amable tanto con Sofía como conmigo, pero la tía María, arrodillándose delante de mi hermana, no tardó en decir algo que me haría creer que, aunque no fuera ella la responsable de la muerte de papá, tampoco le dolía tanto.

—Olvidaréis este momento terrible algún día. Yo os ayudaré a olvidarlo. Todos nos ayudaremos.

—¡Cállate! —grité furioso—. Yo no voy a olvidar. ¿Por qué querría olvidar el momento en el que supimos que nuestro padre había muerto? ¡Si hablas de ese modo es porque nunca te gustó que viviera abiertamente como judío!

Wadi y el tío Isaac fueron al Santo Oficio para intentar recuperar el cuerpo de mi padre. Papá me había dicho que eso no sería posible y demostró tener razón, por lo que llegó el momento de cumplir su último deseo. Subí al piso de arriba para hablar con Sofía y le pedí a mi tía si podía dejarnos a solas. Mi hermana no había hablado ni comido nada desde que nos habíamos enterado de la muerte de papá. Tenía los ojos abiertos, con la mirada perdida. Se ocultaba dentro de sí misma.

Cuando mi tía se hubo marchado, me senté junto a Sofía y le cogí la mano.

—Me voy, Sofía. Pasaré unos días en la aldea de Tejal. ¿Me oyes? —Sofía parpadeó una vez—. Debo ver a Tejal o no seré capaz de sobrevivir a esto. Volveré dentro de una semana. ¿Estarás bien sin mí?

Ella cerró los ojos y yo me lo tomé como una condena silenciosa.

—Sofía, ojalá no me dejaras solo de esta manera. Te necesito. ¿Comprendes lo que te estoy diciendo? ¿Quieres venir conmigo? Nos iremos juntos. No tenemos por qué volver.

Ni siquiera me miró. Me sentí abandonado y miserable.

—Me voy —le dije—. Cuando vuelva hablaremos con calma, pero no volveré a pasar ni una sola noche en Goa. Te llevaré a casa y luego iremos a visitar al sultán. A menos... a menos que decidas quedarte con Wadi y casarte con él enseguida. Ya sabes que papá te dio su bendición antes de morir, aunque creo que deberías volver a casa unos días, al menos para que Nupi vea que estás... —Iba a decir «bien», pero sentí que tendrían que pasar muchos años para que pudiera decirlo—. Al menos para que Nupi vea que te estás recuperando —concluí.

Estuve a punto de sentarme para insistir lo que hiciera falta, hasta que me mirara, pero sabía que si lo hacía sentiría la tentación de quedarme con ella. Recordé lo

mucho que papá me había repetido que cuidase de mí mismo y de mi futuro; cerré la puerta con cuidado al salir.

El perro era grande y muy peludo; sus ojos eran como cuentas negras en una masa lanuda de pelo castaño. Acababa de torcer la esquina para dirigirme a las puertas del sur de la ciudad cuando estuve a punto de tropezar con él. Un chico con un sombrero de paja de ala ancha lo estaba llamando.

—*¡Vem, Carlito!* —gritaba.

Mientras me volvía a poner bien la bolsa que llevaba colgada del hombro, un hombre que se identificó como alguacil de la ciudad se me acercó y me preguntó cómo me llamaba. Cuando se lo dije, me informó de que estaba arrestado. Me había estado esperando varias horas, me dijo. Había decidido no arrestarme en casa para no causarle molestias a mi tío.

Quizá lo que me impidió correr fue la sensación de estar atrapado también por el mundo entero. O porque necesitaba ver a Sofía otra vez.

¿O acaso mi deseo de enfrentarme a los que habían perseguido a mi padre me cegó ante los peligros que me acechaban?

Puede que se tratara de una mezcla de todas esas razones, pero a veces pienso que una parte vengativa de mí —un ladrón de almas sobre el que aún no sabía nada— ya esperaba tras una de las puertas de mi mente, calculando la posibilidad de acabar con lo que el que había traicionado a mi familia había empezado.

18

En la tarde del 17 de enero de 1594, más de dos años después de mi arresto y poco más de un mes después del auto de fe en el que Phanishwar fue reducido a humo, me pusieron unos grilletes oxidados cargados con las vidas de docenas de hombres que habían sucumbido a ellos antes que yo y me llevaron al barco que estaba a punto de partir, el que me llevaría a la prisión de Lisboa. Hacía sólo tres días que había cumplido los veintiún años.

Una vez en el muelle, el cura hizo jurar sobre un misal al capitán Martins, un hombre de cruel belleza, pelo plateado y piel curtida por el sol, que me entregaría a la Inquisición. Con su voz desdeñosa, no me costó darme cuenta de que al capitán no le gustaba recibir órdenes de un hombre que no tenía ni rastro de suciedad bajo las uñas de los dedos.

Un tripulante descalzo que sólo hablaba un portugués rudimentario me llevó a una bodega con cuatro barriles de vino del tamaño de una persona. Me dio un cuenco con agua, dos mendrugos de pan y un trozo de queso seco y maloliente. Cuando cerró la puerta, temí pasar todo el viaje atrapado en esa oscuridad asfixiante, pero a la mañana siguiente, muy temprano, mientras navegábamos río abajo, el capitán mandó que me llevaran a cubierta. Cuando perdimos de vista la ciudad, me quitó las cadenas. Las lágrimas empezaron a brotar de mis ojos cuando cedieron los últimos eslabones, pero mi gratitud sólo consiguió indignar a Martins.

—¡Si te conviertes en una molestia, haré que te azoten hasta que tu sangre diluya ese pellejo de cristiano nuevo! —me dijo.

Arrimado a la barandilla ese primer día, con la sal que me golpeaba la cara y el mar que levantaba el barco hacia el cielo, ni siquiera su desprecio podía herirme. Sentí que si podía ver el sol, sería capaz de resistir mi destino. Y aun así, al anochecer, un temor se apoderó de mí. El horizonte cada vez más oscuro me recordó

por qué me marchaba de la India, y me pareció que me dirigía a la ruina más absoluta. No tendría la fuerza necesaria para sobrevivir seis años más en la celda de una prisión. Ahora que papá estaba muerto, no.

Después de cenar, un joven miembro de la tripulación me mostró cuál era mi camastro. Me dio una naranja que había guardado para él antes de marcharse. Bajo la cubierta, mientras pelaba la fruta con las uñas sucias y mal cortadas, me sentí más seguro. Tras casi dos años en una celda de dos metros y medio por tres, era normal que agradeciera unas paredes y un techo a mi alrededor.

A lo largo de esos primeros días, siempre que trataba de rememorar la secuencia de acontecimientos de mi vida, me di cuenta de que el encarcelamiento había dañado, y mucho, mi mente. Tardé días en poder recordar los nombres de los aldeanos que había conocido desde que era un chico y algunos momentos cruciales de mi vida — incluso la muerte de mi madre— parecía que los había vivido algún lejano antepasado. Si me hubiera visto en un espejo, estoy seguro de que habría visto a alguien a quien no sería capaz de reconocer: alguien demasiado delgado hasta para tener una sombra real, demasiado inseguro y frágil, con cicatrices en las muñecas, el lugar por el que su alma había intentado escapar.

Al principio temí estar alejándome tanto de casa, como si fuera a desaparecer sin más, pero una semana más tarde empecé a creer que me habían dado una oportunidad única. Pronto estaría en otro continente, lejos de cualquiera que pudiera esperar algo de mí. No tenía que revelar la verdad sobre mí mismo o sobre mi vida a nadie.

Podía rehacerme como alguien nuevo.

Mientras comía con la tripulación no podía evitar hablar de vez en cuando, ya fuera sobre el débil viento, sobre los peces voladores o sobre los bulliciosos delfines que a veces jugaban junto al barco, y pronto trabé amistad con un marinero de diecisiete años de una pequeña ciudad llamada Tavira. Se llamaba José y había quedado tan embelesado por la India que le encantaba escuchar mis historias sobre mi infancia vivida en el campo. Le hablé de las ranas en las zapatillas y de un cálao llamado *Sujay*, pero jamás abordé el tema de la muerte de mi padre ni de mi propio encarcelamiento, y José tampoco me preguntó jamás por qué me enviaban a Lisboa. Nuestra amistad se deslizaba por la superficie de las cosas, como me pareció que tenía que ser, ya que sabía que no podía arriesgarme a nada más que a eso.

Si le hubiera contado que lo único que me mantenía en vida era la idea de encontrar a la persona que había traicionado a mi padre para acabar con su vida, ¿me habría creído?

José me contó que la mayoría de los otros marineros procedían de familias sin recursos, o que ni siquiera tenían familia, y que se habían alistado para servir a la Corona cuando aún eran unos chiquillos. Aparte del capitán y de mí mismo, él era el único a bordo que sabía leer y escribir; había tenido la suerte de ser instruido en el

orfanato por un monje franciscano que había hecho votos para alfabetizar a los pobres.

José, que Dios lo ampare esté donde esté, me prestó dos de sus libros más preciados sin ni siquiera preguntarme: *Los Lusíadas* de Luís de Camões y el Nuevo Testamento. Los dos habían sido regalos de su amado maestro.

Cuando puse la mejilla contra esas páginas y aspiré el húmedo aroma a cola de gelatina y papel que desprendían me sentí como si me abrazara mi padre. Me gustaba leer en mi camastro a la luz de una vela mientras los otros estaban en cubierta. Oía sus pasos por encima de mí como si fueran dioses celestiales. Durante las siguientes semanas memoricé cuanto pude de los Evangelios y me puse a prueba a mí mismo recitándolos cuando me encontraba solo en cubierta.

«En la casa de mi Padre muchas moradas hay», escribió san Juan en su Evangelio, y yo construí muchas habitaciones en mi mente para guardar las citas y poder utilizarlas más adelante.

A bordo del *Santa Cecilia* pensaba a menudo en papá y en Phanishwar, por supuesto, y siempre me quedó la sensación de haberles fallado, pero los fantasmas que me acechaban cada mañana y cada noche eran Sofía y Tejal. Me atormentaba no haberlas visto siquiera por un instante durante el auto de fe.

En mis ensoñaciones, veía a la tía María y a Wadi delante de la tumba anónima de papá. A uno de los dos debió haberle alegrado enormemente la noticia de que estaría alejado de ellos durante al menos seis años, pero ¿a quién? ¿O acaso habían sido los dos los responsables de todo lo que le había ocurrido a mi familia?

Después de viajar hacia el sur durante seis semanas y de rodear África por el Cabo de Buena Esperanza, navegamos hacia el noroeste y llegamos a San Salvador, la capital de Brasil, cuatro meses más tarde, el 12 de mayo. Allí me encerraron en una prisión. En el patio que veía desde mi ventana, entre los barrotes, los buitres picoteaban entre los desechos como si intentaran rescatar un tesoro perdido. Les puse nombres afectuosos como *Comilão* y *Barrigudo*, ya que sus peleas por conseguir cualquier resto mitigaban mi aburrimiento.

Pedí enseguida una pluma y tinta para poder escribir a mi familia y a Tejal, pero mi carcelero dijo que estaba prohibido, igual que los libros.

Las mujeres, por lo visto, no estaban prohibidas, y mi carcelero me dijo que por un *tostão* me traería a una africana o a una mulata, o incluso una nativa brasileña con pintura roja alrededor de los ojos y de los pechos. Me habló de las maravillas que esas mujeres tan exóticas podían hacerme para despertar mi interés, pero aunque hubiera deseado su compañía no tenía ni una simple moneda de cobre en mi poder.

Una mañana, unas tres semanas después de llegar a Brasil, un joven de rostro

lánguido y espeso pelo negro, como la crin de un caballo, me condujo por las verdes colinas que coronaban la ciudad hasta una mansión del color del coral que pertenecía a un anciano enjuto, de rostro amable, llamado Alfonso Gil Pereira da Silva, quien, con una copa de vino en la mano, me dijo que trabajaría para él hasta que mi barco partiera hacia Portugal. Cuando le pregunté cuándo sería eso, no supo qué contestarme, pero me dijo que podían pasar varios meses.

Don Alfonso, que es como le gustaba que lo llamasen, poseía veinte mil hectáreas de plantaciones de azúcar de caña y necesitaba un asistente que le leyera la correspondencia y redactara las respuestas pertinentes, ya que la vista lo traicionaba demasiado. Tendría mi propio escritorio en un despacho del piso superior y me pagarían un pequeño sueldo semanal, pero debería seguir durmiendo en mi celda. Tendría los domingos libres para deambular por la ciudad, incluso sin que ningún guardia me vigilase.

—¡Y puedes comer tanto azúcar como te apetezca! —me dijo el anciano, como si se tratara de un premio digno de un rey.

De hecho, puede que lo fuera, ya que lo que enseguida me sedujo de mi nuevo benefactor fueron los pasteles de coco que nos sirvió su esclavo personal. Ese primer día con Don Alfonso comí hasta que me dolió el estómago, lo que le hizo reír cariñosamente. El propietario de la plantación parecía desmesuradamente contento de haberme contratado, aunque yo aún no sospechaba por qué.

Los acaudalados residentes de San Salvador nunca viajaban en palanquines como solían hacerlo en Goa, ni siquiera a caballo, sino en unas hamacas atadas a mástiles que eran transportadas por esclavos africanos. Don Alfonso iba a todas partes en una de color rubí, con cientos de amatistas a modo de flecos que habían sido cosidas a la tela. A mí me vistió con un jubón con brocado de color verde esmeralda y unos pantalones con vuelo de color carmesí, de manera que a sus capataces y esclavos debía parecerles una especie de loro. Me hacía caminar a su lado mientras inspeccionaba sus propiedades; armado con mi papel y mi pluma, escribía página tras página con su florido portugués. Un esclavo taciturno de catorce años llamado Melado —melaza— me sostenía la escribanía con las dos manos, como si contuviera una poción mágica.

En alguna ocasión, Don Alfonso incluso me llevó a alguna cena, donde tuve que probar toda su comida, ya que temía ser envenenado, y llevar a cabo hasta el último de sus caprichos. Una vez no pude evitar escuchar a dos caballeros que bromeaban acerca de si debía sostenerle el miembro mientras hacía pis, algo que encontraron tremendamente divertido.

La campiña que rodeaba San Salvador era exuberante y accidentada, llena de palmeras y árboles frutales, y las playas de arena blanca eran tan resplandecientes como las de la India. Brasil era una tierra maravillosa y resplandeciente, pero me recordaba demasiado a mi hogar, por lo que llegué a odiarla.

Cuando me mostraron mi escritorio, pasé horas enteras escribiendo cartas para mi familia y para Nupi. Me costó encontrar el tono que debía adoptar para dirigirme a mi hermana, y cómo referirme al tema de la traición que se había cobrado la vida de mi padre, ya que la tía María, Wadi o quizás el tío Isaac habían testificado contra él y contra mí, y habían dado el manuscrito de mi bisabuelo Berequías Zarco a nuestros enemigos. Pensé que sería demasiado arriesgado para Sofía que le escribiera sobre mis sospechas: tenía pocas dudas de que le mostraría la carta a Wadi aunque le rogara que no lo hiciera. Los primeros intentos fueron cartas frías y llenas de dolor, para pasar luego a la ira. Cuando Don Alfonso me dejó solo me encerré en mi despacho y desgarré la ropa que había llevado durante el viaje desde la India hasta que quedó hecha jirones. Quería destruir el chico que había sido, y clamaba al cielo que mataría a quien hubiera denunciado a mi padre a la Inquisición.

Finalmente me di cuenta de que lo más importante era convencer a Sofía de que llevara la mejor vida posible y se olvidara de mí hasta que volviera. Tras describirle mi nuevo empleo y pedirle que le ofreciera su ayuda a Tejal, acabé mi primera carta mencionando nuestro desventurado destino sólo de forma breve:

Estoy seguro de que a veces no puedes dormir pensando cómo pudo acabar papá en prisión y quizás incluso te culpes de no haberlo protegido lo suficiente, pero debes dejar todo eso atrás hasta que yo vuelva. Vive tu vida junto a Wadi. No pienses en mí demasiado. Lo que ocurrió debe seguir siendo un misterio, de momento. Te costará ser tan paciente, pero no tenemos elección. Más adelante, cuando falte poco para cumplir mi sentencia, le pediré al tío Isaac que intente anular mi destierro para que pueda volver contigo. Cuando volvamos a estar juntos haremos lo posible por volver a empearar.

Para terminar, cité a san Lucas, pensando en la necesidad que yo mismo tenía de ser paciente:

«Con autoridad y poder, manda a los espíritus inmundos, y salen».

En mi primera carta a Tejal le pedí que me esperara y le prometí que le sería fiel. Le rogué que me enviara noticias sobre nuestro hijo o hija y acabé sugiriéndole que fuera a ver a mi tío si necesitaba ayuda, pero sólo si se aseguraba previamente de que mi tía no estuviera. Le mandé una flor silvestre seca con la carta, como tantas veces había hecho cuando estaba en la India.

Escribía a Tejal y a mi familia dos veces al mes desde entonces; les mandaba descripciones de la ciudad y de mis pequeñas aventuras con Don Alfonso, ya que me pareció que no tenía sentido sacar a colación más cuestiones desagradables. No esperaba recibir respuesta alguna, ya que nos encontrábamos a varios meses en barco de Goa. Al ver que no obtenía respuesta, no obstante, no pude evitar sentir una decepción que me volvió algo deprimido y mezquino. Les había pedido a Sofía y a Tejal que me escribieran a la prisión Galé de Lisboa, y tenía la esperanza de encontrar sus cartas allí al cabo de unos meses.

Justo antes de abandonar Brasil en agosto, oí que Don Alfonso le contaba mis circunstancias a un mercader que comerciaba con pieles exóticas y que acababa de llegar de Lisboa. Entre otras cosas, el propietario de la plantación afirmó que yo era el hijo mayor de un noble rico que en Goa recaudaba los impuestos portuarios para el rey. Entonces todo cobró sentido: el capitán Martins debía haberle contado a Don Alfonso que yo procedía de una familia importante y el anciano creyó que darme un empleo era una manera de elevar su posición en la ciudad. ¡Todo el tiempo que habíamos estado juntos me había estado exhibiendo como un trofeo!

En la misma conversación también descubrí que el capitán se quedaba con todo mi salario, y que sólo le pagaban la mitad de la tarifa vigente, lo que constituía una prueba, supongo, de que las cosas casi nunca son lo que parecen en esta vida terrenal. Y que la mayoría de la gente prefiere que así sea.

Llegamos a Lisboa el 11 de noviembre de 1594 después de tres meses más en barco y una sola parada en la isla de Terceira, en medio del Atlántico. De esos primeros días en Portugal recuerdo sobre todo las frías lluvias y el viento. Parecía que tuviera los huesos hechos de cristal helado.

Tras una noche en una celda del Palacio Inquisitorial de la plaza principal de Lisboa me llevaron a la prisión de Galé, sobre el banco del río Tajo, más o menos a un kilómetro y medio del puerto. Un barbero me afeitó la cara y la cabeza, y luego me encadenaron al tobillo de un cristiano nuevo de Santarén cuyo nombre era Manuel Lopes. Tenía una apariencia enfermiza —color ceniza— e iba muy encorvado porque había sido torturado recientemente. No quiso mirarme ni decirme nada. Más tarde, otro prisionero me contaría que cuando lo colgaron por las muñecas, Manuel había admitido que su esposa y sus hijos eran judíos secretos. De ese modo se salvó a sí mismo de la hoguera mortal, pero su familia se pudría ahora en las tripas de alguna mazmorra de la Inquisición.

He conocido a mucha gente desgraciada, pero Manuel era el único cuyo espíritu se había extinguido completamente. Aún hoy, no sé cómo podía continuar viviendo.

Enseguida pregunté si habían recibido alguna carta para mí, pero me dijeron que no había llegado ninguna. Sospeché que me las ocultaban, pero no recibí más que amenazas cuando se las supliqué a los carceleros.

—Incluso a Jesús le dieron el pergamino de Isaías —les dije, pero era obvio que no les interesaba demasiado su propio salvador, ya que me dieron una buena paliza.

Junto con doscientos prisioneros más, Manuel y yo fuimos conducidos hasta los astilleros ese primer día de mi nueva vida, y nos pusieron a trabajar como estibadores, que es lo que me tocaría hacer durante lo que me quedaba de sentencia. Desde que salía el sol hasta que se ponía, descargábamos frutos secos, azúcar, telas de algodón, especias, madera y cualquier otra cosa de provecho que pudieran mandar

desde las colonias. También se nos encargaban tareas de baja categoría, como recoger piedras para los lastres, reparar redes y limpiar aulagas para fabricar cuerdas. Mantenían apartados de nosotros a varios esclavos africanos que habían sido castigados por intentar escapar de sus amos. Ante el más mínimo quejido, esos desgraciados eran azotados con una cuerda llena de nudos. También trabajaban apartados media docena de moros que habían sido capturados durante una batalla naval cerca de la costa de Marruecos. Durante mi tercer mes de trabajo, vi que un soldado apuñalaba con una daga en la mejilla derecha a un musulmán porque se había negado a saltar al río Tajo para recuperar una cesta que había caído por la borda. Con un marcado acento árabe, el pobre hombre juró que no sabía nadar, pero eso al parecer no se consideraba una excusa válida.

Dormíamos en camastros en un dormitorio húmedo y frío —tanto los criminales comunes y los hombres que había enviado la Inquisición— y nos dieron a cada uno de nosotros una camisa azul muy holgada y una gorra, así como un abrigo grueso de lana gris que utilizábamos como manta por las noches. Podíamos comer, tantas como quisiéramos, una especie de galletas negras, tan duras que los hombres las llamaban *tijolo esmagado*, ladrillo aplastado. También nos daban pequeñas cantidades de carne en salazón y habas. Mis fantasías incluían los mangos y a veces, mientras dormía, me parecía oler el *vindaloo* que solía preparar Nupi.

Los domingos asistíamos a misa en la capilla de la prisión. Por aquel entonces yo ya citaba tan bien a los evangelistas que todo el mundo me consideraba un converso beato. Ayudaba al cura más anciano, el padre Pedro, en su servicio; mi tarea era la de encender todas las velas, dado que él ya no podía subir a la escalera. Era un hombre fantástico que a menudo intentaba hacerme reír, pero sus payasadas sólo conseguían recordarme a mi padre.

Estuve enfermo casi todo ese invierno, y a menudo tuve fiebre y temblores a causa de ese tiempo tan frío, pero cuando llegó el mes de marzo y el sol lucía durante más tiempo sobre la ciudad sentí que recuperaba mis fuerzas. Si quitaba el tiempo que había pasado en el mar y en San Salvador con Don Alfonso, me quedaban poco más de cinco años para acabar de cumplir mi sentencia.

Estoy seguro de que papá habría querido que me ennobleciera trabajando en los años siguientes para estrechar lazos con los otros prisioneros pero, en lugar de eso, lo que hice fue acumular mi amargura y mi rabia con la avaricia de un joven Midas, y echado en mi camastro panza arriba, exponía esos sentimientos a la luz para poder admirar su forma y su lustre, les sacaba brillo cuando estaba a solas, siempre impresionado por su rotundo resplandor.

No tardé en entender que quienquiera que hubiese traicionado a mi padre ante la Inquisición debía haber conspirado contra él durante meses; para estar seguro de su éxito, ese traidor habría considerado esencial anotar hasta el último detalle de las

herejías de papá, por nimias que pudieran ser. Además, habría tenido que planificarlo todo con sumo cuidado para poder robar el manuscrito de mi bisabuelo en el momento justo y sacarlo a escondidas de nuestra granja sin que nadie se enterase.

Los inquisidores que recibieron ese valioso texto antiguo habrían tenido que llevar a cabo una investigación exhaustiva sobre mi padre para poder construir una acusación sólida contra él. Incluso si los enemigos secretos de papá proporcionaron a los curas los nombres de posibles testigos —y aunque les hubieran ofrecido sobornos para inducirlos a testificar contra mi padre—, el proceso de acumular testimonios habría tardado por lo menos varias semanas.

También llegué a creer que Wadi y la tía María eran las únicas personas a las que conocía que me parecían lo suficientemente taimados para instigar una conspiración de ese tipo. También eran los únicos que odiaban lo suficiente a mi padre como para conspirar contra él durante meses.

Esa premeditación deliberada continuaba siendo lo que, en mi opinión, convertía ese crimen en algo tan malvado. Al final, mis fantasías acababan invocando las formas más crueles de asesinato.

Una vez tras otra, encerraba a mi tía y a mi primo en una mazmorra y los condenaba a morir de hambre hasta que los dos acababan confesando que habían robado el manuscrito de mi tío abuelo para poder destruir a papá. Y por lo que respecta al padre Carlos Miguel Fonseca, al que despreciaba casi con la misma vehemencia, lo engañaba para que entrase en la cámara de tortura de mi mente con algún señuelo, igual que él había engañado a Phanishwar para apartarlo de su vida. Luego lo destrozaba con la ayuda de cuerdas y poleas.

Las decenas de miles de cajones que tuve que llevar de un lado a otro y los carros de mercancías que tuve que arrastrar llegaron a penetrar en mis fantasías asesinas contra Wadi, la tía María y los inquisidores, y esas fantasías reforzaban a la vez mis músculos y mi voluntad. ¿Sería una exageración decir que me renovaron para convertirme en alguien nuevo y mejor?

Dar rienda suelta a mi odio volvió a darme un motivo para seguir viviendo y, no obstante, durante mis primeros meses en Lisboa en ocasiones luché contra mis sentimientos más oscuros, como un adicto al opio que rechazara el tranquilizante aroma de su pipa. A veces dejaba que mi frustración sacara lo mejor de mí y me enzarzaba en peleas con otros hombres. Una vez, al sentir la necesidad imperiosa de cometer un error irreparable, cogí una plancha de madera y golpeé con ella en toda la cara a un ladrón de Coimbra que había intentado robarme la capa, con lo que le rompí un pómulo. Y la cicatriz en forma de «C» que tengo en la oreja derecha me la hizo la uña de un asesino de Braganza, enfadado porque le dije que no escupiera cuando yo estuviera cerca. Saltó sobre mí mientras yo descargaba bacalao en salazón, pero conseguí zafarme de él y lanzarlo al río antes de que pudiera dejarme más cicatrices en la cara.

Una vez aceptado mi exilio de la India y mi destino, empecé a comprender la

utilidad de formar alianzas en prisión y trabé amistad con varios tipos. Incluso los más fanfarrones y salvajes llegaron a comprender que jamás me rendía si me enzarzaba en una pelea y tendían a mantenerse alejados de mí.

Uno de los prisioneros con los que trabé amistad era un pastor de la iglesia anglicana educado en Oxford que se llamaba Benedict Gray, que posteriormente escribiría de forma muy elocuente sobre sus experiencias en prisión, en un volumen publicado en Londres en 1602 titulado *Una breve narración de la Inquisición en Lisboa*. Me han dicho que el libro se ha vendido muy bien y que puede encontrarse en casi cualquier biblioteca británica.

Llegué a aprender inglés estudiando con Benedict Gray cada noche, ya que entonces creía que conocer otra lengua europea podría serme útil, y el hecho de tener un amigo de un país sin católicos podría llegar a ser una gran ventaja para mí.

Mientras discutíamos acerca de su visión del cristianismo, Benedict me contó que el rey Enrique VIII había prohibido el culto papista, que es como los anglicanos llamaban a los católicos romanos. El pastor incluso creía que el papa era un anticristo cuyo objetivo era apartar a los hombres y a las mujeres del verdadero mensaje de compasión del Mesías.

A él y a otros les conté que era el hijo adoptado de un exportador de tejidos. No tenía hermanos ni hermanas. Que había aprendido latín y a tirar con el arco en la escuela jesuita de Goa.

¿Me creyeron? No me importó; me hacía sentir seguro robar el pasado de otra persona y al lado de eso las opiniones que los demás pudieran tener de mí me importaban menos que el polvo de las colonias portuguesas en la India, África y Brasil que había sacudido de mi ropa. La necesidad que sentía de dar caza al asesino de mi padre se escondía tras las palabras piadosas y las amables mentiras que solía pronunciar en público.

No me llegaba ninguna carta de Sofía, de Tejal ni de mis tíos. Empecé a escribirles el último domingo de cada mes, ya que en nuestro día de descanso una monja de rostro dulce llamada María Magdalena venía a prisión con papel y una pluma, y tomaba nota de cualquier cosa que cada hombre quisiera comunicar a su familia. La hermana María Magdalena pronto se dio cuenta de que yo sabía escribir y, animándome a coger el cálamo, insistió en que no perdiera la esperanza de recibir respuesta algún día.

Al ver que las noticias seguían sin llegar, no obstante, dejé de aprovecharme de sus visitas con el convencimiento de que cualquier intento sería en vano. Supuse que si me habían enviado alguna carta, debían haberla confiscado.

Al final de mi tercer año en Lisboa, un cristiano nuevo, un mercader llamado Marcos Severino Pereira, empezó a dar limosnas a los prisioneros. Cuando me dio una gruesa manta de lana, sus ojos de color castaño mostraron tanta compasión que

impulsivamente le pregunté si podía decirle a mi familia que me escribieran y mandaran las cartas a su dirección. Al principio, jugueteó nervioso con el llavero que llevaba asido al jubón y tartamudeó alguna excusa relacionada con los meses que pasaría alejado de Lisboa. Sin duda tenía miedo —dada mi reputación— de que aún fuera un hereje, pero cuando le aseguré que simplemente ansiaba tener noticias de mi hermana, aceptó a condición de reservarse el derecho de leer mi correspondencia.

A su casa llegó una primera carta de mi tío meses después de haberla escrito, casi cuatro años después de mi llegada a Lisboa. Cuando vi la caligrafía serpenteante de mi tío Isaac, tan parecida a la de mi padre, sentí que todo daba vueltas a mi alrededor y mis manos empezaron a temblar. Todo el tiempo que había pasado alejado de la India se reducía a nada. Mientras leía la carta, floté por encima de mí mismo hacia un lugar en el que sus palabras sonaban tiernas y susurradas.

Fue muy inteligente por tu parte pedirle ayuda al Senhor Pereira. Tengo esperanzas de que finalmente llegues a recibir lo que te escribo. Te mando todo mi cariño y mi amor.

Luego me dio la noticia que tanto ansiaba recibir:

Se ha levantado tu orden de destierro. Por tanto, eres libre de volver con nosotros en cuanto hayas cumplido tu pena. Haré que te transfieran fondos a través del Senhor Pereira para que puedas volver a casa sin tener que seguir trabajando.

Mi tío también me escribía para contarme que Wadi había asumido gran parte de su trabajo en Goa. Mi tío pasaba gran parte de su tiempo en Damão y en Diu, pequeñas colonias portuguesas en la India con las que esperaba poder establecer mayores vínculos comerciales. Entre líneas interpreté que su matrimonio con mi tía estaba en las últimas.

Sobre mi hermana y mi futura esposa sólo escribió una línea: «Sofía te echa muchísimo de menos y hace poco tuve noticias de Tejal, que por lo visto está bien».

Pensé que no se había extendido más porque ellas también querrían escribirme por separado, pero nada de lo que me mandaron me llegó jamás. Con tan poca información, mi mente no tardó en fantasear acerca de las desgracias que podrían haber sufrido y que mi tío podría estar ocultándome. En las cartas posteriores le pedí que me lo contara todo sobre ellas y que les rogara que me escribieran directamente, pero nunca me dijo nada que no fuera que las cosas les iban bien.

No dijo nada de nada respecto a mi hijo o hija, aunque escribí a mi tío durante mi arresto para contarle que Tejal estaba embarazada. ¿Acaso había nacido muerto? Ése pasó a ser mi principal temor, me preocupaba que si nuestro bebé estaba muerto, los padres de Tejal podrían haberla obligado a casarse con otro. Empecé a comprender que en la India me esperaba un mundo que ya no sabría reconocer. Intenté prepararme para lo peor, pero lo único que sabía con toda seguridad era que, en cuestión de amores, prepararse sirve de muy poco.

A Benedict Gray le faltaba poco para ser liberado cuando empecé a recibir cartas de mi tío. Justo antes de nuestro último adiós, mientras cargábamos lastre en un barco con destino a Brasil, el inglés me dio un pedazo de papel en el que había escrito su dirección. Después de leerlo rápidamente, lo tiré al río.

—¿Por qué has hecho eso? —me preguntó escandalizado.

—No quiero ningún indicio que mis enemigos puedan encontrar. No te preocupes, no olvidaré dónde vives.

Luego le pregunté si podría recibir las cartas por mí en Oxford y luego enviarlas al *Senhor Pereira*.

—Pero ¿por qué? Tardarán varias semanas más en llegar desde Oxford.

—Será mejor que no lo sepas —respondí.

Él sonrió cautelosamente al oír mi respuesta.

—«Guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos» —dijo, citando a san Mateo 16.

¿Me estaba previniendo para que no volviera a caer en manos de la Inquisición? ¿O para que pudiera cumplir mis deseos secretos? Nunca me atreví a preguntárselo.

—Si haces esto por mí —le advertí—, no podrás volver jamás a Portugal, ya que lo que yo escriba o reciba podría ponerte en peligro.

Sus ojos brillaron con el fuego de su desprecio por los papistas.

—Haré lo que me pidas —me aseguró.

—El nombre que debe constar en las cartas que sean para mí debe ser James Matthews —le dije—. Jamás debes admitir ante nadie que las enviaste o el *Senhor Pereira* correrá peligro.

—Seré el mismísimo silencio —juró Benedict mientras me tendía la mano. Se la estreché entre las mías, sabiendo que no volvería a verlo jamás.

Las cartas de mi tío escasearon durante mis últimos años en prisión. Fue dándome pequeñas pistas que finalmente me daban a entender que no gozaba de buena salud, y sólo después de insistir mucho me contó que Tejal había dado a luz a un niño llamado Kama. El nombre me hizo sonreír, ya que Kama era el travieso dios del amor hindú, el equivalente a Cupido. Tanto mi hijo como su madre vivían en Benali, y los dos se encontraban bien. Le pregunté la razón por la que Tejal no me escribía, pero mi tío jamás respondió a esa pregunta. La vida probablemente había sido una batalla continua desde mi partida. Por aquel entonces, podía ser que no sintiera más que rencor por mí y que mi tío quisiera ahorrármelo.

Kama... Me lo imaginaba con los ojos azules, con el pelo oscuro de Tejal, lanzando flechas de pasión a los aldeanos. Me permití creer que si él estaba bien, yo también lo estaría.

Mi tío me escribió diciendo que no sabía nada sobre el paradero de Nupi. Temía

que se hubiera culpado de lo que había sucedido y estuviera mendigando en alguna ciudad lejana como penitencia.

Pasaba la mayor parte de mi tiempo dándole vueltas a cómo debía acercarme a Tejal cuando pudiese volver. Es estúpido lo mucho que la mente se aferra a una solución que posteriormente parece absurda. Llegué a fantasear que rescataría a Nupi de su desolación, de todo aquello que se reprochaba a sí misma, igual que hubieran hecho mis padres, y que sería ella quien convencería a Tejal para que volviese conmigo. Con qué desesperación debo haber necesitado inventar esas intrincadas fantasías de salvación.

Un día de otoño llegó una carta de mi tía. Preguntó por mí sólo brevemente, pero se explayó a la hora de relatar sus cenas con sumo detalle: dos páginas y media de elaborada descripción. Wadi añadió cinco palabras al final: «*Tigre, espero que estejas bem*».

Supongo que tendría que haberme alegrado de que mi primo reservara algo de tiempo de su atareada agenda para expresar lo que aún sentía por mí.

Cuando me quedaba un año de sentencia, empecé a notar que el final de mi tiempo en prisión me aceleraba el pulso. Después de haberme ganado la confianza del carcelero con mis frecuentes citas del Nuevo Testamento, pronto se me permitió visitar al *Senhor* Pereira y a su familia un domingo sin la presencia de un soldado. Después del almuerzo me senté ante un pequeño escritorio de su estudio y escribí la carta siguiente, en un portugués lleno de errores ortográficos que daría más veracidad a mi historia:

Muy estimado padre Carlos Miguel Fonseca:

Por favor, Excelencia, perdone que os escriba sin previa presentación. Me llamo James Matthews, y pertenezco a una estirpe muy perseguida en Inglaterra y que quizá sea digna de vuestra compasión: la Iglesia católica. He tenido que esconderme otra vez debido a mis creencias, por lo que os pido que enviéis vuestra respuesta a la atención de un amigo en el que puedo confiar plenamente.

Un conocido inglés que tuvo la buena fortuna de pasar unas semanas en Goa me contó hace poco la valiosa tarea que estáis llevando a cabo, la codificación de las prácticas de muchas de las sectas paganas que asolan la India actualmente. Mediante vuestro trabajo, no tengo ninguna duda de que un gran número de infieles indios ya habrán sido bautizados y acompañados hasta la puerta que conduce a la compasión del Señor.

Estoy especialmente interesado en esos primitivos que se hacen llamar jainistas. He oído decir que se trata de una secta muy peculiar, ¡y que sus seguidores creen que incluso los animales tienen alma! (Mis amigos se ríen ante tales creencias, pero yo les aseguro que la herejía de los que son tan simples no es objeto de alborozo en la India y otros países sumidos en la oscuridad espiritual).

Para los estudios que estoy llevando a cabo, que se centran en la posibilidad de que el judaísmo sea el origen oculto e insospechado de un buen número de herejías, incluidas las de los jainistas, os agradecería sobremedida si pudierais escribirme para contarme sobre las creencias de esos horribles mendigos respecto al alma. Os pagaré con gusto por este servicio y os agradezco por adelantado vuestra inestimable ayuda.

Si algún día venís a Europa, estaría encantado de poder conversar con vos acerca de estos temas. Podríais, por supuesto, disponer de mi hogar, aunque mis circunstancias son más bien modestas. Espero poderos enviar una dirección permanente más adelante, pero por el momento os ruego que me escribáis a

la atención de mi amigo.

«Vendrán del oriente y del occidente, del norte y del sur, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios».
San Lucas 13.

Atentamente,
James Matthews

Como posdata, añadí en inglés:

Os ruego que me disculpéis los errores gramaticales que pueda haber en esta carta. Aunque he vivido en muchos países, mis conocimientos en lenguas no son tan buenos como los de los jesuitas.

Decidí que no enviaría la carta directamente al Santo Oficio. En lugar de eso, la mandaría a la atención del *Senhor* Jácome Morais, el hombre que me había escoltado durante el auto de fe. Sin duda éste se preguntaría por qué estaba siendo utilizado como intermediario, pero su confusión acabaría por servir a mis intenciones.

Cuando el *Senhor* Pereira me preguntó por qué dirigía la carta a la atención del capitán de la flota real de Goa, le conté que un cura importante al que no podía identificar me suplicó que lo mantuviera informado de mis progresos espirituales como cristiano nuevo recién converso, pero que no creía conveniente que pudieran asociarse nuestros nombres, por lo que me había pedido que le escribiera por medio de alguien con quien tuviera una estrecha relación.

Al *Senhor* Pereira le encantó mi diligencia para ganarme la voluntad de un cura, y dada la naturaleza supuestamente íntima de la carta, renunció al derecho que habíamos pactado de leer lo que hubiera escrito. Se la dio a un conocido que partía con un cargamento hacia Malaca que haría escala en Goa. Dado que yo tampoco deseaba poner en peligro a nadie más, le dije que el hombre debería entregar la carta por medio de un mensajero.

—Para proteger al cura —expliqué—. «Cuando el hombre fuerte armado guarda su palacio, en paz está lo que posee» —añadí, citando a san Lucas.

Pasaron dos meses, apenas el tiempo justo para que mi carta llegara a Goa y recibiera una respuesta, pero la impaciencia me impelió a escribir de nuevo al padre Carlos. Repetí mi solicitud original y esta vez la mandé junto con un anillo de plata que me había dado recientemente el *Senhor* Pereira como regalo de cumpleaños. Le había grabado una minúscula *menorah* utilizando un cuchillo que había tomado prestado de su cocina. Le pedí al cura que tuviera a bien aceptar el pequeño regalo como pago por adelantado por el servicio que me estaba prestando, y le expliqué que me lo había dado un amigo jesuita, que a su vez se lo había confiscado a un judío quemado en la hoguera por hereje en Sevilla.

«Sospecho que la *menorah* podría ser algún tipo de talismán —le escribí—, y por tanto puede ser de gran interés para vuestra investigación. El anillo podría ser muy antiguo, a juzgar por la mala calidad del grabado, pero con vuestro conocimiento de

la raza hebrea, sin duda seréis capaz de arrojar más luz sobre este tema».

Envié mi carta a Goa mediante un mensajero que me había recomendado el *Senhor Pereira*. El anillo dejó una impresión circular en el papel sellado, lo que prácticamente aseguraba que el capitán Morais lo abriría antes de hacerlo llegar a su destino. Imaginarlo sosteniendo aquella chuchería ante la luz para inspeccionarla más detalladamente me llenó de un vibrante sentimiento de éxito: el primero que tenía desde mi arresto, más de cinco años atrás.

Pasaron tres meses hasta que me llegó una carta de Benedict Gray. Mis palabras halagadoras habían despertado el interés del padre Carlos: me había enviado una larga carta, a la atención de mi viejo amigo inglés, en la que hablaba largo y tendido sobre lo que llamaba la «herejía jainista». Las descripciones de rituales y creencias del cura eran eruditas e incluso poéticas, pero no tenían ningún interés para mí. Era su caligrafía, lo que me interesaba. Era ordenada y cuadrada, excepto las palabras que iniciaban un nuevo párrafo, que estaban decoradas con grandes fiorituras. Su firma era florida y grande. El gran número de horas que había pasado ilustrando manuscritos me resultó muy útil entonces, y tras varias semanas de práctica fui capaz de imitar su escritura sin ni siquiera mirar la carta original. En ese punto me sentí lo suficientemente seguro para volver a escribirle:

A Su Excelencia el padre Carlos Miguel Fonseca:

Habiendo sido confiado por Su Excelencia para encontrar un barco o embarcación adecuado para llevaros desde Lisboa a Tierra Santa después de venir a Europa desde Goa, me he tomado la libertad de contactar con un colega inglés que posee el conocimiento más sutil en tales materias. Su nombre es Charles Benjamin, y tuvo el gran placer de conocerlo en Goa hace años. De hecho, aún no ha olvidado sus numerosos gestos de amabilidad. Me ha asegurado que os escribirá tan pronto como lo haya planificado adecuadamente, ya que puede que tengáis que viajar hasta un puerto mediterráneo para poder coger un barco hasta Tierra Santa. En su carta me promete que os explicará todos los detalles relevantes y os ayudará a encontrar una modesta morada en la que podáis alojaros como es debido. Espero que esto cuente con su aprobación.

«El que practica la verdad viene a la luz, para que sea manifiesto que sus obras son hechas en Dios».

*Atentamente,
James Matthews*

Cualquiera que leyera esa carta podría llegar a pensar que el padre Carlos me había contratado para ayudarlo a llevar a cabo sus planes para viajar a Tierra Santa, pero puse una atención especial en el uso de expresiones del código que había aprendido de otros prisioneros:

«El conocimiento más sutil» significaba la Torá; «modesta morada» significaba la sinagoga.

Había aún una tercera expresión menos conocida:

Cuando se habla de «puerto» en la carta, se refiere a la *mezuzah*, la pequeña cajita de oración que se fija a la jamba de la puerta de cada hogar judío como símbolo de

protección divina.

Las palabras «*para llevaros desde Lisboa a Tierra Santa*» acabarían de confirmar ese significado codificado a la vez que mencionarían el viaje espiritual que el jesuita podría llevar a cabo con la ayuda de la *mezuzah*.

Para cualquiera que estuviera familiarizado con esas expresiones —los inquisidores, por ejemplo—, me había limitado a informar al padre Carlos de que un judío inglés llamado Charles Benjamin le proveería de una *mezuzah*. Además, quedaba claro que lo utilizaría para cubrir sus necesidades espirituales, y el inglés se pondría en contacto con él en breve.

Volví a enviar la carta por medio de Jácome Morais, pero esta vez escribí «*urgente e pessoal*» bajo el sello. Dada la curiosidad que mi carta anterior seguro que había despertado en el capitán, y dado el clima de permanente sospecha creado y fomentado por la Inquisición, con eso me aseguraba de que leería su contenido.

Faltaban sólo siete meses para cumplir mi condena y mi tío había conseguido transferirme fondos por medio del *Senhor* Pereira. Un domingo pude ir solo a su casa y compré un joyero alargado de plata en un tenderete andrajoso del mercado dedicado a la venta de artículos de segunda mano y robados que estaba junto al río. Antes de volver a mi dormitorio esa noche, pude escaparme unos minutos y encerrarme en el estudio de mi anfitrión. En la tapa de la caja de plata grabé las palabras «Oye, oh Israel», que eran las primeras palabras de la oración hebrea que se introduce dentro de una *mezuzah*. Debajo de la inscripción, dibujé una *menorah* diminuta. El domingo siguiente, escribí la oración completa en una cinta de papel, la enrollé bien y la metí dentro.

En la nota adjunta, escribí: «Esta caja sólo debe abrirla el padre Carlos Miguel Fonseca». Firmé como Charles Benjamin.

Como posdata, añadí que estaría encantado de cumplir con los deseos del cura de organizar un viaje parecido para el carcelero de la prisión llamado Antonio Ribeiro, a quien había mencionado junto con los otros amigos indicados en la lista. Antonio Ribeiro era el verdadero nombre del Analfabeto; no había olvidado —ni perdonado— que pegara a aquella anciana florista que me ofreció una flor de hibisco mientras me arrastraban para bautizarme.

Esa noche, mandé la *mezuzah* por medio de un mensajero.

Seis semanas más tarde, en lo que por entonces ya se había convertido en mi visita dominical habitual, el *Senhor* Pereira me dio una carta de Benedict Gray que acababa de llegar. Contenía un breve mensaje del padre Carlos. La punta de la pluma del jesuita había resbalado en dos sitios, lo que se traducía en varias manchas de tinta, y a punto había estado de atravesar el papel al firmar con su nombre. En ella, escribió:

No sé quién es usted, señor, ni quién cree que soy, pero le ordeno que deje de mandarme correspondencia, anillos o cualquiera de esas cosas a las que llama regalos. Simplemente debe de confundirme con algún hereje decadente. No creo en absoluto que sea usted católico. Puede considerar terminada nuestra correspondencia.

Rompí la nota y la lancé al río mientras volvía andando a la prisión. Estaba nervioso y entusiasmado. Sentí como si estuviera cruzando un río construido con mis deseos prohibidos.

Varios días más tarde, volví a escribirle, para decirle que aún no había obtenido respuesta del buen padre sobre sus planes de viaje.

He sentido una gran desilusión por no haber recibido ninguna respuesta en absoluto, especialmente porque el señor Benjamin había planificado vuestro viaje con mucho esmero. Estaba seguro de que apreciaríais todo lo que había hecho por vos y, aunque confío que vuestro silencio se debe sólo a la poca fiabilidad de las comunicaciones entre Goa y Lisboa, no puedo evitar preguntarme si ha ocurrido algo. Rezo por que no os encontréis enfermo ni os hayáis enojado conmigo por algún motivo. Por favor, tened la amabilidad de escribir a vuestro humilde sirviente.

Durante las dos semanas siguientes dibujé de memoria un retrato detallado del padre Carlos, con el Santo Oficio de Goa de fondo. Luego le envié dos cartas más. En la primera le decía:

Qué alegría he sentido al recibir de nuevo noticias vuestras, Su Excelencia. Gracias por vuestros regalos. A mi esposa le encantó el hermoso pañuelo de seda. Esos maravillosos bordados deben haberlos realizado los dedos más ágiles de la India. Y respecto a mi cepillo de carey, ¡ojalá tuviera más pelo por peinar!

Todos vuestros amigos del más sutil conocimiento os agradecen vuestros buenos deseos.

Debo añadir que no era necesario que me enviarais tantos regalos, fue un honor por mi parte poder ayudaros con vuestros planes. Espero que Tierra Santa viva siempre en vuestro interior a partir de ahora.

He tenido contacto con Charles Benjamin y me asegura que los deseos del Senhor Antonio Ribeiro también se han satisfecho recientemente.

*Saludos cordiales,
James Matthews*

P.D. He transferido vuestro pago a Charles Benjamin; os agradece enormemente la generosa gratificación que añadisteis.

«El hombre bueno, del buen tesoro del corazón saca buenas cosas».

San Mateo 12

Mi segunda carta incluía el retrato que había dibujado del padre Carlos. Se lo enviaba para rebatir la afirmación del cura de que mi *alter ego*, James Matthews, lo había confundido por otra persona. Encima del dibujo escribí en inglés:

A Su Reverencia, el padre Carlos Miguel Fonseca:

Hice este dibujo durante mi estancia en Goa, como podéis ver. Confío en que no habréis cambiado tanto durante los últimos tres años y os reconoceré a pesar de mis humildes talentos.

Fue un placer hacer negocios con vos y el señor Matthews.

Cualquiera que abriera mi carta y viera mi dibujo sabría de inmediato, por supuesto, que no había ninguna confusión de identidades.

No recibí más comunicaciones procedentes de Benedict Gray en las semanas siguientes, por lo que llegué a la conclusión de que el padre Carlos había decidido que el silencio sería el recurso más seguro.

Ese otoño llegó una carta, no obstante, de alguien a quien no había visto desde hacía muchos años: Sara, la chica a la que Wadi había dejado por mi hermana. En ella me contaba que mi tío le había dado la dirección del señor Pereira. Tras expresar sus esperanzas de que me encontrara bien, me contaba que le había prometido a mi tío Isaac que no me comentaría ciertos temas especialmente delicados. «Y, no obstante, me siento obligada, por lo menos, a decir lo siguiente», y añadió:

Tus tíos seguramente te ocultan algunas cosas que han sucedido estos últimos años. Me siento obligada a escribirte a este respecto porque lo que te cuenten probablemente contradiga lo que tu hermana me contó a mí. Por tanto, cuando vuelvas a Goa, te ruego que vengas a verme. Por favor, Tiago, no te formes opiniones firmes acerca de lo que sucedió entre Wadi y tu hermana hasta que hayas hablado conmigo.

Con temor, me pregunté a qué podría estar refiriéndose, pero más que eso, me preguntaba si era posible que Sara supiera quién nos había traicionado a mi padre y a mí. Por desgracia, no llegaron más cartas que explicaran sus crípticas palabras.

El 19 de diciembre de 1959, tras completar mi deuda de seis años con el Santo Oficio, salí de la puerta principal de la prisión de Galé para encontrar el viento y la lluvia implacables que siempre había asociado con el invierno lisboeta. Me santigué y murmuré plegarias cristianas mientras me dirigía al centro de la ciudad.

Durante esos primeros días que pasé fuera de mi dormitorio, me sentí abandonado. Me parecía imposible que nadie me estuviera vigilando o restringiendo mis movimientos. Desorientado como estaba, imaginé que mucha de la gente con la que me crucé eran espías contratados para seguirme. No dejaba de mirar por encima de mi hombro mientras andaba.

Con los fondos de mi tío, conseguí una buhardilla en un hostel desvencijado tras la iglesia de San Miguel, en el barrio de la Alfama. Me oculté allí durante unos días, acurrucado bajo mi manta de lana, comiendo queso y pan, y bebiendo sólo agua. Mi sueño era febril. El silencio nocturno ocultaba monstruos con los dientes ensangrentados de Kali. No había soñado con esas criaturas asesinas desde la muerte de mi madre.

Cuando me atreví a salir por algo más que unos simples minutos, fui a que un barbero me despiojara y me cortara las uñas bien cortas. Compré ropa cálida, entre

otras cosas unos buenos pantalones de color *beige*, en la Rua Nova, donde muchos judíos conversos tenían sus comercios. A punto estuve de comprar también un Nuevo Testamento para refrescar la memoria, pero ya en la librería, el olor a papel y piel me recordó tanto a la biblioteca de mi padre que tuve que salir de allí a toda prisa. Anduve varios kilómetros río arriba para bañarme; cerca de allí, unas lavanderas hacían la colada aporreando la ropa mojada contra las piedras. Una de ellas me dio un trozo de un basto jabón negro. Cuando salí del agua fue la primera vez que iba limpio desde mi llegada a Lisboa. Sentí que había recuperado mi cuerpo. Mientras volvía a casa andando, el temor a que me vigilaran empezó a diluirse. Era como si la fresca agua del río me hubiera convencido de que al fin era un hombre libre.

Durante los días siguientes, descubrí muchas cosas de Lisboa que no había podido ver antes. Pasaba horas sentado en lo alto de la colina de Graça para ver a la gente por la calle, más de cien metros por debajo de donde me hallaba, cada persona con sus propias historias. Aunque ansiaba desesperadamente el consuelo de su amistad, pensé: «Cuando esto acabe, desapareceré unos años...».

Empecé a comprar cada día pan y fruta en la Rua de San Pedro, donde los abuelos de mi padre habían vivido. Los tenderos no habían oído hablar jamás de mangos y papayas, por lo que tenía que comprar manzanas rojas y peras verdes en su lugar, pero la fruta de Europa siempre me ha parecido demasiado dura y no acabé de acostumbrarme a ella. Me las arreglé para encontrar uvas e higos secos, y finalmente algo de coco seco también. Mezclaba los copos con miel y untaba la mezcla en el pan de hogaza que hacían en Portugal, aunque pronto empecé a comerla simplemente con una cuchara. El sabor me transportaba a la India. A veces, cuando el sol entraba por mi ventana, cerraba los ojos e imaginaba que la estatua de Shiva de mamá me protegía desde la entrada.

Al final de la primera semana que pasé en libertad, me senté en el suelo de mi habitación con una escribanía. Escribí cuidadosamente dos cartas con la caligrafía del padre Carlos y les puse fechas anteriores a la última carta que yo le había enviado. No me había atrevido a trabajar en esas cartas antes de abandonar la prisión porque habría tenido que esconderlas en algún lugar en casa del *Senhor* Pereira, lo que podría haberlo puesto en peligro a él.

En cada una de las cartas me refería de forma codificada al deseo de poseer los instrumentos religiosos adecuados para la práctica del judaísmo, ya que resultaba imposible encontrarlos en Goa. Por miedo a que la sutileza no fuera suficiente para lo que me proponía, hice referencia explícita a la necesidad de mantenerlo todo en secreto.

No debe contarle jamás, a nadie, nada sobre nuestras transacciones o el Santo Oficio me encarcelará. Y no olvide mandar las cartas siempre a nombre de Jácome Morais, ya que es un hombre que no me identificaría —ni a mí ni a usted— ni siquiera bajo tortura.

Le di un tono aún más amistoso a la segunda carta. Me permití que el jesuita le hiciera preguntas personales sobre su familia al señor Matthews y que le expresara su gratitud.

Es usted un amigo de verdad, y le estaré eternamente agradecido por el esmero con el que ha mantenido en secreto mis planes de viajar a Tierra Santa, ocultos de la gente con malas intenciones.

Cerré las dos cartas con una referencia al Éxodo 15 de la Torá: «Tu diestra, oh Jehová, ha quebrantado al enemigo». Eso añadía un diabólico desafío muy propio de los judíos, pensé.

Y luego firmé con el nombre del padre Carlos, con grandes fiorituras.

De momento, guardé esas dos cartas falsificadas bajo el colchón. Las utilizaría sólo cuando estuviera preparado para marcharme a Goa.

Por aquel entonces, el padre Carlos y el capitán Morais probablemente se habían encontrado varias veces para discutir mi extraña correspondencia y esos regalos no deseados. Seguramente habían hecho llamar al Analfabeto y le habrían preguntado por ello. Sin duda el carcelero y el cura debieron de negar que conocieran a James Matthews o a Charles Benjamin, pero Morais probablemente no los habría creído. El capitán sospecharía que estaba siendo utilizado por judíos secretos que se negaban a revelar por qué lo comprometían de ese modo.

—¿Por qué me han elegido a mí? —Debió gritarles una y otra vez.

—¡Pero si yo no he hecho nada! —respondería el jesuita—. No sé nada sobre todo eso, ¡absolutamente nada!

Puede que Morais creyera al cura al principio, pero no tardaría en comprender que su conexión con mis cartas y regalos podía hacer que acabara en prisión. A menos que actuara primero y traicionara al padre Carlos... y al Analfabeto.

Apostaba a que Morais se habría quedado el retrato que yo había hecho del padre Carlos, que lo guardaría para utilizarlo más adelante contra él.

El cura probablemente habría escrito una dura carta a mi amigo Benedict Gray para intentar aclarar el misterio, pero el que había sido mi compañero en prisión nunca le respondería.

Cada uno de los hombres a los que había implicado negaría saber nada acerca de mis cartas si se iniciaba un proceso inquisitorial contra ellos, pero sus captores verían como algo normal y adecuado que unos judíos secretos mintieran; al menos hasta que los torturaran.

Lo mejor era que su confusión sólo los haría parecer más sospechosos. Eso me complacía inmensamente. Me esmeré en la carta que afirmaba que Jácome Morais no diría el nombre del padre Carlos ni siquiera bajo tortura. Seguro que eso les parecería un gran reto a los inquisidores.

Con los pies asados por las brasas, el Analfabeto confesaría rápidamente que había formado parte de una conspiración judía. Y puesto que en prisión aprendí que no existe ningún hombre inquebrantable, Jácome Morais seguramente le daría la

razón. Y el padre Carlos también.

El Santo Oficio estaría encantado de encontrar a tres hombres de tan distintas procedencias y tan dispuestos a ponerse de acuerdo. Realmente sólo era cuestión de saber qué hombre traicionaría a los otros primero con la esperanza de salvar el pellejo.

Compré un pasaje en un barco que partía hacia Goa al cabo de un mes, no pude encontrar otro que zarpara antes. Luego le escribí a Benedict Gray para solicitarle más noticias.

Diecinueve días más tarde, recibía lo siguiente:

Apreciado señor Matthews:

Qué feliz coincidencia, estaba a punto de escribirle cuando llegó su correspondencia. Me alegro muchísimo de que os hayan liberado. ¡Ojalá pueda llegar a reunirse conmigo en Inglaterra algún día!

Estaba a punto de escribirle porque un hombre muy curioso vino a verme hace sólo dos días. Era portugués y menudo como un gorrión. Hablamos en latín, puesto que afirmé no conocer su idioma. Su cadencia en esa lengua antigua me llevó a creer que se trataba de un cura, pero iba vestido como un caballero europeo y negó con vehemencia cualquier conexión con la jerarquía papista. Afirmaba ser un representante de la corona portuguesa establecido en Goa. Nada más empezar nuestra conversación se refirió a una carta que yo había recibido del padre Carlos Fonseca. Obviamente sentía mucha curiosidad por su contenido. No le negué haber recibido la misiva, pero no le dije nada acerca de su contenido, por supuesto. Resultó sencillo, puesto que no la había leído. No le dije a quién se la había enviado, ni si se la había enviado a alguien, aunque me rogó que le diera toda la información que pudiera, ante lo que simplemente le mostré las profundas cicatrices que tenía en los pies y le pedí que abandonara mi casa. Ya en la puerta, se puso la mano en un bolsillo y sacó una cajita plateada grabada con letras hebreas y lo que su gente llama una menorah; un candelabro de siete brazos, en definitiva. «¿Había visto esto alguna vez?», me preguntó.

Le respondí con una negativa, por supuesto.

Señor Matthews, sospecho que usted conoce el significado de esa cajita, y me gustaría que me lo explicara, ya que la curiosidad puede más que yo. (Si eso no nos compromete demasiado a ninguno de los dos, me gustaría que me escribiera, ¡y mejor pronto que tarde!).

Después de leer esa carta, debería haber sentido el júbilo de la victoria, ya que significaba que el padre Carlos probablemente ya estaba en prisión y seguramente lo estarían interrogando duramente, pero tras un breve momento de placer, me sentí abatido. Ahora me doy cuenta de que el cansancio de todos mis años de trabajos y encarcelación pudo más que yo. Creo, también, que fui incapaz de sentirme verdaderamente feliz, ya que aún tenía por delante un largo viaje en barco antes de poder ver a mi hermana y a Tejal.

Escribí una rápida nota de explicación a Benedict Gray y luego intenté celebrarlo con una botella de vino en la oscuridad de mi habitación, con un sentimiento de debilidad física y mental, como si la soledad me aplastara. Dormí la mayor parte de los tres días siguientes. Cuando finalmente volví a salir para enfrentarme a la humedad de diciembre, caminé como un mendigo. Ahí donde iba, me enfrentaba al sentimiento de culpa que me atenazaba por haber envenenado a mi padre. Pude

levantar la cabeza por encima del borde de mi melancolía sólo unos días más tarde, cuando compré un cuchillo que podía esconder en mis botas, pensando en una paráfrasis de Jesús: «El que anda de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero yo me dispongo a caminar de noche, y puede que necesite algo para justificar mis palabras».

Aún tenía que poner un último ladrillo en su sitio para acabar de condenar al padre Carlos al infierno, para lo que me dejé crecer la barba durante la semana siguiente. En mi último día en Lisboa, vestido con la harapienta camisa de prisión, le pagué a un deshollinador para que llevara una valija con las dos cartas falsas que había escrito —aquéllas tan incriminatorias que supuestamente habría escrito el jesuita al señor Matthews— al Palacio de la Inquisición. Lo seguí en secreto para asegurarme de que llevaba a cabo lo que le había pedido y, efectivamente, lo hizo.

Yo había insertado una breve nota de un hostelero no identificado para el Gran Inquisidor de Lisboa.

«No soy más que un pobre hostelero —escribí— y hasta esta mañana no tenía ni idea de que había alquilado una habitación a un hereje inglés hasta que descubrí estas dos cartas ocultas bajo su colchón. Perdónenme».

Una vez entregada la valija con mis dos cartas, lloré como no lo había hecho en seis años.

19

En cuanto mi barco amarró en Goa, a principios de mayo del año 1600, el húmedo aire tropical en contacto con mi rostro y con mi pelo, y el aroma de las mimosas marchitas en las calles empapadas por las tormentas me provocaron un profundo sentimiento de añoranza, tan desorientador que tuve que sentarme en las piedras del muelle justo después de desembarcar. Parecía como si me hubiese abatido el mismísimo destino. Luego corrí a casa de mis tíos llevado por mis años de ausencia. Llamé a la puerta y la abrió mi tía. Yo llevaba el pelo largo y desaliñado, y tenía la piel tostada por el sol. Había llevado la misma ropa durante semanas. Estaba sin aliento. Por mi olor y mi aspecto debía parecer una especie de animal salvaje.

Ella soltó un grito ahogado de sorpresa y me abrazó con fuerza. Incluso mientras me abrazaba, una pequeña parte de mí retrocedía ante ella como siempre había hecho durante mi infancia. Creo que hasta entonces jamás me había dado cuenta de su olor ligeramente decadente, como si su intrincada ropa hubiese permanecido demasiado tiempo dentro de un arcón.

Cuando me separé de ella, el miedo le abrió los ojos de par en par. Estaba aún más nerviosa que yo. En otras circunstancias, quizá me habría reído.

—Tu tío está en Diu —me dijo—. Se alegrará muchísimo de verte.

Había envejecido bien. Tenía los ojos claros y bien definidos, y el pelo suave, algo gris sobre la frente, pero le daba un aspecto de elegante matrona. Llevaba un hermoso vestido de color carmesí y un collar de cuentas, de turmalinas; debía de estar a punto de salir.

—¿Sofía está aquí? —pregunté.

—No. Entra y te lo explicaré.

Una criada a la que no reconocí cogió mi bolsa. Mi tía intentó que me sentara en un sillón, pero me levanté enseguida. Necesitaba desesperadamente abrazar a mi

hermana.

—¿Tienes sed? —preguntó, y antes de que pudiera responder le ordenó a la criada que nos trajera ponche de anacardos.

—¿Sofía está con Wadi?

—No, Francisco Javier está trabajando; en los almacenes —respondió, enfatizando mi metedura de pata con una mirada de desprecio.

«Puede que hayas estado seis años en prisión, pero no voy a consentir ninguna insinuación acerca de los orígenes de mi hijo», me decía con los ojos.

—Entonces, ¿dónde está? ¿En nuestra granja?

—Siéntate —dijo.

—No, por favor, sólo dímelo —le rogué.

—Tiago, hay algunas cosas que no nos atrevimos a contarte por carta. Sofía... sufrió un accidente cerca de tu granja. Isaac pensó que sería mejor...

—¿Qué tipo de accidente?

—Cayó... cayó por un barranco poco después de tu... después de que te obligaran a abandonar Goa. Se mató. Se celebró el funeral poco después...

—No es posible —la interrumpí.

—Lo siento, pero sí. La enterraron cuando no hacía ni un año de tu partida. Si quieres...

Mi tía continuó hablando, pero yo no oía nada. Sin embargo, mirándola a los ojos, esos ojos fríos y severos, me di cuenta de que decía la verdad. Poco después me di cuenta, también, de que estaba furiosa conmigo. «Esto debería estar haciéndolo tu tío, debería ser él quien te contara que tu Sofía ha muerto». Sé que era eso lo que pensaba.

Mi incredulidad se convirtió en desesperación. Y luego empecé a temblar. Después recuerdo que sentí como si mi corazón se hubiera detenido, como si el tiempo hubiera desaparecido del mundo. Mi tía estaba agachada a mi lado. Me puso un vaso de vino en la mano.

—Bebe —me dijo amablemente.

—¿Dónde está Sofía? —volví a preguntar.

—Tiago, ¿es que no has entendido ni una palabra de lo que he dicho?

El vino calmó mis deseos de escapar. Mi tía estaba de pie frente a mí, jugueteando nerviosa con las cuentas del collar, y me dijo que Sofía había ido a pasear por la montaña que había cerca de nuestra granja, la que solíamos llamar la Cabeza de Hanuman. La encontraron en el fondo del barranco, en el lado oeste.

—No puede decirse que fuera una sorpresa —dijo.

—No te entiendo.

—Sofía... quedó trastornada después de tu partida. Todo le daba igual. Su mente sólo asumía las cosas parcialmente. Estaba abatida la mayor parte del tiempo, como

puedes imaginar. Francisco Javier hizo cuanto pudo por animarla, igual que nosotros, pero fue inútil.

Mientras mi tía hablaba, recordé que Wadi había llevado a mi hermana a la cima de la Cabeza de Hanuman justo después de que se hubieran enamorado, y que ella había pasado mucho miedo allí. No podía creer que hubiera subido hasta la cumbre otra vez. No de forma voluntaria. Ni, por supuesto, sola.

—¿Quién la encontró? —pregunté.

—Francisco Javier e Isaac.

—¿Juntos?

Asintió mientras se agarraba al collar con los tendones de las manos, tan tensos que a punto estuvo de romper el cordel y esparcir las cuentas por el suelo, como yo había hecho una vez con el rosario de un cura.

—¿Sabes si me escribió antes de morir?

—Debió de hacerlo. Todos te escribíamos, aunque por tus cartas dedujimos que no las recibías.

—¿Dónde está enterrada?

—Aquí, en el cementerio municipal.

—¿No está en nuestra granja?

—No, pensamos que sería mejor que...

—¿Nupi está en la granja, ahora?

—No, hemos contratado a un mayordomo. No tenemos noticias de Nupi desde que Sofía murió.

—¿Y Tejal?

Mi tía se levantó y cogió mi vaso. Fue hasta la chimenea y me sirvió más vino. Me dio la bebida y dijo:

—Lo siento pero voy a tener que darte más noticias desagradables.

—¿Si me dices que Tejal ha muerto, no voy a creerte! Tío Isaac me dijo que estaba bien.

—No, la chica está bien y vive en la aldea. Pero poco después de nacer, tu hijo enfermó. Tiago, tu hijo no vivió mucho tiempo.

—Eso no es lo que tu marido me contó por carta. ¿Por qué mientes?

—¿Isaac mentía! Creyó que no sobrevivirías si te contaba la verdad.

Debí traicionar mi escepticismo, porque me lanzó una mirada altiva y añadió:

—Puedes despreciarme si quieres, pero así es como son las cosas. Todo ha ido mal desde que tu padre murió. ¡Todo! Y si no quieres oír las verdades que te estoy contando, ¿cómo vas a poder seguir con tu vida?

Vací mi vaso en dos tragos y, por dentro, escupí ante su consejo antes de ir a buscar mi bolsa en el vestíbulo.

—¿Adónde vas?

No le respondí.

Ya en la puerta, me agarró por un brazo.

—¿Por qué no dices nada? —preguntó.

—¿Cuán bienaventurados son los que padecen persecución por causa de la justicia? —dije, citando las Escrituras, sólo que convertí la afirmación de Jesús en una pregunta y, mientras la formulaba, me daba cuenta de que había querido preguntárselo desde el mismo momento en que había empezado a leer los Evangelios.

—No te entiendo...

—¿Puedo considerarme bienaventurado por haber sido traicionado? —le pregunté—. ¿Fue bienaventurado mi padre? Si es así, entonces ¿qué significa una bendición como ésa? ¿Y la persona que nos traicionó ante la Iglesia, lo hizo creyendo que era algo bueno para mí y para mi familia? ¿Puedes explicármelo?

—No... no sé qué quieres decir —tartamudeó, era evidente que la había sorprendido con la guardia baja.

—No, ¿verdad? ¿O sí?

Ella bajó la mirada, estaba avergonzada e incómoda. Me di cuenta de que hubiese deseado que me quedase en Lisboa. Yo le estaba haciendo revivir recuerdos y sentimientos que deseaba olvidar, incluyendo, quizá, su sentimiento de culpa por haber testificado contra nosotros ante la Inquisición.

—¿Acaso no conoces el sermón de la montaña? —le pregunté, con despecho—. Es lo que estaba citando.

—Lo conozco, pero ¿tú también?

—Sólo pude encontrar consuelo en Jesucristo. Y seguiré necesítándolo para soportar todo esto.

Se inclinó hacia mí.

—¿Es cierto lo que estás diciendo? —preguntó con un susurro ansioso.

—¿Por qué tendría que mentirte después de todo lo que ha sucedido?

—No lo sé, pero debemos ser prudentes. Esto aún es Goa, y el Santo Oficio aún...

—Ya no le tengo ningún miedo al Santo Oficio. Jesucristo me protegerá.

Se sorprendió al ver que me santiguaba. Nuestras miradas se encontraron y yo me mostré impasible.

—Si... si eres un verdadero cristiano, Ti, entonces todo irá bien. Eso lo cambia todo.

Aparté el brazo del que me tenía agarrado mientras me hablaba.

—Debes quedarte aquí hasta que vuelva Francisco Javier —dijo de repente—. Mandaré que vayan a buscarlo. Él te ayudará.

—No necesito su ayuda.

—¿Es que no comprendes lo mucho que sufrió Tejal cuando te fuiste? Fue muy desgraciada. No le quedó nada por lo que luchar. Si el bebé hubiera sobrevivido, entonces... quizás...

Abrí la puerta.

—¡Lo que está hecho, hecho está! —gritó mi tía a mis espaldas—. Tejal ha vuelto

a sus costumbres hindúes, Ti. ¡Deja las cosas como están!

No sé cómo lo hice para que mis pies continuaran caminando los kilómetros que recorrí durante los dos días siguientes. Cuando pedía que me indicaran el camino en los campos de arroz, mi propia voz me sorprendía, como si procediera de un ser vacío. No me habría extrañado si el Señor me hubiera visitado y me hubiera dicho que ésos eran los últimos momentos que me quedaban de vida. ¿Comí o bebí algo? ¿Notaron mi desesperación aquellos con los que hablé? ¿Y me ofrecieron palabras de consuelo?

Uno hace lo que debe hacer, especialmente si la muerte anda cerca. Quizás ésa es la regla más importante de esta vida. O su misterio más sorprendente.

Me refugié en mis pensamientos incrédulos. Mi cuerpo era una coraza que los rodeaba. Mis manos eran de hielo.

«Cuida de tu hermana...». Mi madre había cruzado un puente desde el otro mundo para decirme eso. Y pese a todo, no estaba en mis manos cambiar nada. El Señor hizo lo que Él quiso con todos nosotros.

Lentamente, como si sucumbiera poco a poco a la corriente del río, me dejé arrastrar por mis fantasías mientras caminaba hacia Benali. Empecé a creer que mis tíos me estaban ocultando a mi hermana. Habrían pensado que era un peligro para ella. Puede que le hubiesen contado que yo había muerto en Lisboa.

Mi tía había dicho que mi cristianismo lo cambiaba todo. ¿Acaso había querido decir que ahora podría contarme dónde estaba mi hermana?

¿Qué habría ganado Wadi matándola? ¿Creyó que yo no volvería jamás y que con la muerte de Sofía podría quedarse con nuestra granja? Al fin y al cabo, la Iglesia no podía haberse apropiado de ella ya que estaba fuera de territorio portugués. Quizá simplemente quería su libertad, librarse de una esposa a la que ya no amaba.

El sol brillaba con tonos dorados y rosados sobre el horizonte del océano cuando llegué a Benali. Las cabañas de la aldea me parecieron más tristes de lo que recordaba, apiñadas como huérfanos durmiendo bajo los tamariscos y las higueras sagradas. Unos adolescentes jugaban en la arena, riendo y gritando para provocarse mutuamente. Uno de ellos llevaba flequillo y tenía los ojos grandes y marrones.

—¿Arjuna? —lo llamé.

Otro joven, ligeramente mayor que el primero —puede que fueran hermanos—, se volvió como si le hubiera alcanzado una flecha.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó, poniéndose erguido, como un guerrero.

—Si eres tú el chico que yo conocía, entonces representamos juntos a Ganesha hace muchos años. —Al ver su mirada de sorpresa, añadí—: Mi hermana y yo vinimos de visita con Nupi una vez, y Madesh me golpeó en la cabeza con una

espada.

El chico sonrió.

—¡Ahora te recuerdo! Eres Tiago.

Corrieron todos hacia mí. Les dije que había estado estudiando en Lisboa, y que Sofía estaba bien. Negaron con la cabeza cuando les pregunté si Tejal aún vivía con sus padres.

—No, ahora vive por allí. —Arjuna señaló con el dedo una de las cabañas más alejadas.

Me dijo que se adelantaría corriendo para contarle que estaba en Benali, pero le dije que no era necesario. Dejé que el optimismo por mi futuro me convenciera de que sorprender a Tejal sería más emocionante para los dos.

Cuando vi a Tejal estaba arrodillada sobre el porche recubierto de estiércol prensado, frente al océano, regando las plantas de albahaca que tenía en macetas de barro cocido. Su perfil había envejecido y sus curvas eran más llenas y suaves de lo que yo recordaba. Ya era una mujer. Cuando se volvió hacia mí, sus ojos negros se llenaron de una emoción tan profunda que imaginé que contenían todas mis esperanzas además de las suyas.

La necesidad de tocarla me hizo soltar un gemido cuando nuestras miradas se encontraron. No estaba seguro de si sería capaz de formar una voz con todas las cosas que sentía que se habían roto dentro de mí. En lugar de eso, la saludé con la mano. Fue un gesto estúpido, pero sentía una tormenta de emociones en mi interior que aún no era capaz de expresar.

Ella se sobresaltó y dejó caer la jarra que tenía en la mano, que se rompió por la mitad.

Yo sonreí, como hacemos a veces cuando vemos cómo nos ha tratado la vida. Levanté las manos en un gesto de disculpa.

—He vuelto —dije.

Se levantó, pero en lugar de correr hacia mí o de saludarme, se volvió de espaldas.

—Tejal, he vuelto para bien, podemos volver a empezar —le dije.

Ella se envolvió el cuerpo con los brazos, como si la hubiese sorprendido el frío.

—Por favor... por favor, mírame —le supliqué.

Pero no lo hizo. Salió corriendo y se encerró en su casa.

Dejé caer la cabeza, maldiciéndome por haber intentado sorprenderla. Habría necesitado tiempo para preparar nuestro reencuentro. Debería haber dejado que Arjuna le contara que estaba aquí. Él conocía las costumbres de una aldea india mucho más que yo. Al fin y al cabo, no podía esperarse que una joven hindú recibiese a su amor perdido con besos.

Cuando la llamé otra vez, mi voz sonó débil. En el terrible silencio posterior me di cuenta de que la aldea estaba viva, llena de ruidos sordos: los vecinos de Tejal que se escondían de mí y susurraban entre ellos.

«Están esperando a ver qué hago», pensé.

Estuve a punto de volver a llamarla, pero pensé que quizá sólo conseguiría que el cielo cayese sobre nuestras cabezas si lo hacía. Sólo quería gritar de frustración.

«La esperaré —pensé—. Es lo único que sé hacer».

Me senté en la cálida arena, preparado para permanecer allí el tiempo que hiciera falta hasta que saliese, pero de repente vi que Ajira, la hermana de Nupi, venía corriendo hacia mí, encabezando un grupo de mujeres, con los pliegues del sari recogidos. El anochecer ya había empezado a extender sus sombras por el mundo. Ajira llevaba una lámpara de aceite en la mano que hacía brillar su pelo gris como si de plata se tratara.

Me levanté para saludarla, pero ella retrocedió.

—El marido de Tejal llegará pronto a casa. No debe encontrarte aquí.

—¿Tejal está casada?

Antes de que Ajira pudiera responder, Darpak, uno de los ancianos que nos habían elegido a Sofía y a mí para representar a Ganesha, se acercó a nosotros. Su pelo blanco era menos tupido y llevaba una gran cruz de madera colgada alrededor del cuello. Los críos se daban empujones por seguirlo y de vez en cuando asomaban la cabeza desde detrás de sus piernas para poder verme.

—Debes irte —me dijo.

—Pero ¿qué pasa con Kama, mi hijo?

—La diosa Kali nos lo quitó —dijo el anciano—. Hizo que enfermara después de nacer.

—¿Mi hijo está muerto? —le pregunté a Ajira.

Ella se mordió el labio y miró a lo lejos con temor. El hecho de que se negara a mirarme me convenció de que las reglas de la aldea debían prohibirle contarme la verdad: que Kama aún estaba vivo.

Darpak me cogió por el hombro.

—Ajira no puede hablar contigo. Debes irte.

—¿Quién eres tú para decidir si ella puede hablar conmigo? —le pregunté.

—Le has hecho mucho daño a Tejal. Pero eso se acabó, ahora tiene un esposo: Durio. Y un hijo y una hija con él. No hay sitio para ti en nuestra aldea. Es tarde, demasiado tarde. Vete ahora, antes de que el padre de Tejal y Durio sepan que estás aquí, o causarás problemas, muchos problemas.

Permanecí en silencio, pensando en las opciones que tenía. Sabía que debía hablar con Tejal.

—Ven —dijo Arjuna mientras me cogía de la mano—. Te acompañaré fuera de la aldea.

Si no me hubiera sonreído de forma compasiva, ¿me habría ido?

Me marché para darme tiempo para pensar en cómo recuperarla. Salimos andando de la aldea tierra adentro, para ocultar nuestros movimientos de Durio y de los otros hombres que llegarían en barca, y luego seguimos en dirección norte, hacia Goa. Las

linternas iluminaron los rostros de los pescadores como si fueran luciérnagas. Arjuna y yo no hablamos hasta que estuvimos lejos de su vista, ocultos por un palmar.

—Te dejo aquí —dijo Arjuna.

—¿Cómo es Durio? —pregunté.

—Es un pescador —respondió el chico, como si no hubiera nada más que decir.

—¿Cuántos años tiene?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Ya tiene un hijo mayor que yo, de su primera mujer.

—¿Es bueno con Tejal?

—Eso tampoco lo sé.

—¿Y Kama? Está vivo, ¿verdad? ¿Se llama así el hijo de Tejal?

Arjuna asintió.

—¿Cuántos años tiene?

—Seis o siete.

—No es hijo de Durio, ¿verdad?

—¿Cómo puedo saberlo? Haces demasiadas preguntas.

Frunció el ceño y se dispuso a marcharse.

—Sólo una más... ¿Por qué Darpak lleva una cruz?

—Los soldados portugueses vinieron hace dos años. Destruyeron todos los dioses hindúes que nos quedaban. Los ancianos ahora llevan cruces por si vuelven los soldados.

—¿Se salvaron las cabezas de Ganesha que llevamos ese día?

Negó con la cabeza.

—Los portugueses las quemaron. No nos queda nada.

Mientras Arjuna desaparecía caminando por la playa, me desplomé sobre el suelo arenoso y me quedé mirando hacia la Vía Láctea, que pronto se convirtió en todos los mares que había cruzado. ¿Cuántos más tendría que cruzar hasta llegar a casa? Todo había quedado del revés. Si mi hermana estaba muerta y Tejal ya no me amaba, estaba solo en el mundo.

¿Era así como Dios quería que fueran las cosas?

«Ya veo lo que me tienes preparado», pensé, con ese exagerado sentimiento de individualidad que nos invade cuando le hablamos a Dios con ira.

Volví atrás, hacia Benali, pero no quería que me viesen. Cuando pude distinguir los rostros de los aldeanos, me escondí tras unos arbustos y me puse a vigilar la cabaña de Tejal para observar cualquier movimiento. Saqué mi cuchillo, me sentía como un mendigo ante las puertas de un palacio, preguntándome qué posibilidades tenía de entrar y cambiar mi lugar por el del rey.

Ajira me sacudió para despertarme por la mañana, llevaba una papaya amarilla y madura y tres *chapatti* calientes.

El cuchillo se me había caído de la mano durante la noche. Ajira lo miró temerosa y luego me llevó lejos de la aldea. Se sentó cerca de mí mientras comía, triste, echándose arena por encima de los pies como si contara el tiempo que faltaba para cumplir sus obligaciones conmigo. Se lamió los estropeados dientes que le quedaban, como solía hacer Nupi, y con voz malhumorada dijo que sería mejor que no hablásemos sobre Tejal ni sobre Kama. Por sus miradas furtivas, me di cuenta de que deseaba sacar de su interior alguna pena que llevaba en secreto. Yo aún ignoraba que la necesidad de encontrar a su hermana le estaba trastocando los sentimientos.

Cuando finalmente pregunté por Nupi, Ajira se echó a llorar, y me dijo entre sollozos que su hermana no había vuelto a la aldea desde hacía cinco años.

—Estoy tan preocupada, tan preocupada —gimió—. Por favor, si sabes algo de ella, dímelo. Dímelo ahora.

—Me has traído comida sólo para descubrir si sabía algo de ella —le dije con rencor.

—¡Te he traído comida porque eres su ahijado! —respondió con furia en los ojos—. Y porque has sufrido. Como todos nosotros.

Hablar y pensar en konkaní —algo que no había hecho en muchos años— me hizo sentir frágil. Cualquier palabra que dijera me sonaba mucho mejor y más llena de significado que si la decía en portugués.

—No sé nada de Nupi —le dije, arrepentido por mi comentario cruel—. Pero estoy seguro de que puedo encontrarla, y cuando lo haga, te lo haré saber. Te prometo que la buscaré. Ahora necesito algo de ti. Tengo que saber lo que ha sucedido con Tejal.

—No puedo decírtelo —dijo—, está prohibido.

—Nupi querría que me lo contaras todo.

—Quizá sí —Ajira dejó caer los hombros de repente—. Hiciste algo terrible... —dijo con la voz enronquecida por el rencor.

«Necesita castigarme antes de regalarme lo que sabe», pensé.

—¿Qué hice? Me enamoré de Tejal. ¿Qué tiene de malo?

—Tú... compartiste lecho con ella.

—Iba a casarme con ella. Su padre estaba de acuerdo, y el mío también.

—Pero no te casaste ¿verdad? —me espetó.

—¡Me arrestó la Inquisición! Me mandaron a una cárcel de Lisboa.

—¡Baja la voz! El motivo no importa. ¿Qué sabemos nosotros de Lisboa? Cuando Tejal volvió a la aldea, lo hizo con un hijo, pero sin padre. Eso es todo cuanto sabíamos. La vergüenza... es capaz de acabar con una chica. Los hombres no lo entendéis. —Juntó las manos y se meció adelante y atrás, apenada.

Cuando las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos, se las secó con un gesto brusco.

—Nupi, todas las mujeres aportamos lo que pudimos a su dote, en secreto, pero aun así el único que quiso quedarse con ella tal como estaban las cosas fue Durio.

—¿Es un mal hombre?

—No, es muy bueno, pero es viejo. Podría ser su abuelo.

—¿Y el niño? ¿Es suyo o mío?

—¡Es de Durio! —afirmó, aunque lo hizo de forma demasiado vehemente como para que pudiera creerla—. Dime, si realmente querías a Tejal, ¿por qué no esperaste antes de acostarte con ella? —Ajira me miró.

No tenía respuesta para eso. Por primera vez me daba cuenta realmente de que había arruinado la vida de Tejal por egoísmo, y por el temor a las acusaciones de Sofía y Wadi contra mí. Había sido un cobarde.

—¿Me odia? —pregunté.

—¡Es que ni siquiera piensa en ti! —me espetó Ajira con cierto rencor, aunque luego se arrepintió y extendió un brazo hacia mí en señal de disculpa.

Le besé la mano y luego la dejé caer. No le dije que estaba mintiendo. Los dos éramos perfectamente conscientes de ello.

—No creo que Kama sea de Durio —le dije en lugar de eso—. Y no puedo irme sin haberlo visto. Tienes que encontrar alguna manera de hacerlo salir. Yo me quedaré escondido, no podrá verme.

—No, no te voy a ayudar más. Debes irte.

Hizo un gesto de rechazo como solía hacer Nupi. Yo estaba desesperado y ansioso.

—Sólo quiero verlo. Por favor... Si tengo que suplicártelo, lo haré.

—¡Es imposible! Tejal no dejará que me lo lleve.

—Dile que salga para poder darle un regalo. Dale esto —dije, mientras buscaba dentro de mi bolsa. Le había comprado un regalo en Lisboa: un dragón rojo y amarillo que movía las alas cuando sus ruedas giraban al empujarlo por el suelo.

Ajira abrió los ojos, maravillada. Era un juguete maravilloso; con un fino grabado y pintado con colores chillones.

—No puedo. Todo el mundo sabrá que lo has traído tú.

—Diles que era de Sofía cuando era pequeña. Que se lo he dado porque así lo quería mi hermana. Lo he traído y me he ido. Diles que Sofía me contó en una carta que quería que lo tuviera Tejal para nuestro hijo.

Le ofrecí el dragoncito a Ajira. Con el ceño fruncido, sabiendo que cometía un error, lo aceptó.

—Si has tenido el valor de venir a buscarme, entonces también podrás hacer esto —le dije.

La ayudé a levantarse. En sus ojos vi que quería contarme más cosas, pero se limitó a negar con la cabeza como si no tuviera sentido insistir y emprendió de nuevo el camino a la aldea.

Una hora más tarde, cuando sacó de casa de Tejal a un pequeño cogido de la mano, pude ver que el pelo del niño era del color de la miel, el tono exacto del de Sofía cuando tenía su edad.

20

Debería haberme apartado de Kama en el momento en el que supe que era hijo mío. Como un jainista cumpliendo su *ahimsa*, su voto de no violencia, yo podría haberme limitado a ser como el paisaje de mar y arena, podría haber aprovechado esa posibilidad de redención silenciosa, o simplemente podría haberme adentrado en las profundidades de la jungla unos kilómetros tierra adentro y erigir mi santuario en cualquier lugar. De hecho, tenía la certeza de que si me daba la vuelta en ese momento, todo podría acabar sin derramar ni una gota de sangre, incluyendo la mía. Podría haber llegado a dominar mis lentos pasos hacia la resignación. Podría haber cerrado los ojos. No tenía que preguntarle nada más a Wadi, ni siquiera tenía que ver a tío Isaac. ¿Qué me unía a ellos, ahora? No necesitaba saber si el padre Carlos era ya prisionero del Santo Oficio o si el Analfabeto había sido ejecutado. Podría haber empezado una nueva vida en algún otro lugar. La gente lo hace, incluso Job siguió luchando después de que Dios lo traicionara. Y yo sólo tenía veintiocho años, al fin y al cabo. El sol de la edad adulta acababa de asomarse por el horizonte de mi firmamento.

Pasé dos días en los campos que rodeaban Benali, comiendo arroz salvaje y restos de pescado que mendigaba en otras aldeas de la costa. Cada día, al anochecer, me escabullía hasta algún escondite cerca de la cabaña de Tejal, como un leproso que no se atreve a mostrar su rostro enfermo durante el día. Me sentaba en la arena, agazapado, y esperaba. En esos momentos, incluso fingía que Sofía aún estaba viva, que se escondía de mí.

El tercer día me desperté antes del amanecer. Medio dormido, recordé una conversación que había tenido mucho tiempo atrás con Phanishwar. Su voz fue como una mano que me guiaba a un lugar más seguro, y cuando describía a su hijo Rama, hablaba con un amor tan profundo que siempre conseguía hacerme sollozar. Me senté

e imaginé que el chico estaba frente a mí, aterrorizado por lo que estaba a punto de pasarle a su padre.

Esos recuerdos de Phanishwar reducían a cenizas mi sentido de la justicia.

Unos momentos más tarde vi que Durio salía por la puerta de su cabaña con Kama. Se dirigían hacia el océano, quizás iban a bañarse. Mientras observaba cómo el viejo pescador de pelo canoso llevaba en brazos al chico medio dormido, supe que tenía que saldar cuentas con mi tía y mi primo antes de poder separar a padre e hijo. Tenía que estar completamente condenado por Dios antes de poder arrancar a ese chico de los brazos de los que lo querían.

Sin esperar más, cogí una piedra blanca redondeada por el mar y la lancé sobre el tejado de la cabaña de Tejal. Era como la piedra que nosotros, los judíos, dejamos sobre una lápida. «Recuerdo —decía su mera presencia—. Y volveré».

Sólo cuando estuve ya lejos me volví en dirección a Benali. Tenía la esperanza de que alguna enfermedad acabaría con el viejo Durio —o que se habría ahogado en el mar— antes de que yo volviera por allí. Eso facilitaría lo que yo debía hacer.

Me quedé en las afueras de la ciudad de Goa durante otro día, en una fonda destartalada situada junto a un riachuelo. No era más que una cabaña de barro seco con el tejado de paja, pero descubrí que en el interior de la puerta de mi habitación había una pintura que representaba a un Ganesha sonriente que tenía agarrado a un loro esmeralda con la trompa. De algún modo, el dios hindú había escapado a las inspecciones de los portugueses. Cuando el posadero me dijo que el pájaro era una encarnación del dios Shiva, me senté delante de la imagen y recé para que él y Ganesha me protegieran de todo lo que fuera portugués, incluso de su idioma...

Los postigos de la ventana de mi habitación eran de concha de ostra pulida, y el suelo era de estiércol endurecido. Esa tarde, una tormenta atrajo a pequeños monos de cola anillada que intentaban guarecerse de la lluvia en un bosque de mirísticas cercano. Más tarde, mientras las gotas de agua seguían cayendo sobre mí desde los frutos amarillos que colgaban de los árboles, remonté andando el curso del río y me bañé con unos bueyes que espantaban a las moscas con la cola y con una garza real de color gris azulado, de infinita paciencia, que arponeaba los escurridizos peces con su largo pico. ¿Hay algún tipo de magia en el dolor? Mientras me secaba en la orilla, una pequeña mariposa de color carmesí se posó sobre mi mano. No hay rojo más precioso que el que revolotea alegremente, ni azul más transparente que el que se extiende sobre la India tras la lluvia. Mirando hacia el sol, me di cuenta una vez más de que la tierra era preciosa y que ése era el único país en el que deseaba morir. Eso me infundió valor. Al fin y al cabo, la muerte era lo peor que podía sucederme, ya que no estaba dispuesto a que me atraparan con vida.

Descalzo, estrujando con los dedos de los pies el abundante lodo de la orilla del río, recogí unas flores de té de Java evitando a dos víboras de hocico marrón que

sondeaban el aire con la lengua como si tuvieran la esperanza de convertirme en su cena. Les susurré hechizos como lo habría hecho Phanishwar y volví a la fonda. Pensando en Kama, le di las flores al hijo del propietario, que tenía siete años. Su madre se las tejió en el pelo negro y espeso en forma de corona violeta. Hacía poco tiempo que había empezado a aprender aritmética, por lo que salimos juntos al jardín y me retó a que le hiciera resolver operaciones de cálculo mental.

Me senté con él y mientras le soltaba secuencias de números para que las resolviese, su exuberancia me recordó a Wadi. Pensaba en mi primo como en un hábil rival al ajedrez; vivía en un mundo secreto tan grande como el mío y siempre tendría que mantenerme alerta.

—Dos más —gritó el niño, que había respondido rápidamente el último cálculo.

—Siete veces nueve.

—¡Eso es muy fácil! —gimió—. Sesenta y tres.

—Veintiséis veces... veintiséis veces cinco.

Elegí esos números porque el valor de YHWH —el nombre del Señor en el Antiguo Testamento— era veintiséis en hebreo, un idioma en el que las letras tenían también valores numéricos. Mi padre siempre me decía que meditara pensando en una imagen de cinco combinaciones del nombre sagrado siempre que quisiera aclarar mi mente.

Mientras el chico garabateaba sus cálculos en el suelo hice lo que papá me había enseñado, pero lo único que veía era lo que ya sabía: que tendría que confiar en el Nuevo Testamento para distraer la atención de Wadi siempre que notara que se le caía la máscara.

«—¿Quién dicen los hombres que soy yo? —preguntó Jesús a sus discípulos mientras salían de las aldeas de Cesarea de Filipo.

»—Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, alguno de los profetas —le respondieron».

Como una forma menor de Cristo, tendría que ser un hombre para mí mismo y otro bastante distinto para Wadi y todos los demás. ¿O fue precisamente eso lo que Jesús no fue capaz de hacer, la razón por la que no consiguió salvarse?

—¡Ciento treinta! —gritó triunfal el hijo del posadero.

Fue así como volví a casa de mis tíos, completamente consciente de que debería elegir un camino distinto si apreciaba mi vida. Fue Wadi quien respondió cuando llamé a la puerta. ¿Es que hay gente que se hace más fuerte con el sufrimiento de los demás? Era más fuerte y más alto de lo que recordaba, y más dominante, y su piel se había oscurecido con el sol y se había suavizado, excepto en las mejillas, por la barba mal afeitada.

«Eso me beneficia —pensé—. Ya veo que mi retorno lo preocupa lo suficiente como para permitirse ir al barbero».

El poder y la confianza de Wadi eran evidentes, incluso en el solideo reluciente que era su pelo negro. Abrió los ojos de par en par. Eran radiantes, jamás me había dado cuenta de la luz que desprendían, como si fueran hijos del sol.

—¡Tiago! —exclamó mientras me abrazaba.

Yo le devolví el abrazo, y a la vez observaba la escena desde una distancia prudencial.

Cogió mi bolsa y me hizo entrar. Yo caminaba por la casa como si los sofás de terciopelo y los espejos dorados fueran espías. La lujosa delicadeza de todo lo que había allí —incluso la manera en que mis pies se hundían en las alfombras persas— me repugnaba. Cuando nuestras miradas se encontraron, me aterrorizó que pudiera descubrirme; tantos años de planificación podían quedar arruinados en un instante.

—Mi madre está en el piso de arriba. Voy a buscarla —dijo.

«O sea, que no quieres quedarte a solas conmigo», pensé, aliviado al ver que se sentía tan incómodo como yo.

—No, por favor —dije, vacilante—. Primero... primero cuéntame algo mientras estamos solos.

—¿Algo? ¿Qué quieres saber?

—Sofía. Empieza por ella.

—Siéntate, siéntate... —dijo mientras me señalaba un sillón—. No puedo creer que ya estés aquí. Espera un momento —llamó a una criada para que nos trajera té—. ¿Te parece bien? —se apresuró a preguntarme después con una sonrisa, para añadir a continuación—: ¿O preferirías algo frío? Debería habértelo preguntado antes.

—El té estará bien —respondí—. Gracias. La caminata me ha dejado sediento.

—¿Dónde has estado?

—En Benali.

—¿Has visto a Tejal? —me preguntó con urgencia.

Creí notar en su voz una esperanza sincera, pero no podía estar seguro de ello. ¿Acaso quería yo que le importaran mi futuro y mis sentimientos?

—Sólo una vez, podemos hablar sobre eso más tarde. Por favor, cuéntame lo de Sofía, ahora.

—Fue terrible —dijo mientras se pasaba bruscamente la mano por el pelo—. Una pesadilla.

Cogió una silla y se sentó cerca de mí, con los hombros encorvados y las manos aplastadas entre las piernas, como un niño pequeño que teme ser castigado. Resultaba encantador ver esa actitud en un hombre tan poderoso. Me daba cuenta de por qué las mujeres debían encontrarlo tan encantador, y me pregunté a quién habría elegido después de Sofía. Fuera quien fuese, debió pensar: «Puede parecer temible, pero no es más que un corderito...». Yo sabía que alguna vez me había deseado en secreto, y el mero hecho de saberlo despertaba señales de advertencia en mi corazón. Sabía que jamás podríamos abordar ese tema sin que nos sintiéramos violentos por ello.

—Nos casamos dos meses después de que... después de que te... después de tu

desaparición —dijo.

—Por favor, Wadi, yo no desaparecí. Me arrestaron. Después de haber pasado por el exilio, la prisión y la muerte de mi padre, no creo que debamos hablar en un tono tan afectado acerca de lo que ocurrió.

—Lo siento —dijo mientras negaba con la cabeza—. Todo esto es tan raro...

Fui un estúpido al mostrar mi resentimiento. Le di unas palmaditas en la pierna para compensar mi error táctico, me incliné y suspiré, como si fuera el cansancio físico y no la irritación lo que me apartaba de él.

—No debería haberte hablado así —le dije—. He pasado demasiados años solo. Me temo que ya no puedo ofrecer una buena conversación.

Mientras decía esto, me di cuenta de que debía continuar por esa vía de compasión hacia él, debía fingir que había sido Wadi quien más había sufrido. Feliz de haberlo descubierto a tiempo, añadí:

—Sé que esto debe ser muy duro para ti.

Wadi parecía cómodo escuchando mis palabras de conciliación. Sospecho que era la señal que debía estar esperando. Me contó que había encontrado a Sofía en la base de la Cabeza de Hanuman, con el cuerpo retorcido, destrozado y frío. Hablaba pensando bien lo que decía y su voz mantenía un mínimo temblor que yo recordaba de nuestra infancia: habría apostado que para él no habría nada más serio o terrible que hablar sobre la muerte de mi hermana. En eso coincidíamos, por supuesto, pero estaba dispuesto a no mostrarle más que la superficie de mis sentimientos: no pensaba descender por mi mente al lugar en el que se hallaban enterrados mis recuerdos de ella hasta que volviera a estar solo.

En esos momentos ya nos habían servido el té. Apuré la taza de un trago.

—Debió de ser horrible —dije mientras me limpiaba los labios con una servilleta—. No puedo ni imaginarme lo que debes haber sufrido.

¿Debió sonarle tan falso a él como me sonó a mí? No me pareció que se diera cuenta.

—Fue muy duro... para todos nosotros —respondió mientras me servía otra taza—. Especialmente para mi padre; le tenía mucho cariño.

—¿Vivisteis en nuestra granja después de casaros?

—No, pero íbamos a pasar una o dos semanas de vez en cuando. Pensé que eso la ayudaría. Después de que te arrestaran, parecía que todas sus esperanzas se marchitaban y morían. Pero creo que ir a la granja no hizo sino empeorar las cosas, aunque en aquel momento no me di cuenta. No lo exteriorizaba cuando estábamos allí. Ti, cada vez que pensaba que estaba a punto de superar todo ese sufrimiento, volvía a recaer. Había días en los que ni siquiera se levantaba de la cama.

—Pobre Sofía. —Desvié la mirada para fingir que pensaba en sus palabras—. Dime, ¿salía a pasear sola a menudo?

—A veces, sobre todo iba al canal de Indra, donde cogimos las ranas aquella vez. ¿Recuerdas? —preguntó esperanzado.

—Por supuesto.

Sonrió, y yo hice lo mismo.

«Si actuó como un espejo fiel, no podrá saber lo que pienso», me repetía a mí mismo por dentro.

Su rostro se ensombreció.

—¿Quieres saber por qué subió a la Cabeza de Hanuman? —preguntó con solemnidad.

—Sí.

—No lo sé. —Tomó un par de sorbos de té para prepararse—. Lo único que sé es que el día que murió, insistió en salir temprano. Fue culpa mía, de algún modo. Quiero decir que dejé que se marchara. Podría haberla detenido, pero pensé que era una buena señal que quisiera dar un largo paseo. A mediodía, al ver que no volvía, empecé a preocuparme. Nupi aún estaba con nosotros. Revolvimos toda la casa y luego salimos a buscarla. Recuerdo que Sofía había dicho que era un día especialmente claro y que intentaría subir a una colina para poder ver el océano. Más tarde, mi padre se unió a la búsqueda. Cuando la encontramos, llevaba muerta varias horas. Cayó desde una gran altura, debió morir al momento. —Extendió una mano para ponerla sobre mi hombro—. Ti, quiero que sepas que no sufrí.

«¿Crees que no sufrí? —deseé gritar—. ¿Eres idiota o qué? ¿No has aprendido nada en todos estos años?».

Le pedí que me contara todo lo que había pasado ese día: qué habían tomado como desayuno (*chapatti* con azúcar de palma, una costumbre que había aprendido de mí), qué llevaba puesto (un vestido de seda azul lavanda que la tía María le había comprado), e incluso cómo se había arreglado el pelo (se lo había dejado suelto).

Cuando le pregunté qué tiempo hizo, dijo que había neblina y que la temperatura era cálida.

—Pero ella dijo que era un día especialmente claro —le recordé.

—Lo sé. Fue raro que lo dijera. —Se encogió de hombros—. Quizá quería decir que sería claro desde lo alto de la Cabeza de Hanuman. Estaba tan trastornada y triste esos días que no quise llevarle la contraria.

Seguí interrogándolo, pero la única cosa rara que recordó acerca de Sofía, aparte de que se levantara tan temprano, fue que le había dicho que quería darle a Nupi la estatua de Shiva que guardaba la entrada.

—¿Te dijo por qué?

—Sólo dijo que Nupi le daría un mejor uso que nosotros. Tenía sentido, ya que la mayor parte del tiempo vivíamos en Goa. Le dije que me parecía bien, porque así era, de hecho. ¿Sabes? Ti, todos estos años he deseado haberla acompañado en ese paseo. —Los ojos le brillaron y sacudió la cabeza con gran remordimiento—. Podría haber ido con ella —añadió con un susurro tembloroso—. No tenía nada importante que hacer ese día. Pero no fui..., no fui...

Lo último que quería era que se diera cuenta de que sospechaba que la había

asesinado él. Me di cuenta de que era el momento de tranquilizarlo.

—No te culpes por ello —le dije—. Estoy seguro de que hiciste lo que pudiste por ella. Sé que te quería mucho. Y quiero agradecerte que me lo hayas contado todo con tanto detalle. —Bajé la mirada, con aire compungido, aunque en realidad lo hice para preparar una mentira importante—. Sofía me dijo una vez que le encantó aquella vez que la llevaste a lo alto de la Cabeza de Hanuman, justo después de que os enamorarais.

—¿De verdad? —exclamó—. En ese momento me pareció que se había enfadado. Incluso me gritó.

—Sólo era una evasiva, ya sabes cómo son las chicas.

Sonrió con aire de complicidad. Lo odié por eso, por no haber entendido a mi hermana en absoluto. Le devolví la sonrisa, no obstante, como si los dos fuéramos hombres que habían aprendido con la experiencia que las mujeres eran una forma de vida diferente, más engañosa.

—Wadi, ¿trajiste su cuerpo de vuelta a Goa?

—Sí, la enterramos en el cementerio municipal.

—¿Como cristiana?

—Tuvimos que hacerlo. Se... se había convertido.

—Bien. Al menos eso es un consuelo.

—¿De verdad? ¿No te enfadas por ello?

—Al contrario, me tranquiliza saberlo.

—Ti, eres una caja de sorpresas hoy.

—¿No te lo contó tu madre? Jesucristo fue mi único consuelo en prisión.

—Me lo dijo, pero pensé que... que te estabas...

—¿Qué me burlaba de ella? Puede que aún tenga problemas para entenderme con tu madre, pero al menos estamos de acuerdo en lo que a Jesucristo se refiere. «Alégrate mucho, hija de Sión; he aquí tu rey».

Se quedó callado un momento, pensando cómo debía reaccionar. Cuando bebí un sorbo de té, se levantó y fue hacia la ventana, puso las manos sobre el alféizar y miró hacia fuera; sin duda deseaba estar lejos de allí. Cuando volvió conmigo, se arrodilló junto a mi silla y me cogió la mano como cuando me agradecía que hubiera cuidado de él tras uno de sus ataques.

—Siento mucho lo que habéis pasado tú y tu familia —dijo—. Sé que no te escribí, pero después de la muerte de Sofía no tenía nada que decirle a nadie. Además, no podía mentirte, y sabía... sabía que si te contaba lo que había pasado quizá no habrías tenido la fuerza necesaria para continuar con vida. Que no sobrevivirías a la prisión. Que no volverías con nosotros. Lo siento, lo siento tanto...

Las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos. Me conmovió bastante. Estuvimos un rato abrazados sin decir nada, sintiendo uno el dolor del otro. A pesar del desprecio que sentía por él y de seis años de sospechas encadenadas, sentí que me estaba abriendo ante él. Sin embargo, no lloré. Al menos conseguí no llorar.

Después de separarnos, Wadi levantó la mirada, temeroso, hacia la habitación de su madre, con la esperanza de que no nos hubiera visto u oído.

—No te preocupes por tu madre, al menos por lo que respecta a mí —le dije—. La prisión fue peor de lo que podría haber imaginado (no te mentiré sobre eso) pero en Jesucristo descubrí el perdón para todos nosotros. «Cualquiera que se enoje, será culpable de juicio», dijo el Maestro. Ya no soy un hereje, y no debe seguir habiendo odio ni frialdad entre nosotros. Ni entre nosotros ni con tu madre. De hecho, como ella mismo me dijo hace poco, lo que está hecho, hecho está.

Después de que consiguiera convencer a Wadi de la sinceridad de mi conversión y del aprecio que le tenía, no tardé en acostumbrarme a la cómoda rutina en su casa. Vivía en la habitación de invitados que siempre había tenido, cenaba con mi tía y con Wadi casi cada noche y, de vez en cuando, incluso ayudaba a la cocinera a preparar el desayuno. En mi primer sábado como invitado, insistí en ir al mercado a comprar fruta y verdura, ya que ver todas esas papayas y mangos maduros —y esos exuberantes mantos formados por miles de chiles secos— para mí significaba saber que la generosidad aún podía existir en nuestro mundo. Durante esa primera semana, comí como un cocodrilo. El más mínimo olor a *curry* procedente de algún tenderete de comida era suficiente para que empezara a sacar el monedero.

El domingo asistí a la misa de la catedral con mi nueva familia, por supuesto. Me comporté de forma reservada pero amable con todo el mundo y no perdí ni una oportunidad de expresarles mi agradecimiento a mi tía y a mi primo delante de sus amistades, como me pareció adecuado que hiciera un joven que lo había perdido todo a causa de su imprudencia y su herejía. Cuando me quedaba solo, no obstante, mandaba a las criadas a por recados que debían efectuar fuera de la casa y me ponía a buscar algo que pudiera probar la conspiración de mi tía y Wadi contra mi padre, revolvía los arcones, armarios y vitrinas, buscaba bajo los colchones y las alfombras; me acostumbré a las fugaces alegrías y frustraciones de tener un objetivo clandestino. Buscaba una nota de los inquisidores dirigida a mi primo o a mi tía, o quizás una lista de cargos contra mi padre; algo que los vinculara con él. Para mi gran desilusión, no encontré nada excepto alguna prueba de la infidelidad de mi tío. Oculta bajo la caja lacada de perfumes de mi tía, encontré una florida carta de amor de una mujer llamada Antonia que debía haberle robado mi tía.

En dos ocasiones Wadi estuvo a punto de sorprenderme, ya que, a diferencia de mi tía, iba por la calle sin que lo acompañara ningún esclavo y tenía por costumbre entrar en casa sin previo aviso.

No quedaba nada de la ropa y pertenencias de mi hermana: ni un simple alfiler para el pelo, cinta u oración escrita. Desde mi inocencia, eso me confirmaba que Wadi debió llegar a despreciarla y rechazarla, puesto que aún me faltaba experiencia para saber que el aroma de los saris de Sofía —incluso el mero hecho de ver sus

abalorios o su caligrafía— podría haber sido más de lo que un joven viudo era capaz de soportar.

Le habíamos enviado cartas a mi tío para informarlo de que había vuelto, pero tardaría al menos entre una semana y diez días en recibirlas. En realidad, prefería que no estuviera allí, ya que mi tío habría querido que me sincerara con él para tener la oportunidad de consolarme. Yo sólo tenía la esperanza de que estuviera tan enamorado como para no querer dejar sola a Antonia ni siquiera durante un día. Al menos de ese modo podría salir algo bueno del arresto y muerte de mi padre.

¿Qué debían pensar realmente de mí mis anfitriones? No me importaba, mientras nadie se diera cuenta de que estaba interpretando un papel. Me preguntaron hasta el último detalle de lo que me había pasado en Lisboa, por lo que no me resultó difícil permanecer en un oscuro rincón de mi personalidad inventada.

«Para que viendo, vean y no perciban; y oyendo, oigan y no entiendan». San Marcos 4.

Busqué al padre Antonio, el confesor de mis tíos, tras la misa de domingo a la que asistí. Mi tía había salido a toda prisa para organizar una cena con varias de sus amistades, y Wadi se había ido a casa temprano para echar la siesta, por lo que me las arreglé para estar un minuto a solas con el cura. Estaba muy delgado, como siempre, y tenía la cara pálida como si le hubieran practicado una sangría con sanguijuelas. Después de saludarlo en las escaleras de la catedral y de recordarle quién era, derivé el tema hacia el padre Carlos Miguel Fonseca.

—¿Por qué preguntas por él, hijo mío? —susurró sorprendido el padre Antonio.

—Me pidió que lo avisara a mi vuelta. Estaba muy interesado en mi crecimiento espiritual. Por favor, dígame que vuelvo a estar en Goa si lo ve.

Él sacudió el aire que nos separaba con la mano para evitar que dijera nada más.

—Baja la voz —dijo mientras se inclinaba hacia mí—. Ha sido encarcelado por el Santo Oficio —me confió.

Me sentí henchido de alegría, pero me las arreglé para soltar unas lágrimas pensando: «No es suficiente, Phanishwar, pero es todo lo que puedo ofrecerte...».

—Dios quiera que no sea por mucho tiempo —mentí.

El padre Antonio negó con la cabeza como si el caso del jesuita ya estuviera perdido. Me cogió por un brazo y me apartó de algunos feligreses que se habían congregado cerca de donde estábamos.

—Deja que te dé un consejo —me dijo—. No hables de él, ni le digas a nadie que lo conocías.

—Pero ¿por qué no? Tiene que ser inocente.

—Dicen que era el cabecilla de una conspiración urdida por judíos secretos para tomar el control del mismísimo Santo Oficio.

—¿Judíos secretos? ¡Imposible!

—No, algunos de los soldados —e incluso el capitán de la flota— eran miembros del grupo. Según me han dicho, hasta podrían haber recibido ayuda de los protestantes ingleses. En Londres odian al papa.

Ése era el mejor regalo que podría haber imaginado: chusma judía y protestante por todas partes, ¡y amenazando el poder de la mismísima Inquisición!

—Supongo que a sus perseguidores les llevará un tiempo descubrir hasta dónde alcanzaba la conspiración —dije—. «Echad la red y hallaréis» —añadí citando el Evangelio según san Juan.

—No debes decirle a nadie que hemos hablado de esto —dijo el cura mientras miraba a su alrededor para asegurarse de que no nos oía nadie. Luego alzó la vista hacia el cielo y murmuró un avemaría. Vi que temía por su propia vida, lo que me hizo sentir como si estuviera sentado en un trono sombrío.

Necesitaba ocupar mis días con algo mientras buscaba pistas que me indicaran quién nos había traicionado a mi padre y a mí. Dado que muy difícilmente podría ilustrar Coranes y libros de oraciones para el sultán mientras estuviese en territorio portugués, Wadi me sugirió que trabajara como ayudante del encargado de su almacén principal, un hombre vago pero de maneras amables que llevaba muchos años trabajando para mi tío Isaac. Ese encargado andaba siempre arrastrándose por ahí calzado con unas zapatillas puntiagudas de seda de color carmesí, hasta el punto de que había recibido el sobrenombre de Chinelos, que significa «zapatillas». Pronto me encargué de llevar un registro de todas las mercancías que recibíamos de nuestros proveedores indios antes de enviarlas a Lisboa. El viejo Chinelos tenía mucha paciencia conmigo y el trabajo que me daba era de mi agrado, especialmente porque con frecuencia me ofrecía la oportunidad de observar a Wadi sin tener que hablar con él. Todos los obreros indios le hablaban a mi primo con un tono respetuoso, pero pronto me di cuenta de que cuando se volvía de espaldas, un buen número de ellos miraban a su patrón de reojo con desprecio. Chinelos me contó que una vez mi primo perdió los nervios y le dio un golpe brutal a un anciano indio porque a éste se le había caído y roto en pedazos una bandeja de porcelana, ricamente decorada, que Wadi le había ofrecido como regalo al duque de Lerma, un poderoso noble castellano al que había estado intentando convencer —sin éxito, al final— para que se convirtiera en su socio comercial.

—La sangre corrió por las manos de ese hombre aquel día —me contó apenado el encargado—. Los trabajadores no lo han olvidado.

A menudo me sentaba ante la lápida de Sofía después del trabajo, a últimas hora de la tarde, le ofrendaba alhelíes y caléndulas que solía comprar en el mercado y le susurraba en konkaní preguntas sobre las cosas que yo había visto y hecho durante

los últimos años. Más tarde, cuando se ponía el sol, me iba a alguno de los barrios indios, en parte para que, si alguien me estaba siguiendo, viera que no había nada sospechoso en que pasase un tiempo allí, pero también porque era un rato durante el que conseguía librarme de los portugueses. Solo con la gente de mi tierra, me atiborraba de dulces de coco y de té amargo, y a veces me permitía llorar en silencio por todo lo que había perdido, especialmente por mi hijo. El recuerdo de estar acostado junto a Tejal pesaba en mi pecho como un saco de piedras. En esas ocasiones, ni siquiera me molestaba en cubrirme los ojos, sino que exhibía mi pena como un mendigo.

No quisiera exagerar la tristeza que sentía. Me acechaba a oleadas, por lo que a veces pasaba días enteros sin ningún rastro de melancolía. Incluso cuando las ideas taciturnas amenazaban con hundirme, me daba cuenta de la poca importancia que tenían, de que no eran más que molestias que no me disuadirían de realizar el viaje que me correspondía emprender. Además, el hecho de ocultar tantas cosas confería cierta importancia a mis acciones, una importancia que no habían tenido jamás hasta entonces. Había sido capaz de arruinar a un cura respetado y erudito a seis mil kilómetros de distancia, de encerrarlo en una celda no muy distinta de aquella en la que yo había pasado dos años. Tenía poder, y empezaba a creer que había sido un joven demasiado corto de entendimiento porque no había logrado comprender que el Dios del Antiguo Testamento respetaba ese poder más que cualquier otra cosa. Él —y cualquier otro dios que pudiera estar observando nuestro mundo— podría llegar a condenarme cuando acabase, pero también me admiraría.

Aunque Wadi y yo tuvimos unas cuantas conversaciones sobre las primeras dos semanas que pasamos juntos, nos sentíamos agobiados por el miedo a ofendernos mutuamente. Empezamos a relajarnos cuando empecé a criticarle en broma, ya fuera por su pelo hirsuto o por los jubones con bordados de oro que solía llevar en las ocasiones más especiales. Él interpretaba todo eso como un signo de mi renovado afecto, justo como yo había esperado; era una indicación, también, de mi posición supeditada, ya que me esforzaba en encontrar nuevas puyas que lo divirtieran, como si fuera su hermano menor. Él empezó a reírse espontáneamente y a guardar menos las formas durante la cena, e incluso ponía los ojos en blanco cuando su madre soltaba algún comentario vanidoso o autocomplaciente. Juntos no tardamos en formar un frente unido contra ella, como cuando éramos pequeños, volvimos a ser amigos gracias a un enemigo común. Debí hacer que se sintiera más seguro el hecho de que pudiéramos recrear un poco de la magia de nuestra juventud. Eso probablemente conseguía que la tía María se sintiera más segura de sí misma, también; porque de ese modo le daba la sensación de que nada importante había cambiado.

Pronto me sentí seguro, lo suficiente para preguntar sobre el manuscrito de Berequías Zarco. Cuando les dije que no tenía ni idea de si aún estaría en la granja, Wadi dijo que debía estar seguro en el lugar donde lo habíamos escondido, y que había dado órdenes explícitas al mayordomo que había contratado de que cuidara

especialmente de los muebles. Mi tía dijo con toda naturalidad que había olvidado completamente que ese manuscrito existiera.

Ninguno de los dos sugirió que debiéramos volver pronto a la granja para asegurarnos de que aún estuviese allí. Seguramente se habrían puesto de acuerdo sobre lo que debían decir si se lo llegaba a preguntar, aunque también podía ser que estuvieran diciendo la verdad.

Y no obstante, me di cuenta de que no importaba. Eran los únicos que sabían que el manuscrito existía, por lo que uno de ellos, si no ambos, tenía que ser el culpable, y a mí ya no me importaba cuál de los dos era. «Les dejaré hacer hasta que llegue el momento», pensé.

Una vez, mientras hablábamos sobre el trabajo que había que hacer en la parte trasera del jardín, Wadi extendió la mano hacia mí.

—¡El aire está ardiendo! —gritó.

Lo agarré justo cuando empezaba a revolverse. Había olvidado la violencia de sus convulsiones y el terror que podían llegar a provocarme. Cuando el ataque finalizó, se inclinó pesadamente sobre mí mientras lo ayudaba a llegar a su cama. Me senté con él hasta que se quedó dormido, y tuve que esforzarme para no sentir lo que sentía por él.

Había llegado el momento de hablar con Sara. Cuando pienso en ello, creo que había estado posponiendo esa visita hasta estar seguro de que lo que me contaría no me disuadiría de mis intenciones.

De hecho estaba a punto de ir a visitarla a su casa, cuando vi que Wadi salía por segunda noche consecutiva sin habernos dicho ni a mí ni a su madre adónde iba, empapado de perfume de sándalo, el suficiente para un regimiento.

Creí haber dado con algo emocionante y posiblemente comprometedor, por lo que esa noche lo seguí hasta una casita de madera en un callejón de mala muerte de las afueras de la ciudad, a unos doscientos pasos al este de la residencia del gobernador. Wadi entró con una llave que sacó del bolsillo de su chaleco. Una vez arriba, pronto se encendió una vela y dos sombras corrieron las cortinas, la segunda mucho más baja que la primera: una mujer. Me acerqué un poco más a escondidas pero no pude oír nada. Casi una hora más tarde, Wadi volvía a casa a toda prisa.

Esa noche dejó abierta la puerta de su dormitorio. Con el cuchillo en la mano, lo observé mientras dormía. Se agitó cuando notó que me inclinaba sobre él.

—¿Tigre, eres tú? —preguntó mientras se incorporaba hasta quedar sentado en la cama.

Escondí la hoja del cuchillo detrás de mi espalda.

—Soy yo. Perdona si te he molestado.

—¿Qué haces aquí?

«Sólo miraba a ver si podía asesinarte sin que tuvieras tiempo para gritar», pensé,

satisfecho de ver que estaba a mi merced.

—Te he oído gritar y he venido a ver si estabas bien —respondí—. Deberías volver a dormirte o mañana estarás demasiado cansado para ir a trabajar.

Volví a seguirlo al día siguiente, pero esa vez me quedé allí un rato más después de que se hubiera marchado, escondido a la vuelta de la esquina más próxima de la casa en la que había entrado. La amante salió unos minutos después de que él se fuera. Era una chica esbelta, probablemente no tenía más de dieciséis o diecisiete años, pero era imposible verle la cara con nitidez debido a la oscuridad, especialmente porque llevaba un sombrero negro de ala ancha con una larga pluma. Caminaba como si la arrastraran con una cuerda, a veces incluso corría o miraba atrás por encima del hombro; era evidente que estaba preocupada por llegar a casa cuanto antes y que le daba miedo que la sorprendieran. Noté el latido de su corazón, casi tan rápido como el mío. Tuve la sensación de que estaba donde debía estar.

Sin ni siquiera una vela o una lámpara de aceite, la chica cruzó la verja de una mansión que había entre la catedral y el río, y llegó por el jardín hasta la parte trasera de la casa. Debía de tener la manera de entrar y salir por una puerta trasera que le permitía escaparse sin que nadie se diera cuenta.

Ése pasó a ser un *affaire* en el que estábamos implicados los tres.

21

Fui a ver a Sara a la noche siguiente, con el deseo no sólo de saber qué era eso que tenía que contarme sobre Sofía, sino también de persuadirla para que me ayudara a descubrir la identidad de la amante de Wadi. Cuando abrió la puerta, me mostró tal expresión de alivio que me quedé atónito. Esa noche lloviznaba y Sara me hizo entrar en el salón empujándome como una niña impaciente para que pudiera secarme. Había brasas en la chimenea. Extendí los brazos hacia ellas para sentir su calor.

—¿Recibiste mi carta? —preguntó sin dejar de mirar mi rostro, como si el mundo dependiera de mi respuesta.

—Sí.

—Gracias a Dios. Entonces no te has creído nada de lo que te ha contado tu tía.

—Sara, no estoy seguro de saber lo que quieres decir.

—Espera —dijo.

Me pidió las sandalias, que estaban empapadas, y las colgó del guardallamas de la chimenea. Luego fue a buscar una toalla y esperó con gesto maternal a que me secara el pelo y la cara. Sara tenía los ojos verdes y una mirada brillante e inteligente. Llevaba el pelo elegantemente recogido en lo alto de la cabeza y, aunque había ganado algo de peso, esos contornos redondeados le sentaban bien. Parecía contenta consigo misma.

—¿Qué pasa? —pregunté al ver que no dejaba de sonreír.

—Es sólo que te has convertido en todo un hombre. Te veo muy fuerte. Esos inquisidores no pudieron contigo. Doy gracias a Dios.

—Me he convertido al cristianismo —le dije.

—Por favor, Tiago —dijo torciendo los labios de forma divertida—. Creo en la bondad del Señor con todo mi corazón, pero los dos sabemos que incluso el más cristiano de los devotos no puede ser realmente cristiano en Goa.

—¿Qué significa eso?

—¡Significa que incluso el mismísimo Jesucristo sería arrestado si se atreviera a aparecer por esta horrible ciudad!

Me dejé boquiabierto el descaro con el que hablaba.

—No te preocupes —se apresuró a decirme—. No tengo sirvientes por la noche. No soporto tenerlos pendientes de mí todo el tiempo. No entiendo cómo puede gustarle a la gente.

—¿Y tu padre?

—Murió unos años después de que tú partieras, fue una horrible enfermedad que se llevó a mucha gente ese año.

—Lo siento.

—Una se acostumbra a todo con el tiempo. —Miró a su alrededor, sonriendo—. Al principio fue duro, pero ahora me gusta vivir sola.

—¿Estás casada?

Negó con la cabeza enérgicamente y se echó a reír.

—He tenido suerte, no encontré marido. Pero cuéntamelo todo. Quiero saber todo lo que te ha pasado. Y luego te contaré lo que sé. He tenido otros amigos encarcelados en el Santo Oficio, por lo que sé bien que necesitas protegerte. Puedes mentirme con toda tranquilidad si te sientes en peligro —me lanzó una mirada cómplice, incluso traviesa—. Simplemente hazme saber cuándo te inventas algo rascándote la nariz.

Volvía a dejarme boquiabierto.

—Lo siento, son los nervios —dijo Sara—. Intento ser graciosa porque tenemos temas mucho más serios sobre los que hablar. Y quería darte una buena impresión de inicio. Ha pasado tanto tiempo. Perdóname, Ti.

Con un gesto me invitó a sentarme en el sofá.

—A veces estaba segura de que no conseguirías volver a casa con nosotros —dijo con un leve suspiro mientras se sentaba a mi lado.

—Estuve a punto de no conseguirlo —respondí mostrándole una de mis muñecas—. No me salió muy bien —dije para restarle importancia a mi intento de suicidio.

Con un dedo acarició las cicatrices y eso me inquietó, parecía como si estuviera intentando atraparme con su afecto. Se reclinó y se puso una almohada sobre el regazo, lo que me hizo pensar en Tejal y su timidez.

—¿Sabes, Ti? Creo que todo el Imperio portugués debería ser destruido. ¿No crees?

—No estoy seguro —dije.

—Olvidaste rascarte la nariz —bromeó—. Si mal no recuerdo, tu padre murió poco después de ser encarcelado. Y justo después te arrestaron a ti.

—¿Realmente quieres oír todo eso?

—¿Te sorprende?

—Bueno, es sólo que Wadi y mi tía no se muestran especialmente interesados.

—Deben tener miedo de oír alguna herejía.

—¿Y a ti no te da miedo?

—No tengo hijos, padres ni sirvientes. ¿Quién testificaría contra mí? ¿Las paredes? No tienen la obligación de espiarme, no son buenas cristianas. Sólo el espejo de mi dormitorio me mira a veces como si quisiera delatarme.

Al ver que no me reía, me dio unas palmaditas en el brazo.

—Dicen que mal de muchos consuelo de tontos, aunque en Goa es más bien al revés.

Dado que no paraba de insistir, le hablé de la muerte de mi padre sin mencionar que se había envenenado, por supuesto, y luego hablamos un buen rato sobre Phanishwar. Se lo conté con el sentimiento de desesperación que sentía en aquel momento, pero me abstuve de mencionarle que sospechaba de Wadi y de su madre. Pensaba en la seguridad de Sara y en la mía propia cuando me inventé el cuento de que había tenido una revelación sobre la divinidad de Jesucristo tras una noche especialmente tormentosa, en la que imaginé que el arcángel san Gabriel entraba en la prisión y me recitaba el Sermón de la Montaña. Aunque Sara debió dudar de la veracidad de esa historia tan absurda, se limitó a asentir como si me estuviese creyendo. Me alegré de que mintiera por mi seguridad, tanto como de que se sentara a escucharme sin interrumpirme. Hay algo íntimamente relacionado con la redención en los ojos de un amigo dispuesto a escuchar lo que le digamos.

Luego empecé a describirle el auto de fe en el que Phanishwar fue quemado en la hoguera.

—¡Esa mañana grité tu nombre! —exclamó Sara.

—¿Estabas allí? —Me quedé atónito.

—No podía negarme a ir. Las escenas de barbarie como ésa deben tener testigos.

Cada vez me gustaba más esa mujer, pero eso sólo hacía crecer mis reticencias a seguir hablando sobre mi pasado, ya que no deseaba crearle problemas. Por eso desvié mi monólogo a un rápido final: le conté que los días y las noches en Lisboa se me hicieron tediosos y que había utilizado todo ese tiempo para ejercitar mi fuerza y elasticidad.

—Y ahora ya vuelvo a estar aquí —concluí encogiéndome de hombros, como si todo hubiera acabado en sólo unos días.

—He oído que hace una semana que volviste. No quisiera parecer chismosa, pero ¿puedo preguntarte por qué no has venido a verme antes?

—No pude. Necesitaba ir a Benali. La chica con la que me iba a casar vive allí. Aunque quizá... quizá también he retrasado el momento de venir porque tenía miedo de lo que pudieras contarme sobre la boda de mi hermana con Wadi. Tenía que... prepararme.

—No quiero hacerte daño, pero tu intuición no te engañaba. Lo que te voy a contar no te gustará y nadie más podrá contártelo. Pero necesito hablar sobre ello..., quiero hacerlo por Sofía.

Extendió la mano derecha. En el dedo índice tenía un aro de oro. No me había dado cuenta, y no lo reconocí hasta que se lo sacó y me lo dio.

—Tu hermana me pidió que te diera esto —dijo mientras me lo dejaba en la palma de la mano—. Dijo que te correspondía a ti tenerlo.

Miré en el interior y vi la inscripción en hebreo del mejor amigo de mi bisabuelo: «Para Berequías, nos encaminamos juntos hacia Jerusalén, Farid».

El sentimiento de culpa que tenía por seguir con vida me impedía respirar. «Debería ser yo el muerto, y no Sofía», pensé.

Cuando me puse el anillo, Sara se percató del esfuerzo que estaba realizando por controlar mi pesar, por lo que se levantó para traer una garrafa de coñac. Luego acercó su silla a la mía y me hizo beber un vaso bien lleno de licor.

—Me estoy convirtiendo en un beodo —le dije riéndome de mí mismo para evitar caer en la desesperación a causa de la injusticia que había supuesto la muerte de mi hermana.

Sara me cogió la mano derecha, la mano en la que me había puesto el anillo, y la besó.

—Sofía sabía que éramos amigas, aunque no hubiéramos hablado en muchos años. Por eso vino a mí. No os traicionaré a ninguno de los dos. Me dijo que debía darte el anillo tan pronto como volvieras. Y ya he cumplido con mi deber. Te lo aseguro, Ti, me siento muy aliviada. Una promesa a un muerto... pesa mucho. No hay ningún peso que pueda compararse a eso.

—¿Cuándo te lo dio?

—Casi un año después de que te desterraran a Lisboa. Vino una noche, parecía desesperadamente triste. Me impresionó ver lo débil que se había vuelto. Hacía años que no la veía. No creo que tuviese nadie más con quien pudiese hablar.

—¿Qué te dijo?

—Que su matrimonio había acabado. Que Wadi había intentado ayudarla y se había portado bien, pero que había perdido el interés por ella. Que él había sido su única esperanza de salvación y se había convertido en un extraño. Pero se culpaba a sí misma por haber sido tan taciturna.

Bajé la mirada. Pensaba: «Si yo hubiese estado aquí, ella aún seguiría viva».

—Ti, no seas demasiado duro con Wadi cuando pienses en ello. Tiene una paciencia limitada con el dolor. Debió preferir no pensar en ello, o asumir responsabilidades. Por eso se vuelca sobre otra cosa —u otra persona— cuando las cosas se ponen difíciles. Yo me di cuenta de ello hace muchos años. —Se encogió de hombros como si no hubiera nada que hacer al respecto—. No es que no amara a Sofía. Debía de quererla. Lo único que puedo decir es que cuando ella vino a verme, no estaba enfadada con Wadi. Creo que le perdonó la distancia desde la que lo vivía todo. Sólo parecía furiosa consigo misma.

—¿Por haberse casado con él?

—No. Por ser incapaz de recuperarse de la muerte de vuestro padre y de tu

encarcelamiento, o por ser incapaz de ser la chica que una vez fue. ¿Crees que tiene sentido?

—Podría. Sara, ¿parecía asustada de Wadi?

—No, sólo... decepcionada. —Desvió la mirada, como si pensara en la veracidad de lo que acababa de decir—. Sí, decepcionada, eso es, Ti —continuó sentada muy erguida, como si eso le diera fuerzas renovadas a su determinación—. Sofía me dio más cosas aparte del anillo. Me trajo varios brazaletes y un sari. Si los quieres, son tuyos. Le pregunté por qué me los daba, por supuesto, y me dijo que quería compensar de algún modo el haberme traicionado. Le dije que jamás la había considerado responsable de que Wadi me dejara, y era cierto, pero insistió en que me quedara esos regalos. Luego sucedió algo extraño. Cuando me dijo adiós, tuve la sensación de que sería la última vez que la vería. Fue como... como si pudiera ver el futuro y me diera cuenta de que ésa era la única oportunidad que tenía de evitar que se marchara. Pensé que habría estado planeando marcharse a Portugal o a cualquier otro lugar de Europa. ¿Por qué me habría dado, si no, el anillo de tu padre en lugar de esperar para dártelo ella misma? Se lo pregunté cuando estaba justo ahí. —Señaló la puerta de la entrada—. Aún lo recuerdo, como si hubiera sucedido ayer. Me dijo que el anillo le recordaba demasiadas cosas que deseaba olvidar. Nos despedimos con un beso. Yo quise pedirle que no se fuera, pero no lo hice. Debería haberlo hecho. Se lo debía, pero tenía miedo..., miedo de empeorar las cosas, de pedirle que se quedara en Goa cuando lo único que quería era marcharse. En cuanto cerré la puerta me eché a llorar. El sentimiento de que alguien parte para siempre fue muy intenso. —Sacudí la cabeza como si se reprochara algo—. Tres semanas más tarde, me enteré de que había muerto.

—¿Crees... crees que fue asesinada?

—¿Asesinada? —se sorprendió. Luego se levantó y tomó aire para calmarse—. No, Ti. Lo siento pero estoy casi segura de que se suicidó. Los regalos que me dio..., fue su manera de decirme adiós, de dejar esta vida soltando lastre. ¿Sabes lo que quiero decir?

Intenté responder, pero el silencio me pareció la única manera de encajar su revelación. Sabía que lo que había dicho tenía sentido, especialmente porque Wadi me había contado que Sofía había querido darle la estatua de Shiva de nuestra madre a Nupi, pero continuaba siendo un asesinato por lo que a mí respectaba: su marido la había matado al abandonarla.

—¿Hablaste alguna vez con Wadi acerca de tus sospechas de que se trataba de un suicidio? —le pregunté.

—No, nunca. —Fue hacia la ventana y corrió las cortinas con un tirón brusco, parecía enfadada consigo misma. Se volvió hacia mí antes de volver a hablar—. Tras el funeral de tu hermana, creí que no volvería a hablar con él jamás. De hecho, yo no quería. Supongo que no podía evitar culparlo. Pero unos seis meses más tarde vino aquí a verme. —Volvió a sentarse, con las manos juntas sobre el regazo—. No le

hablé de la conversación que había tenido con Sofía. Vino porque se sentía solo. Estaba muy apenado y había perdido mucho peso. No pude evitar compadecerme de él. Pero Wadi... siempre se ha regido por ciertas urgencias físicas, por decirlo de alguna manera, y estaba desesperado por... por tener compañía. —Sonrió fugazmente—. Incluso lo intentó conmigo, pero yo ya no era tan estúpida como antes. Le presenté a varias amigas jóvenes durante las dos semanas siguientes. Organicé cenas. Y luego no volví a verlo. Ya no me necesitaba.

—O sea, ¿que ésta es la primera vez que le cuentas a alguien tus sospechas de que lo de Sofía fue un suicidio?

—Sí, no me pareció prudente contárselo a nadie más.

—Bien. Pues que quede entre nosotros. Dime, ¿sabes con quién se ha estado viendo Wadi?

—Ti, ¿sabes algo que yo no sepa?

—Vi que se reunía en secreto con una chica. Era muy joven, creo, pero tampoco pude verla muy bien. —Le describí la mansión en la que la había visto entrar.

—¡Conozco esa casa! —exclamó Sara, sonriendo como si hubiese sucedido algo glorioso—. ¡Qué escándalo!

—¿Porqué? ¿Quién es ella?

—Ana... Ana Pontes Dias. Le presenté a Wadi a una prima de Ana en una de esas fiestas de las que te hablaba. Debió de conocerla ahí. Parece ser que Ana es la única hija..., la única y queridísima hija de Rafael Dias, el próspero mercader de especias.

—¿El del ojo de cristal? —pregunté tras recordar haberlo visto en un palanquín muchos años atrás mientras los niños lo perseguían y lo señalaban.

—El mismo, y sé de buena tinta que nuestra Ana es la prometida de Gonzalo Bruges desde hace más de un año. Y ese joven —dijo con aire triunfal, dejando entrever que ésa era la parte que más le gustaba del escándalo— es el hijo mayor de Francisco Bruges, el viejo avaro miserable que recauda los impuestos de las mercancías que entran y salen de Goa. Conozco bien al chico. Es agradable y está loco por Ana. Ti, ¿lo entiendes? Wadi está amenazando con romper uno de esos matrimonios que pretenden unir dos imperios. Si los padres lo supieran... —Agitó las manos como hacían los portugueses para indicar un desastre.

—¿Realmente les importaría tanto? A tío Isaac le va muy bien el negocio. ¿Y si Ana está realmente enamorada de Wadi?...

—¡Pero no puede rivalizar con Gonzalo Bruges! —me interrumpió—. El padre de Ana no consentiría jamás un matrimonio con tu primo, y romper el compromiso destruiría todo lo que el viejo mercader ha estado planeando. También está el pequeño detalle de que Wadi sea un hijo adoptivo, lo de que lo llamaran Morito y todo eso. Y sus convulsiones. Ésta es una ciudad pequeña y la gente no olvida ese tipo de cosas.

—Debo estar seguro de que la chica que vi es realmente Ana.

—¿Por qué?

—Sara, no soy el que soy, y ahora es donde tengo que empezar a mentirte. —Me rasqué la nariz como me había pedido que hiciera.

Ella sonrió.

—Simplemente dime si comprobar la identidad de la chica ayudaría a Ana de algún modo. O al menos a Gonzalo.

—Depende de lo que entiendas por «ayudar».

Se inclinó hacia mí con rostro impaciente.

—¿Protegería a esa joven pareja de Wadi? Te lo aseguro, lo único que conseguirá será meter a Ana en un callejón sin salida. Y el pobre Gonzalo..., preferiría no verle sufrir.

—Mis planes podrían ayudarlos, aunque debo confesar que no es mi principal intención. Y... y eso es todo lo que puedo contarte.

—Entonces muéstrame la casa a la que volvió la chica después de verse con Wadi. Muéstramela ahora —se levantó frotándose las manos, impaciente por embarcarse en una aventura.

—Sara, si es ella, necesitaré que me hagas aún otro favor. No creo que te ponga en peligro, pero tampoco puedo estar absolutamente seguro de ello.

Y luego le expliqué las partes de mi plan que necesitaba saber.

Seguro de que jamás sería capaz de controlar completamente los acontecimientos que estaba a punto de provocar, a la tarde siguiente me dirigí a la curtiduría en la que papá y yo solíamos comprar la vitela. Me aseguré de que no me seguían. El propietario, un tamil, me abrió la puerta. Había envejecido mal y se apoyaba en un bastón de caña, incapaz de levantar la cabeza lo suficiente como para que nuestras miradas se encontraran.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo a la vez que suspiraba del modo que suelen hacerlo algunos hindúes, como diciendo: «No hace falta que me cuentes por qué, ya que todos sabemos que la vida nos separa irremediabilmente...».

—Necesito volver a visitar al experto en venenos —le dije—. Quiero que Garuda se me lleve si me atrapan.

—Entonces entra —dijo el tamil, haciendo un gesto para que lo siguiera.

Renqueó delante de mí hasta la puerta trasera. La inscripción que había hecho mi padre en la puerta, aunque estaba descolorida, aún era visible: «Muchos son los caminos que llevan a Dios, pero qué afortunados somos de que sólo uno nos lleve más allá».

Cuando volví a leer esas palabras, pensé que significaban que no tendríamos que volver a nacer en este mundo, aunque quizá no fue eso lo que mi padre quiso expresar.

La puerta de Vaasuki aún estaba pintada de un azul intenso, con una flor de hibisco de color rosa y blanca en el centro. Cuando llamé, abrió la puerta él mismo y levantó una ceja para expresar su sorpresa. Se había dejado crecer el pelo y las canas blancas le llegaban hasta los hombros desnudos.

—¿Te acuerdas de mí? —pregunté.

—Sí, y te advertí que no volvieras a Goa —respondió enfadado.

—Lo siento. No pude evitarlo. Y ahora necesito algo para proteger mi vida por si sucede lo peor.

—¿Crees que es eso lo que sucederá?

—Sí.

Era la primera vez que admitía que no viviría mucho más. Entonces me di cuenta de algo que debería haber visto antes: que era bueno que Tejal me hubiera rechazado, ya que me había liberado para que hiciera lo que debía. Quizás ella incluso lo entendía de algún modo.

—Entra, pues —dijo Vaasuki, esta vez con voz más amable.

Me cogió por el brazo y me llevó a su jardín de invierno. Las palmeras, cuyas hojas parecían plumas, formaban arcos por encima de su cabeza cuando se arrodilló delante de la estatua de Shiva y se puso a rezar. Probablemente pensaba en la necesidad de ayudar a otro hombre a quitarse la vida. Quizá les pedía a los dioses que le perdonaran. O a mí.

Al finalizar sus súplicas me pidió que me sentara con él y le contara lo que me había ocurrido. Hablamos durante dos horas, y me hizo preguntas ansiosas, como si yo pudiera ofrecerle el armamento necesario para ganar una guerra. Hablamos detenidamente sobre mis captos, incluso sobre sus nombres, y un poco después me di cuenta de que estaba catalogando cuidadosamente todo lo que pudiera contarle sobre el funcionamiento de la Inquisición en Goa y la prisión Galé de Lisboa. Cuando acabé, me bendijo y yo le pregunté por qué necesitaba saber tanto.

—Siempre viene bien conocer al enemigo tan bien como sea posible —dijo con un gesto de complicidad.

Era la primera vez que me daba cuenta de que salvar a víctimas individuales no era suficiente para él.

—Le gustaría perseguir hasta el último portugués de Goa, ¿no es así? —pregunté.

—¿A ti no? —me espetó como respuesta, sorprendido de que pudiera pensar de otro modo.

También yo me sorprendí de que me hubiera llevado tanto tiempo comprender que el Imperio —esa gran máquina de matar— debía ser destruido completamente. Sara había sido la primera en insinuármelo, pero yo no la había entendido. Estaba tan cegado por el dolor y la ira que me había olvidado de mi batalla por la causa.

Vaasuki me dejó solo unos minutos. Cuando volvió, me pidió que bajara la cabeza

y me puso una cruz plateada alrededor del cuello.

—No quiero esto —dije con vehemencia, y empecé a quitármela.

—No, espera —dijo deteniendo mi mano. Levantó la cruz, la sostuvo en posición horizontal y accionó un resorte que abrió un compartimento con un frasquito de cristal ámbar dentro.

—Sólo tienes que ponértelo en la boca y morderlo —me dijo—. Sangrarás un poco, pero no importa, porque al cabo de unos segundos sentirás un dolor en el estómago y en el pecho, pero se acabará al cabo de tres o cuatro minutos. Será mejor que lo abras para practicar. Si vienen a por ti, puede que no dispongas de mucho tiempo.

Después de unas cuantas repeticiones, podía soltar el cierre y dejar el frasco en mi mano en sólo un segundo. Estaba satisfecho conmigo mismo.

—Sí, ahora te parece fácil —dijo Vaasuki con severidad—, pero cuando llegue el momento puede que tu mano no se mueva tan segura.

—Si es así, reza para que encuentre otra manera de morir —respondí.

Tres días más tarde llegó el tío Isaac. Quiso llegar antes, pero había estado gravemente enfermo y todavía sufría alguna enfermedad desconocida, aunque él ahuyentó mis preocupaciones con un gesto desdeñoso. Los ojos le sobresalían de forma alarmante y tenía la piel amarillenta como la cera. Llevaba el pelo largo, ya canoso, y enredado a causa del viaje que había hecho por mar. Incluso así, su aroma acogedor era el mismo de siempre, y su sonrisa cómica y contagiosa me desarmaron al instante.

Corrió hacia mí nada más verme con los ojos tan llenos de lágrimas que incluso se enojó porque le impedían verme. Yo había estado dibujando en el jardín, y él se quedó allí con el brazo alrededor de mis hombros mientras hablábamos bajo el tamarindo que yo había plantado varios años atrás.

Durante unos minutos me permití sucumbir a su cariño, fui simplemente un niño al que su tío adoraba.

No quiso entrar para que nos reuniéramos con los demás, aunque Wadi había aparecido un par de veces para preguntarnos si nos apetecía algo para comer o beber.

—Tú eres todo lo que me queda de mi querido hermano y mi querida sobrina —me dijo antes de besarme en la frente—. Es egoísta, ya lo sé, pero no quiero compartirte con nadie más.

Eso fue un duro golpe, especialmente porque implicaba una responsabilidad para con él que yo ya no podía aceptar.

Él y mi tía se comportaron de forma civilizada ese primer día, aunque por las miradas que ella le lanzaba me di cuenta de que lo despreciaba con toda el alma y que a duras penas contenía su furia. Por las noches, él dormía en su estudio pese a que yo le ofrecí mi habitación. Con su hijo el trato era agradable, pero había una distancia

entre los dos que me pareció completamente nueva. Tuve la impresión de que Wadi debía ponerse del lado de su madre cuando sus padres discutían, y que mi tío temía que lo acusara por su infidelidad. Estuve a punto de preguntarle por Antonia, pero decidí que la respuesta que pudiera darme me vincularía aún más íntimamente a él. No podía permitirme que nuestros lazos se estrecharan aún más. O, aún más importante, no creí que pudiera permitírselo él.

Por temor a lo que pudiera decirme mi tío, fui incapaz de soltar ni una sola cita del Nuevo Testamento en su presencia, aunque cuando la tía María me pidió que bendijera la mesa antes de cenar, reuní el valor necesario para contarle que había encontrado consuelo en Jesucristo. En su mirada de tristeza vi que había adivinado mi duplicidad, y que había entendido perfectamente que la necesitaba. Durante los días siguientes lo sorprendí un par de veces mirándome fijamente desde la puerta de mi habitación, temprano, por la mañana, antes de levantarme, y estaba seguro de que buscaba al chico que había conocido. En esos momentos, se parecía tanto a mi padre que habría sido capaz de rogarle que me llevara con él.

En una de esas ocasiones me trajo pan recién hecho con mermelada de higos para que desayunara en la cama, y mientras estábamos allí sentados, estuve seguro de que él deseaba que le abriera mi corazón, pero simplemente no podía hacerlo por miedo a perder todo lo que había conseguido.

Una noche en la que estábamos solos le pregunté si había visto el manuscrito de Berequías Zarco últimamente.

—No, pensé que sería mejor dejarlo en vuestra granja —respondió—. En Goa, si alguien lo descubría, volveríamos a tener problemas.

—¿Llegaste a saber quién podría haber testificado contra mi padre? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—Lo intenté, pero el padre Antonio dijo que ya habían empezado a investigarme a mí, por lo que tuve que dejarlo.

Mi tío Isaac sólo se quedó cuatro días con la excusa de que tenía que volver a Diu por negocios. Le pidió a Wadi que fuera a verlo tan pronto como fuera posible; tenía contratos pendientes que precisaban una delicada coordinación entre los almacenes de Diu y los de Goa. Me hizo prometer que yo también iría, y le dije que sí, pero cuando mi tío hubo embarcado, me sentí tremendamente aliviado mientras le decía adiós, pues sabía que no iría jamás.

Sara había podido verificar que Ana era la joven que yo había visto después de haberla seguido en varias ocasiones cuando salía de la mansión de su padre. Ana no sólo se encontró con Wadi en la calle dos veces más, sino que además llevaba puesto un sombrero de ala ancha negro exactamente igual que el que yo le había descrito.

El día después de que mi tío se marchara a Diu, Gonzalo Bruges, el prometido de

Ana, acudió a ver a Sara a su casa tarde, por la noche. Le pedimos que fuese a la hora exacta en la que Ana solía salir para encontrarse con Wadi.

Gonzalo era un hombre diminuto, de apenas un metro y medio de altura, con la piel lechosa y sólo una sombra de vello en la barbilla y las mejillas. Tenía el pelo rizado, castaño y lo llevaba suelto por encima de la frente y de las orejas, y tenía los ojos verdes y la mirada profunda, como un gatito. Tenía diecisiete años, uno más que Ana. Faltaban siete meses para su boda, sería justo después de su decimoctavo cumpleaños.

Yo estaba en el salón cuando él entró en la casa. Me gustó su manera de reír cuando Sara bromeó acerca de la pequeña fortuna en perlas que llevaba incrustadas en las solapas del chaleco y el cuello de su jubón verde oliva.

—¿Cuál es esa razón tan misteriosa por la que me has invitado? —preguntó con desenfado. Debió de pensar que se trataba de algún tipo de juego que ella habría organizado para divertirlo.

Tras pedirle que tuviera paciencia, Sara colgó su brazo en el de él y lo acompañó al salón, donde nos presentó. Me gustó el vigor con el que ese joven me dio la mano. Era evidente que le gustaba conocer a los amigos de Sara. Una vez sentados, ella le explicó a Gonzalo que me había invitado a su casa porque lo que debía contarle no era agradable, y sentía la necesidad de tener a un buen amigo en el que poder confiar cuando se lo dijera.

—Te aseguro que Tiago no dirá ni una palabra de esto a nadie —dijo muy seria mientras se volvía hacia mí justo en ese momento, tal como habíamos ensayado.

—Tienes mi palabra —le confirmé, con la mano en el corazón. Me acordé de lo mucho que apreciaban los gestos dramáticos los portugueses de Goa.

En los años que han pasado desde entonces me he preguntado por qué debió de acceder Sara a mentir por mí. Sé que quería evitar que le rompieran el corazón a la joven Ana, y que si eso le causaba problemas a Wadi, tanto mejor. Pero aun así, a veces pienso que ella ya intuía lo profundas que eran las sombras a las que me proponía descender. Me pregunto si le movía la venganza. Y si ella misma tenía claro si lo hacía por Sofía o por ella misma.

—Sara, espero no haber hecho nada malo —dijo Gonzalo con una sonrisa infantil, intentando que su encanto lo salvara de una reprimenda si de algún modo la había ofendido.

Él estaba sentado en el sofá, encorvado, pero intentaba no parecer ansioso. Yo estaba sentado a su lado y Sara se había acomodado en un sillón frente a nosotros.

—No estoy enfadada contigo en absoluto —se apresuró a aclarar ella—. Pero tardaré un minuto en explicártelo. —Se levantó y sirvió tres coñacs en tres vasitos diminutos de cristal rojo que había dispuesto sobre una bandeja de madera—. Gonzalo, una noche, mientras paseaba por el límite oriental de la ciudad, vi algo que no debería haber visto. Simplemente paseaba por ahí, necesitaba pensar en cosas que me preocupaban.

Repartió las bebidas y se sentó otra vez. Yo me serví una tostada y le ofrecí otra a Gonzalo.

—Fue entonces cuando vi que mi amigo Francisco Javier iba por la calle — continuó Sara con un tono más firme, como si estuviera más segura de lo que quería decir—. Qué extraño, pensé. Quizá no lo sepas, Gonzalo, pero en otro tiempo Francisco Javier y yo estuvimos muy unidos. Tú debías ser sólo un chiquillo. Bueno, pues estuve a punto de llamarlo, pero caminaba tan rápido y parecía tan decidido... No paraba de mirar a su alrededor todo el tiempo, como si tuviera miedo de que lo siguieran. Naturalmente, no quería molestarlo si estaba llevando a cabo algún tipo de misión delicada. No tenía ninguna intención de espiarlo, aunque admito que despertó mi curiosidad, pero desde donde yo estaba no pude evitar ver cómo entraba en una casita de dos plantas. Al parecer, tenía la llave. Eso también me pareció extraño, por lo que me quedé ahí esperando cosa de un minuto después de que hubiese entrado, preguntándome qué debía llevarse entre manos. Quizá tenía algo que ver con alguna mercancía secreta, pensé.

Sara se limpió el sudor con un pañuelo.

—Gonzalo —dijo con suavidad—, me temo que pronto me odiarás.

—Prometo que no será así —respondió él inmediatamente—. ¡Pero cuéntamelo de una vez, por favor!

—Mientras estaba ahí plantada —continuó Sara—, vi a una joven que recorría la calle a toda prisa. Llevaba un extravagante sombrero negro que proyectaba una sombra sobre su rostro, pero la reconocí igualmente. —Bajó la mirada con expresión preocupada—. Ella también tenía la llave de la casa. Y también entró. Gonzalo, la chica era Ana Dias. Ya sé lo que estás pensando —se apresuró a añadir con la mano extendida para evitar que él empezara a hablar—. Estoy segura de que hay una explicación para todo esto. Tiene que haberla. Supongo que tú podrás decirme cuál es, que es por lo que... que, de hecho, es por lo que te he pedido que vinieras.

Ella le sonrió de forma benevolente.

Gonzalo se había quedado lívido, con la boca abierta.

—¿Estás segura de que era Ana? —preguntó vacilante.

Sara se mordió el labio y se volvió hacia mí con una mirada de súplica.

—Varias noches después de que Sara viera todo eso —dije yo—, me pidió que siguiera a la chica cuando saliera de la casa. Me sabía mal hacerlo, pero Sara estaba tan disgustada... Y yo sabía que me lo pedía porque le preocupabas. —Le cogí la mano y le di un fugaz apretón. Su sonrisa avergonzada me pareció perfecta.

—Vi que la joven volvía a una gran mansión —añadí, y continué con su descripción detallada. Cuando mencioné una buganvilla de colores cálidos que caía en forma de cascada sobre la fachada, se puso en pie de repente.

—¿Cuánto tiempo estuvo con Francisco Javier? —preguntó.

—Una hora más o menos, la noche que yo la seguí —respondí sin alterarme.

—Estoy segura de que tiene que haber... —dijo Sara.

Pero antes de que pudiera terminar la frase, Gonzalo salió corriendo de la habitación. Sara me miró asustada, porque no habíamos previsto esa reacción. Lo alcancé antes de que llegara a la puerta.

—¿Adónde vas? —le pregunté.

—A ver a mi padre. Él llegará hasta el fondo de este asunto.

—Por favor, no lo hagas —le dije—. Las conclusiones a las que has llegado podrían ser erróneas. Podría haber alguna razón inocente por la que acudió allí. Por eso no estaba seguro de si Sara debía contártelo. De hecho, yo le aconsejé que no lo hiciera.

Sara se había reunido con nosotros. Se agarró al brazo de Gonzalo.

—Sé que estás enfadado, pero tienes que pensar en lo que es mejor para Ana. Si vas a ver a tu padre, el escándalo la marcará para siempre. Deberías ir a ver al padre de ella, en lugar de eso. Por favor, Gonzalo, no vayas a comprometerla. El *Senhor Dias* hará lo que sea para evitar que su hija se vea envuelta en un escándalo. Él hablará con Ana cuando no haya nadie más presente, excepto tú. Llegarás a saber la verdad de todos modos, pero de este modo garantizaremos que no se manche el... el honor de ninguno de los implicados.

—¿Honor? —dijo el chico—. ¡Lo que ha hecho demuestra que no lo tiene!

—Tienes que hacer lo que dice Sara —me interpuse—, y aunque eso pueda comprometerme como espía, iré contigo. Al fin y al cabo, antes de enfrentarse a su hija, querrá saber exactamente lo que vimos. Sólo yo puedo contárselo. Especialmente porque no quiero que Sara se implique todavía más. Al ser una mujer soltera, como puedes comprender, debe ir con cuidado. Un escándalo podría traerle complicaciones.

—¿Harías eso por mí? —preguntó Gonzalo con gratitud, y es que no tenía ni la más remota idea de lo que le tenía preparado.

22

Un sirviente indio con una candela encendida en la mano nos abrió la puerta en la mansión de los Dias. El gran vestíbulo que tenía tras él tenía un aspecto cavernoso debido a la falta de luz.

—¡*Senhor* Gonzalo! —exclamó en un susurro de sorpresa.

—Dígale al *Senhor* Dias que estoy aquí —ordenó el joven.

—Pero hace rato que duerme. Ya sabe que se retira pronto.

—¡Pues despiértelo!

—No le gusta que lo molesten después de...

Gonzalo empujó al sirviente hacia un lado y se abrió paso hasta el vestíbulo. Llevaba un farol de porcelana y la luz titilante que iluminaba sus rasgos acentuaba su ira, le confería un halo de violencia.

—Muy bien, pero, por favor, esperen aquí —le dijo el sirviente con cierto desprecio. Luego se tomó su tiempo para subir por la escalera curva que llevaba al piso de arriba.

—¡Mueve ese trasero indio si no quieres que te cueste la cabeza! —Gruñó Gonzalo.

El tipo siguió con su paso parsimonioso sin mirarnos y desapareció por un pasillo lateral de la galería.

Una serie de estatuas de mármol de la Virgen María y los evangelistas separaba el vestíbulo del salón que había detrás. En la pared del fondo había un rosetón de cristales azules y de color rubí que brillaba débilmente a la luz de la luna. Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, pude distinguir los marcos dorados de las pinturas religiosas de las paredes y un crucifijo de piedra en una gran mesa, quizás un altar. La sala seguramente hacía las veces de capilla para la familia.

—Esta casa debe valer una fortuna —comenté, tras decidir que no había ninguna

necesidad de ser sutil a la hora de referirme a lo que perdería Gonzalo si rompía su compromiso con Ana.

Gonzalo me lanzó una mirada de desesperación.

—Mi padre me matará —gimió.

No había sospechado ese temor añadido de Gonzalo hasta entonces; pensaba que su padre sólo culparía a Ana.

—No puedo imaginarme viviendo sin ella —continuó diciendo Gonzalo, con aire taciturno—. Ella es todo mi futuro. Pensaba que también me amaba.

—No te culpes —dije, y realmente lo sentía por él, pero también deseaba avivar las brasas de su ira—. No pudiste hacer nada. El corazón de una chica no es tan resistente como queríamos. Y Francisco Javier puede resultar muy seductor cuando se lo propone.

Cuando las lágrimas de humillación llenaron sus ojos, entró apresuradamente en la oscuridad del salón y apagó la lámpara que llevaba en la mano para convertirse en una sombra. Sólo las voces que empezamos a oír, procedentes del piso de arriba, le hicieron volver conmigo. Y aún entonces tenía los ojos húmedos.

—Sé fuerte —le dije—, puede que aún no la hayas perdido.

Le sostuve la lámpara mientras él encendía la candela con su pedernal.

—Te agradezco tu amabilidad —me susurró, y para enfatizar aún más la profundidad de los sentimientos que había tras esas palabras, me apretó la mano, lo que me conmovió.

Esperamos juntos al principio de la escalera, mirando hacia la galería. El sirviente indio volvió a aparecer con un sinuoso candelabro en la mano, iluminando el paso de su amo, que caminaba dando pasos pequeños e inseguros y apoyaba la mano izquierda en un bastón plateado mientras se agarraba a la baranda con la otra. El *Senhor* Dias llevaba un largo camión oscuro con perlas cosidas en los volantes del cuello, lo que por aquel entonces ya entendí que constituía una especie de emblema de familia, así como la razón por la que Sara había bromeado con Gonzalo: el jubón y el chaleco del chico debían de ser regalos del padre de Ana.

El *Senhor* Dias apareció con el pelo mojado y un aire cómico; seguramente se había refrescado con agua para despejarse un poco. No había tenido tiempo de ponerse el ojo de cristal, por lo que en lugar de eso llevaba un parche negro. El otro ojo, el bueno, parecía cansado, y de la mano libre le colgaba un rosario.

—Disculpe que le despierte, *Senhor* Dias —dijo Gonzalo dócilmente, quizá reconsiderando su decisión—, pero esto... esto no podía esperar.

Los dos hombres se dieron la mano y Gonzalo me presentó.

—Los jóvenes creen que todo es urgente —dijo nuestro anfitrión con un tono de lamento dirigido más a sí mismo que a nosotros. Soltó un sonoro suspiro y le pidió al sirviente que le trajera una silla.

Gonzalo esperó hasta que estuvo acomodado en ella antes de hablar.

—Me temo que le han robado, *Senhor* Dias.

—¿De qué estás hablando?

—Ana no está. No la encontrará en casa.

—¿Has perdido la cabeza? ¿Dónde quieres que haya ido Ana?

—Las chicas pueden tener muchos recursos al servicio de sus deseos —le dije al anciano. Luego me permití una pequeña broma y añadí—: Me temo que ha ido a visitar un reino moro.

—¿De qué estás hablando? ¡Esto es Goa!

—Entonces, dígame que venga —le retó Gonzalo.

Nuestro anfitrión le dirigió un gesto airado a su sirviente.

—¡Ve a buscar a mi hija, y por el amor de Dios, no te entretengas! —Luego se dirigió a Gonzalo—: Si esto es algún tipo de broma —lo amenazó—, te prometo que tu padre te dará un buen azote. ¡Y yo también!

—Puede guardarse sus castigos para su hija —respondió el joven—, aunque si me equivoco, que caiga toda la justicia de Portugal sobre mí. —Orgulloso de su heroica respuesta, que yo interpreté como un símbolo inequívoco de su juventud, se volvió hacia mí con expresión grave—: Díselo, Tiago.

Con voz atribulada, volví a contar la historia de que había visto a Ana y a Wadi juntos, y me referí a Sara sólo como una amiga que había solicitado mi ayuda. También confesé la vergüenza que había sentido por haber seguido a su hija en secreto, y lo que me incomodaba verme envuelto en todo eso, ya que Wadi había sido mi mejor amigo durante mucho tiempo, además de mi primo.

—Es casi un hermano para mí —añadí—, y no me siento cómodo en absoluto condenándolo de forma precipitada. Aunque debo decirle que tiende a... a aburrirse de sus mujeres con bastante facilidad. Además, cuando era pequeño lo cogieron en un barco árabe y eso...

—¿Es un moro? ¿Eso es lo que quisiste decir antes?

—Cuando nació, sus padres eran musulmanes, pero lo adoptaron mis tíos cuando aún era muy pequeño. Ha sido un cristiano beato desde entonces, por lo que espero que no llegue a ninguna conclusión errónea respecto al tipo de salvajadas que puedan permanecer en su carácter.

Me di cuenta de que había conseguido acelerarle el corazón a ese pobre hombre. Echó la cabeza hacia atrás, horrorizado, con la cabeza inundada de pesadillas. Cuando oyó que alguien corría por la galería del piso de arriba se levantó de golpe, seguro de que no había demostrado tanto vigor en muchos años. No hay nada como la ruina de una hija para infundir algo de juventud en las piernas de un anciano.

—¡Se ha ido, *Senhor* Dias! —gritó el sirviente, inclinado por encima de la baranda. Vino jadeando hacia nosotros—. Ni siquiera ha deshecho la cama —añadió.

—¿Has comprobado todas las habitaciones del piso de arriba?

—Sí, *Senhor* Dias.

—¡Maldita sea! *Senhor* Zarco, ¿podría llevarme hasta la casa donde la vio? —me preguntó esperanzado.

—Lo haría, pero creo que sería mejor esperar a que vuelva. Esta noche el daño ya está hecho, cuando lleguemos a su lugar de encuentro ya se habrán ido. No tiene otra opción, tendrá que contar los minutos de angustia a partir de ahora. —Hice una pequeña reverencia de disculpa—. No puedo quedarme con ustedes, no obstante. Debo volver a casa para estar allí cuando Wadi vuelva. Después de tantos años de amistad, quiero advertirlo de que su mundo está a punto de derrumbarse. Puede que no estén de acuerdo con mi lealtad hacia él, pero espero que la respeten. Creo que es justo que esté allí con él.

—Esperaremos sin usted, pues —dijo Dias mostrándome el puño y dándole un giro brusco, un gesto que entonces no entendí, pero que ahora me parece que era su manera de encerrar su determinación en su cabeza con una especie de llave mental. Cerró los ojos y yo pensé que se había calmado, pero sin previo aviso blandió el bastón a su alrededor de forma brutal. Le dio un golpe al pasamanos que provocó un sonoro crujido de la madera.

—¡Maldita sea la traición de una hija! —gritó, tan fuerte que pude oír el eco en mis oídos como una condena que nunca sería perdonada.

Esperé a Wadi fuera de la casa, no quería entrar y tener que aguantar la conversación de mi tía. Mi corazón latía de impaciencia y el cielo nocturno jamás me había parecido tan poblado de estrellas. Me emborraché con su luz distante.

Llevaba sólo unos minutos esperando cuando llegó Wadi. Paseaba con su capa de terciopelo marrón y sonreía a causa de los rescoldos de su conquista secreta.

—¿Sales? —me preguntó con una sonrisa llena de picardía; sin duda creía que yo también esperaba disfrutar de una noche de libertinaje.

Su aliento olía a *feni*.

—Tenemos que hablar —le dije con tono serio.

—Entremos, pues —respondió mientras me cogía por el hombro—, estoy hecho polvo.

—No, no quiero que tu madre nos oiga.

—¿Qué ocurre?

—Escúchame, ¿recuerdas que fui a visitar a Sara hace poco? Me dijo algunas cosas que he intentado acallar dentro de mí, pero no lo he conseguido. —Sacudí la cabeza, como si estuviera muy decepcionado conmigo mismo.

—¿Qué te contó?

—Te vio con una chica..., una chica llamada Ana.

—¡Esa zorra! —Dio una patada en el suelo digna de un toro hostigado—. ¿Qué te ha dicho?

—Que os ha visto juntos. E insistió en que fuera a ver la casa en la que os citáis. Necesitaba comprobar que era cierto, por lo que fui. Desgraciadamente, Sara no escuchó el consejo que le di a la vuelta. Le contó a Gonzalo Bruges todo lo que vio, y

éste acudió a ver al padre de ella.

—¡Maldita sea! Siempre quiso vengarse de mí. ¡Debí haberla estrangulado, zorra mentirosa!

—Wadi, Sara ya no debe preocuparte..., pero el *Senhor Dias* sí. Puede que incluso venga a verte con Ana esta misma noche.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó con recelo.

Por la manera como me miró, vi claramente que acababa de ocurrírsele que yo podría estar contra él. Me di cuenta de que estaba borracho y de que podría atacarme, lo que no hizo sino agudizar mis sentidos. Podía sentir la peligrosa provocación de su ira, pero quería que me atacara para poder tener algo en su contra.

—Fui con Gonzalo a ver al *Senhor Dias* —le dije para provocarle aún más.

—¡Tú! —Gruñó.

Sin advertencia previa, arremetió contra mí con tanta fuerza que me golpeó contra la pared de su casa.

—¡Hijo de puta! —me gritó.

Me quedé sin aliento. Caí de rodillas, sin poder respirar.

—¿Qué has hecho? —preguntó mientras buscaba su cuchillo bajo la capa, dispuesto a clavármelo en la espalda.

Levanté la mano.

—No fui yo —dije sin aliento—. Yo sólo acompañé a Gonzalo para oír lo que le contaba al padre de Ana. ¡Fingí ser amigo suyo para servirte de espía! ¡Lo hice todo por ti!

Wadi me miró atónito.

—¡Sí, me he comprometido por querer ayudarte! —dije con acritud.

La mano que agarraba el cuchillo quedó colgando a su lado.

—¿Por qué siempre me malinterpretas? —dije sacudiendo la cabeza con desesperación.

—¿Y qué dijo Gonzalo? —preguntó con sorna, aunque no supe distinguir si en el fondo dirigía la pregunta a Gonzalo o a mí. Quizás a los dos. Tenía la esperanza de que despreciara mi debilidad, ya que con eso conseguiría que se confiara.

Me sacudí el polvo de los hombros.

—Aparta ese cuchillo. No dejes que todo lo que has bebido arruine tus posibilidades de salvarte.

Cuando lo hubo devuelto a su funda, me levanté otra vez.

—Si no fuera por mí —dije—, Gonzalo habría ido a hablar con su propio padre y éste te habría matado sin esperar a tener pruebas. Fui yo quien convenció al chico para que fuera a ver al padre de Ana en su lugar. El *Senhor Dias* no querrá un escándalo en su familia, por lo que te he salvado el pellejo. Si no me crees, pregúntaselo a Gonzalo. O a Sara.

—Pensé que tú..., que me guardabas rencor.

La «evidencia» de mis valientes esfuerzos por ayudarle hizo que sus palabras

saliesen sólo a trompicones.

—Debería haberme dado cuenta de que había sido Sara, y no tú. Lo siento. — Golpeó el suelo con los pies en un gesto de desánimo—. ¿Podrás perdonarme?

Le estreché la mano cuando me la ofreció. Para mí fue mi manera de decirle adiós. Como cerrar un libro que habíamos abierto juntos cuando teníamos sólo ocho años.

—Siempre te he perdonado —respondí—, pero lo importante ahora es saber lo que vamos a hacer.

Ese «vamos» me quedó muy bien.

—No hace falta que hagamos nada —dijo Wadi.

—¿Por qué no?

Sonrió como si estuviera complacido consigo mismo.

—Ana y yo nos casamos en una ceremonia secreta hace unos meses.

—¿Estás casado?

—Sí.

—¿Por qué no se lo contaste al padre de ella?

—Ana no me dejó. Lo odia. Hemos estado pensando en marcharnos juntos a Diu para escapar de él, desaparecer sin avisar. Mi padre lo ha estado preparando todo.

Cuando me volví para pensar en cómo la unión secreta de Wadi podría afectar a mi estrategia, me di cuenta de inmediato de que podría utilizarlo a mi favor. Me sentí afortunado de enfrentarme a un enemigo tan impetuoso.

—¿Tío Isaac sabe que estáis casados? —pregunté.

—Sí.

—¿Y tu madre?

—Si se lo dijera —resopló—, todo el mundo lo habría sabido hace tiempo. Aunque ahora tendré que contárselo, supongo.

Levantó la mirada hacia el cielo y se puso las manos sobre la cabeza, como si intentara sentir lo que pesaban las ambiciones de su madre sobre él. Me miró con tristeza antes de volver a hablar:

—Es extraño, Tigre, pero más que una condena, lo que temo de mi madre es que esté contenta por haberme casado con alguien importante.

Una hora más tarde, después de que Wadi y la tía María hubieran discutido sobre ese matrimonio tras la puerta cerrada del dormitorio de ella, oí pasos al otro lado de la puerta de la casa. La abrí justo cuando el *Senhor* Dias y su hija descendían de sus palanquines con la ayuda de sus lacayos. El mercader me estrechó la mano entre las suyas, como si yo fuera un viejo amigo, con un intento de sonrisa, pero volvió a sentir su pena cuando se volvió para mirar a su hija. Ana lo seguía con la cabeza gacha y las manos juntas delante del pecho, como si hubiera hecho un voto de silencio. Decidí que sería raro besarla en las mejillas, por lo que me limité a expresar lo encantado

que estaba de conocerla, a lo que ella respondió asintiendo de forma casi imperceptible. Era una chica de complexión delgada y melena de color rubio oscuro; sus ojos parecían hinchados. Tenía la mejilla enrojecida e irritada por un arañazo. Quizá su padre le había pegado. Las manos le temblaban mientras se arreglaba el mantón negro por encima de los hombros.

Los hice pasar al salón y mi tía los saludó con amabilidad. Le ofreció al *Senhor* Dias un vaso de nuestro mejor vino portugués, pero él lo rechazó con impaciencia. Luego intentó elogiarlo por la ropa que llevaba, especialmente su chaleco de color rubí, que llevaba cosidas perlas rosadas alrededor de los ojales.

—¡Por favor, cálese! —le espetó él. Entonces ya llevaba puesto el ojo de cristal que le daba ese aire intimidatorio a su mirada, como si procediera de otro mundo.

El rostro de mi tía quedó congelado por el horror. Se dio cuenta entonces de que la alegría que había sentido al conocer la noticia de la boda de Wadi con una joven adinerada había sido prematura.

Sin pedir permiso, el *Senhor* Dias y su hija se sentaron juntos en el sofá, las manos de ella entre las de su padre, asidas con firmeza; no estaba dispuesto a renunciar tan fácilmente a la propiedad de la chica.

Wadi y yo nos sentamos en sendas sillas a una distancia prudencial, uno al lado del otro, delante de la chimenea; me había hecho prometerle que me sentaría a su lado cuando llegaran. Mi tía se quedó de pie, secándose los chorretones de sudor de las mejillas. ¡Cuánto sudaba esa mujer!

La traición de Wadi pesaba entre nosotros como un cadáver en descomposición. El *Senhor* Dias dejó que el silencio empeorara aún más su hedor. No nos atrevimos a hablar hasta que lo hizo él.

—Su hijo me ha robado a mi hija y la ha corrompido —le dijo a mi tía—. Y voy a emprender acciones legales.

—Pero... pero si me he... me he enterado esta misma noche —tartamudeó mi tía, que de ese modo dejó a Wadi solo con el problema. Únicamente puedo especular sobre si lo hizo a propósito o si fue a causa de los nervios, pero su hijo le lanzó una mirada asesina.

—Yo no he robado nada —dijo Wadi desafiante, primero a ella y luego otra vez al *Senhor* Dias.

—Tiene que haber sido alguna artimaña diabólica —respondió el anciano. El desdén le hacía escupir las palabras—. Me niego a creer que mi hija se haya entregado libremente a alguien como tú. Quiero saber qué medios utilizaste para debilitar su voluntad. Y cómo pretendes devolvernos la honra que nos has arrebatado.

—Yo no le debo nada. Nos casamos hace cuatro meses. No hubo ningún hechizo de por medio. Su hija lo es todo para mí. Ningún juez que pueda encontrar conseguirá que me avergüence de decirlo. Sólo una vez he querido a alguien tanto como quiero a su hija.

Wadi me miró para hacerme ver que se refería a Sofía y yo le sonreí con toda la

gratitud de la que fui capaz. Se defendía bien hablando. De no haber sido por mí, podría haber sobrevivido a ese naufragio.

—La razón por la que se enamoró de mí es un misterio, pero un misterio que agradeceré siempre —continuó. Le dedicó una dulce sonrisa a Ana. Por un momento me pareció que se arriesgaba a revelar su parte más frágil—. Éste es mi amigo Tiago —le dijo a su esposa mientras me cogía por el brazo—. Cuando nos conocimos te conté todos sus problemas y lo mal que me sentía yo al respecto. Creo que fue entonces... cuando me abriste tu corazón por primera vez.

Ana bajó la mirada, tenía miedo de hablar, pero todos sabíamos que Wadi había dicho la verdad.

Yo sonreía por dentro al observar esa paradoja: ¡había conseguido a esa chica gracias a mi sufrimiento!

—Si creía que no debía avergonzarse de lo que hizo —preguntó el *Senhor Dias* —, por el amor de Dios, ¿por qué lo mantuvo en secreto?

—Díselo, Ana —dijo Wadi con tono alentador—. Es tu oportunidad, nuestra oportunidad. Yo estaré a tu lado, no importa lo que diga o haga.

—¡Habla! —rugió su padre.

—No me atrevía a enfrentarme a tu ira —susurró ella a la vez que se encogía, temerosa de que su padre se levantara y le pegara una paliza.

—¿Entonces estás casada con este hombre? ¿Lo que dice es verdad?

—Sí.

—¿Tan mal padre he sido para que me desafíes así? ¿Para que me temas tanto?

Ana empezó a llorar en silencio con la cabeza entre las manos. Era poco más que una niña. Debía estar preguntándose qué había hecho ella para caer tan bajo en tan pocos meses. Y todo porque deseaba vivir su propia vida.

—Esto no acabará aquí —le dijo el *Senhor Dias* a Wadi—. Nos vamos a casa ahora mismo —le dijo luego a su hija.

—Ahora ya no tienes que volver con él —le dijo Wadi.

Ella miró agradecida a su marido mientras una expresión de coraje tomaba forma poco a poco en su rostro y su respiración se hacía cada vez más profunda.

—Siempre has sido mi amo y señor —le dijo a su padre mientras se secaba las lágrimas—, pero ahora estoy casada. Y del mismo modo que mi madre se debía a ti, yo me debo a Francisco Javier.

El *Senhor Dias* levantó la mano de la chica, la besó y la dejó caer sobre el regazo de ella otra vez.

—Por lo que a mí respecta, estás muerta —dijo con una calma terrible.

Era como si una campana sombría hubiera sonado tras una batalla. La crueldad de esas palabras aún resuena en mi interior hoy en día.

El *Senhor Dias* luchó por levantarse, tras rechazar la ayuda que le ofrecía su hija.

—Recuerda esto —le dijo a Wadi, con las manos hacia arriba, por encima de la cabeza, como si invocara al Señor del Antiguo Testamento—. Ha engañado a su

padre, ¡aún puede que engañe también a su marido!

Lo dijo como si se tratara de una maldición, pero yo lo interpreté como la esperanza más profunda que albergaba el anciano. Y como el camino por el que yo debía continuar...

Ana y Wadi compartieron el dormitorio de él por primera vez esa noche, y él debió de pasar la mayor parte del tiempo tranquilizándola, diciéndole que su padre lo reconsideraría. Pude oír que ella sollozaba hasta bien entrada la medianoche.

—¡Lo he perdido todo! —gritó ya de madrugada.

¿Lo que preocupaba a Ana era que su padre encontrase un medio legal de apartarla de Wadi?

Imaginé que ese grito desahogado despertó a mi tía, y que debió pasearse por la habitación, maldiciendo a su hijo por haber provocado ese escándalo. La imaginé mirándose en el espejo a la luz de una sola vela, comparando su rostro con el de su nueva nuera y lamentando no disponer de algún tipo de magia con la que pudiera robarle la juventud a la chica.

Ana no bajó por la mañana. A Wadi se le cerraban los ojos y parecía decaído. Mi tía se mostró fría con nosotros dos.

—Debes ayudarme con Ana —me rogó mi primo tan pronto como su madre se levantó de la mesa para vestirse—. Ésta no es una buena manera de empezar.

Accedí a ayudarlo, pero cuando subí a verla, Ana no me dejó entrar. Ni siquiera accedió a hablar conmigo a través de la puerta.

Wadi entró para sentarse con ella un rato y salió a trabajar tarde, completamente apesadumbrado.

—No piensa comer nada —dijo, y con voz de súplica añadió—: Tigre, tienes que hacer algo. Estas cosas no se me dan bien. Tienes que ser tú.

No perdí la oportunidad de animarlo y esa tarde me marché a casa temprano para ver qué podía hacer. Esa vez, conseguí que me dirigiera la palabra a través de la puerta cerrada.

—Por favor, no necesito nada —protestó con voz débil.

—Te dejaré algo de arroz y de pollo aquí, en la puerta, y una botella de agua —dije para demostrar mi paciencia—. Me marcharé para que puedas salir a cogerlo.

—No, por favor, no.

Bajé a buscar la comida a la cocina, golpeé la puerta con los nudillos sin hacer mucho ruido y me aparté. Cuando apareció Ana, aún llevaba puesto el camisón. Se sonrojó al verme.

—Te ayudaré —dije, intentando ganármela con la suavidad de mi voz.

—No hay nada que hacer —afirmó apesadumbrada.

—Sé lo que es el sufrimiento, Ana. Incluso los huérfanos como yo tenemos un futuro. Mírame: soy la prueba de que es cierto.

Conseguí soltar unas lágrimas que tiñeron de compasión su joven rostro. Puede que Wadi fuera su marido, pero cuando se acercó a mí supe que yo me convertiría en su confidente.

Se vistió rápidamente y bajó al piso inferior cuando le dije que mi tía había ido a visitar a una amiga. Hacía un día espléndido, con una brisa fresca procedente del océano. Sugerí que fuéramos a dar un paseo junto al río.

—Quiero demostrarte que a pesar de lo ocurrido aún puedes ser la misma persona que siempre has sido —le dije a la chica. Eso me permitió ver su sonrisa por primera vez.

Cuando nos cruzábamos con alguien se apoyaba en mí, como si de algún modo aquella gente supiera que su padre la había echado de casa y estuviera a punto de desmayarse.

—Todos me rechazan —dijo más de una vez y, en ocasiones, tuve que arrastrarla para que avanzase, lo que sólo conseguía que dependiera cada vez más de mí, ya que ella percibía que mi fuerza sería suya siempre que lo deseara.

Mientras caminaba junto a Ana, a menudo recordé a Sofía cuando me decía que quería salir de su propia piel. Parecía como si me estuvieran dando una segunda oportunidad de ayudar a una joven tímida y confusa que debía abrirse paso en el mundo.

Le dije que no podía capitular ante la voluntad de su padre.

—Cualquiera que lo mire a la cara se dará cuenta de que te quiere —le dije— y cuando haya pasado un tiempo no tendrá otra opción que respetar tu decisión.

Ella podría haberse preguntado cómo había aprendido todo eso en prisión, pero como me limitaba a contarle lo que quería oír, no me pidió explicaciones, lo único que me pidió fue que no le soltara el brazo ni un instante.

Durante la semana siguiente, fui el bufón y consejero de Ana y Wadi, aunque pensé que el primer consejo que le había dado era parcialmente erróneo; pese a su timidez, el fuego candente que tenía en su interior podía convertirla en una chica increíblemente nerviosa y obstinada. Le encantaba ver las carreras de barcas en el río e incluso animar en las peleas de gallos y, cuando no se salía con la suya, se parapetaba en una fría expresión de desprecio digna de su linaje aristocrático. Muy pronto se sintió más segura, lo suficiente para enfrentarse a Wadi de igual a igual cuando reñían, y recurría a su testarudez para compensar su falta de estrategia.

También era ambiciosa —tenía muchas ganas de viajar, especialmente— y poseía el deseo acumulado de nuevas experiencias propio de una chica cuyo talento y curiosidad se habían visto retenidos durante años. De forma superficial, al menos, había muchas cosas en Ana que me recordaban a Sofía, y empecé a comprender que si Wadi se había enamorado de ella no había sido por accidente. Quizás incluso la había buscado para mantener la ilusión de que mi hermana aún estaba viva de algún

modo.

Una noche, cuando estábamos solos, Ana me confesó que —tal como yo sospechaba— no le importaba tanto la ira de su padre como la posibilidad de perder su herencia.

—Y no por mí, sino por Wadi —me dijo.

La costumbre india de ofrecer una dote había hecho mella en su manera de pensar, como les había pasado a muchas otras chicas portuguesas. Hablaba de sí misma como si no mereciera el matrimonio si no conseguía sellarlo con las riquezas de su padre. Aunque no lo dijo tan abiertamente, también le entristecía que esa nueva vida, menos lujosa, no pudiera ofrecerle las aventuras que tanto ansiaba. Una existencia provinciana en una ciudad portuaria a cuatro meses en barco de las capitales de Europa le debía parecer un triste destino.

Le aseguré que aunque podría haber preferido a una novia rica, el amor que sentía por ella le haría superar cualquier duda y decepción, y que, si él llegaba a conocer su pasión por viajar, seguramente ahorraría lo suficiente para visitar Lisboa de vez en cuando y quedarse a vivir allí durante unos meses. Insistí en que debía hablar de eso con él, y le prometí que si le era completamente sincera él se sentiría gratificado y de ese modo vería confirmada la inquebrantable lealtad que esperaba de ella.

En realidad yo creía todo lo contrario, por supuesto, que si ella dejaba aflorar su sensación de angustia y su falta de valor, Wadi tendría la impresión de que ella estaría reconsiderando su matrimonio. Además, él también empezaría a preocuparse al ver que no era capaz de proporcionarle lo que ella más deseaba.

En ese esfuerzo por socavar su aflicción, mi mayor aliado era lo que cada uno de ellos ignoraba del otro; como la mayoría de las parejas jóvenes, no habían hablado jamás seriamente de lo que esperaban de su unión.

Unos días más tarde, mi primo se acercó a mí durante el trabajo arrastrando los pies, con cara de preocupación.

—Creo que jamás conseguirá superar el haber perdido el amor de su padre —dijo, sin querer revelarme lo que en realidad le había dicho.

—Ana ha perdido cosas a las que nadie querría renunciar —le dije—. Dale tiempo. Aunque quizá... —Negué con la cabeza de forma dramática—. No, no es una buena idea.

—¿Qué? —preguntó.

—No debería decir nada más. No estoy en posición de hacerlo.

—Tigre, por favor, confío en ti.

—Es sólo que el padre de Ana... Si pudiese oírte hablar sobre el amor que sientes por ella una vez más. Estoy seguro de que podrías ganártelo, aunque supongo que intentará volver a humillarte, es como los cíclopes, y yo...

—¡No me da miedo! —declaró Wadi.

—Sé que no —le aseguré mientras lo empujaba impaciente hacia el desastre—. Lo que quería decir es que el desprecio es difícil de soportar. No te será fácil

enfrentarte a él, para mí no lo sería, al menos.

—La vida no siempre es fácil, ¿sabes?

Me encantaban esos momentos de sabiduría de Wadi. Eran tan involuntariamente cómicos...

—En ese caso, creo que deberías ir tú —le dije con tono alentador.

—¿Me acompañarías?

El *Senhor* Dias seguramente lo consideraría un cobarde si yo le acompañaba.

—¿Yo? Espié a su hija, y no mantuve en secreto que soy tu mejor amigo. No creo que tenga muchas ganas de verme.

—¡Tienes que venir! No se me da bien hablar, puede que te necesite para que hables por mí. Y si noto que me estoy yendo por las ramas, te necesitaré para que me saques de allí lo antes posible.

A la noche siguiente, justo después de cenar, fuimos a la mansión de los Dias. El *Senhor* Dias dio instrucciones a su sirviente personal para que nos hiciera esperar fuera y nos dejara entrar sólo cuando él ya estuviera en el vestíbulo. Estaba sentado en un sillón y sobre el regazo tenía un perro diminuto y lanudo, con una cinta de color carmesí alrededor del cuello; sobre la mesa que tenía al lado había dos candelabros de oro encendidos, un pequeño recordatorio de las riquezas que Wadi jamás podría obtener, seguramente. Frente a él había una alfombra de yute muy vieja que olía a estiércol que sin duda procedía de los establos. El sirviente nos dijo que el *Senhor* Dias quería que nos pusiéramos encima de ella para que no le ensuciáramos el suelo de mármol.

Wadi estaba furioso. Yo estaba realmente seguro de que se lanzaría al cuello del anciano y tenía la esperanza de que no hubiera olvidado su cuchillo.

El ojo verdadero de Dias miró a mi primo de arriba abajo lentamente mientras el otro, el de cristal, seguía mirando hacia delante, hacia la nada. El mercader no mostró ninguna intención de disimular el asco que sentía.

—Di lo que tengas que decir —le espetó a Wadi, pero en realidad lo que quiso expresar era: «Acabemos de una vez con todo esto».

Mi primo contuvo su rabia de forma admirable y empezó a describir su amor por Ana como si ella lo hubiera rescatado de la desesperación. Aunque recurrió a floridas metáforas más propias de la poesía trovadoresca, me conmovió la desesperación con la que mi viejo amigo deseaba ser comprendido por su enemigo. Wadi se había jugado el futuro casándose con ella y ahora intentaba explicar los inefables movimientos del corazón a alguien que apenas lo escuchaba. No se le podía reprochar nada por sus esfuerzos o sus sentimientos. Pero la corrupción de su hija había convertido al *Senhor* Dias en un ser de hierro. Se limitó a acariciar al perro lánguidamente mientras Wadi le suplicaba.

Finalmente, al ver que había sido incapaz de hacer mella en la coraza de

desprecio de nuestro anfitrión, mi primo se volvió hacia mí.

—Por favor —me suplicó con desesperación.

—Debe haber algún gesto que Francisco Javier pueda hacer que os demuestre la absoluta devoción que siente por vuestra hija —dije—. Algo que pueda reconciliarlo con Ana al mismo tiempo, puesto que ése es su mayor deseo. Le recuerdo que, como cristiano piadoso, no hay nada imposible, ni siquiera la vida eterna, para los que creemos en el Hijo de Dios.

—Lamento decirte que la única manera de que un hombre así pueda demostrar su devoción —respondió Dias en un tono de rencor regocijado— sería que solicitase a un juez que anulase su ruinoso matrimonio. —Señaló a Wadi como si lo condenara al infierno—. Sólo si haces eso creeré que tu amor por mi hija es verdadero y que desees lo mejor para ella. Y sólo entonces le permitiré volver a esta casa y le daré mi bendición para que se case con Gonzalo. —Apartó de mala manera al perro para que bajase al suelo y se puso de pie.

Me habló como si Wadi ya hubiera salido de la habitación cuando dijo:

—Aunque, se lo aseguro, *Senhor* Zarco, tengo serias dudas de que Gonzalo o cualquier otro cristiano la quiera en el estado vicioso en el que la ha dejado su amigo moro.

Eso era jaque mate, y tanto Wadi como yo lo sabíamos. Volvimos como pudimos a casa, en silencio. Más tarde, esa misma noche, mi primo explotó delante de Ana durante la cena y mandó su plato de sopa al suelo de un manotazo cuando ella comentó que no estaba suficientemente caliente.

—¡Si lo que hay en mi casa no es lo suficientemente bueno para ti, entonces no tendrás nada de nada! —bramó.

Ella salió corriendo hacia su habitación sacudiéndose el vestido empapado y sollozando. Wadi se llevó las manos a la cabeza mientras mi tía le ordenaba a una criada que limpiara el suelo. Yo sufrí con ellos durante unos minutos de rigor, y luego pasé directamente al pato con ciruelas, que estaba delicioso. Como postre, tomé una ración doble de pudín de coco. Estaba tan contento que incluso se me pasó por la cabeza la posibilidad de no insistir tanto en Ana y Wadi durante unos días pero, a la mañana siguiente, la esposa de mi primo bajó para ir a la misa dominical con el pañuelo opalino de mi hermana puesto.

23

Cuando recuerdo el dulce rostro de Ana envuelto de forma protectora por el pañuelo de seda de Sofía, aún ahora veo cómo retrocedí y me refugié en un lugar de sombras y murmullos.

«Wadi probablemente revisó los objetos personales de Sofía después de encontrar su cuerpo y le dio a Ana lo que pensó que podría gustarle —pensé—. O quizás el muy estúpido realmente intentaba convertirla en mi hermana».

Esa mañana conseguí comer, pero mantuve un silencio digno de un cadáver. No recuerdo bien el orden de los acontecimientos que tuvieron lugar ni ese día ni el siguiente.

¿Podría ser que los sentimientos más importantes estén tan lejos de la superficie de la vida diaria hasta el punto de que el tiempo no les afecte? Al fin y al cabo, podemos amar a alguien con el mismo fervor tras veinte años de ausencia. Y lo mismo respecto al odio.

Ese reino atemporal era donde yo vivía entonces, y en ese lugar oscuro todo era confuso: el interior y el exterior, el pasado y el presente, incluso el bien y el mal. Aunque estoy dispuesto a admitir que podría ser sólo una excusa que justificaría la sangre con la que estaba a punto de mancharme las manos...

Probablemente fue justo después de la misa cuando me acerqué al padre Antonio, aunque bien podría haber sido más tarde. Durante las semanas anteriores no había querido hacerle demasiadas preguntas al cura para no arriesgarme a que sonaran las campanas de alarma dentro de su cabeza, pero había llegado un punto en el que me parecía que valía la pena incluso arriesgarme a que me descubrieran. El cura siempre había actuado como confidente de la tía María dentro de la Iglesia, y si alguien podía

actuar como testigo accidental contra ella o contra Wadi, ése tenía que ser el padre Antonio.

Conseguí arrinconarlo en la entrada de la catedral. Eso sí que lo recuerdo. Me acuerdo de la intensa luz de las puertas abiertas que se colaba entre las piernas del párroco. Y el brillo ornamentado del copón plateado, el cáliz que contenía el Santísimo Sacramento, en sus manos. Le pedí que me acompañara a la oscuridad de una de las capillas laterales.

—Perdóneme, padre —empecé a decirle—, pero hay algo que me tiene muy preocupado. Mi tía dice que para ayudar a que mi padre encontrara a Cristo cuando era prisionero del Santo Oficio le dio un manuscrito redactado por mi bisabuelo. ¿Lo recuerda?

—Recuerdo un manuscrito caligrafiado que me dio Francisco Javier. ¿Te refieres a ése?

—Podría ser. ¿Qué le dijo mi primo al respecto?

—Dijo que el texto incluía un registro de la conversión de tu bisabuelo al cristianismo.

—Sí, ése es —dije con una sonrisa. Para dar consistencia a mi error de suposición acerca de mi tía, añadí—: Mi tía debió de enviárselo a través de Francisco Javier.

Esperé varios segundos a que el cura se mostrara en desacuerdo con mi afirmación, pero se limitó a asentir y dijo:

—¿Qué quieres saber sobre eso, Tiago?

El cura estaba tan seguro de que los tres habían obrado bien que ni siquiera sospechó que acababa de testificar contra sus compañeros de conspiración.

—Es un manuscrito muy peligroso —respondí—, porque dice cosas horribles acerca de los cristianos de Portugal y las cosas que les hicieron a los judíos conversos. Me preocupa que pueda caer en manos de alguien joven y crédulo, como yo era antes... Sabe qué quiero decir, ¿verdad? No puedo quitármelo de la cabeza por las noches.

—Los inquisidores debieron quemarlo hace tiempo —me dijo mientras me daba unos golpecitos afectuosos en el brazo, como si no hubiera nada de lo que preocuparse—. Eso es lo que hacen con todos los libros heréticos.

Se dio la vuelta para marcharse.

—Sólo una cosa más, padre. Por favor, no le diga a nadie que le he preguntado acerca del manuscrito. Ni siquiera a mi tía. No querría que supiera que he estado pensando en eso. Podría dejarla preocupada, y ya tiene suficientes cosas en la cabeza en estos momentos.

—Por supuesto, Tiago. Ahora, si me perdonas, debo irme.

El resto de ese día se ha perdido para mí. Debí de ir a uno de los barrios indios; recuerdo que hablé en konkaní, ya que el portugués sólo conseguía agravar mi dolor

de cabeza. Lo más probable es que vagara sin rumbo fijo. No recuerdo nada más hasta que una puesta de sol ardiente se extendió por el oeste. Cuando vi que el sol estaba a punto de hundirse tras el horizonte, saqué el veneno de la cruz. Me puse el botellín en la boca y lo mantuve allí mientras volvía a casa andando. Sentir la muerte en la lengua fue un gran alivio para mí: hizo que me sintiera libre de continuar hasta el final.

Fui a ver a Gonzalo al día siguiente después del trabajo. Le dije que estaba preocupado por Ana, ya que era muy infeliz con Wadi. Le sugerí que quizá podría recuperarla si hacía exactamente lo que yo le decía. En cierto momento me sorprendió cuando me preguntó si acaso yo odiaba a mi viejo amigo. Seguramente el chico necesitaba simplemente un motivo que lo ayudara a comprender por qué yo me esforzaba en deshacer el matrimonio de mi primo, por lo que le dije que después de todos esos años de amistad Wadi me había obligado a trabajar como un esclavo para el viejo tonto incompetente que gestionaba su almacén. También le dije que había oído que no me ascendería tal como me había prometido. Gonzalo aceptó esas razones como motivos sólidos que justificaban mi conducta y cuando le conté mi plan enseguida se mostró dispuesto.

Los días siguientes estuvieron repletos de momentos tempestuosos entre Wadi y Ana, en parte porque mi primo se emborrachaba con *feni* cada noche después de cenar. Ella a veces gritaba en mitad de la noche y rogaba a Dios que la ayudara para que yo supiera que le estaba pegando. Supuse que Wadi empezaba a entender que con Ana no le iría mejor que con Sofía. O quizá simplemente se había dado cuenta de que Ana no era mi hermana y que jamás lo sería.

Una noche, la joven esposa entró en mi habitación buscando mi protección. Me dijo que Wadi estaba bebiendo en el jardín.

—¿Te pega? —pregunté enseguida, fingiendo temer por su seguridad.

Ella se arrodilló junto a mí y me mostró las magulladuras que tenía en los brazos.

—Sí, pero no es eso. Lo que ocurre es que desea tanto tener un hijo que intenta forzarme. Y cuando me resisto...

Esa confesión me sorprendió.

—Yo... no sé qué decir —tartamudeé—. Es obvio que está trastornado. No parece él mismo.

—Cree que si quedo embarazada nuestro matrimonio ya no podrá ser anulado. Por eso cada noche me fuerza. —Las lágrimas corrieron por sus mejillas—. Sé que es mi deber, Ti. Sé que debería desearlo. Pero no puedo... Parece como si no fuera capaz de pensar o sentir lo que se espera de mí.

—Ana, puede que tenga la solución, una manera de apaciguar tanto a Wadi como

a tu padre.

—¡Haré lo que sea! —dijo con fervor—. No puedo continuar más tiempo de este modo. No esperaba que el matrimonio... fuera así. A veces no parece tan distinto de mi padre.

Empezó a sollozar. La abracé hasta que fue capaz de sonreír mientras le secaba las lágrimas con los pulgares.

—He hablado con Gonzalo y está dispuesto a hablar con tu padre para que te perdone —le dije con amabilidad—. Si el chico lo consigue, seguro que todo mejorará entre tú y Wadi. Cuando tu padre acepte el matrimonio, tu marido ya no sentirá esa urgencia por tener hijos. La relación se calmará entre vosotros.

El bello rostro de Ana se iluminó.

—No he conocido jamás a alguien como tú. Eres tal como me dijo Wadi.

—Sólo hay un pequeño problema... Gonzalo quiere que hables con él; en secreto, por supuesto. No debes decírselo a nadie. Por encima de todo, no debes decírselo a Wadi o todo estará perdido. No puedes contarle nada, aunque te pegue. Ana, ¿podrás ser tan fuerte?

—Sí, podré hacerlo —dijo con un brillo en los ojos.

—Mientras tanto, intentaré hablar con Wadi para calmarlo.

—¡No sé cómo podré devolverte todo lo que haces por mí! Te portas tan bien conmigo...

—Gracias, pero escúchame bien, Ana: Gonzalo quiere que le pidas disculpas, y que seas tú misma quien se lo pida. Y debo decir que creo que tiene razón al solicitar eso.

—Comprendo. ¿Cuándo quiere verme?

—Dame unos días para que pueda prepararlo todo. Y otra cosa: debo advertirte que Gonzalo aún te ama. Pero no quiere verte sufrir, incluso si eso significa tener que renunciar a ti.

—Siempre ha sido un buen amigo —me besó en la mejilla—. Como tú, Tigre.

Me vestí y bajé a ver a Wadi.

—Será mejor que tengas cuidado con Ana —le dije—. Me he topado con su padre y me ha dicho que fue a verlo el otro día. Le rogó que le pidiera a Gonzalo que la perdonara. El *Senhor* Dias la echó de casa. Fue muy duro con ella. Por tanto, debe estar sufriendo mucho ahora.

—¿Le pidió a su padre que le diera un mensaje a Gonzalo?

—Sólo para decirle que se arrepentía tremendamente de haberlo traicionado. Al menos, eso es lo que me contó su padre, aunque no me fío de él, por supuesto. Piensa en ello, quizá ni siquiera fue a verlo. Puede que esté mintiendo. Aun así, si la tratas con demasiada dureza podrías perderla. El sufrimiento convierte a las chicas en volubles, Wadi. No son como los hombres, no son como tú y como yo.

Wadi se quedó pensativo, y esa noche no oí ni gritos ni sollozos procedentes de su dormitorio.

Le cogí el pañuelo opalino a Ana, lo encontré en su arcón a la mañana siguiente y confirmé que había sido de mi hermana: el loto micrográfico estaba descolorido pero aún era visible. Fui inmediatamente a casa de Sara y se lo di. También le revelé algo más sobre mis planes cuando me preguntó. Ella se lo pasó a Gonzalo esa misma noche, y le explicó que Ana quería que lo tuviese él como prueba de su arrepentimiento por haberle hecho tanto daño. Sara le dijo al chico que debería llevar puesto el pañuelo a modo de corbata en la misa siguiente como símbolo de que no había cambiado de opinión respecto a su deseo de hablar con Ana. A partir de lo que yo le dije, Gonzalo había interpretado que si se reunía con la chica sería para hablar sobre las posibilidades de reconciliación.

El domingo le dije a Ana que no viniera a la catedral con nosotros, que esperara en casa y fingiera tener algo de fiebre. Le expliqué que aún tenía que arreglar un detalle con Gonzalo; en realidad no quería arriesgarme a que tuviera lugar una escena en público que pudiese poner en peligro la última fase de mi plan.

Fue muy sencillo señalar a Gonzalo ante mi tía antes de la misa y sugerir que había visto su corbata antes en algún lugar. Ella se encargó del resto.

—¡Lo mataré! —Me gruñó Wadi después de que su madre se lo hubiera llevado aparte para contárselo. Se volvió furioso hacia Gonzalo, pero yo me interpose en su camino.

—No llegues a ninguna conclusión —susurré—. Es una tela muy común. Incluso mi hermana tenía un pañuelo muy parecido, aunque con un fleco oscuro, si mal no recuerdo.

Dije eso, por supuesto, para darle una coartada a Wadi.

—Creo que lo recuerdo, sí —dijo, demostrando sus dotes como actor.

Desvié la mirada enseguida para ocultar el asco que sentí. Aún hoy me sorprende que mi primo no estuviera avergonzado por haberle dado a Ana algo que Sofía quería tanto. Quizá, como muchos otros hombres, le restaba importancia a ese tipo de recuerdos.

En cualquier caso, Wadi salió corriendo hacia casa. Yo lo seguí de cerca. Subió las escaleras de dos en dos hasta su dormitorio y abrió la puerta de golpe. Ana estaba allí sentada, cosiendo el dobladillo de uno de sus vestidos.

—¿Dónde lo tienes? —preguntó él.

—¿Dónde tengo qué?

En ese momento llegué a la puerta. Ana tenía las manos extendidas delante de la cara, sin duda temía que él la pegara.

—El pañuelo que te regalé. El blanco.

—Al parecer lo he perdido.

—¿Perdido? ¿Dónde? —rió él con desdén.

—Si lo supiera, Francisco Javier, ya lo habría encontrado.

—¡Zorra! —gritó a la vez que le asestaba un bofetón, pero ella se acurrucó de repente, por lo que la golpeó en el hombro. Cayó de la silla y se golpeó la cabeza con fuerza contra la pared.

—¡Ya basta! —grité mientras cogía a Wadi.

—Te he sido fiel, Francisco —gimió Ana desde el suelo.

—¡Zorra mentirosa!

Lo cogí por un brazo.

—¡Cállate! —le dije—. ¿No ves que debe ser un malentendido?

—¡Apártate de mí! —gritó a la vez que me daba un empujón.

Se plantó delante de Ana, que no paraba de sollozar, y desenvainó el cuchillo. Se agachó junto a ella y se lo puso en la garganta. Ella contenía la respiración, temblando. Yo no me atrevía a moverme.

Ana cerró los ojos, rezó por su vida.

«Eso es: éste es el regalo que le daré a mi hermana, pensé».

Unos segundos más tarde, Wadi me sorprendió. El cuchillo le cayó al suelo. Se puso de pie con la cabeza gacha y se volvió para mirarme con desespero. Debió de oler que el aire empezaba a arder a su alrededor; no tardó en quedar tendido de espaldas, retorciéndose y echando espuma por la boca.

Wadi quedó demasiado débil para enfrentarse a su mujer durante ese día y antes de meterse en la cama lo convencí para que no hiciera nada más.

—Deja que investigue cómo lo hizo Gonzalo para conseguir el pañuelo —le dije—. Si dejas que tus celos crezcan a partir de eso, si actúas impulsivamente ahora, tu matrimonio acabará antes de que haya empezado —añadí.

—Hazlo rápido —me espetó como respuesta. Su ira empezaba a bullir otra vez.

Exhausto a causa del ataque que había sufrido, no tardó en quedarse dormido. Fui a ver a Sara para asegurarme de que estaría en casa al día siguiente y de que podría recibir a Ana. De vuelta en casa, le pedí a la chica que bajara al jardín, donde mi tía no pudiera oírnos. Le pregunté si aún tenía la llave de la casa en la que solían encontrarse con Wadi.

Ana asintió, demasiado asustada para articular una sola palabra de respuesta.

—Bien. Entonces, mañana por la tarde debes ir allí. Gonzalo te estará esperando cerca de allí. Llamará dos veces a la puerta, y luego una vez más.

—¿A qué hora?

—Primero, debes ir a casa de mi amiga Sara a mediodía. Te ha invitado a comer con ella. No quiero que estés aquí si Wadi viene a dormir la siesta. Es muy observador y podría llegar a percibir tu secreto en tu mirada. Cuando suenen las campanas de la hora nona ya debes haber llegado a la ciudad, en la casa donde os

encontrabais, por lo que deberás partir temprano. Tendrás una hora para hablar con Gonzalo. Me aseguraré de que Wadi vuelve al trabajo si se le ocurre venir a casa. Vuelve enseguida después de encontrarte con él. Y no le digas a nadie dónde has estado ni lo que has visto.

Ana me cogió las manos y se las llevó a los labios.

—Si Wadi te ve, los dos tendremos problemas —le advertí—. No estoy seguro de que siga confiando en mí.

Más tarde, esa misma noche, después de dibujarle un mapa a Gonzalo, salí de la casa a escondidas y, con la ayuda de la llave que el joven me había dado, entré en su finca. Su habitación estaba en el piso de arriba, en la parte trasera de la casa solariega, y lanzando piedrecitas contra sus postigos conseguí despertarlo. Bajó a toda prisa sin ni siquiera calzarse.

—Ana vendrá a verte mañana por la tarde cuando suene la hora nona en la casa donde siempre se encontraban con Francisco Javier. —Le di el mapa que había dibujado para él, con la ubicación marcada con un círculo—. Debes estar allí a esa hora. Tendrás una hora para hablar con ella. Después de eso, ella debe volver a su casa para que Wadi no sospeche nada. Debes asegurarte de que...

—Pero ¿qué pasa si no está allí?

—Estará. Tú ve a la puerta y llama dos veces, y después una vez más.

—Si esto funciona, te lo deberé todo —dijo mientras me agarraba la mano.

—Si esto funciona, no me deberás nada. —Le hice una leve reverencia—. El regalo está siempre en la buena obra. —Por si acaso, añadí una cita de san Lucas 6: 36—: «Prestad, no esperando de ello nada; y será vuestro galardón grande».

Apenas pude dormir esa noche. Todo lo que había ocurrido en mi vida seguía tambaleándose dentro de mi cabeza. En ningún momento pensé en la seguridad de Gonzalo, ni siquiera en la de Ana.

Pensé en un océano convertido en cristal, y en un sol abrasador reflejado en la superficie. Por la mañana, me fui a trabajar antes de que los demás se levantaran. No quería tener que hablar con nadie.

Cuando llegamos a casa para dormir la siesta, le di a Wadi un gran vaso de *feni*.

—Te ayudará a dormir —le dije.

Una hora más tarde, cuando lo desperté, aún seguía algo borracho. Lo ayudé a lavarse la cara y le dije que acababa de hablar con un amigo de Gonzalo.

—¿Cuándo?

—Mientras dormías. Gonzalo quiere que vayas a verlo a la casa en la que os encontrabais con Ana.

—¿Hoy?

—Sí, unos minutos después de la hora nona. No vayas antes.

—¿Y qué quiere?

—No estoy seguro. Al parecer interpretó el hecho de que Ana le regalara el pañuelo como algo alentador, aunque no pienso que ella se lo diera con esa intención. Él sólo te contará lo que quiere cuando lo veas. Pero escucha: habrá alguien vigilándote y, si vas antes, él no acudirá. Y tienes que ir solo —añadí con dramatismo—, que es lo que... lo que me preocupa, podría ser una trampa.

—¿Una trampa?

—No me fío de él. Llévate el cuchillo. Puede que haga alguna locura para intentar vengar el honor de Ana. Puede que crea que si te mata, no lo castigarán. Al fin y al cabo, su padre es rico y poderoso. O sea, que si lo ves acompañado, aunque sólo sea por una persona, sal de ahí tan rápido como puedas. Yo estaré esperando por ahí cerca para ayudarte. No dejaré que me vea nadie. Wadi, escucha... —Lo cogí por el hombro con fuerza—. Incluso si lo ves solo, puede que intente atacarte cuando menos te lo esperes, por lo que debes ir con cuidado; aunque estoy seguro de que en cualquier pelea limpia serías el vencedor.

Mientras esperábamos a que sonara la hora nona, Wadi caminaba impaciente de un lado para otro. No quiso beber más *feni*, pero yo tampoco lo creí necesario; ya se había convertido en un halcón preparado para caer sobre su presa.

Cuando doblaron las campanas de la catedral, salimos de casa. Le recordé a mi primo que alguien lo estaría vigilando y que yo debía permanecer escondido para poder ayudarlo, e insistí en tomar un camino distinto por la ciudad. Escondí una bolsa asida a un cordel con las pulseras de Nupi y algunos recuerdos bajo mi capa porque sabía que, después de eso, no podría quedarme en Goa, fuera cual fuese el desenlace. Fui corriendo hasta allí como si me llevara el viento. Me sentí como un dios, muy por encima de todo lo que me rodeaba.

Cuando llegué a la casa, todo estaba en silencio. Ana y Gonzalo ya debían de estar dentro. Probablemente estaban discutiendo en voz baja; Ana debía de afirmar que no tenía ninguna intención de anular su matrimonio, Gonzalo negaría lo que yo le había prometido a ella: que accedería a pedirle a su padre que la perdonara. Aunque quizá los dos se habrían dado cuenta de que podían sacar algo de provecho de una alianza secreta y discutían con cautela sobre la mejor manera de proceder. Incluso era posible, supongo, que la chica se diera cuenta de que ya no estaba enamorada de Wadi. Una cosa era encontrarse a escondidas con un hombre para hacer el amor, y otra muy distinta era compartir la vida con él y ser desheredada por ello.

¿Vieron mi mano escribiendo su destino? Desde mi escondite, pude oír las palabras de decepción de Ana: «Y pese a todo, Tiago parecía tan buen amigo...».

Wadi llegó a toda prisa con cara de pocos amigos. Llamó dos veces a la puerta, luego varias veces más. Finalmente se abrió. Desde mi posición, no pude ver quién

estaba en la puerta, pero cuando extendió la mano para agarrar un brazo acerté a ver el perfil de Ana por un instante. Temí que la arrastrara hacia fuera, pero en lugar de eso la empujó hacia dentro.

¿Preguntó Gonzalo quién era desde el piso de arriba? ¿Vio Wadi la cara de Gonzalo —iluminada por el miedo, quizás— en lo alto de las escaleras?

Cuando me acerqué a la puerta oí gritos. Luego, un chillido de Ana. Más tarde, silencio.

Mi mente parecía flotar por encima de mi cuerpo. No tengo ni idea del tiempo que pasé allí, luchando contra el vahído que sentía. Llamé a la puerta débilmente; después grité el nombre de Wadi una vez, luego otra, más alto. Oí pasos, lentos y pesados, que venían hacia mí.

Cuando me abrió la puerta llevaba el cuchillo en una mano y el pañuelo de mi hermana en la otra. Estaba empapado de sangre, como si se hubiera bañado en ella. Incluso tenía un hilillo de sangre sobre los labios. Tenía la mirada perdida. Parecía un ciego.

—La he matado —dijo sin inmutarse.

—¡No te muevas! —le dije.

Lo empujé hacia dentro y cerré la puerta detrás de nosotros. En el piso de arriba, de forma milagrosa, Gonzalo seguía con vida. El chico se arrastraba hacia la ventana. Me agaché a su lado. Le había rajado el cuello de oreja a oreja. El líquido que lo mantenía con vida se estaba derramando, oscuro y caliente, sobre el suelo de madera. No podía hablar, aunque debía de querer decir muchas cosas sobre una vida que ya no podría vivir. El único sonido que conseguía emitir era el de su asfixia. Creo que intentaba decir mi nombre.

Tal como Wadi había dicho, Ana estaba muerta. Yacía boca arriba, con un brazo detrás de la espalda, el vestido empapado por la sangre que había brotado de las violentas puñaladas que le había asestado en el cuello y el pecho, la cabeza torcida en un ángulo imposible, la mirada perdida. Llevaba una bota en la mano. Debía haberse agarrado a la pierna de Wadi con todas sus fuerzas, debía haber intentado con desesperación apartarlo de Gonzalo.

—Voy a buscar ayuda —le dije al chico, aunque sabía que era demasiado tarde.

Wadi aún estaba al pie de la escalera. Entonces me di cuenta de que llevaba el pie derecho descalzo. Levantó la mirada hacia mí, desconcertado, como si ni siquiera pudiera comprender cómo había llegado hasta allí.

—Ana aún tiene tu bota —le dije—. Sube y cógesela.

Ya en el piso de arriba, se dio cuenta de que no tenía el coraje necesario para arrancársela de las manos de la muerta.

—¿Por qué tuvo que traicionarme? —gimió con la cabeza entre las manos—. Yo la amaba.

Se dejó caer sobre mí, pero lo aparté con un empujón.

—Soy yo —le dije mientras lo sacudía cogiéndole por los hombros.

—¿Qué quieres decir?

—Ana no te estaba traicionando. Fui yo quien lo hizo. Yo robé el pañuelo porque era de mi hermana. Y se lo di a Gonzalo. Ana sólo vino a tratar de convencerlo para que le pidiera a su padre que la perdonara..., para aceptarte a ti como esposo. Te quería. Como también te quería Sofía. Incluso yo te quería..., pero de eso hace mucho tiempo. ¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¿De lo que siempre has hecho?

Me miró con angustia.

—Pero... pero tenía que proteger mi honor.

—¿O sea, que crees que hay algún honor en el asesinato? —dije con tono de burla.

No esperé a recibir respuesta ni le ofrecí más explicaciones; era lo suficientemente inteligente para descubrir la forma exacta y el alcance de la conspiración que yo había tejido contra él. Lo empujé hacia un lado y salí a toda prisa de la casa, y mientras andaba me limpié la sangre con la suciedad acumulada en la calle. Cerca de allí había un deshollinador indio con la cara negra por el hollín.

—¡Ayuda! —le grité—. Francisco Javier Zarco ha asesinado a Ana Dias, y el chico con el que iba a casarse está agonizando.

24

Me pasó por la cabeza la posibilidad de ir a Benali y llevarme a mi hijo, pero la aldea estaba en territorio portugués y sería más seguro para mí —al menos de momento— atravesar la frontera hacia tierras controladas por el sultán de Bijapur. Más adelante, cuando tuviera un plan, podría volver a buscar a Kama, y suplicarle a Tejal que viniera con nosotros.

Caminé hacia el sur, más allá del Colegio de San Pablo y de las murallas de la ciudad. No tenía ninguna duda de que debía escapar, pero eso tampoco me preocupaba. El crimen que había cometido brillaba en mi mente, radiante como un mito o un sueño y, mientras caminaba, la húmeda luz del sol y el azul del cielo parecía que entraban en mi interior. Si una persona puede caer —igual que elevarse— de un estado de éxtasis, yo iba a conseguirlo.

Encontré nuestra granja en un estado deplorable. En el salón habían crecido bambúes y hierbas de la altura de un hombre a partir del lodo que había entrado a causa de las lluvias del monzón. No había ni rastro del mayordomo que mis tíos habían contratado.

El techo había cedido encima de mi dormitorio, que parecía habitado por al menos un mono barbudo; la pequeña criatura levantó la cabeza como si yo fuera un enemigo largamente esperado, me miró con recelo y cuando entré desapareció chillando a través de la ventana rota. En la habitación de papá vi que alguien había robado el dibujo que él había colgado en la pared del fondo de su habitación, en el que aparecía mi madre brillando como el sol dentro de una caverna de nubes oscuras. También se habían llevado los dibujos que siempre había guardado en su escritorio. Los libros estaban cubiertos de moho. Faltaba la cama de Sofía y también la estatua

de Shiva.

«Así es como debe ser», pensé. Nuestra casa no podía haber quedado intacta habiendo muerto toda mi familia.

Cuando crucé el patio lleno de maleza para llegar a la cocina, encontré un cuenco de *dal* encima de la mesa de madera de Nupi. Había ajos ensortijados colgados del techo. Una docena de limas dulces y dos granos de nuez moscada en una cesta de mimbre. Me senté en un taburete y esperé. Me envolvería con sus brazos. Arreglaríamos la casa. Tardaríamos meses, pero jamás volvería a marcharme de casa.

Cuando empecé a sentirme cansado, puse el taburete cerca de la puerta y me dormí con la espalda apoyada en la pared. Una mujer a la que no había visto jamás me despertó cuando se ponía el sol. Tenía el pelo largo y gris, y un tenue bigote, y llevaba un sari amarillo descolorido lleno de manchas. No le pregunté de dónde había salido. No me importaba.

—¿Has visto a Nupi, la mujer que solía vivir aquí? —le pregunté.

—Dicen que está siempre mendigando delante del templo de Ponda.

Era demasiado tarde para ir andando hasta allí. Decidí que caminaría hasta la aldea más próxima, Ramnath. El barbero, Kahi, me dejó dormir en el suelo de su casa. Varias personas a las que había conocido cuando era pequeño vinieron a verme por la mañana y me trajeron fruta y verdura. Se me había roto una tira de las sandalias en el camino desde Goa y un guarnicionero al que no conocía me la arregló. Nadie había visto a Jaidev, el santón, desde hacía años. Un día, simplemente se marchó del pueblo diciendo que se iba a morir en las aguas del Ganges.

Encontré a Nupi sentada delante del templo de Ponda, vestida con harapos. Estaba comiendo de un cuenco de madera. Cogía el arroz con la mano y se lo llevaba a la boca, completamente desdentada. Cuando me vio, hizo cuanto pudo por levantarse. Estaba encorvada y contrahecha, como si se le hubieran roto los huesos varias veces, pero la cara se le iluminó de alegría al verme.

Corrí hacia ella y la abracé mientras ella se limitaba a gemir. Nos sentamos juntos para poder vernos los ojos. No sé lo que ella vio en los míos, pero en los suyos encontré a Sofía y a mi padre, y las puestas de sol que veíamos desde nuestra veranda, incluso pude ver a mi madre en su lecho de muerte.

Con las manos me recorrió la cara como si estuviera esculpiéndome en su memoria, sin duda me comparaba con el aspecto que recordaba de mí. Le devolví las pulseras.

Ninguno de los dos dijo nada. Le besé las manos enjutas y hundí la cara en su espeso pelo canoso, que conservaba el olor que recordaba de mi infancia.

Al cabo de un rato me pidió que la ayudara a levantarse otra vez y se alisó el sari harapiento con mucho cuidado.

—No pude quedarme en la granja después de que muriera Sofía. Lo intenté, pero... —Negó con la cabeza con aire de culpabilidad—. Estuve vagando durante años. Sólo hace un año que volví a estar por aquí. Lo siento, Ti.

—No importa. Hiciste lo que pudiste. Nupi, tu hermana está muy preocupada por ti. Debes ir a verla.

—¿Has estado en Benali?

—Sí, fui a ver a Tejal. Se casó con otro hombre. No pudo esperarme.

La anciana cocinera me mostró una sonrisa nostálgica.

—Kali ha usado todas sus armas contra nosotros, ¿no es así?

—Sí.

—Pero aún podemos estar juntos. Eso tiene que significar algo.

—Puede que sí.

Me apretó el pecho con la mano para asegurarse de que era real y entonces me sentí culpable por primera vez por lo que había hecho, fue una sensación tan fugaz como un golpe de tambor. Luego desapareció.

Nos fuimos a casa. La habitación de Sofía no estaba en tan mal estado, y los aldeanos nos dieron lechos de yute para dormir. Nupi recogió un coco que había caído y dio dos vueltas a mi alrededor para mantenerme alejado de los hechizos, tal como era costumbre en el lugar. Los mosquitos fueron terribles esa noche, y la luna brilló tan intensa que apenas pude dormir. Pensaba en muchas cosas, pero sobre todo me alegraba de estar vivo. Estaba convencido de que podría volver a empezar.

Dejamos que la anciana que vivía en nuestra cocina se quedara con nosotros. Se llamaba Charu, y era la viuda de un pocero que había abandonado la aldea por alguna razón que no nos atrevimos a preguntar. Por la mañana, Charu nos preparó *chapatti*, pero Nupi creyó que no eran lo suficientemente buenos para mí, por lo que hizo dos más con sus propias manos. Me los comí con una papaya madura del huerto. Nupi me miraba y me mostraba su sonrisa desdentada. Estoy seguro de que pensaba que lo peor ya había pasado.

Después del desayuno, la anciana cocinera me dijo que tenía un motivo secreto por el que había querido volver a la granja enseguida y sacó un dibujo que había escondido detrás de la estantería de mi padre. Nos sentamos juntos en la veranda para contemplarlo. Era un dibujo micrográfico de una delicada mano, cuyos contornos estaban dibujados con letras hebreas. Cuando lo cubrí con mi propia mano me di cuenta, por la forma y el tamaño, de que era la mano de mi hermana. Las palabras aún eran legibles. En cada dedo del dibujo se leía:

Dejadme, lloraré amargamente; no os afanéis por consolarme de la destrucción de la hija de mi pueblo.

Era una cita de Isaías. No entendía por qué Sofía me la había dejado como último regalo, pero cuando se lo tradujo a Nupi, la anciana bajó la cabeza de golpe.

—Sofía intentó esperarte, pero no pudo aguantarlo más.

—No lo entiendo.

—Ya veo que Wadi no te lo contó.

—¿Contarme qué?

—No creo que debamos hablar de estas cosas ahora que ya estás en casa. No, no..., tenemos que arreglar la casa. Luego irás a visitar al sultán y...

Intentó ponerse de pie, pero la obligué a sentarse otra vez.

—Nupi, dime todo lo que sepas.

—Hay piedras que sólo parecen pulidas cuando están en el río. Cuando las sacamos y las miramos de cerca...

—¡Por favor, no me vengas con acertijos! Dímelo claramente.

—Tu hermana me dijo que cuando se convirtió al cristianismo...

—¿Se convirtió?

—Sí.

—Pero ¿por qué?

—Para casarse con Wadi. Dijo que era necesario.

—¿Cuándo?

—No estoy segura, pero debió de ser... Debió de haber sido antes de que arrestaran a tu padre.

—Continúa.

—Tu tía María le dijo que tenía que llevarle una ofrenda a un cura de Goa para que le permitieran la conversión.

—¿Qué tipo de ofrenda?

Nupi se encogió de hombros.

—Ti, yo no sé nada sobre cristianismo. Sofía se limitó a decirme que debía llevarle algo al cura que demostrara que ya no le rezaba al dios judío, que demostrara que tu padre ya no controlaba las creencias de su hija. Por eso...

Mientras Nupi hablaba, era como si se juntaran las piezas del pasado en un orden que se me había ocultado hasta entonces. Entonces comprendí por qué el inquisidor no me había preguntado nada sobre mi hermana.

—Les dio el manuscrito de mi bisabuelo —la interrumpí.

—Sí. Se lo llevó en uno de sus viajes a Goa, en secreto. Se lo dio a Wadi para que él se lo llevara al cura, aquel que tu tía conocía tan bien. No sé cómo se llamaba.

—El padre Antonio.

Una noche, desde mi ventana vi a Wadi y Sofía hablando justo delante de la puerta de la casa de mi tío, y llevaban algo en una cartera de piel, me dijeron que era un libro de texto... Mi hermana incluso se puso un vestido elegante para la ocasión.

—¡La tía María la engañó! —dije acaloradamente—. ¡Y Wadi también! ¡Fueron ellos!

—Oh, Ti, aún hay tantas cosas que no entiendes sobre tu hermana. Llevar el manuscrito fue idea de Sofía. Tu tía ni siquiera lo quería en casa, pero Sofía insistió. Estaba enfadada con tu padre porque no quería darle su bendición para que se casara con Wadi... Estaba tan, tan enfadada... Y también contigo, porque tenías a Tejal. Y

por otras cosas. Quería...

—¿Otras cosas? —La interrumpí.

—Quería una dote. Tu padre ni siquiera pensaba en ello. Al menos, ella creyó que no. Le dio a la ama de cría, Kiran, dos de los saris de tu madre. ¿Recuerdas?

—Sí.

—Eso le hizo pensar a tu hermana que tu padre había olvidado todas sus necesidades respecto al matrimonio. Oh, estaba tan preocupada, esa pobre niña. También creía tener un aspecto extraño. Era tan tímida... ¿Recuerdas? Pensaba que su dote tenía que ser impresionante. Por eso robó las dos pulseras de plata de mi hermana cuando estuvimos en Benali.

—No me di cuenta de que se las había cogido.

No me lo dijo hasta justo antes de casarse, cuando me las devolvió. Puede que cogiera más cosas también: no tengo manera de saberlo. Le devolví las pulseras a Ajira y le dije que las había puesto con mis cosas por accidente cuando nos marchamos a casa, que tantos años después las había encontrado. Ti, ¿recuerdas cuando Sofía guardaba cuentas, conchas, incluso ese horrible collar de alhelíes que Wadi había ganado y que te había regalado?

—¿Sabías todo eso?

Nupi me miró como si fuera evidente.

—¿Cómo querías que no lo supiese? Dentro de su joven cabeza, Sofía se estaba preparando para casarse.

—¡Papá se lo habría dado todo!

—El miedo es como el monzón. —La anciana movió las manos delante de los ojos como si una densa lluvia le impidiera ver—. Cada vez tenía más ganas de hacerle daño a tu padre, de crearle heridas profundas.

—Aun así, no me creo que nos traicionara.

—Ti, debía casarse. ¿No lo entiendes? No era diferente de ti y de Tejal. La juventud comete siempre los mismos errores. Nada cambia. ¿Realmente crees que era tan distinta de ti?

—¿Estaba embarazada?

Nupi asintió de manera vergonzosa.

—¿Y tú la ayudaste..., la ayudaste con ello cuando papá se mostró intransigente?

—Sí, fuimos a Ponda y le di un té con flores de hibisco. Eso le hizo perder lo que llevaba dentro, pero era peligroso. Por eso enfermó. —Sonrió—. Estuve a punto de matar a esa chiquilla.

Recordé que Sofía lo preparó todo para que yo pudiera dormir con Tejal en su habitación. Estaba intentando que yo cometiera el mismo error que ella. Y fui tan tonto que se salió con la suya..., aunque, por supuesto, la culpa fue sólo mía.

Nupi suspiró profundamente.

—Estoy segura de que no pretendía provocar la muerte de tu padre, pero sí quiso causarle problemas. Ti, tu hermana creía estar escuchando a Hanuman, pero era Kali

la que le susurraba al oído por las noches. Cuando tu padre murió, lo entendió, entendió que jamás podría perdonarse haber escuchado a Kali. En el corazón de esa chica había una pena tan grande... Un dolor sin fondo. Luego te arrestaron a ti... —Nupi juntó las manos como si estuviera a punto de ponerse a rezar—. Entonces todo acabó para ella. Intentó esperarte, Ti, pero no pudo. Me dijo que te pidiera perdón. —Nupi se arrodilló para besarme los pies, pero yo no lo permití y la obligué a levantarse—. Por favor —dijo a la vez que empezaba a llorar—, le prometí que te rogaría que la perdonaras, debo hacerlo.

Esa misma tarde dejé a Nupi en la granja y me escabullí entre las matas mientras ella barría el estudio de mi padre. Le pedí a Charu que le dijera que sabría por qué no me quedaba con ella si hablaba con mi tío o mi tía.

—Y dile que no me espere, porque no volveré jamás —añadí—. Y que perdono a mi hermana.

Entonces comprendí hasta qué punto Sofía había deseado salir de su propia piel. Habría hecho lo que fuera por cambiar mi vida por la del más humilde de los parias.

Me dirigí hacia Bijapur, mendigando arroz y fruta por el camino. Mi piel se volvió oscura y áspera, y el pelo y la barba me daban un aspecto salvaje. Dos semanas después, un anciano que me dio cobijo cuando se puso a llover me dijo que mis ojos parecían turquesas incrustadas en carbón. Yo llevaba sólo un taparrabos y bebía el agua de los arroyos junto a los bueyes. A menudo me ponía el botellín de veneno en la boca. Sólo me sentía en paz cuando caminaba.

Después de la puesta del sol, la oscuridad parecía que surgía del suelo y de las charcas que me rodeaban como el agua de las mareas. Gonzalo y Ana venían a sentarse conmigo mientras me preparaba para dormir y me inundaban de preguntas acusadoras para las que ya no tenía respuestas. A veces, tras ellos podía oír a Nupi cantando tranquilamente para sí misma mientras descascaraba cocos. Tenía la esperanza de que hubiera un sitio especial en el infierno para los asesinos de enamorados. De lo contrario, ¿qué sentido tenía la vida?

Cuando llegué a Bijapur, le dije al sultán que mi padre, antes de morir, me había dicho que fuera a verlo. El anciano monarca hizo que me bañaran y me cortaran el pelo y la barba, y me puso a trabajar. Durante dieciséis años he permanecido a su servicio creando libros de oraciones y coranes para sus cortesanas y esposas.

Cada día estaba formado por sombras del color de la tinta seca, por todo lo que había llegado a suceder y que no podría deshacerse. Cuando pregunté por Kiran, el ama de cría de Sofía, me dijeron que había muerto víctima de la peste dos años antes de mi llegada. Me quedé en Bijapur porque el sultán era la mayor esperanza para la India de acabar con el control de los portugueses sobre Goa, y aproveché cualquier oportunidad que se me presentaba para alentarlos a formar un frente unido con los otros principados. Ésa ha sido mi única esperanza verdadera todos estos años, aunque

ya no creo que pueda conseguirse nada. Me he dado cuenta de que los príncipes y reyes indios —tanto hindúes como musulmanes— se consideran tan superiores a los europeos que la presencia de los portugueses en su subcontinente sólo les molesta por su sentido de la perfección y por su vanidad. Ven a esos advenedizos simplemente como un crecimiento antiestético.

Tardé muchos años en ver claramente la imagen distorsionada de lo que había hecho, pero por entonces comprenderlo no me parecía que sirviera de nada. Cuando no estaba trabajando en mi pequeño hogar, salía a pasear por el campo. Intentaba ir siempre solo, quería evitar hacerle daño a nadie más en la medida de lo posible durante los años que me quedaban de vida. La mayoría de la gente creía que había hecho un voto de silencio.

Cuando llevaba un año al servicio del sultán, supe que Wadi había sido ejecutado y que su cabeza había sido expuesta sobre un poste del muelle. Fue como si me dijeran que la luna no volvería a salir jamás por las noches. Me desmayé por primera vez en mi vida.

Más adelante, supe que el padre Carlos había sido asesinado por un compañero de celda en la prisión Galé de Lisboa. La noticia me preocupó sólo brevemente, ya que sabía que habría matado a muchos más jainistas e hindúes si hubiera podido. El Analfabeto y Jácome Morais, los otros dos hombres a los que había implicado con mis cartas, sobrevivieron a muchos años de encarcelación y volvían a vivir en Goa.

Después de la terrible muerte de su amado hijo, mi tía había partido con sus penas hacia Lisboa. Mi tío Isaac vivía con Antonia en Diu, adonde había desplazado la mayoría de sus intereses económicos.

El sultán tenía espías en territorio portugués que le pasaban información sobre él regularmente.

Escribí a Sara para disculparme por haberla implicado en mis planes, pero nunca volví a saber nada más de ella. Pensaba en mi hijo a menudo y siempre le estuve agradecido a Tejal por haberlo mantenido alejado de mí. Me aferraba a esa pequeña parte buena de mi vida: no se lo había quitado a Tejal. Era la única cosa sobre la que podía pensar que me daba derecho a vivir.

Resulta que había otra razón más por la que nunca había tomado el veneno del frasquito, pero aún no sabía cuál era...

Cuando cumplí los cuarenta y cuatro, un viejo conocido de un amigo mío, el párroco anglicano Benedict Gray, visitó Bijapur. Yo le había escrito a Gray una sola vez después de abandonar Goa, para pedirle que me perdonara por haberlo utilizado, por eso supo dónde encontrarme. El individuo, cuyo nombre era Nicholas Gonzaga Wood, era inglés de nacimiento y propietario de un pequeño teatro de Madrid, el país de origen de su madre. Estaba de viaje por la India, el sueño de su vida. Nos conocimos durante un almuerzo en palacio. Era bajo y fornido, tenía la piel oscura de su madre y su aroma a aceite de oliva me trajo muchos recuerdos de Lisboa. Después del postre, Wood me preguntó cómo había acabado en Bijapur, y empecé a contarle

una versión reducida de mi vida. Lentamente, consiguió soltarme la lengua con sus preguntas. No le oculté nada sobre mi traición. Incluso le mencioné la estatuilla de esteatita de Sarasvati que robé en una tienda hindú cuando mi padre me pidió que lo envenenara. En ocasiones me pareció que fue con ese acto y en ese preciso instante cuando abandoné el sendero que siempre había seguido... y que jamás volví a encontrar.

Cuando hube acabado me dijo que, aparte de su dimensión trágica, era una historia muy buena, pero que debería modificarse si algún día tenía que llevarse a escena.

—El arte es diferente de la vida —me explicó—. En ese caso, tendríamos que dejar de lado su infancia con Wadi y sus traiciones, y situar la historia más cerca de España.

—En cualquier caso, no es más que una historia; no hay público que quiera oírla —dije con desdén—. Además, si se elimina mi infancia, nadie sería capaz de entender cómo llegó a suceder todo; y hasta qué punto mi familia acabó en la más ruin miseria.

—¡Pero sólo tenemos dos horas en escena! Deberíamos dar con algo más simple para narrar el desprecio que usted sentía por Wadi. Que no le gustaba el trabajo que le había dado, por ejemplo. Eso es lo que le dijo a Gonzalo. En cualquier caso, puedo asegurarle que comprender lo intrincado de la historia no es importante para un trabajador que quiere que el dinero que paga por ir al teatro valga la pena. Lo que sí es importante —añadió señalándome con el dedo— es que usted tendría que ser el villano.

—Eso, *Senhor* Wood, es exactamente lo que le he estado contando.

—Desde el principio, quiero decir.

—Pero ¿por qué?

—Porque el judío es usted.

El *Senhor* Wood me dejó agotado con sus preguntas. Lo acompañé en una pequeña visita por el palacio y luego lo dejé en manos de un escolta que le mostraría la ciudad.

—Oiga, *Senhor* Zarco, ¿por qué no escribe sus memorias? —me sugirió cuando se despedía de mí al notar que me había alterado—. Al menos podrá contarle usted del modo que prefiera.

Me pareció una idea absurda, pero unos días después de que partiera cogí el cálamo y la tinta. Trabajar en ello me proporcionaba un extraño sentimiento de justicia. Más tarde, comprendí que había estado esperando para dar voz a mi historia desde que el Gran Inquisidor me dijo por primera vez el acertijo sobre cómo un libro puede continuar hablando a los lectores mucho después de haberlo acabado. Después de todo, poner la historia sobre el papel era la única manera que tenía de contar todo lo que había ocurrido desde la tumba. Y era algo —quizá lo único— que podía hacer

por el mundo para compensar todo el mal que había hecho.

El Gran Inquisidor jamás habría imaginado que podría ayudarme de ese modo. Parecía lo correcto, además.

Durante estos últimos meses, mientras escribía sobre Sofía, Wadi, Tejal, papá y Phanishwar desde mi escritorio, he sido capaz de ver más allá de mí mismo, en las mazmorras de Goa, Lisboa, y cien ciudades más de Asia, Europa y América. He visto cómo los hombres y las mujeres de esos lugares languidecían en nombre de Cristo, Mahoma y Krishna. Ojalá pudiera ofrecerles más detalles, pero esto es todo lo que tengo.

Pronto cerraréis la cubierta de este manuscrito, me dejaréis encerrado dentro y seguiréis con vuestra vida, como debe ser, pero quizá pensaréis en estos prisioneros —y en mí— de vez en cuando. Mientras saco el último dibujo de mi hermana y lo contemplo a la luz de una sola vela, puede que incluso podáis sentir la cálida brisa que entra por mi ventana de Bijapur, que trae el aroma de las flores de tamarindo. ¿Veis cómo pongo la mano sobre el contorno de los dedos que Sofía dibujó hace tanto tiempo? Rezo por que así sea, y por muchas otras cosas:

Por que Ana, Gonzalo, papá, Sofía, Wadi y todos los muertos descansen en paz.

Por que Phanishwar haya tenido una buena reencarnación.

Por que Nupi haya perdonado a su ahijado.

Por que mi hijo no haya aprendido nada de mí y que Tejal haya sido feliz.

Luego cogeré mi cruz plateada y saldré a la veranda para ver la puesta de sol. Intentaré encontrar algo del coraje de papá pero, por favor, si me veis temblar no me lo tengáis en cuenta. Al fin y al cabo, ya sabéis que no soy muy valiente y en cualquier caso no es fácil acabar una historia, incluso una como ésta, en la que represento el papel de villano.

Tiago Zarco
Bijapur, 14 de mayo de 1616



RICHARD ZIMLER (Roslyn Heights, 1956) es un autor estadounidense de libros de éxito de ficción.

Sus libros, por los que ha recibido los premios National Endowment of the Arts Fellowship in Fiction, en 1994, y Herodotus Award, en 1998, se han publicado en varios países y han sido traducidos a más de 20 idiomas. Zimler es licenciado en Religión Comparada por la Universidad de Duke y es máster en Periodismo por la Universidad de Stanford. Reside en Oporto, Portugal, donde, durante 16 años, fue profesor de Periodismo en la Universidad de esa ciudad y en la Facultad de Periodismo. Obtuvo la ciudadanía portuguesa en 2002. Richard Zimler recibió el premio literario Alberto Benveniste 2009 en Francia por su novela *Guardian of the Dawn (El guardián de la aurora)*. Este premio se otorga a aquellas novelas que tratan acerca de la cultura o la historia judía sefardí. La entrega se hizo en una ceremonia en la Sorbonne, en enero de 2009.

Cinco de sus novelas —*Hunting Midnight (Medianoche)*, *The Search for Sana*, *The Seventh Gate*, *Los Anagramas de Varsovia* e *The Night Watchman*— han sido nominadas para el International IMPAC Dublín Literary Award, el premio más cuantioso del mundo de habla inglesa.

Zimler es también editor de una antología de cuentos, cuyos honorarios ha donado a Save the Children, la mayor organización mundial en defensa de los derechos de los niños. Esta antología se titula *The Children's Hours*. Los autores incluidos en la selección son: Margaret Atwood, Nadine Gordimer, André Brink, Markus Zusak,

David Almond, Katherine Vaz, Alberto Manguel, Eva Hoffman, Junot Díaz, Uri Orlev y Ali Smith.

En 2009, Zimler escribió el guion y actuó en *The Slow Mirror*, cortometraje basado en uno de sus relatos. Dirigido por el cineasta sueco-portugués Solveig Norlund, el reparto incluye las actrices portuguesas Gracinda Nave y Marta Peneda. En mayo de 2010, el film ganó el premio Best Drama en el New York Downtown Short Film Festival.

Su última novela, *The Warsaw Anagrams (Los anagramas de Varsovia)*, fue seleccionada Libro del Año en 2009 por *Ler*, la revista literaria más importante de Portugal, y por los profesores y alumnos de instituto del país (premio Mariquis de Ouro 2010). Fue también elegida uno de los 20 Mejores Libros de la Década 2000-2009 por *Público*, principal diario del país. En agosto de 2011, el diario *San Francisco Chronicle* reseñó este libro y lo describió así: “Fascinante, desgarradora, inspiradora e inteligente a partes iguales, esta novela de misterio, ambientada en el gueto judío de más triste fama de la segunda guerra mundial, merece un lugar entre las obras más importantes de la literatura sobre el Holocausto”.

En agosto de 2011, Zimler publicó su primer libro de poesía: *Love's Voice: 72 Kabbalistic Haiku*. Los versos de la obra expresan ideas místicas judías e imágenes en la forma del haiku japonés.